

Isabel Colegate

se

LA PARTIDA DE CAZA



Lectulandia

En el otoño de 1913, Sir Randolph Nettleby y su mujer organizan una cacería para la flor y nata de la aristocracia británica, entre ellos un reputado cazador y su coqueta esposa, un atractivo abogado, un rico judío y un joven conde húngaro. Por su parte, el servicio se afana para satisfacer las necesidades de los huéspedes: desde el guardés de la finca hasta los criados y un ejército de batidores. Las fricciones y afinidades entre los invitados pronto desvelan hipocresías, flirteos, deudas, matrimonios de conveniencia... Todo se complica cuando un defensor de los animales planea interrumpir la cacería para detener la masacre, y el pequeño Osbert, nieto de Sir Randolph, sale en busca de su mascota, un pato, pues teme que acaben disparándole por error. Un trágico accidente revelará la fragilidad de ese mundo idílico que está a punto de tocar a su fin por la irrupción de la Primera Guerra Mundial.

Lectulandia

Isabel Colegate

La partida de caza

ePub r1.0

Titivillus 02.09.16

Título original: *The Shooting Party*

Isabel Colegate, 1981

Traducción: Catalina Martínez Muñoz

Diseño de cubierta: Pierre Brissaud *The Shimmy Lesson or Art is Difficult*

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Aunque en su momento causó cierto escándalo, en el recuerdo de la mayoría quedó eclipsado por lo que sucedió a continuación. Podemos verlo como una obra de teatro que se escenifica en una estancia iluminada con luces de gas; quizá con el baile de las llamas de un vivo fuego de leña encendido a un lado de la estancia, un espléndido salón eduardiano lleno de muebles, mesas abarrotadas de adornos y fotografías enmarcadas, y gente que conversa en grupos, sentada o de pie; además, una potente luz eléctrica llega de una sala contigua en la que nadie ha entrado todavía, y esta potente luz retrospectiva que se cuelga por debajo de la puerta hace que nuestro salón parezca oscuro, el baile de las llamas tenue, los círculos de luz amarilla que proyectan las lámparas, opacos como el oro deslustrado, y la gente, bueno, parece gente reconocible, pero gente de otra época, nuestros padres y nuestros abuelos transformados en personajes de un pasado mucho más lejano, como Carlomagno y sus caballeros o los siete durmientes de Éfeso recién despertados de su sueño milenario.

Fue un error de cálculo que desembocó en una muerte. Ocurrió en el otoño anterior al estallido de lo que se conoció como la Gran Guerra.

El paisaje de Oxfordshire comprende bosques en abundancia y herbosas llanuras regadas por ríos de curso lento y sinuoso. Una amplia franja de tierra arcillosa se extiende por todo el condado, desde el límite de Gloucestershire, cerca de Lechlade, hasta el límite de Buckinghamshire, más allá de Bicester. El Támesis surca este suelo arcilloso en su camino hacia el este, se desvía luego hacia el sur, pocos kilómetros antes de llegar a la ciudad de Oxford, y recorre un tramo bordeando un cinturón de bosques mixtos, donde el cauce del río forma la frontera de Nettleby Park, una finca que, en 1913, era propiedad de sir Randolph Nettleby, barón y caballero de campo.

«Grajos y palomas torcaces. Cuando estoy aquí me olvido de su rumor constante, de eso y del ruido de los cascos de los caballos en la gravilla o en el patio de los establos, del olor a humo de leña y a hojas húmedas, del zumbido de las abejas. La casa está plagada de insectos que entran a desovar o a morir, o a las dos cosas. Los días de sol se concentran delante de las ventanas que miran al sur: abejas, algunas avispas y cientos de diminutas moscas de la fruta. Los criados no paran de abrir y cerrar las ventanas para espantarlas con un plumero. También hay mariposas, almirantes rojos y pavos reales, posadas en el marco de las ventanas, y, cómo no, ratones que entran a pasar el invierno. “Con tanta gente en la casa”, dice Minnie, “esto ya es imposible”. A veces me gustaría que los ratones y las moscas ahuyentaran a la gente. A Minnie le gusta tener la casa llena de gente, sobre todo cuando vuelve de pasar dos semanas en Marienbad, donde no sé si su hígado mejora o no, pero desde luego se le abre el apetito de compañía. Si no hay más remedio que tener invitados, al

menos que puedan decir que han disfrutado de una buena partida de caza. Aunque no pueda hacer otra cosa, puedo desempeñar el papel de montero mayor».

—Siempre estás escribiendo en ese cuaderno negro, abuelo.

—Es mi Cuaderno de Caza —dijo sir Randolph—. Bueno, en parte es mi Cuaderno de Caza. También anoto mis pensamientos. No es mala idea acostumbrarte a escribir lo que piensas. Así no tienes que molestar a nadie.

—Yo aborrezco escribir —dijo Violet.

—Eso es porque no se te da demasiado bien. A muy pocas personas les gusta hacer cosas que no se les dan demasiado bien.

—A mí se me da muy bien dibujar.

—Aquí tienes un papel y un lápiz. Hazme un dibujo bonito de una liebre mientras yo termino de redactar la crónica del día.

La niña inclinó obedientemente la cabeza sobre el papel y sir Randolph abrió el cuaderno por el lado contrario. «612 faisanes», escribió. «12 liebres, 22 conejos, 2 picapinos... Lord Harltip, el señor Ormston, el señor Harry Stamp (“Imbécil”, murmuró), el conde Rakassyi...».

Entró Rogers, el mayordomo.

—El té está servido en el salón, sir Randolph.

—¿Ya? ¿Ya han bajado todos? Parece que la gente cada vez tarda menos en cambiarse de ropa. ¿Tú crees que ya no se lavan, Violet? ¿Qué te parece?

—Creo que la niñera quiere que la señorita Violet vaya al cuarto de los niños —dijo Rogers.

—Ve, hija. Enséñame el dibujo primero. ¿No has podido hacer gran cosa? Sólo una línea.

—Es una línea muy larga.

—Necesitas algo más que una línea para dibujar una liebre.

—Mis pelos son sólo una línea —dijo la niña. Se entresacó con cuidado una hebra de pelo y se lo enseñó a su abuelo—. Mira.

El coto de caza era por aquel entonces muy vasto, abarcaba cuatrocientas hectáreas (una octava parte de la finca); estaba rodeado por un bosque y protegido por un muro, excepto donde el río hacía las veces de barrera natural. El cinturón de árboles tenía una profundidad variable y dentro del coto había además zonas de bosquecillos y arboledas, donde unas veces predominaban el roble y el acebo y otras veces el abeto de Escocia crecía entre los árboles de hoja caduca. La mayor parte de estos bosques la había plantado cien años antes el abuelo de sir Randolph, uno de los primeros entusiastas de la caza, que en aquella época era un deporte mucho más sencillo.

En el recinto del coto se encontraba también la granja, con algunas tierras de labor, y, justo al otro lado del muro, en dos de sus lados, había campos de trigo, nabos

y clavo. En otoño, los faisanes que Glass, el guarda de caza, había criado en primavera y a principios del verano, se alimentaban entre los rastrojos en compañía de algunas perdices.

Empezaba a oscurecer cuando Glass llegó a su casa, después de comprobar las piezas de caza que se almacenaban temporalmente para distribuir las más tarde entre los arrendatarios de las tierras del lugar, amigos de sir Randolph. La mujer del guarda había muerto hacía cinco años, y Glass vivía solo con su hijo, Dan.

Descolgó un saco colgado de la puerta de atrás y secó con él las patas y el pecho de sus dos perros cobradores. La perra se arrimó a su amo para que la secara primero, dando a entender, con un gruñido suave, lo mucho que le gustaba que le frotaran el pecho y la tripa, a la vez que sacudía la cola plumosa e intentaba lamerle la cara. El otro perro, *Sam*, era menos efusivo y más fácil de tratar. Glass echó a andar hacia la perrera, una caseta de ladrillo construida en el otro extremo del patio, con una verja de hierro delante y espacio para muchos más perros que *Sam* y *Bess*. Se aseguró de que Dan les había dejado en los cuencos comida y agua fresca y, hecho esto, cerró la verja y volvió a la casa, deteniéndose antes de entrar a lavarse las botas manchadas de barro debajo de un grifo.

Dan estaba delante del fogón, en calcetines, comiendo un bollo. A su lado estaba Flo, la hija de John Page, que llevaba un abrigo de lana y un cesto en el brazo.

—Mi madre me manda a decirle que mi padre está otra vez mal de la espalda. No podrá acompañarlo mañana en la batida.

—Maldita espalda —dijo el señor Glass—. ¿No puede hacer nada por él el doctor West? ¿Es que también West está de baja? Supongo que no podrá ir al aserradero si tiene la espalda mal. ¿Qué es eso que traes?

—Unos bollos con pasas de mi madre.

—Muy amable de su parte. ¿Cuántos se ha comido Dan? Hazme el favor de pasar de camino por casa de Tom Harker. Dile que lo necesito mañana de ojeador, que esté a las ocho en el coto para ahuyentar la caza hacia el bosque de Badger antes de que empiece la partida. ¿Te acordarás? A las ocho en punto, en Batty Clump.

—¿Tom Harker? —se sorprendió Dan.

—No hay nadie más. Mañana tendré aquí a cien hombres, o casi. Es el gran día.

—Dijiste que no volverías a contar con Tom Harker después de lo que pasó la última vez.

—No hay más remedio. Aunque no me hace gracia. ¿Por qué voy a enseñarle, y encima gratis, dónde encontrar las mejores presas? Pero Tom sabe bien lo que se hace. Necesito a alguien de confianza si John no puede venir.

—Puedo hacerlo yo.

—Tú irás al otro extremo de la línea de tiro. Además, ¿qué pasa si sir Randolph quiere que vayas con él para recargarle la escopeta, como ha hecho hoy?

—Ojalá me lo pidiera. Pero Charlie se habrá recuperado mañana. Sólo ha metido el pie en la madriguera de un conejo. Hasta el más tonto la habría visto.

—Un tonto no ve todo lo que tú ves, jovencito —dijo su padre.

Flo se echó a reír con admiración; pero al oír su propia risa, le pareció tonta y bruscamente dejó de reírse. Aunque era verdad que no conocía a ninguna persona que fuera tan observadora como Dan. Siempre había sido muy observador. Tenían la misma edad: catorce años.

—Tom sólo caza a escondidas para llenar el puchero —dijo Glass—. Al menos eso espero.

La casa de Glass quedaba algo apartada del pueblo, al borde de la masa forestal. Se veía desde la carretera, junto a una cancela que daba paso al bosque. Delante de la casa se extendía un semicírculo de hierba donde los caballos que arrastraban los carros, cargados con largos troncos de madera, podían esperar o dar la vuelta. En el centro de esa explanada crecía un roble, y a los pies de éste había un abrevadero de piedra. Ahí se detuvo Flo a encender su farol. No lo había encendido antes de salir de la casa, porque sabía que Dan nunca se molestaría en utilizar un farol en una noche como aquélla. Había luna, aunque en ese momento la tapaba una nube; de todos modos, Dan conocía tan bien el camino que apenas necesitaba mirar; se orientaba por el olor o el ruido, como un animal. A Flo le gustaba más la compañía de la vela temblorosa que la luz que le ofrecía. Conocía el camino casi tan bien como Dan: los árboles que crecían en el seto eran para ella presencias familiares, lo mismo que las cancelas, las zanjas y las arboledas que separaban la casa del guarda de la inmundada casucha —al menos así lo veía Flo— de Tom Harker. Era una casa de ladrillo rojo, de una planta, con la porquera o el establo a un lado y dos habitaciones en el otro, en la que Tom había vivido con su madre hasta que ésta murió, dos años atrás, con más de noventa años y sin un solo diente en la boca; desde que vivía allí solo, sus largas ausencias, cuando se iba sin dar explicaciones, eran menos frecuentes que en vida de su madre. Tom Harker era techador de profesión y supuestamente iba a buscar trabajo, o tal vez se marchara por el puro placer de deambular, pues por lo general había en la finca trabajo de sobra. Corrían rumores de que tenía una mujer en otro pueblo, a la que nunca había traído a casa por miedo al mal genio de su madre, que tenía fama de ser de armas tomar. Unos esperaban que, después de la muerte de la madre, la mujer por fin se dejaría ver, y otros creían que el hecho de que no apareciera tampoco era necesariamente concluyente: quizá al cabo de tantos años se había hartado de él.

El caso es que vivía solo, con una perra collie, flaca y huidiza como una sombra, a la que nunca se había oído ladrar, una perra ideal para un furtivo, eso pensaba Glass. A pesar de que era esquivo, y de que todo el mundo sabía que de vez en cuando se dedicaba a la caza furtiva, todos tenían a Tom Harker por una persona

respetable, buen hijo y hombre de palabra, amable con los niños que robaban manzanas de sus tres prolíficos y antiguos frutales —¿no se lo habían oído decir a él mismo cientos de veces?— y al que jamás se había visto borracho. Por eso, al no ver luz en su ventana, cuando Flo primero llamó a la puerta, después la empujó y asomó la cabeza en una habitación oscura, que olía sobre todo a tabaco, pero más que a esto a algo que le pareció casi indistinguible del olor que salía de las madrigueras de la ladera del monte, por encima del camino que cruzaba el bosque de Badger, la muchacha supo que de nada serviría buscar a Tom allí donde habría ido a buscar a cualquier otro hombre que no estuviera en casa a esa hora, es decir, al *pub*, pues sus frecuentes comentarios sobre los males del alcohol eran de sobra conocidos. No se le ocurría que pudiera estar en otro lugar después de la caída de la noche, pero el leve resplandor del fuego en la cocina parecía indicar que no andaba lejos. Como Flo era una chica responsable, decidió esperarlo. La noche no era fría y, a la vista del olor a hurón que flotaba en la casa, prefirió esperar fuera. Dejó el farol en el umbral de la puerta y se sentó a un lado, envolviéndose en el abrigo y cubriéndose la cabeza con la capucha, de manera que sólo veía la llama estable de la vela y un trozo del barril en el que Tom Harker recogía el agua de la lluvia.

Tom había visto al grupo de cazadores cuando éstos volvían a casa al final de la tarde y la neblina empezaba a cubrir los campos. Se subió al muro del coto, en el hayedo, con la perra a su lado, y esperó junto a un árbol, mirando hacia el coto y la arboleda donde tradicionalmente acechaban los cazadores para efectuar la última ronda de disparos en la segunda jornada de caza, que duraba tres días. Veía bien a tres de ellos, y a los demás detrás de la arboleda. Se quedó en un lugar discreto, como tenía por costumbre, aunque probablemente nadie hubiera protestado si lo hubiesen visto: una cacería importante, en la que participaban cazadores famosos, atraía con frecuencia a algunos espectadores, y, donde estaba Tom, no había temor de que pudiera interferir en el deporte.

Oyó que los ojeadores se abrían camino por el bosque, entre la maleza, silbando o lanzando una voz de vez en cuando, dando golpes en los troncos de los árboles y asustando a los mirlos, que se desperdigaban entre los matorrales con chillidos de alarma. Empezaron a oírse entonces los faisanes. Debía de haber algunos al otro lado, donde Tom no los veía —«¡Allí!», oyó decir. «¡Allí, a la derecha!»—, y después disparos, varios disparos más, hasta que de repente pareció que todos los pájaros levantaban el vuelo, cientos de faisanes entre las escopetas (presentadas como siempre de maravilla, según vio Tom, a la vez que reconocía de mala gana la pericia de Glass), y todas las armas disparaban al mismo tiempo. Veía a los tres cazadores, acompañados de dos cargadores cada uno: uno para recibir la escopeta vacía y otro para devolverla recargada, mientras el tirador no apartaba la vista ni un instante de los faisanes. Le pareció que al cazador que tenía más lejos se le escapaban algunas aves,

pero los otros dos —lord Hartlip y Lionel Stephens— disparaban a una velocidad y con una precisión ante las que Tom, como aficionado a la caza, no pudo sino sentir admiración. Un pájaro más pequeño surgió de pronto a un lado del bosque, volando muy deprisa. Era una presa fácil para lord Hartlip, que la abatió al instante: otro picapinos para añadir a su lista. No había un deporte mejor en ninguna parte de Inglaterra, pensó Tom Harker, que no tenía dificultades para acomodar mentalmente esta idea junto a sus opiniones acerca del dominio que ejercían los ricos sobre la vida de los trabajadores. La salva de disparos concluyó, se oyó la voz de Glass, que gritó con fuerza: «Listo, sir Randolph», y Tom vio que los cazadores se relajaban y se acercaban los unos a los otros, con las manos en los bolsillos o encendiendo un cigarrillo, después de haber entregado las escopetas a los cargadores para que las llevaran a casa, y vio que los perros, animados por sus adiestradores, empezaban a cobrar las piezas a toda prisa, y vio que la carreta, tirada por un caballo viejo, un animal que llevaba casi veinte años desempeñando el mismo trabajo, se acercaba para recoger el último cargamento del día. Los ojeadores, con sus característicos abrigos largos de color crema, ya salían del bosque. Glass habló con algunos de ellos —es probable que les diera instrucciones para el día siguiente— mientras sir Randolph se acercaba al grupo y destacaba entre los demás con su estrafalario y anticuado sombrero de ala ancha. Cuánto tardaban en dispersarse, pensó Tom. ¿No querían volver a casa a tomar el té? Incluso había un par de señoras que se habían sumado a los cazadores a la hora de comer y que, a diferencia de las demás mujeres, sus hijas o lo que fueran, se habían quedado con ellos hasta el final, quizá porque la tarde era muy agradable. El sol había lucido sin interrupción después de la niebla de la mañana —en la mansión había sido un gran día para espantar a los insectos con los plumeros— y Minnie había dicho durante la comida: «La verdad es que los colores del otoño este año son más bonitos que nunca»; a lo que sir Randolph había contestado: «Todos los años dices lo mismo», mientras observaba la cara regordeta de su mujer, un poco acalorada (se había puesto su traje de tweed nuevo y estaba pasando mucho calor), y esa mirada suya, tan irónica, tan penetrante, que no a todo el mundo agradaba. Minnie era una mujer tonta en muchos aspectos, y no todos sabían que, para su marido, gran parte de su encanto residía precisamente en esto.

Las señoras paseaban entre las hileras de pájaros muertos, en su mayoría ya recogidos y amontonados a un lado del camino para que pudieran admirarlos y hacer el recuento. Los hombres, tanto los cazadores como los ojeadores y los guardas de caza, iban y venían contemplando los animales sacrificados y expuestos. Tom, que necesitaba asegurarse de que tenía el camino libre para ocuparse de sus asuntos, esperaba, cambiando el peso de un pie al otro, a que todos se retiraran de una vez.

Despacio, sacaron de la arboleda el faetón con sus dos caballos azabaches. Era un coche grande y negro, de aspecto fúnebre —lo cierto es que en este mismo vehículo habían llevado al cementerio, en su ataúd, a la madre de sir Randolph, que murió en 1898, con diez años menos que el siglo—, con un asiento alto delante y espacio para

seis personas detrás, sentadas frente a frente. Las señoras subieron al coche. El grupo se demoró un poco más en decidir, con mucha cortesía, quiénes de los caballeros debían ir con ellas. Cuando por fin se encontró a los acompañantes idóneos, el faetón se alejó por el camino de la casa, que mostraba a lo lejos sus chimeneas, entre los árboles ornamentales, a más de medio kilómetro de distancia.

A continuación, sin tiempo que perder, cargaron el otro carro hasta que su estructura de hierro quedó festoneada de parejas de aves a los lados, las liebres, más pesadas, detrás, y por fin consiguieron dar la vuelta para salir en dirección contraria, hacia la granja, seguidos por una carreta más ligera de la que tiraba una jaca recia de color tostado, encargada también de repartir la leche, en la que llevaban los cartuchos que habían sobrado. Los caballos de granja no se guardaban en los establos de la mansión. Pasaron muy cerca de donde estaba Tom: el ruido de los cascos resonó con claridad en la quietud del atardecer y las últimas luces del día rozaron el bronce bruñido del bocado y el formidable pescuezo de las bestias de tiro.

Los últimos cuatro o cinco invitados volvían a la residencia a paso ligero, seguidos por los cargadores y los adiestradores de perros, que ya estaban a punto de desviarse de la avenida principal hacia la parte de atrás de la casa, donde se encontraban las perreras y la armería, mientras los ojeadores se dispersaban en dirección al pueblo. Tom esperó a moverse hasta que casi los perdió de vista, y hasta que los colores dorados del final de la tarde se rindieron a la suave tonalidad entre gris y rosada del primer crepúsculo. La niebla, todavía baja, aunque por momentos más densa, empezaba a levantarse visiblemente de la tierra, desplegando una capa de vapor húmedo que, a la mañana siguiente, aún seguiría cubriendo el suelo como la leche derramada mientras el cielo cobraba poco a poco el azul claro y pálido de un nuevo día de finales de octubre. Tom echó a andar por los alrededores del coto sin hacer ruido, sin alejarse de los árboles, hasta donde el terreno empezaba el descenso hacia la densa cortina de bosques que bordeaba el río. Se detuvo allí, en una cancela que daba paso a las amplias veredas de hierba, interrumpidas en algunos tramos por el bosque en su caída hasta la orilla del agua, donde al día siguiente se presenciaría una espléndida caza de faisanes, y buscó en los grandes bolsillos de su chaquetón. Era allí, mientras los hombres que habían pasado el día ocupados volvían a casa, y mientras Glass relajaba momentáneamente la implacable supervisión de sus dominios, donde, con ayuda de su perra, Tom cazaría un conejo.

—¿No está con nosotros el israelí? —murmuró sir Randolph, cuando le ofrecieron una taza de té.

Se había acercado a su nuera, Ida, y le hablaba al oído. Minnie, que estaba algo lejos de su marido, detrás de la tetera y el hervidor de plata, sentía un afecto especial por sir Reuben.

«Qué hombre tan encantador», decía Minnie de él. Lo cierto es que a menudo,

para dirigirse a él, lo llamaba: «Mi querido amigo». «Mi querido amigo, no tenías por qué haberte molestado», decía, cuando él le regalaba otro capricho muy caro. Era más que generoso con sus millones.

—Calla —dijo Ida con un dejo de reproche—. Se ha caído en una ciénaga y se está dando un baño de mostaza.

—No me digas. ¿En una ciénaga? Aquí no hay ciénagas.

Minnie los había oído.

—Se ha mojado los pies —dijo entonces con dulzura—. Cruzando una acequia. Lo he convencido para que me permitiera enviarle a Hopkins y se diera un baño de mostaza. Ya sabéis lo relajante que es.

—Desde luego que sí, cuando un hombre sale a cazar con un calzado inadecuado —contestó sir Randolph.

—No llevaba un calzado inadecuado —dijo Ida con firmeza—. Iba calzado como todo el mundo. Me fijé especialmente.

Ida sentía cariño hacia su suegro, pero había llegado a convencerse de que, cuando estaba en Nettleby —cosa que hacía con cierta frecuencia, porque su marido era miembro del cuerpo diplomático y normalmente estaba en el extranjero; y porque todos coincidían en que era importante que los cuatro hijos de la pareja pasaran una parte de sus años de formación en casa de sus abuelos—, su especial misión era encargarse de que sir Randolph «no se saliera con la suya», como diría ella, demasiado a menudo. Minnie rara vez se enfadaba con su marido: uno de los rasgos de su matrimonio era que a ninguno de los dos —aunque en varias ocasiones ambos se hubieran portado de una manera que les había causado sorpresa y quizá también dolor— se les había oído criticar jamás al otro. Ida era una persona muy práctica y creía que a sir Randolph se le consentían demasiadas excentricidades en la casa. Se había propuesto que a su marido no se le consintiera ninguna: estaba a punto de ser nombrado embajador. Ida tenía una mirada directa, los dientes ligeramente salidos y la cara grande y de aspecto saludable; parecía holandesa, aunque lo cierto es que era mitad francesa, por parte de madre, y hablaba cuatro idiomas con fluidez. A sir Randolph le gustaba su nuera, a pesar de lo dura que era a veces con él. «No es una belleza», decía de ella, «pero es buena persona. A nadie le gusta estar rodeado de demasiada gente con imaginación y esas tonterías».

La imaginación y esas tonterías habían afectado, por lo visto, a algunos de los hijos de Ida. Muchas veces, a sir Randolph le sorprendía que unos padres tan prosaicos hubieran engendrado a aquellos cuatro niños. En ese momento vio a la mayor de sus nietas al otro lado de la mesa del té: Cicely, de diecinueve años, coqueteando con el húngaro Rakassyi, mientras Tommy Farmer, el hijo de Roland Farmer, que acababa de ingresar en el cuerpo de granaderos y tenía la misma edad que Cicely, parecía como si no supiera dónde meterse. Marcus, el hermano de Cicely, de quince años, estaba sentado al lado de Tommy y comía ajeno a las sutilezas de la conversación. Cicely había heredado los dientes de su madre, pero tenía un rostro

alargado y fino, unos ojos castaños, grandes y llenos de vida, una nariz pequeña, aunque aquilina, y una abundante melena que siempre tendía a escaparse de los alfileres con que la sujetaba, y esta combinación le daba en conjunto un encanto vibrante. También tenía una manera de hablar atropellada, modelada hasta cierto punto, según su abuelo, a imagen de Aline Hartlip, a quien esta peculiaridad, entre otros atributos, le había procurado ciertamente un gran éxito social. Tal vez no fuera una forma de hablar demasiado favorecedora para una muchacha de diecinueve años, y se prestaba a comentarios indignados.

—Tengo que ponerme talco en las piernas, no hay más remedio —estaba diciendo Cicely en ese momento—. Y echarme de espaldas con los pies en el aire, y luego mi doncella y yo nos pasamos horas y horas tirando con todas nuestras fuerzas.

El conde Rakassyi parecía preocupado.

—¿Merece la pena tanto sufrimiento? —dijo.

—Desde luego que sí. Quedan maravillosas una vez puestas. Yo me siento muy orgullosa cuando las llevo. Tommy las ha visto, ¿verdad que sí, Tommy? Mis nuevas botas de caza... Sí, las has visto, Tommy. ¿Cómo te atreves a fingir que no?

Pero sir Reuben ya se acercaba al grupo, se abría camino por el suelo reluciente y las alfombras persas hacia la mesa del té, sorteando las mesitas y las plantas en sus macetas, y se excusaba por el retraso.

—Ha sido culpa de Hopkins, ya lo sé. Esa mujer puede ponerse muy mandona —dijo Minnie, subiendo la llama del hervidor de plata, para no servirle el té frío.

—Ha insistido de manera tajante en que el remedio sólo sería eficaz si pasaba media hora con los pies en la bañera; ni un segundo menos.

Sir Reuben levantó los hombros y tendió las manos, con las palmas vueltas hacia arriba, con una expresión de impotencia que también evocaba, como muchos de sus gestos, cierta actitud antigua, oriental, insinuante y sutil: el eco de una blanca plaza de mercado bajo un sol milenario. Tenía la cabeza grande, la frente alta y prominente, una nariz formidable, ganchuda, los ojos oscuros, levemente caídos en las comisuras, la boca de trazo delicado y sensible, y el mentón firme. Su modesta estatura sorprendía después de todo lo anterior: si hubiera tenido la nariz y la barbilla un poco más cerca, sir Reuben habría parecido una especie de Polichinela asiático.

Dijo entonces que hoy había vuelto a pensar que los bosques de Nettleby eran perfectos; en su opinión, nada tenían que envidiar a los de Sandringham o Holkham, aunque a menor escala, por supuesto.

—Los copiamos —dijo sir Randolph—. Son una copia exacta.

—No me había dado cuenta —contestó sir Reuben—. ¡Qué interesante! ¿Cómo lo hicieron?

Sir Reuben se acercó a su anfitrión con una actitud que parecía expresar una profunda simpatía, más propia de la esfera espiritual que del plano mundano. Mientras volvía a contar la historia de la amistad que unió a su abuelo y al primer lord Leicester —quien casi un siglo antes había empezado ya a plantar sus bosques,

con la mira puesta en la caza—, sir Randolph recordó una vez más lo mucho que costaba creer en la fama de su invitado, al que se contaba entre los negociadores más implacables de la cuenca minera del Rand, y contestó, una vez más, a la amable atención de sir Reuben, su rápida capacidad de comprensión y la extraña e insondable melancolía que irradiaba.

—Ah, Sandringham... —suspiró Minnie. (Habían pasado a hablar de la cría de faisanes y de los métodos que se emplearon por primera vez en Sandringham y se copiaron más adelante en Nettleby)—. Hemos estado allí, claro, pero sólo una vez. No es lo mismo.

—¿Cómo iba a serlo? —dijo sir Reuben, posando una mano en la de Minnie.

Los dos grandes amigos guardaron silencio y sonrieron con nostalgia, mientras sir Randolph se abstenía de señalar lo que sin duda hubiera podido señalar: lo mucho que disfrutó Minnie cuando el difunto rey dio su aprobación al plan y lo mucho que se esforzó después para que dicha nueva organización colmara las expectativas de su invitado real, con lo que estuvo a punto de llevar la finca a la quiebra.

—¿No tomabais col rizada por la mañana? —decía en esos momentos Charles Farquhar—. Estoy seguro de que tomé col rizada por la mañana la última vez que estuve aquí.

—La última vez que estuviste aquí no había coles. Era enero.

Sir Randolph tenía a Charles Farquhar por un personaje insignificante. Era un buen cazador, aunque la caza era lo único que despertaba su entusiasmo, y celebraba una buena cacería de perdices en su finca de Norfolk; por eso sir Randolph no tenía inconveniente en invitarlo a pasar unos días de vez en cuando, pero no veía ninguna necesidad de tomarse la molestia de hablar con él. Minnie había insistido en que esta vez tenían que invitarlo, porque vendría Aline Hartlip.

«Es *de rigueur* invitarlos a los dos en este momento», había dicho.

Aline Hartlip era una invitada muy exigente, y, si la presencia del apuesto aunque memo (en opinión de sir Randolph) Charles Farquhar servía para tranquilizarla mientras su marido, Gilbert, se concentraba en la caza, sir Randolph aceptaba de buen grado invitar también a Charles. Gilbert Hartlip era uno de los mejores cazadores de toda Inglaterra, si no el mejor de todos, y daba gusto verlo en acción: a veces causaba cierta inquietud, porque tenía un temperamento algo divo y podía llegar a ponerse difícil cuando creía que no le ofrecían los mejores puestos, tal como le correspondía. También tenía la costumbre de permitir que su cargador llevara la cuenta de su puntuación: ese día, sir Randolph lo había visto preguntar a su ayudante en varias ocasiones cuántos pájaros había abatido después de una ronda. Aunque sir Randolph sabía que ésta era una práctica bastante común, en privado la consideraba poco deportiva. En su opinión, la caza no debía ser una competición; claro que, cuando uno tenía una reputación como la de lord Hartlip, podía permitirse competir contra sí mismo. Confiaba en que Gilbert no abrigara otra intención. Por otro lado, había oído por casualidad, al mismo cargador, preguntar al cargador de Lionel Stephens qué

puntuación llevaba su amo, y, como Lionel Stephens estaba cazando de maravilla, sir Randolph tuvo la sensación de que podía estar surgiendo cierta rivalidad personal entre los dos cazadores, una idea muy incómoda.

Se percató de que Lionel Stephens parecía tranquilo y en forma, mientras que Gilbert Hartlip estaba pálido: era bien sabido, aunque no le gustaba que se hablara de esto, que después de cazar sufría fuertes dolores de cabeza. Lionel, por su parte, era lo que normalmente se entiende por un hombre de buena planta y, a diferencia de Charles Farquhar, tenía cerebro además de atractivo físico. No era alto, no tanto como Bob Lilburn, con cuya mujer, Olivia, Lionel estaba hablando en ese momento. Sin embargo, a pesar de su aspecto de héroe, Bob Lilburn no era ni la mitad de atlético que Lionel. ¿No había escalado éste el Cervino?

—Bueno, el amanecer... —estaba diciendo Lionel, con una mezcla de entusiasmo y modestia en su sonrisa aniñada—, el amanecer en las cumbres de los Alpes es un espectáculo asombroso.

—¡Cuánto me gustaría verlo! —dijo Olivia, con los ojos resplandecientes.

Eso era auténtica belleza, pensó sir Randolph. Una mujer hermosa, con un hombre atractivo a su lado: ¡qué orgulloso se sentía de ellos! Lástima que el pobre Bob Lilburn fuera un poco bruto, aunque simpático.

—No —dijo entonces Aline Hartlip, que estaba sentada al lado de Sir Randolph—. No hay absolutamente nada.

—¿Qué quieres decir?

Aline le sonrió, y su rostro inteligente y delgado traslucía la incredulidad que le causaba la ingenuidad de sir Randolph.

—No finjas que no estás tan intrigado como todos —dijo Aline—. Pero anoche tuve una pequeña conversación con Olivia, y te aseguro que no hay nada en absoluto. De hecho, creo sinceramente que ella ni siquiera sabía de qué le hablaba.

—Yo tampoco lo sé. Aunque detecto cierta maldad.

—¿Desde cuándo es maldad especular un poco? Además, una no puede evitarlo cuando lo que tiene delante, como en este caso, es de la máxima calidad..., ¿o no lo es ella?..., y está unida a alguien que parece de la misma calidad pero no lo es: una segunda persona a la que la primera persona, cumpliendo con su deber, le ha dado un hijo y heredero... Y ahora aparece una tercera persona que también es de la máxima calidad... Eso creo yo, ¿tú no?... Y yo diría que está evidentemente subyugada. Por supuesto que especulo. No se me ocurre nadie por cuya felicidad pueda interesarme más. Olivia es absolutamente excepcional. Aunque siempre he tenido envidia de ella, porque no hay quien la supere en encanto, ¿no estás de acuerdo?

—Ya sabía yo que se trataba de alguna maldad —dijo sir Randolph—. En cuanto al grado de superioridad en las artes del encanto, sabes perfectamente que esos laureles son tuyos. Qué pareja tan competitiva sois, tu marido y tú.

—¿Gilbert, competitivo? Pero ¡si ni siquiera se ha sumado al juego!

—Me refiero a la caza, en este caso.

—Ah, la caza. La caza no me interesa en absoluto —dijo Aline—. Aunque me gustan los hombres que son buenos cazadores, claro está.

—En ese caso, no podrías haber elegido mejor marido.

—Eso crees, ¿verdad? Pero hoy ha ocurrido algo muy extraño. ¿Te has dado cuenta?

—La verdad es que no —confesó sir Randolph.

—Me refiero a que cierta persona, no diré quién, porque ya sabes que uno siempre se da por aludido, ha cazado casi tan bien como cierta otra persona. O igual de bien. Creo que eso no había ocurrido nunca. Pero nunca.

—Entonces, sin duda hoy no ha ocurrido.

—Ha ocurrido. Y se lo ha tomado muy mal —insistió Aline.

—Bah, tonterías... ¿Cómo va a molestarse por una cosa así? El otro ni siquiera juega en la misma liga. No es un cazador famoso como tu marido. Es sólo un buen atleta al que se le da bien cualquier deporte. A él no le interesa igualarse con Gilbert.

—Claro que le interesa. Todo el mundo quiere derrotar al campeón.

—La caza no es un juego —dijo sir Randolph—. No es un deporte de competición. Te aseguro que estás muy equivocada, Aline. No es así como funciona el cerebro de nuestro joven amigo.

—¿Ni siquiera ahora que la locura del amor corre por sus venas? ¿Para deslumbrarla a ella?

—Tu maldad no conoce fronteras. Ella no se dejaría deslumbrar por eso.

—Cualquier mujer se dejaría deslumbrar por eso —dijo Aline—. ¿Por qué razón, si no, crees que los hombres se dedican a estas cosas? Es así, ¿verdad que sí, Charles? Los hombres hacen proezas para conquistar a las mujeres, ¿no es cierto? ¿Qué otra razón podría haber?

—Ninguna, mi querida Aline, ninguna —dijo Charles Farquhar, jovialmente.

—Proezas —dijo sir Randolph, decidido a que Aline no notara cuánto le había disgustado, pues ésta había sido probablemente la intención con que ella lo había dicho. (¿No le había parecido siempre demasiado flaca? La delgadez extrema, en las mujeres, era una señal de malicia, él siempre lo había dicho)—. Una proeza, para cualquier hombre, es formar pareja de bridge con mi mujer. Yo lo hice una vez, hace treinta años, y no he vuelto a tocar un naipe desde entonces. Aunque por la expresión de sus ojos veo que alguien va a tener que hacerlo. La fiebre del bridge se ha apoderado de ella. Sé que hay otro experto entre nosotros. Pero ¿hay alguno más?

Sir Reuben Hergesheimer era un excelente jugador de bridge. Minnie y él jugaban a menudo y apostaban fuerte. No había entre los demás invitados nadie como ellos.

—No estaría mal echar unas manos —dijo Minnie, como si no hubiera jugado un par de horas entre el té y la cena la mayoría de las tardes desde hacía treinta y cinco años. (A veces incluso jugaba después de cenar, aunque generalmente sólo cuando la partida se ponía seria y se dejaba en manos de los hombres, después de que las mujeres se hubieran retirado)—. ¿Aline? —preguntó Minnie—. ¿Charles?

Los dos aludidos se levantaron obedientemente. Hubo una oleada de movimiento. Rogers y una doncella acudieron a retirar el servicio del té.

—Vamos a la biblioteca a jugar a la Solterona —dijo Cicely.

—Lo que sea, menos juegos de palabras —dijo Tommy.

Pero cuando Rogers abrió la puerta, todo el mundo se distrajo. La abrió con el sigilo y la deferencia de costumbre y se quedó detrás, sosteniendo el picaporte mientras Mary, la doncella, salía con la bandeja de plata. No se dio cuenta de que parecía estar anunciando la llegada de un importante personaje.

—Mirad —dijo Cicely en voz baja.

Todos miraron y oyeron el suave chapoteo de unos pies con membranas. Al parecer, Rogers sostenía la puerta para dar paso a un pato.

—¡Ay! —dijo Ida, que reconoció al pájaro.

Al notar que Mary titubeaba con la bandeja en la mano, Rogers salió de detrás de la puerta para ver qué pasaba. La doncella se apartó a un lado, sonrojada de vergüenza. El pato, sin apenas dudar, siguió adelante y cruzó la puerta. Era una hembra joven, un ánade real en plena forma.

—Ah —dijo sir Randolph—. Rogers, creo que necesitamos al señorito Osbert.

—Qué cosa tan divina —dijo Aline.

—Pata, pata, ven aquí, ven, pata —llamó Cicely, extendiendo una mano.

—Es inútil que intentes atraparla —dijo su hermano Marcus—. Se echará a volar y lo tirará todo. Tenemos que esperar a Osbert.

—Qué niño tan travieso —dijo Ida—. Lo siento, *belle-mère*. —Era así como se dirigía a su suegra.

—No tiene importancia, hija —contestó Minnie—. Pero creo que Marcus tiene razón. Será mejor que no hagamos nada hasta que venga Osbert. El salón está lleno de cosas que puede tirar.

El grupo, que en su mayoría ya se había levantado y empezaba a desplegarse para las siguientes diversiones de la tarde, volvió a tomar asiento.

La pata se detuvo, como si de pronto tomara conciencia de cuánta gente había en el salón, y los miró a todos, uno a uno, con la cabeza ladeada.

—Está pensando —dijo Cicely.

—Espero que no tome ninguna decisión precipitada —dijo sir Randolph.

El ánade abrió la boca como si bostezara, sin hacer ningún ruido, volvió a cerrarla, sacudió ligeramente las plumas y extendió entonces una pata a un lado, como si diera un paso de baile. Luego desplegó un ala, abarcando con ella toda la longitud de la pata, y reveló con este movimiento una zona de plumas brillantes, azules con rayas blancas, escondida por debajo del ala marrón moteada.

—Qué maravilla —dijo Olivia.

La pata y el ala volvieron a su posición de costumbre, las plumas se sacudieron de nuevo, y el pájaro reanudó su atenta observación del grupo.

—¿Dónde se ha metido Osbert? —preguntó Ida.

Con un sonoro resoplido, el ave soltó entonces una cagarruta grande y húmeda. Cicely se rió. Hecho esto, la pata siguió andando despacio, bajó la cabeza y empezó a picotear y arañar la alfombra persa.

En ese momento, por fortuna, entró corriendo un niño, cogió a la pata en brazos —que protestó con un graznido pero no se resistió— y dio media vuelta para salir corriendo tal como había llegado. El niño de diez años, con la piel clara y el pelo oscuro, era Osbert, el tercero de los hijos de Ida. Cuando ya se acercaba a la puerta, apareció en el umbral la niñera, seguida de Rogers, Mary y otra doncella que traía una bayeta, un cubo y un cepillo. La ayuda había llegado.

—Osbert, espera —dijo Ida—. Al menos podrías pedir disculpas a tu abuela.

—Lo siento, abuela —dijo Osbert, con aire de sentirse acorralado.

Pero todos reían y parecían muy interesados en la pata. Únicamente Minnie instaba a Rogers en voz baja a seguir recogiendo los restos del té y sacar la mesa de naipes.

—Un pato es una mascota muy poco común —dijo lord Lilburn, mirando al niño desde lo alto de su estatura, por encima de la nariz larga y el imponente bigote marrón—. ¿Cómo llegó a tus manos?

—La encontré en el río en primavera. Había perdido a su madre.

—¿Era un polluelo?

—Tenía sólo cuatro días, creo —contestó el niño.

—¿Y no se escapa?

—Sí. Se va al río con los demás patos, pero siempre vuelve de noche, y a veces también de día. Por eso nunca sé cuándo va a volver. Y cuando vuelve, me busca.

—Más vale que mañana no la pierdas de vista —dijo Charles Farquhar, con su estilo campechano—. Está perdida si se va con la bandada de patos salvajes, ¿verdad, sir Randolph?

Sir Randolph miró a su nieto con un gesto muy serio.

—No la dejes salir mañana, Os. No te olvides.

El niño, de aspecto mucho más frágil que su hermano Marcus, apretó a su mascota con fuerza y asintió.

—¿Lo has oído, pata? —continuó Charles Farquhar en tono burlón—. Si sales mañana por la tarde te vas a enterar. Como te vea pasar volando por encima de mí, te aseguro que no tendrás la más mínima esperanza. ¡Bum! ¡Bum! Y todo habrá terminado para ti —dijo, riéndose con ganas.

—Si la matas —dijo Osbert, más blanco que nunca—, te mataré.

—¡Osbert! —exclamaron a la vez Ida y la niñera.

—Vaya, ¿conque ésas tenemos? —dijo Charles Farquhar, que parecía que lo estaba pasando en grande—. ¿Puedo preguntarte cómo piensas hacerlo?

—Te mataré. —Osbert entrecerró los ojos, tensó los labios y dijo entre dientes—: Rezando.

Hubo una carcajada general. Osbert se puso colorado. La niñera se lo llevó del

salón. La criada limpió los excrementos del ave y Mary terminó de retirar la vajilla del té. Rogers cerró la puerta sin hacer ruido después de que las dos salieran y desplegó la mesa de naipes, con su tapete verde. La conversación se reanudó.

—No deberíamos habernos reído —dijo Olivia Lilburn en voz baja a Lionel Stephens.

—Tú no te has reído —dijo Lionel Stephens.

—No me ha hecho gracia.

—¿Crees que tiene intención de cumplir su amenaza?

—No es eso. Pero, si yo fuera Dios, me sentiría inclinada a escuchar sus oraciones —contestó Olivia.

—¡Ah! —protestó él.

—Se ve que ese niño tiene emociones intensas, y habrá que educarlo para enseñarle las costumbres del mundo y ponerle del lado de las escopetas y en contra de los patos. Me parece una lástima.

—En cierto modo, todos tenemos que aprender a disciplinar nuestras emociones —dijo Lionel.

—Desde luego que sí, pero ¿quién inventa las reglas del comportamiento masculino? ¿Quién dice que matar es el súmmum del heroísmo? ¿Hay que sacrificar una vida por cada héroe? Veo que te escandaliza profundamente lo que digo. Lo siento.

—Más que escandalizarme, me impresiona —dijo ella—. Me impresiona porque, aunque sabía..., siempre lo he sabido..., que tenías tanto ardor, no creía que llegaras a manifestarlo, al menos conmigo.

—Creo que contigo puedo manifestarlo, porque eres un amigo de verdad y no te reirás de mí.

—No, no me reiré.

—Nos hemos puesto muy serios —dijo Lionel—. Creo que estamos rompiendo una de las reglas. No es de buena educación ponerse tan serio.

—Yo creo que sí lo es. Pero nadie lo sabrá. Cuanto más serios parezcamos, más pensarán que estamos contando terribles mentiras sobre Aline.

—Podemos hacerlo después —dijo Olivia—. Se me da muy bien contar mentiras sobre Aline. Lo que ocurre es que, desde que tengo un hijo, me ha dado por pensar en otras cosas, en que tengo una responsabilidad tremenda. Y, cuando estoy en una cacería, soy consciente de que mis sentimientos son muy distintos de los de los hombres y de que incluso me gustaría rebelarme contra el mundo que los hombres han construido, si supiera cómo. Preciso la belleza de un buen disparo, desde luego, y el encanto de los deportes y las tradiciones rurales, pero no puedo dejar de sentir la solemnidad que cobra todo eso, por su connotación de sacrificio, su connotación de muerte, de sangre. ¿Por qué necesitamos eso para que nuestro placer sea completo?

—La muerte y la sangre van implícitas en la naturaleza —respondió Lionel—. Están en todas partes.

—No tiene por qué gustarnos; no tenemos por qué buscar y desear la guerra para intensificar aún más el placer.

—¿Eso hacemos?

—¿Tú nunca has deseado una guerra? —preguntó Olivia.

—Supongo que en todos los hombres hay algo que responde a la llamada del combate —dijo Lionel.

—Ahí está.

—Ahí está —dijo él—. Pero, si puedo evitarlo, no mataré a la pata de Osbert.

—En eso te creo —dijo ella, sonriendo.

Lionel respondió con una sonrisa titubeante, pero antes de que Olivia hubiera podido preguntarse por qué, su marido se había acercado.

—¿Vas a jugar una mano de bridge, cariño? —preguntó Bob Lilburn.

—No, odio los juegos —dijo ella—. No tengo espíritu competitivo... Precisamente hablábamos de eso. Voy a buscar mi labor y a sentarme con Ida al lado de la chimenea.

—Yo te la traigo —se ofreció Bob.

—Gracias, Bob, eres muy amable.

Olivia se levantó. Lionel Stephens hizo lo mismo.

—Tengo que repasar unos informes muy aburridos —dijo Lionel Stephens—. Creo que debería aprovechar la oportunidad. Si no lo hago ahora, tendré que hacerlo antes de desayunar, y no es mi momento favorito del día.

Había anochecido mientras Tom Harker esperaba a su conejo, sin moverse de la cancela, con un dedo apoyado en la cuerda de la red que había extendido a los pies de la cerca que bordeaba el bosque. Oía a la perra muy atareada entre la maleza. Había levantado un conejo, pero éste se había escapado por el lado contrario a donde estaba la red; un silbido breve y agudo de Tom hizo que la perra se detuviera en seco cuando ya se había lanzado tras su presa y volviera a husmear entre las zarzas y los helechos. Escarbaba la tierra a conciencia —con tantas hojas caídas, el ruido parecía el de un animal el triple de grande—, sin éxito hasta el momento. Tom empezaba a tener frío. Le habría gustado encender su pipa, pero creía que el olor a tabaco ahuyentaba a los conejos. Tenía muchas teorías sobre las costumbres de los animales que cazaba; algunas podía demostrarlas y otras no, pero nada le hacía perder su fe. Los conejos preferían la noche oscura y el viento del norte o del este. Esta noche la oscuridad no era suficiente, una opinión que Flo, que seguía esperando con su farol en el umbral de la puerta de Tom, no habría compartido.

Tom cambió el peso del cuerpo de un pie al otro —éste fue su único movimiento, y fue inaudible—, y estaba pensando que debería haber traído al hurón, cuando oyó un ladrido corto de la perra y un ruido más fuerte en la maleza. Notó que la cuerda se tensaba. Sin soltarla, siguió rápidamente a lo largo de la cerca hasta que sintió un

tirón hacia abajo. El conejo luchaba frenéticamente y con cada pataleo se enredaba un poco más en la red. Empezó a chillar. Sujetándolo del pescuezo con mano firme, Tom clavó el cuchillo una sola vez, con fuerza, a través de la red. El animal dejó de moverse en el acto. Lo sacó de la red y se lo guardó en uno de los amplios bolsillos interiores del chaquetón. Volvió a la cancela, recogió la red con sumo cuidado y fue sacando del suelo una a una las clavijas con que la había sujetado. Se guardó la red y las clavijas en el otro bolsillo. La perra ya estaba a los pies de su amo, bostezando como bostezan los perros pastores. Sin perder tiempo en felicitarla, Tom dio media vuelta y subió a grandes zancadas la cuesta que llevaba a la carretera.

Cuando Lionel Stephens entró en su dormitorio, se encontró con un joven que estaba encendiendo la chimenea. Era John Siddons, uno de los mayordomos de la casa. Lionel no tenía por costumbre viajar con su mayordomo —había venido con un hombre que le cargaba la escopeta y cuidaba de su perro— y sabía que en Nettleby, donde se alojaba a menudo, podía contar con los servicios de alguno de los criados más jóvenes. John ya lo había atendido en otras ocasiones, y esta tarea era para el mayordomo más interesante que sus obligaciones habituales.

—Disculpe, señor —se excusó John—. Si hubiera sabido que quería usted estar en su habitación, habría encendido el fuego antes.

—No tiene importancia —contestó Lionel—. Tengo que revisar unos documentos y aquí estaré tranquilo y cómodo.

—Me temo que la habitación no está bien caldeada, señor.

—No hay problema. El fuego no tardará en tirar. Esta casa no es ni la mitad de fría que la mía, te lo aseguro.

—Mejor así —dijo John, cuando el carbón empezó a arder y a desprender calor—. Vendré más tarde para ayudarlo a cambiarse.

El mayordomo recogió la ropa de caza, desperdigada por el dormitorio, se llevó un par de zapatos para limpiarlos y salió silbando entre dientes, cosa que hizo sonreír a Lionel.

Todavía sonriendo, Lionel se acercó al escritorio, se sentó y abrió un cuaderno que había dejado allí. Leyó:

No sé por qué,
aunque he buscado en todas partes
un poco de consuelo,
sigue en mi pensamiento,
como un dolor profundo,
tu palabra más leve.

Gruñó, arrancó la página y la tiró a la papelera.

Asió un montón de papeles y empezó a leerlos deprisa, tomando alguna nota de vez en cuando en el cuaderno. Era un caso de fraude comercial muy complicado. Desentrañarlo sería un buen ejercicio.

Lo desentrañó, y tuvo tiempo además para abandonarse a sus pensamientos. Cuando, alrededor de una hora más tarde, John regresó con la intención de ayudar a Lionel a vestirse para la cena, encontró la habitación vacía, aunque el fuego seguía ardiendo con brío. La papelera estaba llena de papeles arrugados, arrancados del cuaderno. John sacó del armario la chaqueta de esmoquin de Lionel y la extendió sobre la cama. Encontró la camisa idónea en un cajón de la cómoda y eligió cuello y gemelos de un estuche de cuero que había en el tocador —dudó entre unos de oro y otros de amatista, y se decidió por estos últimos—, los puso en el ojal de los puños, listos para abrocharlos cuando correspondiera, sacó la pajarita, los calcetines y los zapatos, les dio un último repaso frotándolos con una manga, y se llevó la papelera antes de salir. Era evidente que el señor Stephens había tenido dificultades con su trabajo. John echó un vistazo al papel que estaba encima del montón: «... tú, ¿no ves que eres tú por quien debería luchar, por quien debería morir...?». Sorprendente. Tendría que leerlo más a fondo después, en la intimidad del cuarto de las calderas.

Sir Randolph se había retirado a su estudio. Le tenía mucho cariño a esta pieza. Sus antepasados del siglo XIX habían sido ricos terratenientes en una época en que la agricultura era un negocio muy lucrativo. En 1868 —sólo unos años antes de que comenzara el declive de la actividad agrícola, que la finca aún seguía padeciendo—, el barón de entonces, tío abuelo de sir Randolph, hizo algunas mejoras en la casa, que hasta entonces había sido una sencilla mansión de estilo georgiano temprano. Entre las mejoras figuraban una entrada más solemne —un pórtico con columnas que daba acceso al vestíbulo de techos altos y normalmente gélido— y un ala nueva añadida al edificio, donde se encontraba la sala de billar, el estudio y una armería, con las dependencias de la servidumbre y los dormitorios para los solteros en la planta de arriba. Sir Randolph se quejaba mucho de este añadido. Decía que la casa era demasiado grande y que había que cerrarlo. Minnie se oponía, con el argumento de que se quedarían sin diversiones —apenas quedaría espacio para los invitados y mucho menos para los sirvientes que los acompañaran—, y sir Randolph dejó que todos creyeran que si no ponía en práctica este implacable plan de eficiencia era por no disgustar a Minnie. La verdadera razón es que no soportaba la idea de quedarse sin su estudio.

La estancia era más bien pequeña, de techos altos, con un friso de madera de roble oscuro. El papel pintado también era oscuro, aunque apenas se veía debido a la cantidad de cuadros que cubrían las paredes y la enorme estructura de roble que coronaba la chimenea, con dos repisas apoyadas en sendas columnas a ambos lados. Las repisas estaban llenas de adornos, y, encima de ellas, un panel de madera tallada

y acanalada formaba un nicho en el que se exhibía una pintura ovalada, flanqueada por dos candelabros unidos al panel con bisagras. Este cuadro, como la mayoría de los que había en las paredes, era un paisaje con figuras —apenas discernible, porque los colores eran muy oscuros—. Sin embargo, a diferencia de los demás, oscurecidos por el tiempo y el humo del tabaco, obra de artistas como Zucharelli y George Morland, éste era el trabajo de un aficionado. La tía abuela de sir Randolph, una pintora de notable talento, lo había copiado, al óleo, en la primavera de 1864, cuando pasaba tres meses con su marido en Venecia. En el cuadro se veía a un hombre a caballo, contemplando una especie de cantera, en la que estaba sentada una mujer envuelta en una capa. El caballo tenía levantada una pata delantera, como si estuviera a punto de piafar, como si quisiera irse, mientras que el jinete parecía indeciso. Y a sus espaldas, a la derecha, se veía un grupo de edificios en la ladera de un monte, de aspecto sólido, puede que una granja, y un inmenso paisaje se desplegaba al otro lado, hasta el cielo pálido que cobraba un azul intenso y sombrío conforme se acercaba al horizonte. Era un lienzo que, una vez que se miraba —porque el barniz oscuro que la tía abuela Hannah había aplicado al óleo se había oscurecido aún más con el paso de los años, y no todo el mundo se fijaba en él—, parecía ejercer sobre el observador una especie de atracción infinita y misteriosa. Sir Randolph nunca se había preocupado de averiguar qué representaba supuestamente el cuadro o quién era el autor de la obra original. Le gustaba esa pintura como le gustaban ciertas piezas musicales, y no habría consentido que lo retiraran, lo limpiaran o lo restauraran.

Su escritorio ocupaba el centro del estudio. Pegado al escritorio, en el extremo contrario de donde se sentaba sir Randolph, había un sofá tapizado de felpa granate, con flecos en los bajos, y adornado con varios almohadones bordados por su madre con vagos motivos eclesiásticos. Junto a la chimenea, delante de un biombo decorado, había una butaca de cuero más cómoda. La chimenea era pequeña, pensada para quemar carbón, y estaba rodeada de azulejos pintados con imágenes de árboles y pájaros. Delante de la chimenea se extendía una piel de tigre y, en un rincón, al lado de una librería en la que se conservaban numerosos volúmenes de la Biblioteca Badminton, además de las *Cartas a los jóvenes cazadores* de sir Ralph Payne-Gallwey (la historia y la filosofía se encontraban al otro lado de la chimenea), había un oso disecado, de dos metros de estatura, con una mueca horrenda, que el padre de sir Randolph había cazado en las montañas Rocosas, en 1874, cuando ocupaba el cargo de subdelegado del gobierno en Canadá.

El escritorio era de roble macizo, con una barandilla de bronce bruñido en tres de sus costados. Aunque bien ordenado, normalmente estaba lleno de cosas. Para empezar, sir Randolph guardaba allí la mayoría de sus cofres. Tenía muchos cofres, de distintos tamaños y distinta madera; su conocida predilección por estos objetos facilitaba a sus parientes desde hacía muchos años la elección de sus regalos de Navidad. Algunos eran indios, con incrustaciones de marfil; otros franceses, hechos con madera de árboles frutales, y uno de los más grandes, de caoba, tenía la tapa de

taracea, con un diseño de cuadrados y rombos de diferentes maderas de colores más claros y oscuros, tantas que el artesano había incluido un diagrama dentro del cofre en el que indicaba cada una de las distintas variedades: peral, manzano, palo de rosa, datilero, aguacate, cornejo, cerezo negro, tamarindo o limero. En este cofre guardaba sir Randolph todas las cartas que Minnie le había escrito. Su interés no era tanto romántico —apenas habían mantenido correspondencia cuando se conocieron, porque en general siempre estaban juntos— como escandaloso. Minnie le había escrito desde Londres, desde casas de personajes importantes, desde balnearios, desde palacios, en las numerosas ocasiones en las que, por una u otra razón (por una u otra excusa, quizá, a la vista de que él nunca había compartido los gustos sociales de su mujer), él no estaba con ella. Eran cartas irresponsables y rebosantes de ingenio —aunque Minnie solía emplear el francés cuando se proponía decir algo verdaderamente escandaloso— que podrían haber causado mucha incomodidad si alguna vez se las hubiera enseñado a alguien. «Te echo de menos, como siempre, mi querido amigo», terminaban diciendo a veces. O: «Mañana, si Dios quiere, vuelvo a mi hogar con mi querido esposo». Muy pocos habrían adivinado cuánta sinceridad había en estas palabras. De recién casada, Minnie pasaba por ser una joven frívola.

En un cofre más pequeño, de caoba clara, con listones de palo de rosa, guardaba las cartas que le había enviado el difundo rey Eduardo VII, en su mayoría breves, cordiales y en las que el monarca se expresaba sin rodeos; en ellas se refería a la organización de alguna actividad deportiva o a los detalles técnicos que se habían suscitado en sus discusiones sobre estas actividades. Se imaginaba que Minnie conservaba probablemente una colección más amplia, una colección que revelaba un lado más íntimo de la personalidad del rey. Nunca se lo había preguntado.

Al lado de los cofres guardaba su Cuaderno de Caza actual, encuadernado en piel negra, como muchos de sus predecesores. Desde hacía años, tenía la costumbre de terminar el día anotando una entrada; lo abría por el final y dejaba que la pluma se deslizara al capricho de sus pensamientos. La primera vez que escribió fue en el invierno de 1893, cuando Minnie estuvo una larga temporada lejos de casa. Un día llegó una carta de Easton Lodge, donde ella estaba pasando unos días con Daisy Brooke, y el príncipe de Gales figuraba entre los invitados.

«Así que mi marido ya tiene cuarenta años, o los tendrá cuando reciba esta carta. Te he comprado una cosa que creo que te hará gracia, pero no te la envío, porque quiero ver la cara que pones cuando la veas». Resultó ser una caja de puros disparatadamente cara. «Siempre has tenido la sabiduría de un hombre de cuarenta, y eso me ha llevado a preguntarme muchas veces cómo me soportas, porque soy tan boba como una chica de dieciséis años. Ojalá estuvieras aquí». Él sabía que lo decía de verdad. También sabía que mucha gente pensaba que nada le impedía a ella estar con él si de verdad lo deseaba. Únicamente una fiesta conseguía alejarla de su marido. Sin embargo, Minnie tenía unas prioridades distintas de las suyas, y él nunca había creído que el matrimonio le otorgara el derecho de cuestionarlas. De manera

que dio la vuelta al Cuaderno de Caza —en el que estaba escribiendo cuando un lacayo vino a entregarle la carta— y escribió a continuación: «Mi mujer y yo nos queremos mucho, pero a ella le interesa la sociedad más que a mí». Era cierto. Su mutua decepción sirvió para acrecentar la ternura que sentían el uno por el otro. Ese invierno tuvo mucho tiempo para escribir en su Cuaderno de Caza. Tenía que acostumbrarse a ser lo que el mundo entendía por un marido complaciente, y el cuaderno le había ayudado un poco en este sentido.

Su complacencia era en ciertos aspectos —al menos en uno en particular— más aparente que real, pero éste era un detalle que sir Randolph consideraba demasiado íntimo para confesárselo a nadie, y ciertamente no podía contarlo con el fin exclusivo de evitar una humillación. El caso era que a Minnie le disgustaba el sexo. La familiaridad del lecho conyugal permitió que ella aceptara de vez en cuando las atenciones de su marido, y era también posible que en algún momento hubiera interpretado los deseos del rey como una orden real. Él nunca se lo había preguntado, pero sabía, siempre lo había sabido, que, aparte de esta posible excepción, las habladorías no eran ciertas: Minnie era una mujer fiel. Saberlo no le había ahorrado sentir angustia —a decir verdad, en cierto modo había acrecentado esa angustia, porque para ella esto constituía una especie de arma—, pero la intermitente soledad y la decepción de esos primeros años de matrimonio se habían transformado con el tiempo en una melancolía más estable y contemplativa que, como a veces señalaba su nuera, Ida, él en general disfrutaba.

«Aline Hartlip es una cizañera», escribió ahora. «Tiene lo que Minnie llamaría *mauvaise langue*. Gilbert es un hombre de primera y un auténtico cazador. Lionel Stephens es un buen muchacho al que admiro, por lo mucho que trabaja y porque, a mi entender, se está labrando una brillante carrera en la abogacía. Dice que no le interesa la política y que se dedica a lo que se dedica para llevar una vida interesante y útil, cuando bien podría quedarse de brazos cruzados en su agradable finca de Lincolnshire y contentarse exclusivamente con su afición a la caza. Su madre tenía algo de dinero y no habría pasado estrecheces. Sin embargo, Lionel lo ha visto venir, ha visto que esa clase de vida ya no es para ningún hombre: la clase de vida que yo he llevado. Ahora todo se ha vuelto en nuestra contra. Los políticos están empeñados en transformar este país en una sociedad urbana, en vez de rural, y en este proceso de cambio se creen con derecho a arrebatar el poder a los propietarios de las tierras. Nos lanzan sus leyes a la cabeza, crean concejos urbanos y concejos rurales, han abolido las competencias de los jueces de paz y nos animan a vender nuestros bienes en lugar de conservarlos para las generaciones futuras; no hacen nada por resolver los enormes problemas que padece la agricultura... Y, ahora, los liberales nos acribillan a impuestos. Hemos gobernado este país generación tras generación y nuestro gobierno no ha hecho ningún daño. Si la clase terrateniente desaparece, todo desaparecerá. Significará la ruina de la Inglaterra rural. Ida dice que tengo prejuicios. Que alguien me enseñe un hombre con sangre en las venas que no los tenga».

Sir Randolph ya empezaba a sentirse mucho mejor.

«Una era», escribió, «puede que incluso una civilización, está tocando a su fin: lo mismo ocurre en toda Europa. La transición es nociva para los jóvenes. Si la aristocracia se ve privada de sus funciones, ¿qué les queda a los jóvenes, sino entregarse al juego demasiado en serio? Sucedió al final del feudalismo, y está sucediendo también ahora».

—Creo que escribiré un panfleto —dijo en voz alta—. Para que circule en determinados círculos privados. Con una impresión decente.

Tom Harker volvía a casa, en la oscuridad, cuando su perra, que iba unos pasos por delante de él, de pronto se detuvo y luego siguió andando pegada a sus talones. Alertado, Tom se palpó los bolsillos para asegurarse de que no asomaba nada que pudiera delatarlo, un trozo de red o las patas del conejo, y apretó el paso. De frente, doblando la curva siguiente, se acercaba también a buen paso una figura alta, de la que Tom no conseguía ver la cara en la oscuridad, con un sombrero de ala ancha, una gruesa zamarra de Norfolk y una bufanda larga.

—Buenas noches, amigo —dijo el desconocido.

Tom ya se había acercado lo suficiente para ver que quien lo saludaba era un hombre de barba entrecana, con recias botas de caminar.

—Buenas noches, señor —contestó Tom.

—¿Tendría usted la amabilidad de indicarme dónde se halla la posada más cercana? Creo que me he perdido.

—Tendrá usted que ir al Nettleby Arms, al pueblo —dijo Tom—. Está en dirección contraria. Si me acompaña un rato, le indicaré el camino.

—Es usted muy amable.

El forastero dio media vuelta y echó a andar por donde había venido, casi sin esperar a que Tom acompasara el paso. Era un hombre alto, con una voz agradable, profunda y profesoral.

—Veo que tiene usted una pierna mala —dijo—. Dígame si voy demasiado deprisa. Llevo todo el día andando y ya he cogido un ritmo bastante rápido. ¿Estuvo usted en Sudáfrica, quizá, en el ejército?

La cojera de Tom, que andaba con una pierna tiesa, se debía a sus intentos por esconder el bulto del conejo en el bolsillo.

—No, señor, no. Ha sido un cepo —dijo Tom—. Esos chismes pueden ser muy crueles.

—¡Dios mío! ¿No saben que son ilegales?

—Fue hace algún tiempo —se apresuró a explicar Tom—. No ha sido el guarda de ahora, fue el anterior, que era un mal hombre.

—¡Y usted que lo diga!

—No le guardo rencor. Cumplía con su deber, tal como él lo entendía. Es lo que

digo siempre.

—¡El deber de atrapar a un ser humano en un ingenio diabólico que puede dejarlo inválido de por vida! —exclamó el forastero—. Y todo por asegurarse de que queden suficientes de esos pobres animales para que otro pueda matarlos. ¿Se caza mucho en la finca?

—La verdad es que sí. Es la finca de sir Randolph Nettleby. De los mejores cotos del país. Hasta el rey ha venido a cazar, aunque no tantas veces como su difunta majestad.

—¡Dios mío! ¡Qué macabro!

—Quitán a los pobres la comida que Dios les ha ofrecido —dijo Tom, cambiando de tono para adaptarse a lo que parecía ser la mentalidad del desconocido.

—Es un crimen.

—En cierto modo lo es. —A estas alturas, Tom estaba perplejo y hablaba con cautela.

—¿Tenemos que matar a nuestros hermanos y hermanas para alimentarnos? —dijo el desconocido.

—Sinceramente espero que no —contestó Tom tajantemente, a pesar de que no salía de su asombro.

—Mientras no reconozcamos que todos los seres vivos formamos una gran familia, seguiremos envueltos en las tinieblas siderales. En las tinieblas siderales —repitió.

—Ah —dijo Tom.

—Las aves son nuestras hermanas, las bestias nuestros hermanos.

—Es una manera de verlo.

—Lo único que necesitamos para nuestro sustento diario son los frutos de los campos y los huertos.

—Dicen que Dios proveerá.

—No hace ninguna falta comer carne. Hoy he caminado mis buenos treinta y cinco kilómetros y aún podría seguir otros quince. No he probado la carne desde hace cinco años.

—¿De verdad? —preguntó Tom.

—¿Saldrán mañana a perpetrar su matanza?

—No sabría decírselo, señor. Los pasatiempos de los ricos me traen sin cuidado. No sabría decirle si saldrán de caza mañana. Aquí me quedo yo, señor, éste es mi humilde hogar. Siga usted derecho hasta el cruce y habrá llegado al pueblo. Encontrará el Nettleby Arms a unos cien metros a su izquierda.

—No sé cómo darle las gracias —dijo el desconocido mientras le estrechaba la mano con afecto—. Permítame que le dé este folleto. Explica un poco lo que hemos hablado. Veo que es usted un alma gemela, un simpatizante. ¡Le deseo buena suerte!

Flo, con la vela del farol casi consumida y las piernas entumecidas debido al largo rato que llevaba agazapada para guardar el calor en el umbral de la puerta, oyó que

Tom se acercaba con paso desigual y murmurando con indignación:

—Sí, una alma gemela del carajo. ¡Maldito chiflado! Me gustaría saber de qué narices hablaba el puñetero. Lo ha llamado crimen: ¡maldito chalado!

Flo se levantó de prisa, aterrorizada, y se apoyó en la puerta, con el farol delante de la cara.

—¿Qué? —Tom se asustó casi tanto como ella—. ¿Qué pasa?

—Traigo un recado del señor Glass. Lo espera mañana a las ocho y media en Batty Clump, para la partida de caza.

—Espera un momento. Ven, pasa. Acabo de despedirme de un loco en la carretera que quería saber dónde iban a cazar mañana: no quiero que nos oiga. Pasa. No tengas miedo, soy Tom.

Entró en casa y dejó a Flo desconcertada, a oscuras, mientras iba al dormitorio a dejar el chaquetón, el conejo y todo lo demás encima de la cama, antes de volver a la cocina y encender la lámpara que había encima de la mesa.

—Así está mejor —dijo. Y se volvió a mirar a la chica—. Ahora cuéntamelo bien. ¿Dices que el señor Glass me quiere de ojeador? ¿Quién ha fallado?

Flo explicó que su padre estaba mal de la espalda y repitió el recado del señor Glass, sin apartar los ojos de la cara de Tom para no ver su mano derecha, que estaba manchada de sangre.

—¿Qué te parece eso? —preguntó Tom, señalando con la cabeza el folleto que había dejado en la mesa.

—No lo sé.

—Sabes leer, ¿verdad? Mejor que yo.

—Los derechos de los animales —leyó Flo con obediencia—. Una reivin... reivin..., algo de un doctor no sé cuántos sobre la familia universal.

—Conque los derechos de los animales. Los animales no tienen derechos, ¿o sí?

—Creo que no. No lo sé —dijo Flo.

Tom buscó en la repisa de la chimenea y sacó una barrita de regaliz.

—Ten, esto por ser buena chica y esperar tanto rato.

—Gracias, señor Harker. —Flo cogió el regaliz y se fue corriendo. No dejó de correr hasta que llegó a casa. De camino tiró el regaliz en una zanja. Tom se lo había dado con la mano manchada de sangre. ¿Y no iba murmurando algo sobre un crimen?

Cornelius Cardew siguió su camino muy animado por su encuentro con Tom. Pensaba que la gente de campo tenía una comprensión directa de las cosas, una apreciación instantánea y en general muda, sumamente esperanzadora. Se imaginó al buen hombre sentado junto al fuego, mientras su honrada mujer servía un saludable guiso caliente (al menos relativamente saludable, pues era mucho esperar que la familia tuviera la educación suficiente para haber renunciado a la carne) y los niños se acercaban a escuchar lo que decía el folleto que su padre les leería, palabras que al

principio les sonarían extrañas, luego los llenarían de asombro y finalmente prenderían una hermosa luz refulgente que lo transformaría todo en algo nuevo y sencillo y les presentaría de una manera irresistible la clara necesidad de que ellos, los pobres trabajadores, explotados por los ricos, tenían que establecer una alianza fraternal con los animales, explotados por todos los hombres.

Alargó la zancada cuando empezaba a bajar la cuesta hacia las luces del pueblo. Buscó con la mirada el lugar donde iba a pasar la noche. Estaba acostumbrado a recorrer a pie muchos kilómetros sin cansarse, a sus sesenta años, más de lo que se cansaba cuando era joven, pero esta vez había emprendido un largo viaje, desde las laderas de Hindhead, en Surrey, hasta los montes de Cotswold. Había salido la semana anterior y volvía de visitar a un amigo, en realidad un antiguo colega — veinte años antes habían sido directores de un colegio privado—, un hombre que había visto la luz poco después que el propio Cornelius y acababa de establecerse en una comunidad tolstoiana de la zona de Cotswold. La visita había sido muy estimulante para Cornelius. Le encantaba la idea de que la gente se uniera para trabajar por un mundo mejor y, aunque ahora le pareciese una ingenuidad, de joven era así como veía su labor en el colegio al que había dedicado los primeros años de su vida adulta, pero en ninguna de las asociaciones en las que había participado —la Asociación de la Vida Nueva, la Sociedad Fabiana— había encontrado la respuesta. La gente tenía tendencia a buscar en extrañas direcciones, por ejemplo en la religión, o en el árido análisis estadístico de problemas que, en opinión de Cornelius, no podían abordarse exclusivamente con un enfoque materialista (él mismo se tenía por un racionalista, pero no era materialista). Sin duda era mucho mejor formar una asociación propia, y, ahora que había encontrado a este grupo de espíritus afines, entre los que se había instalado su amigo Rundle, no veía ningún motivo para no hacer lo mismo. Había pensado posibles nombres mientras atravesaba Oxfordshire. La Agrupación de los Racionalistas no tenía suficiente garra; la Hermandad del Espíritu Libre quizá fuera un nombre excesivo, precisamente por lo contrario. Además, tenía la sensación de que ya había existido una asociación parecida en tiempos medievales y se había desacreditado por una u otra razón. No estaba seguro —su especialidad eran los clásicos, no la historia—, pero le parecía recordar que se dedicaban a la brujería o quizá a las orgías sexuales.

Impulsados por un proceso incontrolable, sus pensamientos lo llevaron hasta la sala de estar de su casa de campo en las colinas de Surrey, donde el fuego ardería vivamente y las lámparas del piano vertical —un Broadwood— de su querida Ada, que desmentía sus cincuenta y dos años con su belleza escultural, estarían encendidas, y ella preparándose para pasar la velada tocando a dúo con su vecino, el filósofo H. W. Briggshaw. Cornelius sentía un gran aprecio por H. W., pero los hombres racionales generalmente están sometidos a las mismas bajas pasiones que los hombres irracionales, y confiaba en que H. W. no moviera los ojos de esa manera tan tonta cuando llegaran a los pasajes más tiernos de Schubert. O, al menos, confiaba

en que su mujer no diera a entender que le agradaba que su compañero de piano hiciera este gesto.

Escribiría a Shaw, eso haría (apartando decididamente sus pensamientos de esta íntima escena cautiva) después de cenar, en la posada: escribiría una larga carta a su amigo, el famoso dramaturgo George Bernard Shaw, para esbozarle los detalles de su nuevo plan y contarle al mismo tiempo —pues le interesaría saberlo— el espléndido servicio que le había prestado en el viaje su ropa interior de lana Jaeger, una prenda tan racional. Imaginando ya las agradables frases con que formularía su descripción, siguió su camino hacia las luces de la posada.

Cicely, vestida para la cena, estaba sentada delante del espejo mientras su doncella, Ellen, que era la hermana mayor de Flo Page, le recogía el pelo.

—Se escapa, ¿verdad? —dijo Cicely—. Sobre todo cuando está recién lavado.

—Ya estoy aprendiendo, señorita. Estoy poniendo los alfileres más largos detrás. Anoche aguantaron bien, ¿no?

—Se me soltaron algunos mechones después de cenar. No paraba de recogérmelos mientras hablaba con el conde Rakassyi.

—Sé que durante la cena el peinado estaba perfecto —dijo Ellen—. Se lo pregunté a John, cuando volvió de servir el pescado, y dijo que estaba precioso. Espero que no le moleste que lo dijera, señorita. Lo dijo sólo para animarme, porque me vio un poco preocupada.

—¿Quieres decir que te quedaste rondando la puerta del comedor para preguntarle al mayordomo si se me había caído el peinado? —preguntó Cicely—. Ay, Ellen, creo que eso no es propio de una buena doncella.

—No lo hago siempre. Sólo a veces, cuando estoy más inquieta. Fue Hortense quien me enseñó a utilizar estos alfileres largos, y no estaba segura de hacerlo tan bien como ella.

Cicely se agachó en el taburete para ver el reflejo de Ellen en el espejo.

—¿Quién es Hortense? —quiso saber.

—¡Ay! —exclamó Ellen—. Se me ha escapado un mechón. Tendré que volver a empezar.

—Lo siento. Es que eres muy alta. No te veo la cara cuando hablamos. ¿No podrías sentarte o algo? —propuso Cicely.

Cuando se colocaron, cada cual a su gusto, Ellen, que medía casi un metro ochenta y era muy angulosa y enérgica, explicó que Hortense era la doncella francesa de lady Hartlip.

—No se imagina lo que sabe, por ejemplo, de plancha. Yo nunca podré hacerlo tan bien como ella —comentó Ellen.

—¿Es muy coqueta? —preguntó Cicely—. En las obras de teatro, las doncellas francesas siempre lo son.

—Yo diría que es divertida. Lo pasamos muy bien ayer por la tarde cuando tuvimos un rato libre y me enseñó a poner estos alfileres, aunque, por cómo hablaba con John esta mañana, nadie diría que es mi amiga. Yo no sabía adónde mirar. Cuando lo vi delante de ella, sonriendo como un idiota, me entraron ganas de matarlo. Y no se imagina cómo habla ella de lady Hartlip. Yo nunca haría eso. Es verdad que todos cotilleamos y sabemos que hay personas más agradables que otras con la servidumbre, pero yo creo que una chica como ella podría trabajar para cualquiera, por los puestos que ha ocupado. No debería tener ninguna necesidad de servir a una persona que no le gusta. No me atrevo a repetir algunas de las cosas que dijo, señorita; de verdad que no me atrevo.

—No, y creo que es mejor que no lo hagas —dijo Cicely—. Al menos supongo que es mejor que no lo hagas. De todos modos, lo que tienes que hacer es casarte con John cuanto antes y así podrás llamarlo al orden.

—No podemos, señorita. Todavía no. No tenemos perspectivas de futuro.

—John no será lacayo eternamente.

—Pero si buscara otro empleo, tendría que irse de aquí, y a ninguno de los dos nos gustaría —dijo Ellen—. No me imagino lejos del pueblo. Además, mi padre dice que soy demasiado joven.

—Tú sabes cómo camelarte a tu padre. Lo sabes perfectamente, Ellen.

—Sí, casi siempre consigo hacerle entrar en razón. John pensaba pedir empleo como mayordomo del señor Stephens. Cree que el señor Stephens es un caballero muy agradable.

—Yo también lo creo —dijo Cicely—. Muy agradable. Lo curioso es que es tan simpático, y lo hace todo tan bien, y es tan amable, inteligente y elegante, que a veces pienso que no es real.

—Yo creo que el conde Rakassyi es un caballero más de su estilo, señorita. Es más animado, ya sabe lo que quiero decir.

—Eso lo dices para saber qué pienso de él. Te conozco, Ellen. Eres muy ladina. Desde luego que es más de mi estilo, lo que significa que es irresponsable, seductor, aficionado a las habladurías y..., bueno..., bastante romántico en cierto modo. Pero ya sabes que tiene casi treinta años.

—¿De verdad? —dijo Ellen—. Nunca lo habría imaginado. Se conserva muy bien, ya me entiende usted. ¿Sabe, señorita? Hortense dice que lady Hartlip tiene más de cincuenta peinetas para el pelo. De carey, de diamantes y de todo tipo de joyas. ¿No cree que podría ir corriendo y pedirle que nos prestara una? Seguro que lady Hartlip no se daría cuenta.

—No, Ellen, de ninguna manera. ¡Qué ideas tan escandalosas se te ocurren! Supongo que Rogers nunca se irá de aquí, ¿verdad? Quiero decir, para que John pudiera ser el primer mayordomo.

—El señor Rogers no se irá hasta que se retire, estoy segura. Además, no sé si John podría ocupar su puesto aunque se fuera. No sé si tendría suficiente autoridad

con la servidumbre, porque todos lo han conocido como un simple lacayo. No sería fácil.

—Entonces —dijo Cicely— tendré que casarme con el conde Rakassyi y llevaros a John y a ti a Hungría, como mayordomo y doncella. Iremos en trineo, cubiertos de pieles, por las grandes llanuras nevadas, de palacio en palacio, todos ellos deslumbrantes.

—La verdad es que a mí nunca me ha gustado la nieve. No sé por qué. ¿Allí siempre hay nieve? —preguntó Ellen.

—Eres muy exigente. Cuando muera su padre, Rakassyi será un príncipe.

—De todos modos seguirá sin gustarme la nieve, ¿no?

—A lo mejor no hay nieve. En realidad no sé muy bien cómo es Hungría. Puede que haya interminables días de sol, sin más ruido que el viento que mece los tallos del trigo dorado y maduro.

—¿Tendrán pueblos bonitos, con una iglesia y todo eso? —preguntó Ellen—. ¿O cree que son católicos?

—No lo sé, ya me enteraré —dijo Cicely—. O, mejor todavía, si me hace una proposición, le diré que te gustaría aclarar con él algunos detalles antes de darle una respuesta. Tampoco es que haya dado muchas muestras de estar a punto de pedirme en matrimonio. Eso tengo que reconocerlo.

—Estoy segura de que eso sólo depende de usted, señorita. Aunque sigo pensando que nos vendría muy bien una de esas peinetas con diamantes.

—¿De verdad crees que con eso se soluciona todo? Ay, Ellen, ¿quiero que alguien me quiera por los adornos que llevo en el pelo?

Ida, que había entrado en el dormitorio de su hija para ver si ya estaba lista y bajar con ella al salón, oyó la risa de las dos muchachas y dijo: «Niños, niños», pensando que toda su familia estaba ayudando a Cicely a vestirse, antes de darse cuenta de que Cicely estaba sola con su doncella.

Ellen adoptó al instante una expresión muy seria, prendió los últimos alfileres y admiró su obra de artesanía.

—Ya está, señorita —dijo—. Buenas noches, señorita. —Y se retiró, estropeando un momento la estampa cuando su forma angulosa apareció en el espejo en el instante en que salía ya por la puerta, y se volvió para decir en un susurro—: Buena suerte, señorita.

—No deberías darle tanta confianza, Cicely —dijo Ida, sinceramente escandalizada.

—No hace falta que se la dé —contestó Cicely, jovial—. Ya se la toma ella.

Lord Lilburn había perdido su segundo mejor par de gemelos. Su mujer, Olivia, había subido a su habitación temprano, antes de que tocaran la campana para vestirse, se había cambiado de prisa —en general conseguía su admirada «naturalidad»

mediante el sencillo procedimiento de no pensar demasiado en la ropa que se ponía— y se había sentado en la *chaise longue* de cretona delante de la chimenea con un pequeño volumen encuadernado en piel. Lionel Stephens había estado leyendo el mismo ejemplar ese mismo día, después de comer. Tenía muchas de estas ediciones de bolsillo, y Olivia se había interesado por lo que leía y se había llevado la grata sorpresa de que, por una vez, no se trataba un clásico griego. «Me encanta Ruskin», dijo. «Incluso cuando tengo la sensación de que dice tonterías, me encanta cómo suena». A lo que Lionel sacó inmediatamente un bolígrafo de oro de un bolsillo y escribió: «Para O. L., de L. S. 30 de octubre de 1913». El título del libro era *Frondas agrestes*, una recopilación de pasajes de *Pintores modernos* de Ruskin, «seleccionados por una amiga del autor, la joven señorita de los Thwaite de Coniston».

Olivia no sabía quién podía haber sido la tal señorita de los Thwaite y se entregó a pensar en lo agradable que sería contar con un distinguido filósofo y sabio como vecino y amigo, y que éste le permitiera hacer una selección de sus textos para publicarlos en elegantes volúmenes encuadernados en piel. Siempre había pensado que le gustaría contar con la amistad de personas inteligentes. Lionel Stephens era inteligente, podía hablar de cualquier cosa. Poseía además otra cualidad que a Olivia le gustaba mucho: era capaz de pensar sobre cualquier cosa, es decir, no había nada que no estuviera dispuesto a considerar, tanto en serio como no tan en serio, y esta mentalidad abierta, esta actitud receptiva a las posibilidades de las cosas, le resultaba a Olivia una cualidad muy atractiva, además de un rasgo que, en su círculo social más cercano —que en realidad era el de su marido, porque se casó muy joven y hasta entonces había vivido tranquilamente en el campo, rodeada de muchísimos primos y primas— no era nada frecuente. Creía que Lionel sería un buen ejemplo para su hijo Charlie, y confiaba en organizar frecuentes encuentros entre ellos cuando el niño creciera.

Estos gratos pensamientos se interrumpieron en el momento en que su marido entró, con bastante brusquedad, y dijo:

—Ese idiota de Mathews se ha olvidado de la mitad de mis cosas —protestó Bob.

—¡Qué fastidio! —dijo Olivia—. De todos modos, estás muy bien.

—He tenido que ponerme unos gemelos que desentonan.

—Nadie lo adivinaría.

—Son demasiado elegantes —dijo él—. De pésimo gusto. Parece que vaya a un maldito baile.

—Estoy segura de que nadie diría eso, Bob. Son muy pequeños. A mí me parece que quedan muy bien.

—Tú no lo entiendes. Nunca entiendes la importancia de estas cosas. Gilbert Hartlip siempre va impecable.

—Y también es impecablemente aburrido —dijo ella—. Siempre me lo ha parecido.

—¿Cómo puedes ser tan frívola, Olivia? Gilbert tiene que cargar con mucho peso.

—¿Peso? ¿Qué quieres decir? —preguntó Olivia—. Nadie diría que Gilbert es gordo.

—Te haces la obtusa adrede —dijo su marido—. ¿Acaso eso te divierte? Gilbert carga con mucho peso en la sociedad.

—Ah, la sociedad.

—No la desprecies de ese modo, Olivia. La sociedad es muy importante. No soporto presentarme en sociedad sin ir bien pertrechado.

—No creo que sea una batalla, digo yo.

—En cierto modo, no es distinto de una batalla —dijo Bob.

—¿Una batalla en la que quien lleva unos gemelos demasiado elegantes acaba mordiendo el polvo?

—Bueno. —Bob empezó a sonreír sin querer—. Como mínimo sufre un revés.

Olivia se rió y apoyó la cabeza, con su densa corona de pelo caoba, en la *chaise-longue* azul.

—Qué tonterías dices.

—Muy bien —dijo él—. Búrlate si quieres, pero estas cosas constituyen la estructura de nuestra vida y, si perdemos el respeto por ellas, perdemos el respeto por nosotros mismos.

—Mi respeto hacia mí misma no guarda la más mínima relación con tus gemelos. Pero ya veo que quieres decir que puedo permitirme ser frívola gracias a que tú me mantienes y gracias a la posición que me ofreces al haberme casado contigo, y sé que eso es verdad, siempre he sabido perfectamente que es verdad, aunque al mismo tiempo lo vivo como si cargara como un gran peso. Por eso prefiero pensar en Charlie en vez de en eso, y aquí estoy, leyendo sobre educación. Aquí dice que debería crecer en estrecha comunión con la naturaleza, Bob. Eso está a nuestro alcance, ¿verdad? ¿Y qué te parece esto? —Abrió el libro por donde había dejado el marcapáginas y leyó en voz alta—: «Creo que la salud física y la felicidad de las clases altas se verían inmensamente beneficiadas si éstas se aplicaran a la práctica del ejercicio físico, aunque sea con torpeza, con el mismo esfuerzo con que se aplican a diversiones definitivamente superfluas. Sería mucho mejor, por ejemplo, que un caballero supiera segar sus campos, antes que montar a caballo por los campos de otros». ¿Qué te parece esto, Bob?

—Intentas provocarme y no me voy a dejar —contestó él—. ¿Quién es ese primate? John Ruskin... Bueno, ahí lo tienes. El arte y la vida son cosas muy diferentes, como, según tengo entendido, él mismo descubrió cuando intentó casarse, ¿no es así? ¿De dónde has sacado esa basura?

Bob se fijó en la dedicatoria que había en la guarda del libro. Olivia se sonrojó.

—Lionel Stephens lo estaba leyendo hoy, y me lo ha regalado cuando le he dicho que me gustaba Ruskin.

—Stephens es un buen hombre —dijo Bob—, un hombre en verdad excelente.

Olivia ya había notado en otras ocasiones que, siempre y cuando ella guardara las formas, su marido rara vez daba muestras de celos. Esto le parecía admirable, y se recriminó a sí misma por sentirse un poco confundida.

A pesar de todo, dijo con cierta nostalgia:

—A ti te preocupan mucho las buenas formas, ¿verdad, Bob?

—Por supuesto que sí —contestó él, en tono enérgico.

Estaban todos en el salón. Se les habían unido Harry Stamp y su mujer, Mildred, habían venido de Corston, a quince kilómetros de Nettleby; y Philip Ormston, que también vivía cerca y era compañero de Tommy Farmer en el cuerpo de granaderos, un joven atractivo y atlético, aunque menos inteligente que Tommy. Ida, que nada sabía de las fantasías de Cicely sobre palacios de invierno y trineos forrados de pieles, pensaba que Ormston era un buen partido.

Los Stamp llevaban tanto tiempo viviendo en Corston como los Nettleby en Nettleby. Dado que su entorno y su herencia genética habían sido muy parecidos a lo largo de los años, era posible que los Nettleby siempre hubieran mirado a los Stamp con irritación y bastante desprecio, y que los Stamp siempre hubieran mirado a los Nettleby con desconcierto y bastante admiración.

—¡Bueno, Randolph! —dijo Harry Stamp en un tono muy animado y bastante autoritario.

Sir Randolph no entendía por qué Harry Stamp siempre lo saludaba como si fuera un perro. Él no se veía como un perro; desde luego, no se veía como el simpático y leal perro cobrador al que Stamp parecía dirigirse.

—Mi querida Mildred... —Sir Randolph prefería ocuparse de la señora Stamp, más alta y corpulenta que su marido, que era un hombre bajito, rechoncho y envejecido. Mildred era hija de un terrateniente de Leicestershire, una reina Boudica en su pueblecito campesino desde tiempos inmemoriales, y la *bête noire* de Minnie. Llevaba un vestido morado, con muchos bordados y un cuello curiosamente asimétrico.

—Estás encantadora, querida —dijo Minnie, posando un brazo en el de Mildred y acompañándola para presentarle a los demás invitados.

—Es un vestido muy bonito, ¿verdad? Lo ha hecho esa costurera maravillosa del pueblo.

—Fascinante —suspiró Minnie, volviendo los ojos hacia sir Reuben Hergesheimer para presentárselo a Mildred. Minnie apenas disimulaba sus falsedades cuando veía a Mildred Stamp, mientras que ésta no se dejaba disuadir por esto en absoluto; contaba a Minnie Nettleby entre sus amigas más antiguas y la tenía por una mujer maravillosa, aunque algo mundana.

Así, con sus gemelos, sus alhajas, sus plumas y sus pliegues, desfilaron en procesión hasta el comedor, sin que ninguno de ellos dejara de experimentar cierta

emoción, pues incluso en una época tan ceremoniosa como ésta era agradable prepararse para escenificar los momentos inaugurales de una nueva ceremonia, diseñada con una perfección que nadie cuestionaba. Una vez escenificados los momentos inaugurales, el espectro del aburrimiento acechó a algunos de los invitados, lo que dio paso primero al temor y luego, quizá, a que se cuestionaran los fines que en un principio nadie había puesto en duda; pero eso sólo les ocurrió a unos cuantos: a sir Randolph, educado para una vida más sencilla; a Lionel Stephens, que seguía sin dominar esa obsesión de pensar en otra cosa que no fuera Olivia Lilburn, a quien tanto admiraba, y que todavía se sentía inquieto por la abrumadora naturaleza de los sentimientos que le inspiraba esta mujer; y a la propia Olivia, a quien la situación le resultaba en conjunto desconcertante, porque las preguntas llegaban a formularse sólo a medias y las respuestas, aunque pudiera adivinarlas, no llegaban a pronunciarse, porque era joven, mal educada y quería ser una buena esposa.

—En Hungría —le dijo Cicely a Tibor Rakassyi, que estaba sentado a su lado—, supongo que siempre hay nieve.

—¿Siempre? —dijo él—. Mi querida señorita Cicely, Hungría no es Siberia.

Minnie y Aline Hartlip tenían a Harry Stamp entre las dos, pero eran expertas en mantener a raya el aburrimiento. Se habían inventado una fantasía romántica. Maisie Arlington, según ellas, adoraba a Harry Stamp. Maisie, la más moderna y admirada de las jóvenes anfitrionas londinenses, había pasado un par de noches con su marido en Nettleby, en el mes de septiembre, cuando volvían de Escocia, y Minnie los llevó a ver los jardines de Corston.

—Me lo contó —exclamó Aline, aplaudiendo con entusiasmo, como si reconociera la descripción—. Me contó que un hombre divino le había enseñado los jardines, y estaba tan fascinada que no encontraba las palabras.

—Ahí lo tienes —dijo Minnie—. Así fue exactamente. Nunca la había visto tan *bouleversée*. ¡Quién iba a decirlo de Maisie! Fue todo un *coup de foudre*.

—Bueno..., ¿de verdad? ¿Lo decís en serio? —Harry Stamp miró a una y a otra, muy ilusionado—. Reconozco que me pareció encantadora..., quiero decir, receptiva, no sé si me explico...

—¿Receptiva? Estaba loca por ti, Harry, loca por ti —dijo Minnie con voz ronca—. Y tiene a todo Londres a sus pies. ¡Qué conquista has hecho!

—Bueno, no sé, no estoy seguro de que no me estéis tomando el pelo.

—¿Cómo puedes pensar eso? —dijo Aline, con aire ofendido—. Yo no soy así, ¿verdad, Minnie? ¿No es cierto que detesto las bromas y todas esas cosas?

—Por supuesto, mi querido amigo. Aline jamás se burlaría. No, no; es amor a primera vista. El amor más verdadero, en mi opinión. Naturalmente, tendrás que seguirle la corriente.

—¿Seguirle la corriente? —preguntó Harry Stamp—. ¿Lo crees de verdad? ¿Crees que debería seguirle la corriente? ¿Cómo? ¿Le envió flores o algo por el estilo?

—¡Qué cosas tienes! Todavía no —dijo Aline, con énfasis—. Las flores vienen después, no antes. Primero tienes que ir a verla.

—¿Ir a verla?

—Por supuesto. Siempre está en casa por las mañanas. Alrededor de las doce es el mejor momento. Y, si te dicen que no está, debes perseverar.

—¿Volver al día siguiente, por ejemplo? —dijo él.

—Y al siguiente, y al siguiente y al otro —dijo Aline, que sabía que su amiga Maisie detestaba recibir visitas antes de las cuatro de la tarde.

Minnie posó una mano enojada y suave sobre la de Harry Stamp.

—Me alegro muchísimo por ti, Harry. Mucha gente pasa por la vida sin conocer algo así. Es lo más auténtico, te lo aseguro.

—Sí, pero ya sabéis que soy un hombre felizmente casado y esas cosas.

—Ella también, ella también —dijo Minnie—. Pero todos estamos indefensos ante las tormentas de la pasión. Lo más auténtico, Harry, lo más auténtico no se puede negar.

—No —exclamó él, más que convencido—. No se puede negar. Pero es que no sé cuándo pasaré por la ciudad, ¡caramba!

—Tendrás que ir expresamente —dijo Aline—. Sin la menor duda. El número treinta y ocho de Princes Gardens. Ésa es su dirección. ¿Qué me dijo de los bigotitos rojos? Ojalá me acordara... ¿Rozar los labios contra un cactus incendiado de flores? ¿Eso dijo?

Temiendo que la fabulación estuviera empezando a írseles de las manos, y dejando que Harry Stamp siguiera poniendo reparos, encantado, a los comentarios de Aline, que tenía una expresión muy seria, Minnie se volvió hacia Gilbert Hartlip, sentado a su otro lado.

—¿Te has fijado en lo fácil que es tener conversaciones escandalosas a la hora de cenar? —dijo—. Todo el mundo está tan ocupado en ser amable con los comensales a los que tiene más cerca que a nadie le queda tiempo para enterarse de lo que se dice en otra parte. ¿Has observado a mi nieta? Se está volviendo muy coqueta.

—No creo que a su madre le haga gracia —contestó Gilbert.

—No, pero nunca he creído que el consejo de una abuela tenga que ser tan responsable como el de una madre, ¿tú sí? Yo le digo que se permita todas las travesuras que le apetezcan..., dentro de los límites del decoro, naturalmente..., y que trate a los jóvenes con tanta crueldad como se le antoje, sin compasión. No te imaginas lo mucho que se divertirá recordándolo en el futuro.

La benévola mirada de Minnie pasó del rostro animado de Cicely al semblante más absorto y serio de Olivia, que en ese momento miraba a Lionel Stephens con un gesto interrogante, conservando sin embargo, por la sencilla razón de que sus proporciones, sus rasgos, su cutis y el tono de su piel eran perfectos, y por la luz y la sombra que proyectaban las tenues velas que alumbraban la mesa, una especie de autoridad, y con ello y por ello, una especie de reserva.

Lionel estaba tan contento de sentarse al lado de Olivia que por un momento se quedó desconcertado y disimuló su confusión hablando primero con Aline Hartlip, a quien tenía enfrente. Desde su llegada, en la mayoría de las comidas lo habían puesto al lado de Olivia, y a Lionel le desorientaba la idea de que ella pudiera haber acordado con Minnie esta disposición en la mesa. Lo cierto es que Minnie no necesitaba que nadie la animara. Era una enamorada de la belleza y creía que fomentar un romance entre personas dotadas de belleza era el menor de los servicios que podía prestar a este atributo, pero Lionel estaba dispuesto a aferrarse al más leve indicio con el que Olivia pudiera demostrar que tenía cierta conciencia de lo ocurrido, del acontecimiento que ambos compartían. Le parecía asombroso que ella pudiera seguir mirándolo a los ojos sin reconocer la verdad que estaba escrita en esos ojos.

Después de intercambiar algunos cumplidos con Aline Hartlip, Lionel se volvió hacia Olivia, a la espera de poder sumarse a la conversación que ella mantenía con Philip Ormston, sentado al otro lado (fue entonces cuando Aline empezó a tomarle el pelo a Harry Stamp), y, al oír que hablaban del ballet ruso, a la primera alusión a Stravinski consiguió intervenir en el diálogo, en el que pronto se quedaron solos, cuando Cicely pidió ayuda a Philip para que mediara en un desacuerdo con Tibor Rakassyi sobre los pros y los contras de la caza en Irlanda y en Leicestershire.

—Es un libro estupendo el que me has regalado, produce sosiego —dijo Olivia—. Y es por el ritmo de las frases, más que por lo que dice, tal como me esperaba. Parece música. Estaba a punto de ponerme desagradable y, gracias a que he estado leyendo, no me he puesto así. Al menos no demasiado.

—El arte nos vuelve mejores, sin duda —dijo Lionel—. Es una de esas sencillas verdades que uno no es capaz de reconocer, porque se cree demasiado sofisticado. ¿Por qué ibas a ponerte desagradable?

—Me estaba poniendo altiva y caprichosa, sintiéndome superior, y me era completamente imposible entender que, cuando las cosas que para uno no significan nada son importantes para otro, no es necesariamente el otro quien tiene la culpa. No podría explicártelo de otra manera, porque en realidad es de una *banalité* inconfesable.

—Estoy seguro de que eres demasiado dura contigo misma, aunque sin conocer más detalles del caso no te lo puedo demostrar.

—¿Qué tal tu caso de fraude? —preguntó Olivia—. ¿Era un caso de fraude? ¿Ya has guardado a buen recaudo en el cerebro todos sus matices perversos?

—Supongo que sí —contestó Lionel—. No lo sabré a ciencia cierta hasta la semana que viene, cuando intente exponerlo de nuevo ante el atónito y admirado tribunal. No le he dedicado mucho tiempo. Me he puesto a escribir una carta muy larga e inútil a una amiga.

—¿Inútil?

—Porque sabía que no iba a enviarla.

—En ese caso, quizá sea una lástima haber escrito tanto —dijo ella.

—Tenía muchas cosas que decirle.

Olivia sintió que se emocionaba, inesperadamente, al pensar que Lionel pudiera sentir algún interés afectivo por alguien. Nunca se lo había imaginado en ese plano.

—¿Ella te quiere? —preguntó.

El interés con que Olivia hizo esta pregunta suavizó el exceso de franqueza y volvió más difícil la respuesta.

—No lo creo —contestó Lionel.

—Si querías decirle tantas cosas, seguro que ella habría querido oírlas —dijo ella.

—¿Tú crees?

—¿Por qué no se las dices en lugar de escribirlas? —preguntó Olivia—. Aunque siempre es agradable recibir cartas.

—Se las diré algún día —dijo él—. Algún día tendré que hacerlo. ¿Irás con los cazadores mañana?

—Supongo que sí —dijo ella—. Al menos por la tarde.

—¿Quieres venir conmigo? —preguntó Lionel.

—Me gustaría mucho. Me siento muy orgullosa cuando estoy contigo.

—Y yo me siento muy orgulloso cuando estás conmigo.

Minnie captó esta mirada. La captó cuando empezó a gestarse en los ojos de Olivia, se reflejó a modo de respuesta en los de Lionel, y luego pareció que se fundía con la mirada de la propia Minnie, que recorrió la mesa, las velas, los rostros, la plata y la cristalería (estaban tomando champán con el pescado), y le dijo a Gilbert Hartlip:

—A pesar de los pesares, uno consigue disfrutar, ¿no te parece?

Osbert soñaba con un lago grande y negro rodeado de árboles. Entre los árboles, la nieve había caído en la orilla del agua, y en la nieve veía las huellas de zorros al acecho. Sabía que debía tener cuidado.

Siempre había tenido sueños intensos. Lo mandaron a un internado a los ocho años —el mismo en el que su hermano Marcus había pasado cinco años antes que él, aparentemente contento—, y, desde el primer día, tomó la costumbre de dormir debajo de la cama. No estaba a disgusto, decía, no tenía queja, pero todas las noches empezaba acostado en la cama, como los demás chicos del dormitorio, y todas las noches, cuando la supervisora pasaba a hacer la última ronda, lo encontraba acurrucado en el suelo cubierto de polvo, debajo de la cama. Sólo por la fuerza conseguían sacarlo de allí. Todas las tardes, el director le pegaba con la vara por desobedecer las normas del colegio (se apresuraron a incluir una norma que prohibía dormir en cualquier parte que no fuera la cama), y todas las noches volvía a ocurrir lo mismo. Osbert era incapaz de explicárselo a sí mismo. Se encontraba mejor ahí, era lo único que podía decir. Finalmente, el director escribió a su padre para decirle que Osbert era una influencia nociva en el colegio y que jamás se había encontrado con un niño tan resistente a la disciplina. Osbert, que era pálido y tenía las piernas

larguiruchas, tuvo que instalarse en Nettleby y recibir clases particulares del vicario.

—A veces el señor Fortescue es el señor Fortescue —le dijo un día a su abuela—. Y otras veces, cuando está de pie y se inclina sobre el escritorio para mirar un ejercicio de latín, un día de sol, no es el señor Fortescue sino alguien completamente distinto, como una especie de araña grande y negra.

—Bueno, Osbert, hijo, espero que no vayas a creerte eso —le dijo Minnie—. El señor Fortescue es demasiado gordo para ser una araña.

Otro día, mientras paseaba por el bosque con sir Randolph, cuando se sentaron a descansar en el tronco de un árbol caído, Osbert dijo: «A veces sueño con unos círculos enormes que dan vueltas. Son densos, como mantas, y giran muy despacio; son muy grandes, y unos tienen pinchos y otros son suaves, y dan vueltas y vueltas sin parar».

—¿Es un sueño agradable? —preguntó sir Randolph.

—Es horroroso. Lo más horroroso que te puedas imaginar.

—¿Soñabas eso alguna vez cuando estabas en el colegio?

—Todas las noches —dijo Osbert.

—Pero no se lo contaste a nadie.

—De día se me olvidaba.

El señor Fortescue tenía a Osbert por un niño educado aunque desesperantemente olvidadizo. Ida no sabía si llevarlo a un especialista: había oído hablar de un hombre muy inteligente que vivía en Heidelberg. Sir Randolph dijo: «Déjalo en paz. Es un niño sin ninguna malicia. Dale tiempo y ya verás como progresa». Lo dijo como si hablara de alguna de sus perras cobradoras negras, de pelo rizado: Osbert, lo mismo que ellas, aprendería con el tiempo. El vicario descubrió que compartía con el niño un interés inesperado: a los dos les gustaban los juegos de palabras. Los del señor Fortescue eran malos. Osbert, ajeno al sentido de las cosas, a veces daba muestras de verdadero ingenio, o, como decía su abuela, de «*jeu d'esprit*». Resultó que a fin de cuentas tenía memoria y no le importaba aprenderse listas de vocabulario en latín; cuanto menos se pareciera la materia a sus preocupaciones diarias, más le gustaba a Osbert. El latín y las matemáticas eran sus asignaturas preferidas. El señor Fortescue no veía ninguna razón para que, con el tiempo, no pudiera seguir los pasos de su hermano en Eton.

Osbert se quedó en Nettleby con Violet y la niñera mientras Cicely y Marcus se fueron con sus padres a París, donde habían destinado a su padre. La frontera entre los sueños y lo que Osbert entendía por la vida real se volvió entonces más nítida para él. Sus sueños dejaron de ser tan angustiosos como antes.

Así, el lago oscuro y las huellas de los zorros en la nieve, entre los árboles, a pesar de que eran muy importantes, ya no le daban miedo. Le exigían un esfuerzo que se sabía capaz de hacer. En alguna parte del agua negra, o entre los cañaverales que bordeaban el lago, dormía su pata, con el pico verdoso y gris tan escondido entre las plumas moteadas que sólo la punta asomaba por debajo del ala: las huellas en la nieve

indicaban que corría peligro, pero Osbert no dudaba de que la encontraría a tiempo de salvarla. En el sueño, echaba a andar despacio alrededor del lago, buscándola. Iba descalzo (porque estaba en pijama) y no dejaba rastro en la nieve. Soy más ligero que los zorros, pensaba, y por tanto más poderoso que ellos; y Osbert ni siquiera se asustaba cuando oía que lo perseguían a la carrera. Corrían demasiado deprisa para estar acechando a una pata tan pequeña; debían de estar buscando otra cosa, pero cuando Osbert volvió la cabeza para mirarlos, vio que no eran zorros sino una manada de lobos que gruñían y gritaban: «Detente, detente, bestia»; y, cuando se apartó para dejarles paso, uno de ellos abrió con estrépito la puerta de su dormitorio, la sujetó con una botella de sifón, para que no se cerrara, y lanzó un chorro de agua de soda que silbó en toda la habitación.

—Tommy, eres tonto —dijo Cicely—. Ésa es la habitación de Osbert. Aquí no hay nadie más. Vete.

—¡Uy! Lo siento.

—¿Qué pasa? —preguntó Osbert, sentándose en la cama.

—Vete, Tommy. —Cicely se acercó corriendo para arrodillarse al lado de la cama y abrazar a su hermano—. No pasa nada, sólo estamos jugando al escondite. Pobre Osbert, ¿te hemos asustado?

—Sabía que erais vosotros jugando al escondite —dijo el niño. Y era verdad, porque en el sueño lo sabía—. ¿Os ha dado permiso la abuela?

—Calla —dijo Cicely—. La abuela está jugando al bridge. Duérmete.

Tibor Rakassyi, que despreciaba estos juegos ingleses tan infantiles, vio desde el rellano iluminado la figura arrodillada que abrazaba al niño y oyó las palabras que susurraba para tranquilizarlo, seguidas de una risa disimulada, y pensó: «La verdad es que es muy cariñosa, tal vez debería interesarme un poco por ella».

Cuando terminó su trabajo, John, el lacayo, bajó al cuarto de las calderas para ver si las botas del señor Stephen ya se habían secado. Al menos ésta sería la excusa si por casualidad alguien le preguntaba qué hacía allí; en realidad sabía por experiencia que las botas del señor Stephen estarían secándose perfectamente (no habían llegado a mojarse demasiado) y no tenía que limpiarlas y dejarlas en la puerta de la armería hasta primera hora de la mañana siguiente. Le gustaba el cuarto de las calderas. Era un rincón íntimo y calentito. Le gustaba el rugido del horno, enorme; ni siquiera el olor acre del humo de coque le resultaba desagradable. Cuando Ellen le escribía una nota, solía leerla en el cuarto de las calderas. Esta vez no era una nota de Ellen lo que quería leer, sino la carta que había encontrado en la papelera de Lionel Stephens y que se había guardado en el bolsillo para estudiarla más adelante. Aunque estaba arrugada y rasgada por la mitad, era muy fácil recomponerla.

«Querida mía», empezaba diciendo. «No podía mirarte cuando sonreías: ¿te has dado cuenta?».

Después de confirmar que era una carta de amor, tal como suponía, y sin que se le pasara por la cabeza que no debía leerla —al contrario, felicitándose por haberla rescatado de la papelería en lugar de dejarla con el resto de la basura, donde nadie la encontraría (la ayudante de la cocinera, por ejemplo, que era una chica muy tonta)—, siguió leyendo.

«Tienes una sonrisa que no me es posible mirar, no porque me deslumbré, a pesar de que es deslumbrante, sino por lo inocente que es. Parece que no supieras lo mucho que te amo, lo mucho —pues así tiene que ser— que tú me amas o vas a amarme. No en vano —¿cómo iba a ser posible?— nunca han existido entre nosotros esos titubeos con que las personas suelen esconderse las unas de las otras. Desde el primer momento nos miramos de corazón a corazón: ¡ah, cómo nos miramos! “Mi rostro en tus ojos, el tuyo en los míos. En los rostros descansan los corazones fieles”. Podemos hablar de cualquier cosa —de trivialidades, de habladurías, de lecturas—, o puede producirse uno de esos momentos en los que de repente nos decimos con tanta facilidad cosas que de verdad son importantes para nosotros, pero siempre nos miramos. Nunca he conocido a nadie a quien pudiera mirar a los ojos como te miro a ti. ¿No hay otro poema de Donne, con un verso que dice: “Y mientras ahí nuestras almas negociaban”? Bueno, cuando nos miramos, nuestras almas negocian. Y únicamente cuando tú me miras como si no lo supieras, cuando me ofreces la misma sonrisa cordial, cálida y dulce que ofreces a los demás, y que es tan hermosa que me duele, y tan bondadosa que me produce ganas de llorar, es cuando tengo que apartar mis ojos de ti. No es para mí esa sonrisa. Bien lo sé.

»Me ha impresionado mucho, de todos modos, algo que acabas de decir, sobre la guerra y esas cosas, porque tienes razón, por supuesto, y adoro tu buen juicio, y sin embargo..., sin embargo..., hay en lo otro algo que en cierto modo es inevitable. Si estallara una guerra, yo querría combatir. No creo que estalle. Unos dicen que va a ocurrir algo con Irlanda; otros dicen que, tarde o temprano, el régimen militarista de Alemania no dudará en querer medir sus fuerzas. Por otro lado, ya hemos visto estallar dos o tres crisis en los últimos años que al final han quedado en nada. ¿Quién sabe? No puedo afirmar que desee una guerra; sin embargo, a veces tengo la sensación de que la vida es extraordinariamente agradable para quienes tenemos la fortuna de haber nacido en un determinado país, y me pregunto si es justo que sea tan agradable sólo para unos pocos. ¿No hay en esto, a veces, una especie de saciedad... y de codicia al mismo tiempo? Parece que nos hemos vuelto locos por el dinero —nunca se ha jugado tanto como ahora, se ha especulado tanto, se ha perseguido tanto la suerte—, pero ¿no nos han educado a todos para ser héroes (romanos, ya que nos ponemos así)? Suponiendo que hubiera una guerra, una prueba importante, ¿no serviría para limpiarnos del materialismo, del cinismo, de la laxa y perezosa hipocresía, para ceñirnos exclusivamente a nuestras fuerzas y recuperar la sencillez? Porque ésa tiene que ser la razón por la que estamos aquí, para dejar el mundo mejor de como lo encontramos.

»Y si ese momento llegara, amor mío, sería por ti por quien yo lucharía. Tú no me darías las gracias, incluso puede —aunque Dios no lo quiera— que te indignaras conmigo, como hiciste por un momento cuando hablamos de la guerra, pero no podrías impedírmelo. Un mundo mejor —todo mejor—, eso eres tú para mí. Eres Verdad porque eres Belleza, o Belleza porque eres Verdad. Y no podrías impedirme que muriera por ti, aunque preferiría con creces vivir por ti, si me lo permitieras...».

John leyó la carta varias veces. Después la dobló despacio y se la guardó en el bolsillo. Se quedó un rato de brazos cruzados, apoyado en la mesa grande, donde habían dejado las botas de los caballeros, contemplando el horno y el resplandor del coque en llamas que se escapaba por las puertas. La carta le dio mucho que pensar. En primer lugar, estaba la consideración mundana de que, si el señor Stephens se había enamorado, cabía la posibilidad (pues no había en la carta ninguna indicación sobre la identidad de su enamorada) de que se casara pronto, y, en tal caso, sin duda tendría que ampliar su servidumbre: buscaría a una pareja joven y trabajadora como mayordomo y doncella. No era eso, sin embargo, lo que había dejado a John tan pensativo. Era más bien la sensación de haber reconocido ciertas emociones que hasta entonces no había sabido cómo expresar. La carta le parecía sincera; evidentemente, era así como el señor Stephens se sentía cuando estaba enamorado, y ahora que John la había leído, comprendía que así —aunque de una manera ligeramente distinta, claro— se sentía él debido a su relación con Ellen. Se miraban a los ojos, y ella representaba todo lo que había de bueno en su vida. No eran personas educadas y no tenían mucha poesía —él pensaba que quizá podían pasarse sin poesía—, pero eso de luchar por ella y por un mundo mejor, cosa que sin duda añadía una nota de gloria personal, en eso, bueno, si había una guerra y si el señor Stephens iba al frente, él lo acompañaría.

Estos pensamientos tan inspiradores animaron a John. Llevaba algún tiempo un poco alicaído, con la sensación de que las cosas entre Ellen y él tal vez no iban por buen camino. Seguro que el señor Stephens y su enamorada vivían la situación en un plano mucho más elevado: y eso era sin duda por su educación, porque conocían más palabras para expresar las cosas. John no tenía nada que objetar a esto, pero no sabía si quizá él y Ellen se estarían perdiendo algo al ser tan buenos amigos. Se conocían desde hacía mucho tiempo y, aunque a veces todo era muy solemne —las noches de verano, por ejemplo, cuando paseaban tomados de la mano por la orilla del río, contemplando a las libélulas, a las golondrinas y los saltos repentinos del martín pescador—, incluso en estas ocasiones tenían la costumbre de empujarse el uno al otro o, simplemente, de darse un cachete en el trasero. No se imaginaba al señor Stephens y a su enamorada dándose cachetes en el trasero. Él y Ellen lo hacían a menudo; incluso cuando estaban trabajando y se cruzaban en el pasillo. Pero Ellen siempre decía la verdad, y ésa era una de las razones por las que a él le gustaba. Era de fiar, valiente y en todo distinta de la estúpida ayudante de la cocinera. Él nunca le había dicho que era Verdad porque era Belleza o que era Belleza porque era Verdad,

porque nunca se le había ocurrido, pero ahora que sabía que podía decírselo, no veía ningún motivo para no remediar ese descuido.

Aline Hartlip estaba delante del tocador, con una bata de raso azul oscuro, arreglándose las uñas con un lima que tenía el mango de marfil. No era feliz. Unos golpecitos en la puerta hicieron no obstante que el corazón empezara a latirle a todas luces más deprisa, con la esperanza de que quien llamaba fuera Charles. Antes de levantarse, se miró en el espejo y vio que sus mejillas pálidas habían cobrado un leve rubor y sus ojos se habían iluminado.

«Perra», susurró para sus adentros. Y había en su susurro tanto desprecio como vanidad. Con la boca entreabierta, posó la lengua un instante en el labio inferior y dejó que su mirada se alimentara de su propio reflejo de deseo carnal; después se acercó a la puerta despacio, consciente del roce del raso en su cuerpo desnudo, y, también despacio, la abrió.

—¡Gilbert!

—Lo siento, cariño, no quería molestarte. ¿No tendrás uno de esos sobres que te dio ese médico francés? La cabeza me está matando otra vez.

Aline volvió al tocador, moviéndose ahora de un modo distinto, y buscó el sobre.

—¿No son una droga muy peligrosa? Deberías tener cuidado.

—No es más que láudano o algo por el estilo —contestó Gilbert—. No es opio o cloroformo. A ti no te han hecho daño. Necesito algo.

—Pobrecillo. Lo siento. No sabía que los hombres ya os retirabais. ¿No ibas a fumar un cigarro?

—No me apetecía, con este dolor de cabeza.

—¿No te ha servido de nada el papel secante? —preguntó Aline.

Gilbert suspiró. El papel secante se lo había recomendado su cuñado alemán, cuando Gilbert estuvo cazando en su finca de Silesia unas semanas antes. Se suponía que masticar papel secante hasta convertirlo en una especie de pasta y colocar la bola entre los dientes y el labio superior evitaba la vibración del cráneo que causaba los dolores de cabeza. El remedio no había dado resultado.

—A lo mejor el papel secante alemán es diferente —dijo Aline—. ¿Lo probaste cuando estuvimos en Alemania?

—No. No me lo dijo hasta el último día —dijo Gilbert.

—Debe de ser eso. Escribiré a Maud para pedirle que me envíe papel secante alemán.

—Eres muy amable —dijo él—. Podría sentarme bien. —Gilbert flexionó los dedos, sin decidirse a marcharse—. Puedo quedarme un rato si quieres.

—Cariño, no es una de nuestras semanas —contestó Aline—. Además, necesitas descansar si quieres estar en forma mañana. No vayan a pensar los demás que Lionel Stephens es mejor cazador que tú. Ya sabes cuánto le gustan a la gente las

habladurías. No querrás eso, ¿verdad?

—¿A qué te refieres? —preguntó Gilbert—. ¿Dicen eso?

—No sé qué dicen exactamente. No pongas esa cara de asombro. Tú también lo has pensado.

—Tonterías —dijo él—. ¿Qué han dicho? Dime qué han dicho.

—Nadie ha dicho nada. Por favor, no me ladres, Gilbert.

—No te estoy ladrando. Alguien ha dicho algo, de lo contrario no habrías pensado en eso.

—Sí lo habría pensado —dijo Aline—. Lo he pensado. ¿Por qué no?

—Nunca piensas cómo me va en la caza.

—Claro que sí —dijo ella—. Al menos cuando veo que alguien se propone cazar tan bien como tú. Puede que no me interese todo lo que hagas, pero siempre soy leal. Lo sabes.

Gilbert, que en ese momento estaba pálido, tenía por lo general una expresión altiva y distante, fruto de su arrogancia natural y agravada por la sinusitis, pero, al pensar en la lealtad de su mujer, una sonrisa de satisfacción iluminó sus rasgos, dándoles por un instante una viveza que en general no tenía.

—Ya verán todos —dijo Gilbert—. Descansaré bien esta noche y ya verán. Ya verás.

—Claro que sí. Puedes derrotar a ese tonto engreído cuando quieras.

—No creo que Lionel Stephens sea un tonto engreído. Pero de todos modos lo derrotaré.

—Es un engreído. Y un mojigato —dijo Aline.

—Eso sólo lo dices porque empiezas a aburrirte con Charles y te gustaría tener un romance con Lionel. Pero puede que él tenga otros intereses.

—Habíamos quedado en que no volveríamos a hacer ese tipo de comentarios rencorosos.

—No era mi intención —dijo él—. No siento ningún rencor. Lo he sentido en otros momentos, pero estoy empezando a acostumbrarme.

—Por favor, no te pongas melodramático. Hicimos un trato, y yo estoy cumpliendo mi parte. Fuiste tú quien empezó, con esa arpía asquerosa de Maida Vale.

—Es normal que los hombres tengan distracciones mientras no afecten a la devoción que sienten por sus mujeres.

—Las mías no afectan a la devoción que siento por ti —dijo Aline—. Nunca he dicho nada desleal, nunca te he dejado en mal lugar en público. Vete, por favor, a mí también me duele la cabeza. Debe de ser contagioso.

Gilbert miró a su mujer, recordando casi con cariño cuánto se enfadaba con ella en otro tiempo, recordando también, casi con alivio, que ya no la encontraba especialmente atractiva.

—Sí, ya me voy —dijo—. Gracias por la pócima.

Salió y cerró la puerta sin hacer ruido. Dormía en otra de las habitaciones del

mismo pasillo. Minnie había tenido la previsión de asignar a los Hartlip la habitación roja, es decir, la que estaba más lejos del vestidor que normalmente se asignaba a este dormitorio. La habitación de Charles Farquhar estaba al otro lado de la habitación roja, no exactamente al lado, sino a dos puertas de ésta. Se podía confiar en Minnie para este tipo de cosas.

Sir Randolph visitó a los demás caballeros en sus habitaciones mientras se retiraban. Todas las noches pasaba de puerta en puerta —«¿Necesitas algo más?»—, avivaba el fuego y recorría la estancia con la mirada. Minnie generalmente hacía lo mismo con las mujeres; le parecía extraño que alguien se fuera a la cama sin que ella se lo ordenara. Los hombres, por su parte, a veces se quedaban fumando o jugando a las cartas cuando su anfitriona se retiraba; acostarse antes se interpretaba como un síntoma de mala salud. Sir Randolph sabía que Gilbert Hartlip debía de tener bastante dolor de cabeza. Lo había visto otras veces sentado, con la cara blanca y el gesto ausente, pero siempre intentaba seguir mal que bien la conversación, en lugar de disculparse, retirarse y dejar que los demás pudieran hacer comentarios sobre su debilidad. Como si eso tuviera importancia, pensó sir Randolph. Conocía a unos cuantos hombres que cazaban igual que Gilbert y después tenían dolores de cabeza. No veía en esto ningún motivo para avergonzarse, y pensaba que Gilbert era un hombre extraño, orgulloso y frío. A pesar de todo, era un espléndido cazador, y sir Randolph consideraba un honor contarle entre sus invitados, es decir, cuando salían a cazar. Su compañía no era muy animada en las veladas, a menos que se hablara de caza. Sobre este tema tenía cosas fascinantes que decir, pero era de mala educación hablar de deportes en presencia de las damas.

En su dormitorio, sir Randolph abrió la ventana de par en par y se asomó. La noche era clara y parecía más fresca: puede que incluso se produjera la primera escarcha de la temporada. Respiró hondo. De los árboles que se encontraban a un lado del césped, donde había posado la mirada, surgió de pronto la zorra que frecuentaba esta arboleda en particular, y cruzó la hierba, con la cola tiesa, al trote, preocupada por sus asuntos y ajena a los de sir Randolph.

Entornó la ventana, se desvistió, dejó la ropa pulcramente doblada en una silla, se subió a la cama alta, con muchas almohadas, y tomó de la mesilla un ejemplar del *Selborne* de White.

—Qué zorrita tan simpática —dijo en voz alta, sin molestarse en pensar qué tenía aquella zorra para merecer su aprobación.

Apenas había amanecido cuando Tom Harker se levantó y fue a la cocina para remover las brasas del fuego y animarlas a prender de nuevo. Llenó de agua un hervidor y una olla grande y los puso a hervir antes de salir para soltar a su perra y

echar un poco de comida, tras la cerca de alambre, para su pestilente hurón de pelaje amarillo, que lo miró sin pestañear con sus ojos sonrosados. Orinó en el camino, al lado del bancal de las coles —el retrete se encontraba al otro lado del huerto y no merecía la pena ir hasta allí para estas necesidades menores—, y el chorro levantó un penacho de vapor.

Volvió a entrar y empezó a despellejar el conejo. El fogón tardaría un rato en calentarse y hasta entonces no podía prepararse una taza de té. Manejaba con precisión el cuchillo afilado. Pronto había retirado la piel, como quien quita una chaqueta, y a continuación la extendió para salarla. Destripó rápidamente al conejo despellejado y cubierto de sangre, lo cortó en pedazos y lo puso en una cazuela con unas cebollas y unas zanahorias. Colocó la cazuela sobre el fuego, donde antes estaba la olla de agua, llevó la olla a la mesa, se quitó los calcetines con los que había dormido y los echó en el agua caliente. Se quedó un momento pensativo y añadió también el pañuelo que llevaba al cuello. Fue al dormitorio, se puso unos calcetines de lana limpios y se agachó debajo de la cama, con un ligero gruñido, para buscar otros dos pañuelos y otro par de calcetines sucios. Los echó a la olla, sacó un trozo de jabón amarillo del armario de la cocina y empezó a frotar con energía, tarareando entre dientes una melodía semejante a un zumbido.

Cuando silbó el hervidor, se preparó una taza de té bien cargado, cortó unas lonchas de tocino gruesas y se las comió con pan de centeno. Después salió a tender la colada en una cuerda, en el huerto: ya era de día, y la niebla baja de la mañana empezaba a aclararse. Todavía tarareando, o entonando su zumbido, echó a andar entre los bancales del huerto, unos cubiertos de malas hierbas y otros no, y entró en el retrete.

Su madre le había enseñado a ir al retrete todos los días después de desayunar. Su padre murió cuando Tom tenía cinco años, por lo que apenas guardaba recuerdos de él. Su madre trabajaba en el campo día tras día y por lo general estaba demasiado cansada para prestarle atención, pero siempre había sido muy estricta en algunas cosas, y ésta era una de ellas. De pequeño tenía tendencia al estreñimiento, lo que significaba que debía levantarse más temprano de lo que le hubiera gustado, para cumplir con esta obligación antes de ir a la escuela. A pesar de todo, el retrete no era en absoluto para él un cuarto de castigo, todo lo contrario. Era una caseta de ladrillo bastante grande, con dos escalones en la puerta, porque el terreno se inclinaba en la ladera por detrás de la casa y la caseta en realidad tenía dos pisos —uno en el que se encontraba el asiento de madera y otro dos metros por debajo, que se abría una vez al año por una puerta lateral—, de manera que el suplicio resultaba llevadero. El tamaño del asiento y la profundidad del espacio inferior obligaban a Tom, de pequeño, a tener cuidado para no caerse por el agujero, pero, gracias a esta leve nota de temor, la caseta cobraba para él un ambiente misterioso y fascinante. Otros niños no tenían retretes tan grandes y no temían caerse dentro de ellos.

Enfrente del asiento, a la altura de la vista de la persona que estaba sentada, había

un ventanuco por el que se veía una hilera de judías apuntaladas con rodrigones, y, detrás de las judías, mucho más allá, los bosques de la otra orilla del río, al pie de la ladera de campos verdes que había detrás del huerto. Aquella mañana, los bosques seguían parcialmente escondidos por la niebla que se levantaba del río, y sólo las copas de los árboles más altos se distinguían con claridad.

La perra, *Spot*, estaba sentada delante de la caseta, mirando hacia el valle amplio y brumoso. Como su amo había estado recientemente haciendo almiares en una granja, a unos ocho kilómetros del pueblo, era este trayecto de ida y vuelta lo que marcaba el ritmo de los días; por eso, cuando el intermitente tarareo que salía de la caseta dio paso a exclamaciones de satisfacción (como mucha gente que vive sola, Tom Harker tenía la costumbre de hacerse compañía con algunas manifestaciones vocales), *Spot* se levantó, empezó a mover la cola despacio y, en cuanto vio salir a Tom, se puso a bailar alrededor de los pies de éste, anticipándose al momento de ponerse en camino.

Tom estaba de buen humor y no le hizo reproches, pero más tarde, cuando sacó el conejo de la cazuela, donde ya empezaba a despedir un olorcillo muy apetitoso, apagó el fuego, se puso los pantalones, se calzó las botas recias y se embutió en un abrigo hasta los pies, dejó a la perra atada al lado de la caseta y se fue sin ella. *Spot*, decepcionada, lo siguió con la mirada y lo vio subir la cuesta a grandes zancadas, sin dejar de tararear, hasta que se perdió de vista camino del coto.

El desayuno en la casita del guarda de caza era una ceremonia más esmerada, con mantel limpio y una tetera grande decorada con flores, platos a juego, un montón de tostadas y dos huevos pasados por agua por persona. Dan preparó el desayuno mientras su padre daba de comer a los pollos y a los patos y recogía los huevos.

La señora Glass había muerto hacía cinco años, y los otros dos hijos, dos chicos y una chica, ya no vivían en la casa. Uno de ellos era guarda forestal en una finca de Yorkshire; el otro, con inclinaciones mecánicas, trabajaba en la fábrica Morris de Oxford y vivía en esa ciudad, en una casa de huéspedes. La chica se había ido a servir cerca de Bicester. La señora Glass tenía una hermana casada que vivía en el pueblo, con hijos con la edad suficiente como para cuidarse solos, y venía tres veces a la semana a limpiar, lavar la ropa y cocinar para sus parientes. A cambio de eso le daban huevos, verduras y una buena parte de la caza que Glass recibía entre los muchos incentivos de su trabajo. Por lo demás, el padre y el hijo se las arreglaban solos, y Dan era casi tan pulcro y meticuloso con las tareas domésticas como con sus dibujos botánicos y sus notas sobre la naturaleza.

Esas notas se habían convertido en un punto en común entre Glass y sir Randolph. (Dan, aunque no era indiferente a la cuestión, no sabía de qué lado ponerse). Todo empezó con Cicely, pues ésta, un año antes, cuando Dan todavía iba a la escuela, había visto uno de sus cuadernos de notas de naturaleza. Minnie siempre

se alegraba de que alguien se hiciera cargo de sus obligaciones en el pueblo. Cuando estaban en Nettleby, Ida y su hija se encargaban de hacer la mayoría de las visitas, que Minnie en realidad no soportaba, aunque nadie lo hubiera adivinado a juzgar por las apariencias. Un día en que Cicely fue a la escuela, le enseñaron los trabajos del muchacho y volvió muy impresionada por el talento de Dan Glass. Sir Randolph quiso ver alguno de los cuadernos y, cuando Dan dejó la escuela para trabajar como ayudante de su padre (a cambio de un salario de veinte libras anuales), el barón, que ya se había interesado por él, no tardó en llegar a la conclusión de que, aunque sin duda con el tiempo llegaría a ser un excelente guarda de caza, había algo no sólo en sus notas y en la calidad de sus metódicos dibujos, conservados en distintos cuadernos, sino también en la prudencia con que formulaba sus observaciones, que traslucía un genuino espíritu científico. Sir Randolph pensó que sería una lástima que no cultivara esta cualidad y se ofreció a financiar la educación del chico. Propuso una escuela de secundaria en Oxford (¿no podría alojarse Dan con su hermano el mecánico?) y albergó la esperanza de que incluso pudiera llegar a la universidad. Incómodo y sin saber explicar la razón por la que se oponía vivamente a este plan, Glass había logrado rechazarlo hasta el momento, con educación, pero con firmeza. Dan no sabía qué pensar. Estaba más que contento con la vida que llevaba, aunque sin duda sería maravilloso trabajar en lo que a él le interesaba más que nada en el mundo, con personas que sentían lo mismo. Por otro lado, la perspectiva de continuar los estudios no se le antojaba tan maravillosa y tampoco quería dejar a su padre solo. Desconocía por el momento las ambiciones mundanas, más allá de la ensoñación que no exige un compromiso activo. La cuestión seguía estando en el aire. Glass había dicho que no, aunque le remordía la conciencia. Sir Randolph insistía en que su ofrecimiento seguía en pie. Dan intentó olvidarse, a la espera de que la Providencia se pronunciara, como quizá haría, de un modo u otro.

Después de desayunar, Glass se puso nervioso mientras Dan apilaba los platos en el fregadero.

—Déjalos. Nos vamos ya.

Empezaba a impacientarse, como siempre que tenía un día importante por delante.

—Todavía no son las siete —dijo Dan tranquilamente, y empezó a lavar los platos.

—Tenemos que llegar antes que los demás —contestó su padre—. Quiero pasar por casa de Tom Harker, para asegurarme de que viene.

—Vendrá. Flo habría venido a avisarnos si no lo hubiera encontrado o si no hubiese podido venir. Además, a él le gusta la caza.

—Que lo zurzan —dijo el señor Glass—. Lo que le gusta es tener la oportunidad de explorar el terreno.

—También le gusta la caza —dijo Dan—. Y la comida.

Consintió de todos modos en dejar los platos para más tarde y fue a calzarse las

botas. Sabía que sir Randolph era tan perfeccionista como su padre, y más valía prevenir que curar.

Ellen subía corriendo las escaleras de atrás, con cuatro jarras de bronce relucientes y llenas de agua caliente, dos en cada mano, y cuatro toallas de lino blancas y relucientes, dos colgadas de cada brazo.

John, que venía por el pasillo en dirección contraria, con varios pares de zapatos limpios, se detuvo a observar la tarea de Ellen, que no carecía de riesgos.

—Se te van a caer.

—Sólo si tú te pones en medio —contestó Ellen—. ¡Cuidado! ¿Qué haces?

—Dejarte una carta en el bolsillo —dijo John.

Ellen flexionó las piernas largas y se agachó a los pies de John para dejar en el suelo las jarras de agua caliente. Lo miró con gesto interrogante.

—¿Una carta?

—Quiero que la leas cuando estés sola. Es muy larga.

—¿Es muy seria? —dijo Ellen.

—Sí.

—Ay, no. ¿Qué pasa, John? No me puedes hacer esto cuando tengo tanta prisa. ¿Qué dice la carta?

A John le gustó verla tan intrigada.

—Ya lo verás —dijo.

La amenazadora figura de Hortense surgió de pronto en la imaginación de Ellen.

—Ya no me quieres. Es eso, ¿verdad?

—Claro que te quiero, tonta. De eso se trata —dijo John.

—Bueno, menos mal. ¡Qué susto me has dado!

—¿Por qué llevas tantas jarras? Seguro que se te cae alguna.

—Nunca se me ha caído ninguna. Así puedo hacer la ronda en la mitad de tiempo, ¿no?

Ellen dirigió a John una sonrisa resignada y siguió su camino.

Dejó las jarras en la alacena, al lado del fregadero, las tapó con una especie de cubreteteras y puso encima las toallas, para que las recogieran los sirvientes, que llegarían en pocos minutos. Ella misma subiría una de las jarras a la habitación de Cicely y la dejaría en la jofaina de porcelana cuando volviera de recoger la bandeja del té. Iba a toda prisa por el pasillo cuando se cruzó con Osbert, en pijama y con una pierna manchada de barro.

—Señorito Osbert —dijo Ellen—, ¿qué ha pasado? ¿Lo sabe la niñera?

—No. Sólo voy a vestirme. Es que he salido a dar de comer a la pata y cuando estaba moviendo la jaula, para que pudiera comer la mejor hierba, porque no voy a dejarla salir en todo el día, se ha volcado y me he caído al estanque. Pero no pasa nada.

—¿Ha movido esa jaula tan grande usted solo? ¿Qué le ha pasado a la pata?

—Se ha escapado volando —dijo Osbert—. Creyó que era lo que yo quería. Pero pronto volverá. No ha desayunado. Siempre come un montón de cochinillas y de harina y de hierba antes de irse, así que sé que volverá pronto. He dejado la jaula abierta y voy a vigilar hasta que la vea.

—Mire, está ensuciando la alfombra —dijo Ellen—. Da igual, ya la limpiaré cuando suba. Escuche, sé dónde están los patos salvajes. Están abajo, al lado del puente. Los vi anteayer, cuando tenía la tarde libre. Si no ha vuelto después de comer, iré con usted y la encontraremos. ¿Viene cuando usted la llama?

—Sí, cuando me ve —dijo Osbert.

—Muy bien. Más vale que se dé prisa. Que no lo vea la niñera.

Ellen sabía, como todo el mundo, que el último día de una gran partida de caza terminaba con un pato abatido en la orilla del río, al atardecer. También sabía que las reglas de la caza y las reglas de la diversión eran inexorables. No cabía esperar que sir Randolph se privara de ofrecer a sus invitados la oportunidad de matar un pato salvaje, aunque se diera la circunstancia de que la mascota de un niño se encontrara entre la bandada. Esperaba sinceramente que Osbert estuviera en lo cierto en cuanto al gusto de la pata por las cochinillas.

Cornelius Cardew estaba acostado en la dura cama del Nettleby Arms, mirando una mancha de humedad en el techo. Antes de acostarse le había dado a la patrona un paquete de té de menta, con instrucciones de que le preparara una taza y se la subiera a las ocho de la mañana siguiente. Eran las ocho y cuarto y no había señales del té.

Lo necesitaba. La discusión que había tenido en el bar la noche anterior no había ido bien, y había llegado a la conclusión de que, en la actitud política y filosófica de los lugareños, pesaba más el recelo que les inspiraban los forasteros que el deseo de reformas. Rara vez se había encontrado con un grupo de hombres que estuvieran todos tan de acuerdo en sus opiniones. «Tienes razón, John», «Lo que dice Jed es verdad, señor», y así sucesivamente, toda la santa noche. «En mi opinión se equivoca usted, señor». Había tenido que dejar el tema de los derechos de los animales casi de inmediato —a la vista de la hostilidad que suscitaba—, pero no se habían mostrado más receptivos cuando les habló de los derechos humanos. «Nunca votaríamos a gente como nosotros»: ésa parecía ser su opinión, aunque también le aseguraron que, en primer lugar, les divertían mucho las reuniones políticas, porque podían hacer mucho ruido sin necesidad de votar, y, en segundo lugar, le dijeron que, si ellos consiguieran el voto, entonces un montón de gente mucho menos sensata también lo conseguiría, «los que viven en la ciudad, en los barrios bajos, y los gitanos»; ésta no era en absoluto la solidaridad que esperaba encontrar un buen socialista. La reforma agraria sí les interesó un poco más, y Cornelius tuvo la sensación de que con eso habría podido ganárselos si no lo hubieran tomado antes por un chiflado.

El problema radicaba, pensó mientras contemplaba el techo, en que no era de gente como ésta de quien vendría la revolución socialista; no cabía esperarlo. Eran los pobres de las ciudades quienes más se beneficiarían con el socialismo. Pero la idea que deprimía su ánimo, mientras esperaba el té de menta cada vez con menos optimismo, era que su propia visión de una sociedad justa consistía en que los pobres de las ciudades tenían que llevar una vida no demasiado distinta de la de estos campesinos, con la diferencia de que los primeros recibían un salario más justo por su trabajo y tenían sus propios huertos, en lugar de depender de los caprichos de un terrateniente; y, si era sincero consigo mismo, tenía que reconocer que, en primer lugar, no estaba en absoluto seguro de los aspectos económicos del caso y, en segundo lugar y cosa más preocupante, tampoco estaba en absoluto seguro de si eso coincidía con la opinión que de todo ello tenían los pobres de las ciudades.

Una vez más, pensó en la educación. Porque era evidente que, si la gente tuviera la educación suficiente para ver las excelencias de semejante Arcadia, todo saldría bien. Para poder prescindir de la autoridad jerárquica había que construir una creencia común. La educación había sido su primer amor. Cornelius Cardew había sido un buen maestro, toda una personalidad. Sus clases eran siempre una representación teatral; había interpretado a conciencia su papel de excéntrico y se alegraba cuando oía que los niños lo imitaban. Se valía de un característico «No lo sabemos», pronunciado con una rápida inflexión ascendente de la voz, para intentar abrir los ojos de los niños a los prodigios y los misterios del mundo. «¿Cuál es el secreto del universo? No lo sabemos. ¿Cómo funciona el cerebro humano? ¡No lo sabemos!». Cuando oía a los niños en los pasillos, preguntarse unos a otros: «¿Qué hay para cenar? No lo sabemos. ¿Por qué nos ha mandado deberes? No lo sabemos», Cornelius creía que estaba consiguiendo que sus enseñanzas calaran en ellos y su imaginación despertara, aunque de momento sólo manifestaran esta conciencia nueva con estos ejemplos de apreciación del absurdo.

Entre las ideas que proponían su amigo Rundle y los tolstoianos figuraba la posibilidad de crear una escuela experimental. Cornelius se mostró contrario al plan por la misma razón que lo había llevado a abandonar la enseñanza: porque eso llegaba únicamente a la minúscula elite que podía permitirse pagar una cuota muy alta; ahora se le ocurrió la idea, más ambiciosa, de que si lograban suficiente respaldo financiero, podrían ofrecer la mitad de las plazas gratis. Naturalmente, eso exigía enormes dosis de esfuerzo y de persuasión; pero esfuerzo y persuasión eran dos cosas en las que Cornelius creía sobresalir. Empezó a imaginar las frases que emplearía en su primer manifiesto para recaudar fondos.

Como si viniera a reforzar este nuevo optimismo, y precedido por un golpe en la puerta, su té de menta llegó por fin. Lo traía una muchacha pálida, con granos en la cara, agujeros en las medias de lana negras y aterida de frío, que dejó la bandeja en la mesilla, abrió las cortinas (levantando una pequeña nube de polvo acumulado en los pliegues) y se retiró dando un portazo sin conseguir cerrar la puerta.

—¡La puerta! —gritó Cornelius.

Otro portazo, y esta vez la puerta quedó cerrada.

Cornelius arrugó la nariz al notar el olor ácido que había dejado la muchacha en el ambiente y suspiró con pesar. La humanidad podía ser muy decepcionante. Pero mientras se tomaba a sorbos el té vigorizante, su mirada dio con el recio bastón que lo había ayudado en el camino el día anterior y se acordó de que pensaba utilizarlo para izar una de sus pancartas sobre la Hermandad Universal e interrumpir la partida de caza. Se había imaginado que lo seguiría un pequeño grupo de simpatizantes, pero todo indicaba que tendría que arreglárselas sin ellos. Tal vez el mensaje cobrara más dramatismo si era un hombre solo quien lo lanzaba. Y ahora, mientras el té de menta estimulaba su organismo y las cortinas abiertas revelaban un destello de sol, su imaginación dio un salto para contemplar las posibilidades del día. ¿Y si hubiera un filántropo millonario entre los terratenientes invitados a la matanza? «Lo felicito, señor Cardew, por la independencia y la moralidad de su protesta. Permítame ofrecerle un modesto cheque para sufragar los gastos de cualquiera de sus empeños, especialmente si, por una de esas casualidades, éstos fueran encaminados al terreno de la educación». O algún miembro de la realeza. Le habían dicho que el rey venía a cazar con frecuencia a este coto. La deplorable realeza inglesa siempre había sido muy ignorante. Incluso podría haber algún extranjero relacionado con el rey, un archiduque o el propio Káiser. Los alemanes eran muy buenos en el campo de la enseñanza, aunque a veces algo autoritarios.

«Permítame, Herr Cardew, crear una pequeña fundación internacional, sin límite de fondos, para promover la enseñanza mixta y progresista, la vanguardia del nuevo orden mundial, su prototipo, por así decir».

«Su majestad imperial es demasiado generoso».

Riendo a carcajadas, Cornelius saltó de la cama, hizo una profunda reverencia delante del espejo agrietado y se asomó a la puerta, desde donde pidió enérgicamente a la criada un poco de agua caliente para afeitarse.

Sir Randolph se había levantado temprano, como siempre que iba de caza, y, pensando que podía ocuparse de un par de cartas antes del desayuno, se dirigió a su estudio. Al avanzar por el pasillo le sorprendió oír voces en la sala de billar; más todavía le sorprendió, al abrir la puerta, encontrarse con Gilbert Hartlip, acompañado por dos desconocidos, apuntando con un arma a la cabeza de Julio César que presidía el aparador donde guardaban los tacos de billar.

—Ah, Gilbert, sí, sí, lo siento. No sabía que eras tú —dijo sir Randolph avergonzado y haciendo amago de retirarse.

Gilbert, también avergonzado, respondió con su característica sonrisa, que nunca era demasiado convincente.

—Disculpa, querido amigo. No creas que iba a disparar al buen tuntún contra un

emperador romano. Uno de mis cargadores lleva poco tiempo conmigo y he pensado que nos vendría bien practicar unos minutos con estas armas nuevas.

—Nunca hubiera dicho que lo necesitaras; ayer parecía que funcionaban como un reloj de precisión —comentó sir Randolph sin entrar en la sala, con una mano en el tirador de la puerta—. Tampoco habría tenido importancia. Lo de César, quiero decir. No es más que un molde de escayola de esos que venden en el Museo Británico. No tiene ningún valor, ninguno en absoluto. Aunque la escopeta hubiera estado cargada. —Cerró la puerta—. Menos mal que no lo has hecho —murmuró, y siguió su camino. Pensó que no había nada como ser un perfeccionista. De todos modos, Hartlip era un tipo raro.

El sol de la mañana entraba en el estudio —era el único momento del día en que daba el sol—, y esa mañana la luz era tenue, porque el sol estaba velado por la niebla. El estudio, que ya estaba limpio y arreglado, invitaba a sir Randolph a pasar unas horas poniendo en orden sus pensamientos, cosa que hacía de vez en cuando por las mañanas. Esa estancia, que cambiaba muy poco de un año para otro, le hizo ahora sentir nostalgia de las cacerías de tiempos pasados, de su niñez, cuando las únicas visitas que recibían en la casa eran las de los vecinos de los alrededores y alguno de sus primos, de tarde en tarde, cuando había menos pájaros y no siempre conseguían levantar las presas, y cuando los morrales eran más pequeños y la reina seguía en el trono y nadie había oído hablar de Lloyd George.

Sentado delante de su escritorio, contempló el lento movimiento del polvo en la luz del sol, alrededor del cuadro que decoraba la chimenea, donde el caballo y su jinete, apenas discernibles, se disponían a partir en su búsqueda sin nombre, y la lejanía azul —que supuestamente envolvía al dragón, la torre oscura o la ciudad ideal— se extendía hasta el horizonte desconocido. Liberado del tiempo, se dejó llevar por un estado familiar de calma vigilante, del que lo despertó el pausado *crescendo*, seguido de un rápido *diminuendo*, del gong del desayuno, que Rogers, un reconocido maestro de este instrumento, era el encargado de tocar.

Batty Clump se encontraba aproximadamente en el centro del coto. La larga avenida de la mansión estaba delimitada en esta zona por una valla de postes y estacas que impedía a las vacas y los caballos salir de los prados. Más cerca de la casa, donde había una rejilla para cortar el paso del ganado, la valla desaparecía, y el rebaño de ovejas galesas de lana marrón oscura, que se ocupaba de conservar la hierba cortada al ras, no se consideraba un peligro. Batty Clump era un bosquecillo mixto, de abetos escoceses y árboles caducifolios, que se había plantado cien años antes, cuando el abuelo de sir Randolph renovó el paisaje del coto; procuraba un buen refugio a los faisanes, y era costumbre enviar allí a los ojeadores el tercer día de caza para dirigir a las aves hacia la cortina de bosques de las afueras del coto. Lo mismo se hacía en otras dos arboledas. Cuando llegaban los cazadores, se obligaba a las aves a

alzar el vuelo desde la cortina de bosques de ese lado del coto, y, así, de acuerdo con un meticuloso plan de campaña, iban levantando sucesivamente a las presas de todos los rincones donde se cobijaban, hasta que por la tarde todas se habían reunido en el bosque principal que bajaba hasta la orilla del río. En ese bosque, a intervalos, se habían abierto amplias veredas verdes que ofrecían a las aves un espacio para tomar altura y velocidad en el vuelo, y a veces se congregaban en él tantos pájaros que, incluso cuando los cazadores se colocaban de tres en fondo, no daban abasto para abatirlos.

A las ocho y media en punto, los ojeadores, o mejor dicho, el grupo al que se había convocado a primera hora —pues otros cuarenta hombres se reunirían con ellos una hora más tarde para empezar la batida en los bosques más vastos—, echaron a andar despacio por la arboleda, golpeando con palos los troncos de los árboles y emitiendo una mezcla de graznidos, silbidos y gritos, cada cual según su preferencia. Llevaban abrigos de lona cruda y gruesa que les cubrían hasta debajo de las rodillas y les daban un aspecto anticuado. No se vestían así con ánimo de dar una imagen pintoresca, sino de ir bien protegidos y evitar que algún intruso pudiera mezclarse con ellos: furtivos al acecho, vagabundos con la esperanza de reclamar una paga al final del día y hasta espectadores curiosos.

Glass estaba más contento ahora que su ejército ya se había puesto en marcha. Con sus dos perros pegados a los talones, miró de reojo la fila de hombres, empezando por el que tenía al lado, para asegurarse de que ninguno iba demasiado deprisa, y siguió adelante con paso decidido a través de una maraña de zarzas.

Tom Harker, que iba entre los últimos, lanzaba de vez cuando un silbido alto y claro y dirigía alguna que otra mirada de desdén al compañero más próximo. Saltaba a la vista que el compañero en cuestión había bebido la noche anterior. Iba sin afeitarse, tenía la cara hinchada, y todos habían notado claramente, cuando se acercaron para que el señor Glass les diera las instrucciones, que le apestaba el aliento a cerveza. A juzgar por cómo se tambaleaba y por el eco de los eructos que se le escapan de vez en cuando, seguía sin estar sobrio.

—¡Que Dios lo perdone! —dijo Tom Harker en voz bastante alta, volviendo los ojos al cielo. En ese momento vio que una ardilla roja lo observaba desde la rama de un árbol. La ardilla dio media vuelta con un coletazo, trepó tronco arriba clavando las uñas, corrió por una rama ondulante y fina, saltó a la rama de otro árbol y se perdió de vista.

—Si puede, te atraparé —dijo Tom Harker—. Y te clavaré en la estaca de una cerca. Como hicieron con Dios nuestro Señor. Por robar un par de huevos para alimentar el cuerpo y el alma.

No pretendía insinuar que Cristo fuera un ladrón de huevos de faisán; lo que quería señalar (siquiera para sí mismo) era el importante detalle de que, sólo porque le hubieran vestido con un abrigo y fueran a darle unos chelines y un plato de guiso decente con una patata asada (eso esperaba), era inútil que nadie creyera que por eso

iba a olvidarse de qué lado estaba.

Ese día salieron nueve escopetas. Sir Randolph creía que ocho ya eran suficientes y se había propuesto pasar inadvertido. Cuando la partida de caza era importante, se concentraba generalmente en la organización y en la posición de los cazadores más que en participar de la diversión; decía, aunque nunca delante de Glass, que se tenía por un montero de primera. Salió en el carro, con Lionel Stephens a su lado. Bob Lilburn y Charles Farquhar, sentados frente a frente, iban recordando otras cacerías; Sir Reuben Hergesheimer y Gilbert Hartlip, al lado el uno del otro, enfrente de su anfitrión, diseccionaban uno de los problemas de la partida de bridge de la noche anterior. Los otros tres los seguían en un carro de dos ruedas del que tiraba la jaca gorda y negra, la favorita de Minnie. Marcus y Tommy escuchaban el relato de Tibor Rakassyi sobre las cacerías en la finca de un tío suyo, soltero, en la frontera de Hungría con Bohemia; se pasaban el día entero cazando perdices y liebres, disfrutaban de un almuerzo fabuloso, dispuesto en mesas a la sombra de las acacias y amenizado por una banda de músicos campesinos, y, por la noche, después de cenar, cuando subían a acostarse, todos los hombres solteros se encontraban con que una campesina del pueblo, enviada por el comisario, los esperaba en la cama. A Tommy le dio vergüenza esa historia. No entendía por qué, puesto que iba a los burdeles con sus compañeros del ejército, así que no podía ser por mojigatería; tal vez le había avergonzado porque pensó que Marcus era demasiado joven para esta conversación, o tal vez porque acababan de desayunar: el caso es que se le hizo un poco raro. Marcus también pensó que era demasiado joven para esta conversación y lamentó que Tibor la hubiera iniciado. Al mismo tiempo, esperaba que algún día lo invitaran a una de aquellas fiestas en la finca de aquel tío, aunque no demasiado pronto, en un plazo de cinco años, por ejemplo. Tenía un amigo en el colegio que había ido dos veces a un burdel de Londres, pero personalmente creía que, con veinte años, eran aún un poco pronto para iniciarse en esos vicios. Con mucha inteligencia en su opinión, consiguió cambiar de tema y contó lo bien que lo había pasado en Viena, cuando tenía diez años, mientras su padre estuvo destinado en esa ciudad. Puede que incluso hubiera conocido a ese tío de Tibor tan animado, aunque era poco probable que lo recordara.

—Yo tenía entonces la edad de Osbert. Aunque no era tan distraído como él — dijo Marcus.

Se acercaban al punto donde ese día empezaba la partida de caza, enfrente de los edificios de la granja. Algunos ojeadores ya estaban allí, con Glass y los demás monteros apartados a un lado. Todos charlaban en pequeños grupos. Tom Harker estaba muy callado, con las manos apoyadas en su bastón alto y la vista fija al frente. No le interesaban las conversaciones intrascendentes que oía a su alrededor. Conocía de toda la vida a la mayoría de estos hombres y, aunque estaba dispuesto a ser locuaz

si alguien sacaba un tema que a él le pareciera serio —como la cuestión de la bebida, la reforma de la Ley de los Pobres o las costumbres de la caza—, las trivialidades domésticas que preocupaban a sus compañeros a él lo aburrían soberanamente; no tenía intención de sumarse a sus bromas ni a la jovialidad con que intercambiaban insignificantes noticias sobre su familia. Olfateó el aire y siguió a la espera.

Sir Randolph fue a saludar a Glass y a los demás monteros mientras los invitados, cuyos cargadores formaban otro subgrupo en este conjunto de apariencia heterogénea aunque en verdad variopinto y claramente diferenciado, paseaban tranquilamente al frescor del sol.

Bess y *Sam* meneaban el rabo mientras su amo hablaba con sir Randolph. *Bess*, si no la hubieran sujetado, seguramente habría plantado las patas delanteras en el chaleco de alguno de los presentes; pero *Lorna*, la perra de sir Randolph, se limitaba a temblar, sin apartar los ojos de su amo. La había criado Charlie Pass, el cargador de sir Randolph, en los cobertizos del patio de los establos. Cuando el barón, al ver que Charlie Pass se acercaba, hizo amago de echar mano de la correa, la perra se movió rápidamente para sentarse a sus talones. Sir Randolph decidió soltar la correa; no era necesaria. Él mismo adiestraba a sus perros de caza y era famoso por su pericia; de vez en cuando aparecían artículos sobre sus métodos de adiestramiento en las revistas deportivas, y criadores y guardas de caza buscaban a menudo su consejo. Había tenido varias perras cobradoras, de pelo negro y rizado, y decía que eran más inteligentes que los pointers y más dignas que los spaniels. Una de sus máximas era que no había que hablar con los perros si no era necesario. Nada le molestaba tanto como ver a sus nietos haciendo carantoñas a *Lorna*, acariciarla o besarle las orejas.

«No la adules tanto», decía; «es un insulto para ella».

Y *Lorna*, que había recibido estas atenciones con claras muestras de alegría, parecía avergonzada, pues no tenía ingenio suficiente para recordar cuántas veces, cuando era de esperar que la hubieran dejado encerrada en la caseta, se había acostado delante del fuego, en el estudio, atenta a la voz de su amo, o atenta sólo a medias en esas ocasiones, porque sabía que el tono de voz que él empleaba para lanzar sus diatribas contra el estado del país, o la reverberación con que leía en voz alta las obras de Tennyson o Swinburne, en realidad no eran para ella. En el campo, sin embargo, sir Randolph siempre tenía un propósito definido, y la perra se sumía en un estado de concentración constante, atenta a una señal de la cabeza, una mano levantada, un silbido o una breve orden, para obrar verdaderos milagros. Él aseguraba que un cobrador era el único perro de caza al que se podía adiestrar para que aprendiera a pensar por sí mismo. «Cuando hay que tomar una decisión en el campo», decía, «si lo dejas en paz y sabe cuál es tu objetivo, acierta nueve de cada diez veces».

Gilbert Hartlip fue a saludar a los monteros. Sir Randolph propuso que fueran andando hasta el primer aguardadero. Los ojeadores ya se alejaban en dirección al bosque.

—Parece que vamos a tener un buen día, ¿eh? —le dijo Gilbert Hartlip a Glass.

Aline Hartlip estaba escribiendo cartas en su habitación. Llevaba un vestido de mañana, de sarga azul, con un encaje *fichu* alrededor del cuello: todavía no era hora de ponerse el traje de tweed para reunirse con los cazadores en la comida.

«*Mon petit ami*», escribió. «Me haces sufrir porque sufres: no es en absoluto lo que esperaba de ti. Tenías que mostrarte alegre y despreocupado, reírte a todas horas y ser un poco malo. ¿No lo recuerdas? Hablábamos con frecuencia de si algún día serías capaz de experimentar sentimientos verdaderos. *Mon petit soldat bleu*, ¿qué ha sido de tu implacable corazón? En cuanto a las injusticias de las que te quejas, no te comprendo en absoluto. No dije que estaría en Rumpelmeyers a las cuatro, dije que quizá estaría. No pasaste a verme, no recibí ningún recado, y no fui. ¿Dónde está la traición? Me quedé en casa. Vino a verme George C. y me hizo llorar de aburrimiento con su efusividad. *Voilà tout*. Si quieres que te perdone, ven a verme la semana próxima, cuando haya vuelto a Londres... Pero nada de malos humores. No lo soporto.

»Tu amiga, a la que juzgas mal...».

Suspiró mientras doblaba la carta y la metía en un sobre. Los jóvenes admiradores eran muy tiernos, desde luego, pero ¡tan tediosos! —tan serios, y se ofendían con tanta facilidad— que a veces pensaba que en algunos casos únicamente los soportaba porque eso era lo que al parecer se esperaba de ella. El hecho de que, cuando distinguidos estadistas, embajadores extranjeros o políticos jóvenes con una trayectoria por hacer pasaban por sus salones, siempre hubiera junto a ella un joven con aire serio y ofendido formaba parte del papel que representaba en su reducido aunque devoto círculo de amistades. Sí, todo eso formaba parte del decorado, en el que su pálida belleza destacaba en su faceta más exótica y traicionera; era lo que el mundo le exigía.

«Querido señor Van Fleet», escribió. Tenía una letra menuda y firme, y llenaba la cuartilla muy deprisa. «Estoy muy decepcionada con el rendimiento de las acciones que me recomendó usted. He sabido, por una fuente muy cercana a la compañía en cuestión (no puedo decir más), que es probable que las acciones de las minas de oro de Hergesheimer aumenten significativamente su valor en las próximas semanas. Por favor, venda las acciones que me ofreció y compre en su lugar oro de Hergesheimer. Tengo intención de utilizar parte de las ganancias para financiar con ellas las operaciones. Entretanto, pida usted, por favor, a su Departamento de Contabilidad, que deje de enviarme cartas de súplica».

Hizo una mueca mientras doblaba la carta. Le daba mucha rabia que le recordaran que debía dinero: como proveedor de fondos, Gilbert era tan correcto como en todo lo demás; Charles a veces era generoso, y otros también, pero una existencia tan exquisita como la de Aline requería una financiación sin límites; además, nunca era

capaz de recordar cuánto había gastado o dónde. Demasiado a menudo se veía obligada a preocuparse por asuntos que, en su opinión, eran más propios de un hombre, en gran medida porque, para garantizar este estado de cosas más feliz, tenía que dar explicaciones que prefería no dar: por lo demás, ni Gilbert ni Charles tenían la más remota idea de la cuantía de sus pérdidas en juegos de azar.

«Ya sabes cómo es la vida aquí», escribió después, continuando con una carta que había empezado el día anterior, dirigida a su prima y mejor amiga, Everilda Shakerly. «Divina, por supuesto..., aunque sin hombres por las mañanas. Creo que nuestro querido Randolph considera que la conversación entre personas de distinto sexo antes de comer es inmoral, como leer novelas. Ni siquiera Minnie ha logrado convencerlo de que algunos de los invitados menos aficionados al deporte nos entretengan durante el día. Da igual. Ayer, los dos chicos, Tommy Farmer y el nieto que está estudiando, tuvieron el día libre, porque Randolph decidió invitar a una pareja de vecinos muy aburridos que ocuparon su puesto en la partida de caza. Fuimos en bicicleta por la orilla del río: una delicia. No le conté al *petit* Farmer todo lo que sabía de ti y *son papa*... No tiene ni la mitad de nervio que su padre, aunque se le podría sacar algún partido. Parece que siente una especie de tierno amor por Cicely, la nieta mayor, aunque no creo que llegue a nada. Él pasará el próximo año en Londres — curiosamente le encanta Wagner— y podría hacer buena pareja con tu Agnes, ¿te lo imaginas? Es el hijo mayor y hay carbón en el suelo del coto...».

Olivia estaba leyendo un libro sobre la antigua Roma. La institutriz que le dio clases de pequeña, y que era una mujer de notable ignorancia, le enseñó no obstante a seguir una «pauta de lectura», es decir, a tener a mano un libro serio y otro menos serio. La institutriz francesa que sustituyó a esta primera por espacio de un año, cuando Olivia tenía dieciséis, le inculcó también la costumbre de leer algo en francés. Así, las tareas que Olivia tenía entre manos en ese momento eran *The Grandeur that was Rome*, de J. C. Stobart (ya había leído *The Glory that was Greece*, el año en que estaba embarazada de Charlie) y *Humo*, de Turguéniev, en la traducción de Garnett. Le estaban gustando mucho los dos, aunque no soportaba *Les Misérables*, de Victor Hugo, y a veces hacía trampas y leía un poema de un pequeño volumen titulado *Les cent meilleurs poèmes*. En general, no obstante, era estricta consigo misma, no se saltaba pasajes y no abandonaba a Turguéniev hasta que lo acababa; incluso estaba luchando para verter al inglés *Le Lac*, de Lamartine, pero no estaba en absoluto satisfecha con el resultado. A Turguéniev lo adoraba. Creía que no había ningún novelista inglés, ni siquiera George Meredith, capaz de crear mujeres que le causaran tanta admiración o le mostraran una percepción tan auténtica de los sentimientos. Lamentaba que su marido despreciara estas lecturas; Olivia consideraba muy importante que las personas entendieran los sentimientos y supieran reconocerlos en ellas mismas. Estudiando los sentimientos, pensaba, uno aprendía a sentir mejor. Para

ella era tan importante sentir con sinceridad como pensar con sinceridad. Las novelas que leían y disfrutaban la mayor parte de sus amigas, a ella se le antojaban sentimentales, y le preocupaba no ser capaz de explicar a su marido la diferencia entre Turguéniev y esas otras novelas. Él leía biografías políticas y periódicos.

«¿Qué me dices de *With Rod and Gun Through Mesopotamia?*», le había preguntado Olivia, indignada.

Pero al parecer no existía tal libro, aunque ella estaba segura de haber leído algo muy parecido. Al parecer, atravesar Mesopotamia con vara y escopeta era, por alguna razón, una tontería, algo que a un caballero inglés no se le ocurriría ni en sueños... Quizá se trataba de una gran cacería y quizá se había celebrado en la India.

La lectura de Olivia se interrumpió cuando Cicely asomó la cabeza por la puerta.

—Tengo algo que contarte. ¿Puedo? Es muy extraño. —Llevaba puesta la ropa de equitación y el pelo recogido como de costumbre, con algunos mechones sueltos alrededor de la cara—. Hace un día precioso para montar a caballo. Ojalá no tuviéramos que volver, pero ya es casi la hora de cambiarse para la comida. He tenido una conversación muy rara con Ellen: eso es lo que quería contarte.

Olivia apartó el libro. Le gustaba Cicely y le divertía la amistad que había surgido entre ellas, en la que Olivia interpretaba el papel de la mujer mayor y comprensiva, un papel con el que no estaba familiarizada, pero sí dispuesta a aceptar con agrado. Muchas veces se había fijado en cómo animaban los hombres a los muchachos, en cuanto éstos tenían edad para ir a un internado, sobre todo a participar en actividades deportivas, pero también en asuntos relacionados con el comportamiento masculino, como si los adultos, tanto si existía un lazo de sangre como si no, se consideraran en el deber de iniciar amablemente a los jóvenes en las costumbres de la tribu. A Olivia le parecía una costumbre encantadora, y le habría gustado que las mujeres hicieran lo mismo. Demasiadas veces, por lo visto, las jóvenes eran un fastidio para las mujeres casadas, o peor aún, un posible motivo de celos. Olivia no creía que Cicely fuera un fastidio. Le gustaba su viveza y también intuía que era más valiente de lo que lo había sido ella nunca. Cicely tenía aptitudes para elegir una vida ajena a las convenciones, cosa que nunca había figurado entre las aspiraciones de Olivia, al menos en sus actos. Sus ideas, en general, se las guardaba para ella.

—Ha recibido una carta extraordinaria —dijo Cicely, sentándose en el banco de la ventana.

Olivia la miró con interés.

—Cuéntame quién es Ellen. Y háblame de esa carta.

Minnie, que había terminado su reunión matinal con la cocinera, estaba en el jardín con Ogden, el jardinero, debatiendo cómo reponer las plantas que bordeaban los arriates. Ese arriate en concreto era grande, tenía al fondo un seto de tejos, alto, a un lado del césped que componía el jardín clásico de la fachada principal. Cuatro

hombres y un muchacho trabajaban mientras Minnie departía con el jardinero jefe. Estaban haciendo los arreglos del otoño, podando tallos muertos, retirando estacas y rodrigones para guardarlos durante el invierno, rastrillando la tierra entre las plantas, trasplantando semilleros de alhelíes y nomeolvides, campanillas de Canterbury y clavelinas.

—¡Hay que ver cómo se ha extendido el áster! —dijo Minnie—. ¿No habría que dividirlo ya? Está a punto de meterse en el huerto.

—Es mejor no tocarlo hasta la primavera. No nos lo agradecería.

Minnie nunca discutía con Ogden. Éste no siempre tenía razón, pero la breve victoria de demostrarle que se equivocaba no compensaba la frialdad posterior del jardinero. La última vez que Minnie insistió en salirse con la suya tuvo como consecuencia, a pesar de que estaban en lo mejor de la estación, un llamativo descenso de la cosecha de melocotones en el invernadero. Minnie pensó que era mejor no decir nada, pero tomó nota. Al fin y al cabo, Ogden era un buen jardinero y los buenos jardineros tenían fama de ser algo déspotas.

En vez de discutir, se volvió para saludar a Violet y a la niñera, que cruzaban el jardín para dar su paseo, como todas las mañanas.

—¿Vais a pescar?

Violet llevaba una red y un tarro de mermelada.

—Voy a coger un espinoso y a buscar a *Eliberta Escarabajo* para que Osbert la encuentre cuando termine la lección.

—¿Quién es Eliberta Escarabajo? —preguntó Minnie.

—Es muy mala; no ha desayunado —dijo Violet.

—Es como llaman a la pata —explicó la niñera.

—Es un nombre muy tonto, por eso nunca lo decimos.

—A mí me parece un nombre muy bonito —dijo Minnie—. ¿Por qué se lo pusisteis?

—Al principio se llamaba *Elibert*, pero cuando vimos que era chica pensamos llamarla *Alberta*, y Nanny nos dijo que no se decía *Alberta* sino *Eliberta*, y, además, justo entonces se había comido un escarabajo, y en francés, ella se dice «*elle*».

—Ya entiendo —dijo Minnie, aunque no estaba convencida.

—Ella liberó al escarabajo —explicó Violet—. Al tragárselo. Lo liberó del sufrimiento de la vida. *Elle* liberó al escarabajo. *Eliberta Escarabajo*.

—¡Vaya! —dijo Minnie.

—Es un nombre tonto, pero así es como se llama.

—¿Y se ha escapado?

—Creía que Osbert iba a llevarla al río y no la llevó —dijo Violet—. Pero volverá, porque no ha desayunado.

—Eso espero —dijo Minnie.

—Volverá —dijo la niñera—. Nunca he visto un bicho tan glotón.

—Pájaro —la corrigió Violet.

—No seas descarada —dijo la niñera.

Violet abrió los brazos hacia los lados y echó a correr en zigzag por el césped, cantando con voz burlona.

—Pájaro bicho, bicho pájaro, pajarito bichito...

La niñera movió la cabeza con indignación y fue detrás de la niña.

—Supongo que los más pequeños siempre terminan siendo un poco malcriados —dijo Minnie, volviéndose de nuevo hacia Ogden.

—Sí —sonrió el jardinero, que, a la vista de esta aparente muestra de confianza, estaba dispuesto a pasar por alto la impertinente sugerencia de Minnie sobre el áster.

Mataron sesenta y dos faisanes en la primera ronda. La niebla se había disipado por completo cuando los cazadores ocuparon sus puestos. Esperaron, a unos cincuenta metros unos de otros, en silencio, con sus cargadores detrás, unos con perros y otros sin ellos. Bob Lilburn, con su traje de tweed, se sentó en su bastón de caza, relajado; de complexión robusta, estaba en buena forma, tenía un aire de bondadosa autoridad y se le veía plenamente capaz de cumplir con todas las exigencias del ejercicio del día. Era un buen cazador —«¿Qué tal te ha ido?», le preguntaba Olivia; a lo que él contestaba, sin darle importancia: «He conseguido mi parte»—; nunca tenía dudas sobre ningún detalle del procedimiento o de la etiqueta, de cuándo dejar un ave para otro cazador, con cuánta fuerza darle la mano a Glass al final del día, detalles que todavía preocupaban al joven Marcus, incluso a veces a Tommy Farmer, porque el padre de éste, el general, no tenía coto propio. La caza era un mundo familiar para Bob Lilburn y se desenvolvía en él con facilidad; algunos incluso habrían dicho que en este ambiente era donde más destacaba. Sir Reuben Hergesheimer, a su lado, fumaba un cigarro mientras esperaba, sin otra expresión que un leve cansancio. Dos de los hombres de Nettleby iban con él como cargadores. Era un cazador corriente, aunque tampoco malo. Cazaba exclusivamente por razones sociales y a él le bastaba con eso.

Lionel Stephens se encontraba en el centro de la línea de tiro, y Gilbert Hartlip, al final. Siguiendo la línea de tiro con la mirada, Percy Maidment, el jefe de los cargadores de Lionel, divisó a Albert Jarvis, que esperaba detrás de lord Hartlip.

Percy Maidment, un hombre de Lincolnshire, procedía de una estirpe de labradores. La tierra que mejor conocía era plana y aparentemente interminable, interrumpida sólo por matas bajas, olmos solitarios y largas hileras, como túmulos, de remolacha amontonada. Odiaba la tierra. Ese desprecio implacable era quizá la emoción más intensa de su vida y sin duda la más constante. Se presentó voluntario al ejército para combatir en la guerra de Sudáfrica, pero lo rechazaron por estar malnutrido y no dar la talla. Desde entonces trabajaba en la finca de Lionel, en Lincolnshire, y huía parcialmente de este vínculo con la tierra trabajando de chófer de la madre de Lionel, al volante de un Wolseley, y de cargador de Lionel cuando éste

iba de caza. La madre de Lionel se hacía cargo de dirigir la finca cuando su hijo estaba en Londres. En el vecindario tenían a la señora Stephens por una mujer aterradora, y a su administrador, el señor Hopkins, por alguien duro de roer: lo curioso, sin embargo, era que, en general, ninguno de los dos tenía mala fama. Percy Maidment no tardó en convertirse en un hábil cargador. Era limpio y rápido en sus movimientos, pero también ferozmente competitivo. Lionel no era consciente de la intensidad de estos sentimientos. Sonreía, en las raras ocasiones en que Percy, casi siempre taciturno, manifestaba esta ambición, y la atribuía a una lealtad que le agradaba, pero había algo más. En secreto, Percy se desesperaba por la falta de espíritu competitivo de Lionel; tenía una idea temeraria de la práctica del deporte entre caballeros. En opinión de Percy, el objetivo de la caza era matar más presas que nadie. Quería que Lionel derrotara a lord Hartlip. Se había apostado diez chelines con Albert Jarvis a que lo conseguiría.

Mientras esperaban en silencio que las aves levantaran el vuelo —un silencio pronto interrumpido por el crujido de las pisadas de los ojeadores, que se acercaban por el bosque silbando y dando golpes—, sólo Charles Farquhar y Tibor Rakassyi estaban relajados, o casi. Charles era un hombre que, por el momento, recibía cuanto esperaba de la vida, es decir, caza y prácticas de tiro, comida, bebida y mujeres en cantidad suficiente. Sus escauceos con Aline habían dado el toque definitivo a su confianza, de lo que no podía decirse que anduviera precisamente escaso. No le preocupaba en absoluto el difícil temperamento de Aline, que había llevado a la desesperación a otros de sus amantes. Lo achacaba a los cambios de humor de las mujeres y no le daba importancia. Aline era hermosa, elegante y estaba enamorada del físico de Charles; gracias a ella Charles se sentía más solicitado que nunca. Por otro lado, contar con la evidente simpatía de un bicho raro como sir Randolph era más de lo que Charles había esperado nunca. De todos modos, él prefería a Minnie. Como ella misma diría, Minnie era más fácil de catalogar.

La autocomplacencia de Tibor Rakassyi obedecía a cuestiones menos personales. Se sentía satisfecho no tanto por ser lo que era como por estar donde estaba. Inglaterra le parecía el país más próspero y seguro del mundo, y la clase alta inglesa la más envidiable. Moverse como pez en el agua en esta sociedad, y ser aceptado en ella, era en su opinión una de las principales alegrías de la vida cosmopolita a la que, como miembro de la aristocracia europea, tenía acceso. Le habría sorprendido saber que, a diferencia de Minnie, que aspiraba al cosmopolitismo, sir Randolph lo consideraba un vicio. Estaba muy bien saber desenvolverse en París, pensaba el barón, y visitar las galerías de pintura italiana o las reliquias del mundo clásico, pero, en general, lo que tenía que hacer un hombre era defender su país y sentirse orgulloso de él. Si uno quería viajar, con el Imperio ya tenía más que suficiente.

Ajeno a estas opiniones de su anfitrión sobre la nacionalidad, Tibor, con su chaqueta de Norfolk recién estrenada (puede que algo más ceñida en la cintura de lo que la llevaría un inglés), esperaba el momento de entrar en acción, apuntando

despreocupadamente al cielo con la escopeta (fabricada expresamente para él por el señor Henry Holland en Bond Street) por encima del hombro, y con el ánimo y el estómago en buenas condiciones. Una mañana de otoño inglés, perspectivas de ejercicio, compañía agradable y atisbos de un coqueteo romántico: ¿qué más podía pedir un hombre?, habría dicho Tibor Rakassyi en su excelente inglés.

El primer disparo lo hizo lord Hartlip, y de inmediato se oyó el ruido sordo de un faisán que caía al suelo desde una altura considerable. Por unos momentos sólo se escucharon los pasos de los ojeadores, la voz de alarma de un faisán que corría entre la maleza, la desbandada de unos mirlos entre las zarzas, y después el fuerte zumbido de las alas cuando las aves echaron a volar alto y deprisa, primero de una en una y de dos en dos, luego en grupos cada vez más numerosos. Con la vista al frente, las piernas ligeramente separadas —una delante de la otra—, la mano izquierda en el extremo de la escopeta, los cazadores vaciaron los dos cañones, levantaron el arma para recibir otra ya cargada y siguieron disparando con profunda concentración durante seis minutos. Los ojeadores, que ahora hacían más ruido para espantar a las últimas aves, reacias a volar, llegaron a la cerca, en el linde del bosque, y se encontraron con los cazadores. Con un último giro, Lionel Stephens derribó a un pájaro que pasó volando a unos metros por detrás de él, y al que se oyó caer al suelo en el silencio renovado. La ronda había concluido.

—Quince —murmuró Percy Maidment a su compañero, un chico de Nettleby—. ¿Conforme?

—Conforme.

Sir Randolph siempre se tranquilizaba después de la primera ronda. Por su resultado, sabía, intuía, cómo marchaba el día. A juzgar por la exhibición de esta mañana, el día marchaba de maravilla.

Fue caminando hasta el siguiente aguardadero con Gilbert Hartlip, impaciente por demostrarle que, si había notado alguna frialdad en su actitud esa mañana, cuando lo sorprendió practicando con las armas en la sala de billar, debía atribuirlo únicamente a lo temprano de la hora. Estaba claro que Gilbert era un deportista de primera: ¿cómo se le había pasado por la cabeza, siquiera por un momento, que pudiera ser otra cosa? Esta mañana, Gilbert también tenía mejor aspecto.

—Qué mala suerte, esos dolores de cabeza que tienes. Me alegra verte en forma —dijo sir Randolph.

—Anoche le pedí un medicamento a Aline. Parece que ha hecho efecto. Al menos he dormido decentemente. Siento haberme retirado tan pronto anoche.

—No nos quedamos hasta muy tarde. Incluso la partida de cartas terminó poco después de que te fueras. Y los Stamp nunca han sido aves nocturnas.

—He oído que está pensando en alquilar —dijo Gilbert.

—¿Alquilar? ¿Harry Stamp? ¿Alquilar Corston, quieres decir?

—Eso dijo anoche.

—¿De verdad? ¡Dios mío! —exclamó sir Randolph—. Es una noticia pésima que Harry Stamp quiera alquilar. Nunca me lo habría imaginado.

—Dijo que no podía hacer frente a los gastos.

—Claro que no puede hacer frente a los gastos, nadie puede hacer frente a los gastos. Yo estoy hipotecado hasta el cuello, te lo aseguro. La mitad de mis tierras está hipotecada. ¿A quién piensa alquilar? A alguno de esos puñeteros dueños de los periódicos, supongo. Alguien que sólo se dedicará a invitar a sus amigos de la ciudad y que se desentenderá de sus obligaciones. El campo necesita toda la ayuda del mundo en tiempos como éstos. Nunca me habría imaginado que Harry Stamp se diera por vencido. ¿Qué piensa hacer? Vivir en Dieppe, supongo, como los Martin. ¡Dios mío! En una casa alquilada, me imagino.

—No sé si su situación es tan grave —replicó Gilbert—. Creo que hablaba de alquilar sólo por unos meses.

—Espero que no lo haga. ¿Sabías que Harry Stamp ni siquiera habla francés? Siempre ha sido un zoquete. Su hijo es igual, ¿no te parece, Marcus?

Sir Randolph esperó a su nieto, que iba unos metros por detrás.

—¿Verdad que el nieto de Harry Stamp es bastante burro? —dijo.

—Apenas lo veo —contestó Marcus—. Es mayor que yo. Cuando lo veo, suele estar borracho. O peleándose.

—Ya no hay disciplina en Eton —dijo sir Randolph, recuperando el buen humor, tras la desagradable sorpresa que se había llevado con la noticia de que Harry Stamp tenía intenciones de desertar, y aparentemente satisfecho de atribuirlo a los ineluctables defectos genéticos de los Stamp.

A las once, John, el lacayo, entró en el salón que se usaba por las mañanas con una bandeja de plata. En la bandeja llevaba una botella de agua de Vichy, con un vaso y un plato de galletas de jengibre de Biarritz, que tanto gustaban a Minnie. Después de terminar sus reuniones domésticas, generalmente a la misma hora, Minnie se sentaba a su escritorio. Sin embargo, la correspondencia de este día no le interesaba especialmente y se alegró de que Aline la interrumpiera.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Aline—. ¿Molesto? ¿Estás en mitad de la lectura de un *billet-doux* de divina elegancia?

—Soy demasiado vieja para esas cosas, querida —contestó Minnie—. Sólo estoy repasando facturas.

—No me hables de facturas. Mira, esto es lo que venía a enseñarte. ¿No es divino?

Le mostró una pieza de delicado encaje de color crema.

—Una preciosidad. ¿De Nottingham?

—De Brujas —dijo Aline—. Regalo de un antiguo admirador, que es un encanto.

Un noruego, ¿te lo imaginas? Fui a Francia hace años, con mi hermana y una institutriz, cuando yo todavía era muy joven y Dolly aún recibía clases particulares. Nos alojamos en una pensión, supuestamente para mejorar nuestro francés; él estaba allí, antes de alistarse en el ejército, y se encaprichó con nosotras. Salíamos a pasear en bicicleta por la orilla del canal. En realidad creo que se encaprichó con Dolly (naturalmente, ella no se resistía, y él no paraba de mirarla), y luego la pobrecilla murió, de esa difteria brutal, y él todavía me escribe de vez en cuando, al cabo de tantos años. El otro día me envió este encaje: estaba de paso por Bélgica por algún motivo... No sé por qué... Ahora es oficial del ejército... Pero ¿verdad que es precioso?

Minnie tomó el encaje y lo extendió en las rodillas para admirar la complejidad de la labor.

—¡Qué historia tan conmovedora!

—Pero no sé qué hacer con él. ¿Tú qué crees? Es demasiado bueno para ponerlo en una enagua o un corpiño, y no da para hacer unas mangas.

—A ti se te dan de maravilla esas cosas. Esos zapatos forrados de encaje que llevabas anoche eran fascinantes. Creo que yo lo emplearía para adornar el cuerpo de un vestido. ¿No tienes ninguno al que puedas ponérselo?

—Bueno, sí —dijo Aline—. Tenía intención de no ir a la modista en una temporada. Tengo que esquivar a un par de personas hasta dentro de un mes.

—¿Facturas?

—La culpa la tiene mi maldito corredor de apuestas. Nunca he visto a un hombre más tacaño para dar crédito. Sabe que al final siempre le pago.

—Podría prestarte algo para que me lo devuelvas dentro de unas semanas, si eso te ayuda —dijo Minnie.

—Eres un encanto. No podría aceptarlo. No puedo desvalijar a mis amigos. Ojalá no dependiera de ese maldito Cesarovitch. A Gilbert no se lo puedo contar, porque le prometí que dejaría el juego. Podría devolvértelo muy pronto, eso sí, porque el 1 de diciembre me dará la mitad de mi asignación para ropa.

—Hasta entonces puedo prestarte algo, por supuesto. Es horroroso tener que preocuparse por el dinero. —Minnie buscó la chequera, limpió la pluma en la alfombrilla de cuero verde, la hundió en el tintero y la dejó en el aire.

—¿Una? ¿Dos?

—Eres un encanto —dijo Aline—. Dos, si puede ser.

Minnie extendió un cheque por valor de doscientas libras a la vez que decía:

—¿Qué tal si echamos una mano de whist? Ya vamos a pasar un buen rato al aire libre esta tarde y tenemos mucho tiempo antes de cambiarnos.

—Divino. Siempre que no sea a doble o nada.

—No, no, no —dijo Minnie, mientras tocaba la campana para que alguien viniera a preparar la mesa de naipes—. ¿Apostar a las cartas antes de la hora de comer? ¡Qué inmoralidad! Como máximo seis peniques por punto.

A lo largo de la mañana llegó a la casa el ruido intermitente de los disparos en el coto; se acercaban poco a poco a la cortina de bosques que bajaba hasta el río. La brisa transportaba las salvas de las escopetas por el ordenado paisaje del coto hasta el jardín, donde las oían los jardineros, que seguían trabajando en la bordura de plantas ornamentales, y hasta el dormitorio de Olivia, que había dejado la ventana abierta para que entraran el olor del otoño y la luz del sol: Olivia no prestaba atención a los disparos, porque estaba concentrada en la historia de Cicely. No había en los disparos una nota de alarma; habían transcurrido más de doscientos años desde que un destacamento de casacas rojas se había enfrentado en aquellos bosques a un desorganizado grupo de partidarios del Caballero de san Jorge, Jacobo Francisco Eduardo Estuardo; más de doscientos cincuenta años desde que uno de los antepasados de sir Randolph, sorprendido por una emboscada entre unos matorrales, al otro lado del coto, entregara su vida por su rey y se convirtiera así en fuente de inspiración de uno de los pasajes de prosa más perfectos de la *Historia de la guerra civil* de Clarendon. Ahora no se sacrificaban hombres sino aves, hermosos animales criados por Glass y sus ayudantes con todos los lujos que un ave podía desear: alimentados, protegidos de los depredadores y dejados unos meses en libertad en lo que se consideraba un Edén para los faisanes, del que serían expulsados por una horda de rústicos ángeles, armados no con espadas de fuego sino con palos y silbatos; los obligarían a volar aunque no quisieran —pájaros grandes, que se agotan con sólo alzar el vuelo a unos metros del suelo—, los forzarían a elevarse por el aire luminoso, entre una explosión de ruido atronador, para encontrar una muerte rápida.

—Vuelan bien alto —decían los cazadores.

—Y son muchos.

—Ese al que has tumbado en la última ronda subía como un cohete, Gilbert —dijo Bob Lilburn.

—He tenido suerte.

—No seas tan modesto. He oído que una vez mataste siete pájaros seguidos en pleno vuelo. Siempre he querido preguntarte si era verdad. ¿No fue en Sandringham?

—Sí, bueno —dijo Gilbert—. Allí las condiciones son perfectas para la caza. Sobre todo cuando hay un virtuoso como nuestro rey actual para estimularlo a uno. Ya sé que en esta casa es mejor no decir nada en contra del difunto rey, pero el de ahora es mucho mejor cazador.

—Yo sólo he cazado una vez con él, en Lowther. Ese día también estaba el Káiser. Fue un día muy regio.

—¿Verdad que no se le da del todo mal, teniendo en cuenta que sólo puede usar una escopeta del veinte, por culpa del brazo?

—Siempre he pensado que uno no puede fiarse de un hombre que tiene un brazo inválido —dijo Bob—. Pero supongo que es un pensamiento irracional.

—Puede ser un hombre encantador. Arrogante, desde luego. Un buen amigo mío

tiene un brazo inválido. Se lo destrozó un tigre, en la India. Y no tiene nada de malo.

—Eso es distinto. No es inválido de nacimiento. ¿Y va de caza?

—¿Quién, George? —dijo Gilbert—. Ya no caza. Pero es un timonel de primera.

Eran dos hombres altos, vestidos de tweed, que atravesaban los sembrados hablando de los días de gloria en Cowes, de los nuevos veleros de doce metros, del *Shamrock* de sir Thomas Lipton, de la Copa América.

—Gritan demasiado —le susurró sir Randolph a su nieto—. No entiendo por qué la gente habla tanto cuando va de caza.

—Cicely es todavía peor —dijo Marcus.

—Si tu hermana se pone a hablar cuando venga esta tarde, la mandaré a casa. La última vez le dio por chillar cada vez que el que estaba a su lado disparaba la escopeta, como si fuera obligatorio.

—No he sido capaz de dar ni a uno en la última en la ronda. ¿Me has visto? —preguntó Marcus.

—Eso es porque dudas. No se puede ser indeciso. Cuando se acerquen deprisa, tienes que elegir uno y apuntar. Creo que te he pillado mirando a tu cargador, ¿no es verdad?

—Puede.

—No mires nunca la escopeta ni a tu cargador —dijo sir Randolph—. Mira al frente. Aunque has mejorado mucho en el movimiento de giro. He visto que hacías un buen cruce en el aire en una de las últimas rondas.

Esperaron en el sembrado delante de una arboleda de bosques mixtos que caía suavemente por la ladera. El otoño era templado, y muchos árboles aún conservaban las hojas verdes: sólo los fresnos y los castaños de indias empezaban a cobrar tonalidades rojizas. Las pisadas de los ojeadores habían sucedido al silencio cuando un corzo apareció de pronto en un extremo del bosque, haciendo crujir la maleza donde estaba escondido. Echó a correr hacia la línea de los cazadores y, al verlos, volvió hacia el bosque. Al oír a los ojeadores, dudó unos segundos, con la cabeza alta, el hocico y los ojos dilatados, y entonces se dio a la fuga, cruzó la línea de tiro a grandes saltos y atravesó el coto hacia la frontera que formaban las hayas. Tibor Rakassyi había levantado la escopeta, pero como estaba aproximadamente en el centro de la línea de tiro y vio que nadie más se había movido, no llegó a disparar. Una sonrisa recorrió la línea, de cazador en cazador, tras la estela del corzo. Tibor la recibió de Lionel Stephens y se la pasó a Tommy Farmer, casi como si se tratara de una prenda —una zapatilla, quizá— de uno de aquellos misteriosos juegos a los que Cicely se empeñaba en jugar después de la cena.

Era Dan Glass quien había asustado al corzo. Iba andando por el borde del bosque y lo vio alejarse entre los árboles. Sabía que había corzos en aquella zona, porque había visto rastros y excrementos, pero eran animales muy esquivos y llevaba meses sin ver uno solo. Era un macho joven, en plena fase de muda otoñal. Dan se detuvo un momento para tomar nota del lugar exacto —estaría bien volver con un poco de

yeso y hacer un molde de la huella reciente— y apretó el paso para alcanzar a Tom Harker, su compañero en la línea de ojeadores. Tom, que iba silbando mientras hacía ruido mecánicamente con el bastón, y tenía ganas de hacer una pausa para almorzar, había cambiado de puesto en la línea de ojeo. No quería ir con un hombre que había sucumbido a los demonios del alcohol. El hombre de quien tan mala opinión tenía, un leñador llamado Walter Weir, ocupaba el otro extremo de la línea, donde Glass se había fijado en su estado y confiaba en que el sudor no tardara en remediarlo. El avance constante por un terreno a veces empinado hacía entrar en calor, y, hasta los hombres que no sufrían ningún impedimento, como era el caso de Walter Weir, recibían con alivio las pausas entre aguardadero y aguardadero. Disfrutaban entonces de la brisa fresca y sentían un leve frescor al secarse el sudor de la cara.

A Glass lo preocupaban sus obligaciones. Por bien que conociera su trabajo, sabía que ese día —el último de la partida de caza más importante del coto— culminaba su labor del año. Naturalmente, habría otras partidas de caza. La segunda más importante de Nettleby se celebraba hacia finales de noviembre, aunque la principal, por tradición —a la que se invitaba a los mejores cazadores—, tenía lugar la última semana de octubre. La circunstancia de que algunos árboles aún conservaran las hojas era un desafío estimulante: los cazadores menos veteranos preferían venir más entrado el otoño. Aparte de estas dos grandes ocasiones, que duraban tres días cada una, había otras jornadas de caza, y, después de Navidad, se reservaban dos o tres días para el sacrificio exclusivo de machos, pero ninguna era tan importante como la partida de octubre. Ésta era para los reyes y los cazadores famosos: lord Hartlip, el señor Stephens y lord Lilburn. Cuando asistía la realeza, las dos últimas rondas, cerca del río, congregaban a una multitud de espectadores en la otra orilla para presenciar el espectáculo, lo que, dicho sea de paso, era uno de los principales motivos de preocupación para Glass. No se podía confiar en que estuvieran callados y era frecuente que animaran a los cazadores o hicieran comentarios a voces. Glass nunca olvidaría el día, la última vez que el difunto rey había cazado en Nettleby, en que una voz alta y no precisamente sobria, justo cuando las aves alzaban el vuelo, había gritado desde la muchedumbre: «¡Vamos, Tommy, dales su merecido!». Nunca llegó a descubrir quién fue.

Hoy no había sucedido nada por el estilo; sólo un grupo de ojeadores, todos ellos de la aldea de Upfield, se había rezagado en una de las rondas y había ofrecido una mala presentación de las aves a las escopetas. Glass les dijo que podían irse a casa si no eran capaces de hacerlo mejor, los separó, y desde entonces no había vuelto a haber contratiempos. La mañana transcurría con una organización aparentemente impecable, pero Glass sabía que no podía bajar la guardia ni un segundo.

Cuando se efectuaron los primeros disparos en el último puesto de acecho, justo antes del almuerzo, Percy Maidment y Albert Jarvis cruzaron una mirada rápida antes de que sus respectivos campeones reclamaran toda su atención. Sir Randolph, más convencido —ahora que Gilbert parecía tan sereno y la mañana seguía un curso tan

agradable— de que el ambiente que se respiraba era de deportividad y no de vulgar competición, había situado a Gilbert y a Lionel juntos, al final de la línea de tiro, porque sabía que el terreno era engañoso y que en ese rincón normalmente se concentraban muchas aves, de ahí que hubiera motivos para la expectación. Él, por su parte, se colocó bien atrás, a medio camino entre los otros dos, para cobrarse las aves a las que, por pura presión numérica, ellos tuvieran que renunciar.

Tal como esperaba, las aves se acercaron deprisa y a buena altura. Aun así, los dos expertos que lo precedían eran tan rápidos y tan precisos que muy pocas piezas se les escapaban. A pesar de que estaba concentrado en su propio desempeño, sir Randolph tuvo tiempo para reparar en la exhibición de destreza a la que asistía.

—Bueno, Charlie —le dijo a su cargador, cuando terminó la ronda—, seguro que no estás acostumbrado a ver disparos tan buenos.

—Nunca había visto nada igual, sir Randolph —contestó Charlie Pass con sincera admiración.

Sir Randolph observó a *Lorna*, que ya había empezado a recoger las piezas muertas, y se fijó en que Albert Jarvis y Percy Maidment se ocupaban en la misma tarea con una rapidez casi frenética. Sin apenas enderezar la espalda entre un pájaro y el siguiente, cruzaban a toda prisa, de un lado a otro, la zona más sembrada de cadáveres, como si ellos mismos fueran el blanco de los disparos y corrieran peligro de exterminio inminente. Sir Randolph los miró con cierto asombro, y aún más le asombró ver a *Lorna*, que se le acercaba con un ave entre los dientes, flanqueada por los dos cargadores, en pugna por arrebatarse el faisán a la perra. *Lorna* dejó que se quedaran con la pieza cobrada y volvió a por otra, mientras ellos empezaban a pelearse a gritos, disputándose la presa.

Sir Randolph, que no se decidía a reprenderlos, pues creía que eso era responsabilidad de sus amos, se alegró cuando Gilbert Hartlip, que ya se alejaba hacia los demás cazadores, oyó las voces y dio media vuelta.

—¿Qué pasa, Jarvis? —preguntó Gilbert.

—Lo siento, señor. Esta pieza era suya, señor. La estaba recogiendo.

—Yo tengo la impresión de que la pieza era del señor Stephens, señor —dijo Percy Maidment, muy obstinado.

—¿Dónde ha caído?

—Justo aquí, señor.

—Entonces era mía —zanjó Gilbert—. Recógela, Jarvis.

Jarvis hizo un gesto de desdén a Percy Maidment, que se había puesto pálido, lleno de furia contenida, pero obedeció en el acto y se fue a recoger otra pieza.

Sir Randolph, decepcionado (habría preferido ver que Gilbert amonestaba a los dos cargadores por igual), alcanzó a su invitado.

—Ese cargador te defiende con mucho celo —dijo.

—Jarvis es un buen hombre. Lleva años conmigo. No suele equivocarse en estos casos —replicó Gilbert, con despreocupada confianza.

Sir Randolph no tenía ganas de poner más reparos. Le pareció que casaba con su estado de ánimo que la primera nube del día hubiera ocultado el sol.

Cornelius Cardew había oído la última salva de disparos y se abrió camino a buen paso entre los matorrales, en dirección a donde calculaba que se estaría desarrollando la campaña de la mañana. La última ronda antes de comer, pensó, se haría seguramente en los alrededores del bosquecillo que formaba el último grupo de árboles en la zona principal del coto, antes del bosque principal y de la cuesta que bajaba al río. Ya había averiguado, indagando en el pueblo, que los cazadores comerían probablemente en la cabaña del embarcadero.

Mientras seguía su camino, observó con satisfacción el alboroto de los pinzones entre las matas de espinos y el destello de un escribano que pasó como una flecha por encima de él; tuvo tiempo de fijarse en un diminuto carrizo que correteaba entre las matas hacia una agradable maraña de espinos y rosales silvestres, donde los herrerillos azules ya habían encontrado alimento; una pareja de urracas se arrullaba mutuamente (o lo arrullaban a él) en el campo que había justo al otro lado del seto, y los grajos volvían a posarse en las ramas de los altos olmos, cerca de las puertas del coto, de donde los disparos los habían ahuyentado poco antes. En su día, Cardew había sido director de la Sociedad Ornitológica, pero de eso hacía ya mucho tiempo: eso había sido antes de descubrir el socialismo y antes de casarse.

«¿A la señorita Tremlett le interesan los pájaros?», le habían preguntado los niños, con su simulada inocencia.

Se referían a Ada, la hija del director del colegio, una muchacha serena como un cisne a la orilla del río.

«Creo que bastante», contestó Cornelius, fingiendo indiferencia.

«¿Sólo bastante, señor? La otra tarde parecía muy interesada, señor, cuando iban los dos buscando nidos de pollas de agua».

«Le gustan sobre todo las aves acuáticas, Watkins. ¿Has terminado tu trabajo de identificación de la alondra?».

Watkins era un burro, o así lo recordaba Cornelius: un chico de mente retorcida, con una capacidad desquiciante para parlotear en verso latino; seguro que a esas alturas sería profesor universitario. Cornelius rara vez se interesaba por los chicos más listos. Se les daban libros, y ellos solos aprendían; él prefería a los que lo necesitaban. A veces no sabía si Ada lo necesitaba de verdad. A Ada le habían enseñado solamente a tocar el piano, a coser y a leer los *Ensayos* de Emerson; de todos modos, Cornelius seguía teniendo la sensación de que ella era bastante más lista que él. La había animado a leer mucho desde que se casaron, aunque eso, al parecer, sólo había servido para que ella encontrara más temas de conversación con H. W. Briggishaw cuando éste venía a tocar el piano a dúo. A Ada no le gustaba hablar con su marido de las ideas. Decía que se enardecía demasiado y empezaba a

decir tonterías. Cornelius creía que la vida conyugal incluía con bastante frecuencia estas tonterías, pero Ada, por lo visto, prefería evitarlas al máximo. Como marido devoto, él respetaba los deseos de su mujer, seguía, con admirable desinterés, haciendo campaña por la libertad sexual de todos los demás, y sólo de vez en cuando dejaba en su escritorio un panfleto de especial elocuencia, con la esperanza de que ella lo leyera. La causa predilecta de Ada, sin embargo, era el sufragio femenino.

Cornelius llegó hasta el final del muro del coto y siguió un trecho a lo largo de la cerca de madera que abarcaba el perímetro del bosque principal. Llegó a una portezuela que daba a una zona pelada del bosque, pasó, cerró la portezuela y se quedó horrorizado al ver que la cerca siguiente tenía otros dos travesaños superiores, de manera que alcanzaba casi dos metros de altura, y que esta estructura, oportunamente instalada junto a un camino desde el que se podía torcer hacia la mansión o hacia la casa de Glass, era uno de los patíbulos del guarda de caza. La cerca estaba repleta de cadáveres en diferente grado de descomposición. Del travesaño más alto colgaba una hilera de mamíferos pequeños, algunos apenas un pellejo con forma de hoja o apenas una cola desaliñada, en su mayoría topos o ardillas, y al lado, otros con claro aspecto de haber sido sacrificados en fechas más recientes, que aún desprendían un intenso olor a carne podrida: comadreas o armiños; cinco o seis de cada. Debajo estaban las plumas negras y los picos malignos de los cuervos y las urracas, con la cola desplumada, y un par de arrendajos de vivos colores que no llevarían más de unos días allí. Más abajo se veían las plumas moteadas de los cernícalos y los halcones gorrioneros, con el pecho diminuto y suave, las alas largas y curvas, para alcanzar mayor velocidad de vuelo, y la cabeza de huesos delicados casi reducida a su esqueleto, con las cuencas de los ojos vacías; por último colgaban las lechuzas: tres lechuzas leonadas y una lechuza común, con las alas abiertas, que se balanceaban de vez en cuando con el roce de la brisa.

—Canallas —dijo Cornelius Cardew, contemplando la hilera de cadáveres—. Canallas infames.

Dio media vuelta y, sujetando con firmeza su vara de endrino y el cartón que llevaba debajo de un brazo, siguió por el bosque hasta donde el camino desembocaba en un sendero menos frecuentado que seguía monte arriba. Calculó que el sendero debía de ser la frontera entre River Wood y el coto. Apretó el paso, por miedo a haberse equivocado en la estimación del tiempo que tardarían los ojeadores y los cazadores en reponerse antes de la última ronda de la mañana, pero cuando llegó al extremo del bosque y se detuvo, vio a los ojeadores que esperaban junto una densa arboleda de fresnos, olmos y hayas, rodeada por una cortina de falsos abetos. Al abrigo de los árboles, clavó en la punta de su vara el trozo de cartón —en el que, con grandes letras rojas, había escrito: NO MATARÁS— y esperó a que los ojeadores se alejaran por el bosque. A una señal de Glass, los hombres empezaron a moverse. Cuando se adentraron entre los árboles, al otro lado de los abetos, Cornelius echó a andar deprisa por el claro que separaba los abetos del bosque, lo más lejos posible de

los ojeadores. No había visto todavía a ninguno de los cazadores, pero, al asomarse desde detrás de un tronco para mirar al coto, al otro lado del bosquecillo, vio a Gilbert Hartlip a pocos metros, con Albert Jarvis y un muchacho muy atento detrás de él. Un poco más adelante estaba Bob Lilburn, con sus cargadores, a continuación Tommy Farmer, y sir Randolph detrás, entre Gilbert Hartlip y Bob Lilburn. Ya se oía a los ojeadores en el bosque. Todos esperaban en silencio y alerta. Por un momento no fue fácil recordar que la intensa concentración de su instinto de cazadores no iba dirigida a Cornelius. Éste sujetó su palo y esperó.

Los ojeadores estaban más cerca, se abrían paso entre la maleza quebrando ramitas y ramas, silbando, dando golpes con los bastones en su avance inexorable. Atrapado (aunque firme en su propósito) entre ese ejército en marcha y las tensas figuras que esperaban en el claro, Cornelius sintió la naturaleza viva a su alrededor. Dos arrendajos pasaron volando por encima de él, dando voces, seguidos de un picapinos verde, al tiempo que los mirlos se alborotaban entre las zarzas y un armiño pasaba corriendo casi por encima de los pies de Cornelius, sin fijarse en él, y se refugiaba en una densa mata de zarzas, ajeno a los dos o tres conejos que le pisaban los talones. Docenas de faisanes corrían entre los matorrales, reacios a volar; algunos se movían tranquilamente, sin prisa, quizá los supervivientes de anteriores matanzas, que se habían vuelto astutos. Por fin, con un zumbido de alas, un espléndido faisán levantó el vuelo de las ramas más altas, pasó por encima de los fresnos y surcó el cielo. El disparo de lord Hartlip lo derribó al instante. Volaba con tanto ímpetu que pareció que quedaba unos segundos suspendido en el aire, como un montón de plumas erizadas, antes de caer al suelo con un golpe seco. *Lorna* tembló, aunque no llegó a moverse. Dos o tres cazadores salieron del otro extremo de la línea de tiro, pero, a pesar de lo cerca que estaban ya los ojeadores, los faisanes seguían escondidos, corrían de un lado a otro o revoloteaban entre las ramas. Dos de ellos levantaron el vuelo cerca de Cornelius y cayeron abatidos por Gilbert Hartlip. Otro, que había tomado altura y volaba deprisa, también fue derribado: Cornelius no sabía quién lo había alcanzado. Una liebre apareció de pronto a sus espaldas y salió como una flecha entre la hierba, a una velocidad pasmosa. Un disparo la alcanzó en las patas traseras, rodó por el suelo y empezó a chillar. Otro disparo la hizo convulsionarse varias veces antes de morir. Y entonces el aire se llenó de faisanes. Salieron volando, en parejas, en tríos y en grupos más grandes, alejándose de los ojeadores por encima de las escopetas. Los disparos eran ahora continuos. Cornelius notaba el olor a cordita mientras una lluvia de perdigones caía a su alrededor, golpeando las ramas y las hojas caídas.

—Basta —dijo en voz alta.

Y, al instante, llegó del bosque una voz desconcertada.

—¿Qué narices...?

Pero Cornelius había echado a andar. Sostenía firmemente su estandarte, levantado por encima de la cabeza, y se acercaba a Gilbert Hartlip. Cuando estaba a

pocos metros del cazador, giró bruscamente a la derecha y empezó a desfilar por delante de la línea de tiro.

Gilbert no titubeó. Miraba fijamente al cielo, por encima de la cabeza de Cornelius.

—¿Qué narices está haciendo ese hombre? —preguntó Gilbert.

Bob Lilburn dejó de disparar.

—¡Cuidado, idiota! —exclamó.

La mirada de Gilbert se desplazó un segundo a la izquierda, antes de dirigirse de nuevo al frente. Entregó la escopeta, con el barril caliente, recibió otra arma recargada, apuntó y disparó en un solo movimiento, dibujó un arco con el cañón para disparar por segunda vez, y entregó de nuevo la escopeta a su cargador. La interrupción no le había hecho fallar disparo alguno.

—¡Quítese de en medio, hombre! —gritó Bob Lilburn.

Cornelius caminaba despacio, con la mirada al frente.

—Llevaos a ese hombre, por favor —ordenó sir Randolph en voz baja a Charlie Pass.

En ese momento, Glass, que había visto a Cornelius al final de la línea de ojeadores desde su escondite entre los árboles y, sin perder un momento le había gritado a Walter Weir que se acercara para ocupar su lugar, salió corriendo del bosque. Walter, sobrio para entonces e impaciente por redimir sus pecados, obedeció sin tardanza y avisó al que lo seguía para que cubriera su hueco. Glass corría hacia Cornelius con todas sus fuerzas, y lo alcanzó a la vez que Charlie Pass. Cada uno agarró al intruso de un brazo.

—¡Suéltenme!

Blandiendo airadamente su pancarta, Cornelius se resistió a los esfuerzos de quienes lo habían capturado para llevarlo a donde estaba sir Randolph.

—¡Que me suelten, les digo! —insistió Cornelius.

Su voz, alta y nerviosa, le sonó de repente impropia de él. Lo empujaban a la vez que daban gritos, firmes aunque con ánimo de tranquilizarlo, como si fuera un toro extraviado en campo ajeno.

Se esforzó para hablar más alto y más bajo.

—¡Déjenme en paz!

—No puede hacer eso, señor. Por su propia seguridad —dijo Glass, con la misma firmeza aunque algo más de respeto. Había notado que el acento de Cornelius era el de un hombre educado—. Lo mejor será que nos acompañe a hablar un momento con sir Randolph.

Lord Lilburn y Tommy Farmer, situados frente al lugar donde se producía el altercado, dudaron unos momentos antes de disparar, en parte porque habían perdido la concentración con el incidente y en parte para asegurarse de no herir a nadie por error; se tranquilizaron cuando vieron a Glass y, al comprender que los disparos iban dirigidos a los pájaros, que estaban muy por encima de los tres hombres y no

representaban ningún peligro para ellos, volvieron a concentrarse en los faisanes. Ninguno de los demás cazadores había titubeado. El ruido y la lluvia constante de perdigones, además del peligro de que un ave agonizante o muerta le cayera en la cabeza, debilitó la determinación de Cornelius. Dejó que lo llevaran, a empujones, hasta donde se encontraba sir Randolph, que se había quedado sin su cargador principal, pero seguía cobrándose de todos modos la mayor parte de los faisanes que escapaban al fuego de Gilbert Hartlip y Bob Lilburn. Cuando pasaron al lado de Gilbert Hartlip, el cargador de éste, Albert Jarvis, a pesar de que estaba muy ocupado, y de que incluso temblaba debido a su intensa concentración, tuvo tiempo de murmurar entre dientes, con una maldad sibilante que sorprendió a Cornelius:

—Maldito hijo de puta...

Sir Randolph bajó la escopeta y miró a Cornelius.

—Me temo que no está usted conforme con nuestro deporte —dijo el barón.

—No es esto lo que yo entiendo por deporte. Es lo que entiendo por matanza.

—Ah, sí. Está bien, Glass. Bajaremos a la cabaña del embarcadero cuando termine esta ronda. Nos ha sorprendido usted justo al final de nuestra mañana criminal, señor, y estamos a punto de sumarnos a los demás invitados para disfrutar de la comida, aunque sea mal ganada. Dígame, ¿es usted de por aquí? Creo que no nos hemos visto antes, ¿verdad?

Cornelius, con los brazos al fin libres, clavó su vara en la tierra, se detuvo un momento para enderezar la pancarta, de manera que sir Randolph tuviera que enfrentarse al tercer mandamiento, y se sacó del bolsillo un panfleto como el que había dado a Tom Harker la noche anterior.

—Obra mía —dijo Cornelius.

—«Los derechos de los animales: una reivindicación de la doctrina del parentesco universal». Comprendo. Estos faisanes, si nos ponemos legalistas, no estarían aquí si alguien no los hubiera cuidado y hubiera recogido los huevos para empollarlos y criar después a los polluelos... Podría decirse que les hemos dado la vida y luego, al cabo de un tiempo, nos la cobramos de nuevo... Nos arrogamos algo así como un poder divino, lo reconozco. Pero no nos preocupemos por eso. Es un panfleto muy bien editado, señor Cardew. Dígame, ¿dónde lo han impreso? ¿Es muy caro? Espero que no le moleste mi pregunta.

—En absoluto. Hay un impresor muy bueno en Dorking, cerca de donde vivo, un hombre excelente, de ideas anarquistas. Me hace muy buen precio.

—Ya veo —dijo sir Randolph—. Tienen ustedes un acuerdo especial. Supongo que a mí no me haría un precio igual de bueno.

—¿Escribe usted panfletos, señor?

—Estaba pensando probar suerte en ese terreno. Me preocupa mucho el abandono de la vida rural en este país. La gente no comprende su importancia, ¿sabe usted? No comprende, si se me permite decirlo así, sus tradiciones, entre las que yo incluiría el deporte de la caza. Siempre expreso sobre un papel mis reflexiones sobre esta

cuestión. Había pensado reunir algunos escritos en una modesta publicación: un panfleto, sí, una polémica, en realidad, una polémica. Creo que ésa es la palabra exacta.

—La vida rural —dijo Cornelius—. Comprendo. ¿Incluiría también sus aspectos económicos y la difícil situación de los trabajadores agrícolas, y esas cosas?

—Desde luego que sí. Si no defendemos nuestra agricultura, los que trabajan la tierra pronto serán tan pobres como los irlandeses. La mitad de ellos viven en casuchas de mala muerte y no comen más que gachas de harina.

Cornelius asintió.

—El declive del medio rural: una polémica. Seguro que a mi amigo el impresor le interesaría. El declive... Incluso la ruina, se podría decir... ¿Diría usted eso?

—La ruina, si lo prefiere —dijo sir Randolph.

—La ruina de la Inglaterra rural. Una polémica. Una diatriba. ¿Podría usted convertirlo en una diatriba?

—Desde luego que podría convertirlo en una diatriba.

—La ruina de la Inglaterra rural. ¡Una diatriba! —exclamó Cornelius.

—Eso es.

Terminada la ronda de disparos, los que estaban más cerca de sir Randolph se acercaron, movidos por la curiosidad que les producía el intruso, y los que recogían las presas, o instaban a los perros a cobrarlas, lo miraron con recelo. Todos estaban sorprendidos, ninguno complacido de ver que sir Randolph y Cornelius Cardew intercambiaban sonrisas, satisfechos de haber dado con el título de una diatriba militante. A nadie le parecía apropiada esa actitud.

—Ese hombre se merece un disparo —dijo Bob Lilburn en voz alta cuando ya estaba cerca.

—Ha estado a punto de llevárselo —asintió Tommy Farmer, indignado.

—¿Podríamos continuar esta conversación en otro momento? —susurró sir Randolph—. Estos asesinos son gente muy apasionada. ¿Puedo quedarme con esto? Le prometo que lo leeré. ¿No llevará consigo su dirección impresa?

Cornelius volvió la cabeza y, al ver a lord Lilburn, que parecía enorme y fuerte con su traje de tweed, buscó rápidamente en los bolsillos.

—Mi tarjeta.

—Gracias —dijo el barón—. Hindhead es un sitio encantador. Seguiremos en contacto, pierda cuidado. ¿Tratará usted el asunto con su amigo el impresor?

—Le enviaré un presupuesto enseguida —dijo Cornelius—. Que pase usted un buen día, señor.

Cornelius enarboló alegremente su pancarta y echó a andar hacia el bosque. De camino se encontró con varios grupos de cazadores, ojeadores y encargados de los perros, y se volvió de lado a lado para saludarlos confiadamente con la mano a la vez que blandía la vara con aire juguetón. Las miradas con que lo recibieron expresaban diferentes grados de hostilidad. Sólo sir Randolph, que observaba el avance irregular

de Cornelius, interrumpido por frecuentes pausas para colocar su pancarta —que tendía a deslizarse por el palo cuando la sostenía en alto— y para levantarse el sombrero de ala ancha ante los cazadores de aspecto más formidable, dirigiendo una sonrisa especialmente entusiasta a lord Hartlip, alto y de ojos pétreos, sólo sir Randolph sonreía con gesto bondadoso.

Bob Lilburn se acercó a su anfitrión.

—Supongo que vas a denunciarlo —dijo.

—Tenía que volver a Hindhead —respondió sir Randolph vagamente—. Bonito sitio, Hindhead. ¿Lo conoces?

A la orilla del río corría una brisa fresca. La niñera se arrepintió de no haberle puesto a Violet unas polainas de lana.

—Vamos, llegaremos tarde a comer —dijo.

Violet se había asomado por el pretil del puente y estaba arañando la punta de los zapatos con la pared de piedra. Bajo el puente, el río se deslizaba muy deprisa hacia un tramo poco profundo donde se formaban diminutos rápidos y el agua se abría camino salpicando y provocando olas de velocidad variable, de las que Violet no conseguía apartar la mirada, atrapada por su movimiento. A continuación de los rápidos, el río cobraba profundidad y parecía fluir más despacio hacia los recodos en sombra y las tranquilas pozas donde los cachos y las truchas, entre los largos tallos de las algas verdes y rectas, nadaban perezosamente.

—No está aquí. ¿Qué vamos a hacer? —preguntó Violet.

—Puede que ya haya vuelto a casa.

—Le prometimos a Osbert que la encontraríamos.

—No podemos encontrarla si no está aquí —dijo la niñera—. Estará en casa, comiendo, seguro que está ahí. Vamos.

—Se lo prometimos —dijo Violet.

—Ya vendrá Osbert después de comer. No puede saltarse su rato de descanso. Ya lo sabes.

—De todos modos, Osbert no descansa.

Sin embargo, Violet, de mala gana, dejó que la niñera la tomara de la mano y la llevara hacia el camino.

—No te entretengas tanto, Violet. Y Osbert sí que descansa. Lee un rato.

—Yo tengo que descansar con los ojos cerrados —dijo la niña.

—Osbert también, cuando tenía tu edad.

—Osbert se escapaba de la cama y hacía travesuras. Un día se fue al coto y una oveja lo tiró al suelo.

—Eso se lo ha inventado —dijo la niñera—. No te lo creas.

—Primero le dio una coz y luego lo tiró al suelo con el hocico... Estoy cansada, no puedo seguir.

—Me parece que alguien se ha levantado con el pie cambiado esta mañana.

—Me he levantado con el mismo pie que todos los días —dijo Violet—. ¡Ah, mira! Es el coche de la abuela.

Iban por un sendero paralelo al río y habían llegado a una escalera de madera que permitía saltar el muro y salir al camino. Un coche se acercaba, muy despacio. Violet se subió al muro de un salto y saludó con la mano. Patten, el chófer, conducía el Daimler al lugar previsto para la comida. Había llevado primero al ama de llaves y a dos criadas, que prepararían la cabaña y encenderían el fuego; después a Rogers y a dos lacayos, con la comida en cajas de heno, para que no se enfriara; luego había vuelto a la residencia con el ama de llaves y las criadas, cuando éstas terminaron su tarea. Ahora llevaba a Cicely a su lado, delante, y detrás de la mampara de cristal iban Aline, Ida y Minnie, con traje de tweed, hablando de las posibilidades de Cicely para casarse, mientras Olivia, que llevaba una chaqueta de terciopelo marrón encima de una falda de tweed larga y oscura, con un sombrero y manguitos de piel también marrones, miraba por la ventanilla y pensaba si se sentaría al lado de Lionel Stephens en la comida.

Aline había preguntado si consideraban al húngaro un serio aspirante a la mano de Cicely.

—No lo creemos —contestó Ida.

—¿No podemos verlo al menos un poco *sur le tapis*? —sugirió Minnie—. ¿Con un pie en el estribo? Es muy atractivo.

—Su padre no quiere que Cicely se case con un continental —dijo Ida—. Dice que ahora mismo la situación es demasiado inestable para correr el riesgo de casarla con nadie que no sea inglés.

—Si hubiera una guerra, todos estaríamos en el mismo bando —dijo Minnie tranquilamente—. Al fin y al cabo, todas las familias reales están emparentadas. No pueden declararse la guerra las unas a las otras. Y los Rakassyi tienen una fortuna inmensa.

—Un matrimonio inglés sería mucho más seguro —insistió Ida.

—Supongo que sí. Además, sería un fastidio tener familia extranjera. Las tías y los primos extranjeros suelen ser aburridísimos, mucho peores que los ingleses. Pero, bueno, ¿no podemos seguir disfrutando un par de años más con estas especulaciones?

—¿Qué pensará ella? —preguntó Olivia.

Minnie sonrió.

—A ella también le gustará especular —dijo—. No es como tú, que estás llena de nobles ideales y eso te convierte en la *princesse lointaine* para tantos admiradores. Muy pocas de nosotras somos como tú, querida Olivia. Por eso te queremos tanto. La mayoría de nosotras somos, por desgracia, mundanas.

—¿Eh? —protestó Olivia, sinceramente sorprendida.

Cicely tocó con los dedos en la mampara de cristal, riéndose, y señaló a un lado del camino. Violet estaba encima del muro, saludando con la mano, y la niñera a su

lado. Patten redujo la velocidad, pero no se detuvo. Violet vio a Cicely riéndose, a su madre y a su abuela saludando, a Olivia sonriendo y a Aline levantando una mano desde la penumbra del asiento trasero.

—Si seguimos por la carretera, Patten nos recogerá cuando vuelva —dijo la niñera.

En el coche, Olivia iba diciendo:

—Espero que encuentren a esa pata.

La cabaña del embarcadero era en buena parte obra de Minnie. Diez años antes se había fijado en la sencilla caseta que entonces cobijaba un par de bateas y una vieja barca de remos y había dicho: «Lo que necesitamos aquí es una casa de verano rústica».

Y así, encima del edificio de ladrillo alargado y bajo que se adentraba en el agua, de manera que la mitad de las barcas quedaba en el río y la mitad en la orilla, mandó construir una cabaña de madera, grande, con tejado a dos aguas, entramado de vigas a la vista y ventanas de celosía que miraban al río. A un lado del camino, una portezuela daba paso al jardín de césped, con primorosos macizos de flores, que llegaba hasta la entrada de la cabaña, debajo de un balcón de madera soportado por dos pilares con forma de troncos; la madreselva ya empezaba a enredarse con la clemátide que habían plantado para cubrir estas toscas columnas. La cabaña tenía un vestíbulo, un cuarto de servicio, otro cuarto donde guardaban los aparejos de pesca y las mesas de naipes —Minnie tenía fama de pedir la baraja en cuanto terminaban de comer—, y una sala amplia y luminosa, con el suelo de madera sin pulir, cubierto de alfombras indias, y muchas ventanas con vistas a los bosques y el río. Había árboles, principalmente hayas, en ambas orillas, por lo que sólo se divisaba el río, el cielo, las hojas y las ramas.

En verano, a Minnie le gustaba hacer allí comidas campestres. Cuando era más joven, a veces salía a pasear por el bosque con sus amigos y los llevaba a la cabaña del embarcadero, como por casualidad, empujaba la puerta con aire triunfal (cuando todos empezaban a estar cansados y tenían ganas de volver a casa a comer) y les descubría un almuerzo delicioso, dispuesto en una mesa con mantel blanco, y a Rogers y a los dos lacayos colocados detrás de las sillas, con una mezcla perfecta de respeto y deleite al ver la sorpresa de los invitados. Los niños también iban a la cabaña, a bañarse, a merendar o a pescar; bajo el hechizo del buen tiempo, incluso dejaban a los chicos que se quedaran a pasar la noche.

Para celebrar una comida de caza a finales de octubre había que encender el fuego y ventilar la cabaña el día anterior; aun así, olía un poco a humedad. De todos modos, a Minnie le encantaba la cabaña. Se adelantó a los demás y felicitó a Rogers por los preparativos mientras recolocaba los almohadones y los crisantemos y exclamaba:

—¿Verdad que es preciosa? Olivia, Aline, tenéis que reconocer que es preciosa.

¿No os encanta?

Dijeron que sí. Les encantaba.

El fuego ardía en la chimenea abierta (de la que se escapaba un poco de humo, la verdad, aunque no tanto como para irritar los ojos), un reloj de pie hacía tictac en un rincón, y, alrededor de las paredes, había aparadores de roble oscuro con porcelana azul en las repisas. Delante del fuego, dos bonitos perros de bronce servían para apoyar los atizadores, y, arrimadas a la chimenea, había varias sillas de mimbre, con almohadones tapizados con la misma cretona de flores de las cortinas. Ocupaba el centro de la sala una mesa estrecha, preparada para la comida y rodeada de sillas Windsor.

—¡Es como el cuento de los tres ositos! —exclamó Aline.

—Hay muchos más de tres —dijo Cicely—. Y muchas más Ricitos de Oro. —Se arrodilló en el banco de la ventana para contemplar el río—. Este cojín está húmedo. Seguro que lo han usado en la batea.

—¡Qué críticos son los jóvenes! —dijo Minnie, sin rencor—. Creo que podemos descorchar una botella de champán, Rogers, antes de que lleguen. Parece que lady Hartlip tiene frío. Acércate al fuego, querida, y toma una copita de champán para entrar en calor.

—Ya vienen —dijo Cicely desde la ventana—. Veo a Glass con *Sambo* y la carreta. Voy a darle un besito en la nariz.

—Cicely, Cicely —protestó su abuela.

—Se refiere a la nariz de *Sambo* —explicó Ida, sin sonreír.

—Aun así...

Lionel tuvo una sensación muy extraña cuando se acercaba por el sendero, entre los árboles, cruzaba la cancela abierta y veía las rústicas columnas cubiertas de vegetación, el balcón de madera y el hastial del tejado pintado: le pareció el refugio de una hechicera, tan escondido en el bosque y tan cerca del apacible fluir del río. Nada más ver la cabaña casi se sintió desfallecer. Había pasado la mañana concentrado en la agradable y familiar rutina de la caza, una rutina que exigía tanto técnica como buenos modales y que dejaba poco tiempo para entregarse a la ensoñación. La imagen de la cabaña hizo que sus fantasías saltaran de golpe al primer plano de su conciencia. Ella ya estaría allí.

Lionel conocía a Bob Lilburn desde hacía muchos años, pero no había coincidido con Olivia hasta que a Maisie Arlington se le ocurrió invitarlos a todos a una cena, unos meses antes del baile en la embajada de Rusia. Pensó que era una mujer hermosa y buena, lista y amable; aunque, por supuesto, conocía a muchas mujeres casadas a las que podía describir con los mismos adjetivos. Lo misterioso era cómo esas otras mujeres tan absurdas, en su primera o segunda juventud, con las que a veces coincidía en una cena, sentadas a su lado, se convertían de la noche a la mañana en bellezas exquisitamente civilizadas. Desde luego que las mujeres jóvenes eran encantadoras, con ese empeño tan conmovedor de hablar a toda costa y esa tendencia —cuando uno las veía en el campo, a sus anchas— a recuperar sus antiguos modales de colegialas poco femeninas, momentos en los que se refrenaban sólo a veces, cuando recordaban que eran señoritas, que ya llevaban el pelo recogido y que debían guardar las distancias con sus hermanos y hermanas menores, sus institutrices, sus ponis y sus perros, pero a Lionel le parecían poco serias y temía que, por lo tanto, ellas lo consideraran un mojigato. Sin embargo, una esposa, una compañera para toda la vida, pensaba, tenía que ser una persona a la que uno pudiera admirar. Sentía que, si daba rienda suelta a su capacidad de adoración en alguna de aquellas jóvenes insustanciales, ella se llevaría un susto de muerte. ¿Cómo podía poner en cualquiera de aquellas muchachas la responsabilidad de encarnar el Ideal? Y así, cuando volvía a su casa de Lincolnshire, con su madre, en quien, a pesar de su lengua ácida, Lionel siempre había reconocido la imagen de la belleza y el honor supremos, creía ver en su madre una parte considerable de las cualidades que deberían tener las mujeres. En un plano algo distinto, a veces invitaba a cenar a las actrices. Con ello se había ganado cierta fama en la ciudad (cosa que le traía sin cuidado), a pesar de que la mayoría de esas actrices eran jóvenes respetables y, cuando no lo eran, Lionel normalmente se sentía como un animal después de estar con ellas. Le parecía cada vez más improbable que la animalidad y la capacidad de adoración pudieran confluir y concentrarse un día en un único objeto elegido. Eso ocurrió la tercera vez que vio a Olivia.

«Tiene que ser así, ¿no?», había dicho ella.

Estaba expresando alguna opinión, interpretando, como de costumbre, las cosas mejor que nadie, y entonces se volvió hacia él y le dijo: «Tiene que ser así, ¿no?»; y, por primera vez, Lionel vio en los ojos de Olivia la pregunta que, tal como reconoció al instante, impregnaba la mayor parte de su ser. Lo que conmovió a Lionel fue ese anhelo de bondad, combinado con la leve desesperación con que, a veces, al no encontrarla, y a pesar de sus ganas de encarar la realidad con lucidez, Olivia buscaba seguridad en los demás. Y es que, aunque Olivia podía llegar a ser muy rotunda en sus opiniones, y mordaz en sus críticas, era cuando titubeaba, cuando la duda velaba su inteligencia, cuando él más la adoraba.

Lionel sabía que su marido, Bob Lilburn, era un hombre práctico, aficionado al deporte y buen terrateniente. Nadie diría de él que tenía imaginación. Era posible que Olivia esperase de su marido más comprensión de la que él podía ofrecerle. Era posible que ella lo esperara, porque Bob parecía un héroe; pero él, Lionel, podía responder a las preguntas de Olivia mejor que Bob; porque podía decir: «Sí, tiene que ser así, y si no lo es yo me ocuparé de que lo sea», y porque, al apelar de esta manera a una faceta de la naturaleza de Lionel, Olivia apelaba también a la otra, y porque, al ver el leve temblor del labio superior cuando volvió sus ojos hacia él, sintió un impulso incontenible de besarla para aplastar sus dudas. Pronto reconoció la intensidad de la pasión que se había apoderado de él. Pequeñas señales le llevaban a creer que ella lo sabía; su objeto elegido (de momento sólo pensaba en alcanzarlo) había empezado a admitir lo que sabía.

Cuando Cicely le dio un beso a *Sambo* en el hocico, el perro sintió unas cosquillas tremendas en los bigotes. Resopló por la nariz, pero no consiguió aliviar el cosquilleo. Estiró el cuello completamente y separó los labios de los dientes amarillos, mostrando una expresión de desdén, como un camello, y luego, como si se avergonzara de las risas que había provocado, bajó la cabeza y se frotó la cara en la chaqueta de tweed de Cicely, con lo que estuvo a punto de tirarla al suelo.

—Esos modales, esos modales —protestó Cicely.

Tibor Rakassyi se había acercado, sonriendo.

—No está acostumbrado a que lo besen jóvenes guapas —dijo.

—Ha sido muy graciosa su reacción, la cara de camello que ha puesto —dijo Cicely.

—Si te gusta experimentar, yo también sé poner caras graciosas.

—¿Y lo haces siempre que te dan un beso en la nariz? —preguntó ella.

—Casi siempre —dijo él.

—Seguro que tienes una pinta muy divertida —contestó Cicely—. ¿Qué tal ha ido la caza?

—Perfecta.

—Supongo que los faisanes no dirán lo mismo. ¿Tienes hambre? Hay una comida deliciosa.

Los cazadores iban llegando lentamente a la cabaña del embarcadero, de dos en

dos y de tres en tres, charlando. Lionel Stephens se había rezagado, pues en el último momento lo había invadido un miedo indescriptible de ver a Olivia, como si no supiera qué podría ocurrir.

Los criados llevaban un caldero con el guiso de conejo caliente que iba a ofrecerse a los cazadores, y éstos ya empezaban a formar una línea desordenada en el sendero del río, cerca de la cabaña. Albert Jarvis y Percy Maidment, que de pronto se vieron el uno al lado del otro, se separaron de mutuo acuerdo; apenas se hablaban, tan profunda era su rivalidad.

Albert Jarvis era de Derbyshire. La finca de lord Hartlip estaba cerca de la cuenca minera de la frontera de Yorkshire, y los Jarvis eran una familia de mineros. Albert no consiguió encontrar faena en la mina cuando abandonó los estudios, y primero trabajó de campesino y después de montero menor. Sentía una honda admiración por su amo, cuya actitud distante en el trato con sus subordinados no hacía sino aumentar su autoridad a ojos de Albert. Como Albert también era un buen cazador, su respeto por la habilidad de lord Hartlip no tenía límites. Lo había convertido, más o menos, en su héroe personal. Y como además estaba soltero, vivía en una casa de huéspedes, rara vez visitaba a su familia y trabajaba muchas horas a cambio de un salario muy modesto, esta sensación de identificación con el hombre que era su jefe —con quien por sus funciones como cargador, en determinados momentos del año y a diferencia de los demás monteros, tenía una relación de sirviente personal— constituía en muchos aspectos la esencia de Albert: era como si viviera a través de lord Hartlip. Albert había reconocido a primera vista, en la tensa y menuda figura de Percy Maidment, una determinación similar a que su amo fuera el vencedor. Eso los distinguía de los demás. Eran como una pareja de adiestradores de galgos entre una multitud de espectadores que ni siquiera se habían tomado la molestia de hacer sus apuestas.

Tom Harker envolvió con las manos su patata asada mientras esperaba que le sirvieran el guiso: no tenía queja. La comida olía bien, y además, y aparte de la comida, también las hojas caídas, la tierra oscura y el río olían bien; igual de bien olían su abrigo viejo y sus manos, que tenía cerca de la nariz mientras se las calentaba con la patata. Olían a tierra, a sudor, a los faisanes que había llevado a la carreta y que le habían dejado alguna mancha de sangre, a las cebollas que había cortado esa mañana para preparar su propio guiso de conejo robado. El ejercicio de la mañana le había dejado una sensación de ligereza en el cuerpo; sólo pensaba en eso y en saciar su apetito, y quizá, también, en el pesar apenas consciente que le producía no haber traído a su perra. Había sido tonto. La perra no había hecho ejercicio y tendría que sacarla a dar un paseo por el campo cuando volviera a casa, cansado al final del día. Además, a la perra le gustaba el bosque.

—¿Has visto al corzo? —le preguntó a Dan Glass.

Dan asintió.

—La última vez los vi en el bosque de Bowlers —dijo—, hace un par de meses.

Habían tenido dos crías.

—Ya han criado ahí otras veces —dijo Tom—. Les gustan los helechos de la cima. Esconden allí a las crías. Puedes pasar por encima de ellas sin que se muevan.

Dan sonrió, aunque también pensó: «¿Y qué hacías tú en el bosque de Bowlers, Tom Harker?». Pero no lo dijo.

—He leído una carta —dijo Cicely— que decía cosas maravillosas... Cosas extraordinarias.

—¿Qué cosas? —preguntó Lionel Stephens.

—Que ella era Verdad porque era Belleza y Belleza porque era Verdad, y que pronto habría una guerra y él se estaba preparando para combatir por ella.

Lionel Stephens se puso serio.

—¿Dónde encontró ella esa carta? —preguntó.

—Se la dio John —dijo Cicely—, ese lacayo tan agradable que estaba aquí hace un momento. La escribió para ella y se la dio.

—Ten cuidado, te va a oír —dijo Olivia, que estaba al lado de la chimenea, delante de Cicely y Lionel.

—Está sirviendo la comida a los ojeadores. Pero, en serio, ¿no os parece romántico? Ella no se lo podía creer. Era la primera vez que él hacía una cosa así. Ha dicho que no era propio de él.

—A lo mejor alguien la escribió por él —sugirió Lionel.

—Pero ¿quién? —dijo Cicely—. A veces la gente del pueblo le pide al vicario que escriba una carta, cuando ellos no saben, pero ¿os imagináis al señor Fortescue escribiendo una carta tan poética?

—A mí me parece un poco exagerada —dijo Lionel—. ¿Tú qué pensarías si te escribieran una carta así? ¿Te gustaría?

—¿Si me gustaría? Me fascinaría —contestó Cicely.

—¿Y a ti? —le preguntó Lionel a Olivia.

—Me sentiría profundamente incómoda.

—¿Por qué?

—Me daría vergüenza —dijo Olivia—. Pensaría que no soy en absoluto digna de una carta como ésa.

—Pero ¿no te agradecería un poco, quizá secretamente...?

Olivia negó con la cabeza, sonriendo, ligeramente ruborizada. Le habría gustado, pensó Lionel. Debería habérsela enviado.

—Ellen estaba encantada —dijo Cicely.

Vio que su abuela la miraba desde el otro lado de la sala. Minnie tenía una extraña capacidad para enterarse de las conversaciones de los demás a la vez que aparentaba estar plenamente concentrada en su propia conversación. Cicely, que lo sabía, comprendió al instante, por un movimiento casi imperceptible de la cabeza de

Minnie, que debía cambiar de tema. Ni siquiera ella desobedecía estas órdenes de su abuela.

—Pero no nos has contado cómo te ha ido la mañana —le dijo al momento a Lionel—. ¿Has llenado el morral de pájaros?

Había cosas de las que no se hablaba porque no tenían ninguna gracia. Minnie debería habérselo dicho a Cicely antes de que ésta sacara a colación a Ellen y sus amoríos. ¿A quién le interesaba hablar de los criados?

—Podemos sentarnos —estaba diciendo sir Randolph.

—Si por él fuera, sólo comería un bocadillo —dijo Minnie—. Cuando vine a vivir aquí no tomaban nada más que bocadillos duros y un vaso de cerveza. De pie, bajo la lluvia. Me costó años lograr que cambiara, a fuerza de darle la lata.

—Yo diría que cierto invitado de la realeza fue un buen apoyo en ese sentido —dijo lord Lilburn (en un tono muy adulador, al parecer de Ida).

—Le gustaba comer como Dios manda —dijo Minnie.

Pero la sonrisa de ésta, aunque cariñosa, fue breve; no animó a seguir insistiendo sobre el tema. Bob Lilburn no había participado en aquella cacería —para empezar porque era demasiado joven— y Minnie únicamente recordaba al difunto rey con quienes habían formado parte de su círculo más íntimo, o mejor dicho, con las que habían sido sus amigas, pues había un par de nombres que no quería ni oír, un par de personas a las que consideraba desleales, incluso traidoras, y, aunque los atroces detalles de sus ofensas jamás se enumeraban, ahora que algunas de estas personas ya empezaban a envejecer —incluso una de las más conocidas había muerto—, ella no perdonaba a estas mujeres por nada del mundo. Minnie, que era una buena amiga, jamás se olvidaba de un enemigo.

—Muy bien, podemos sentarnos, pero no nos metas prisa. Como vea a alguien engullendo con prisas, me enfadaré mucho y te echaré toda la culpa a ti.

—No hace falta engullir —dijo sir Randolph—. Tenemos tiempo de sobra. Le he dicho a Glass que empezamos a las dos y cuarto.

—Mi marido es terrible con la disciplina. Tendría que haberse alistado en el ejército prusiano. Aline, cielo, siéntate a su lado y distráelo un poco, por Dios.

Aline había estado un rato mirando por la ventana. Tenía intención de mostrarse fría con Charles Farquhar —le parecía que él se comportaba con una actitud jovial, infantil, de lo más fastidiosa— y recordarle al mismo tiempo, mientras le ofrecía una imagen de su famoso perfil, a quién —incluso qué (puesto que ella era todo un fenómeno)— estaba tratando tan a la ligera y con tan poco respeto. Tenía un perfil griego: la línea de la frente y la nariz fina y recta como la de una estatua. Sólo la barbilla, a juicio de sir Randolph, era demasiado larga.

—Gilbert me ha contado —le dijo sir Randolph— que anoche Harry Stamp habló de alquilar Corston. ¿Tú estabas cuando salió esa conversación?

—No, pero también a mí me dijo algo —dijo Aline—. No recuerdo qué razón me dio.

—Economía, supongo. Es la razón para la mayoría. A mí no me parece bien. Me parece cosa de ratas.

—Yo diría que él se parece más a un ratero que a una rata —dijo Aline—. A uno de esos perrillos rateros. Un terrier o algo por el estilo. ¿No los llaman Jack Russel? Se parece más a un terrier Jack Russell que a una rata.

Lionel, siguiendo las indicaciones de Minnie de sentarse al lado de Olivia, que estaba a la derecha de sir Randolph, se sumó a la plática.

—Si eso le alivia un poco, ¿no es una decisión sensata? —preguntó.

—La gente que alquila sus casas —dijo sir Randolph— no se interesa ni lo más mínimo por el campo. Les trae sin cuidado. Lo único que quieren es divertirse. ¿Por qué? Porque las alquilan por pura diversión: para ellos no significan nada. No es su casa, su tierra, su pueblo, sus arrendatarios, sus trabajadores, sus sirvientes. ¿Qué más les da? Pero corren tiempos difíciles para toda esa gente. El hundimiento de la agricultura es cada vez más grave. No hay manera de conseguir que los políticos impongan tasas para protegerla, cuando eso es lo único que podría salvarnos. No tenemos más remedio que esperar, reducir gastos, y seguir esperando. Alquilar la casa y dejar que la tierra se eche a perder no es la manera de afrontar el problema.

—¿De verdad están tan mal las cosas? —preguntó Olivia—: El campo está precioso y la gente parece contenta.

—Lo están pasando muy mal —dijo sir Randolph—. Últimamente se habla mucho de los obreros de las fábricas y de las condiciones de vida en los suburbios de las ciudades. A nadie le preocupa la pobreza rural: aquí lo encaramos como mejor podemos, naturalmente, pero cuando la tierra no da dinero no hay dinero para hacer caridad. A nadie le interesa la gente del campo. Toda la atención se concentra en las ciudades.

—Yo creía que la idea más profunda que un inglés tiene de su país es la del campo —dijo Olivia—. ¿No es Inglaterra como un pueblecito verde, con el humo saliendo de las chimeneas de las casas, los graznidos de los grajos en los olmos, y el hidalgo y el vicario y el director de escuela y los alegres vecinos con sus hijos de mejillas sonrosadas?

—Hace muchos años que eso dejó de existir —contestó sir Randolph.

—Pero tiene que existir. ¿Cómo vamos a creer en eso, si no existiera?

—Exactamente —contestó el barón—. Creemos en eso. Por eso es una idea tan poderosa. Es un mito.

—Si es un mito, tú formas parte de él —dijo Olivia, a quien agradó esta idea—. Formas parte del mito, ¿no lo ves? Por eso dices que no crees en eso, porque estás dentro. Para ti no es igual, ¿cómo iba a serlo?

—Eso lo dices para halagarme —adujo sir Randolph. Pero sonrió al ver el rostro animado de Olivia—: No formo parte de un mito, aunque creo que existe un mito y que será difícil cambiarlo. Siempre estará en el fondo de nuestra conciencia, perturbando nuestros sueños de convertirnos en un país del siglo xx.

—¿No hay manera de transformar el mito en realidad? —preguntó Olivia.

—Eso sería ir contra la corriente de la historia. El mundo va a ser muy diferente. Será un mundo en el que tú y yo, querida mía, cada cual a su manera, terminaremos por extinguirnos, como los dodos —dijo sir Randolph.

—Creo que serás un dodo muy distinguido. No estoy tan segura de serlo yo también. Sentiré nostalgia de los tiempos en que podía volar —dijo Olivia.

Al oír ese comentario, Aline, que hablaba con Tibor Rakassyi, sentado a su izquierda, se volvió entonces hacia sir Randolph con un gesto interrogante.

—Antes de convertirme en un dodo —explicó Olivia.

—¿No te encantó ese libro? —preguntó Aline, tomándolo por una alusión a una novela reciente—. Me gustan los libros que se devoran de un bocado, como el chocolate, con sensación culpable.

—Sería difícil imaginar a alguien menos parecido a esa Dodo —le dijo Lionel a Olivia en voz baja.

Olivia pensó que Lionel se refería a Aline.

—Yo habría dicho que podría haber ciertas similitudes —contestó ella.

—Me refería a ti —dijo Lionel.

—Ah, yo no soy ni la mitad de deslumbrante —dijo Olivia—. Pero me sorprende que leas novelas frívolas. Creía que a ti sólo te interesaba lo auténtico.

—No siempre se consigue lo auténtico —dijo él—. No se puede depender exclusivamente de eso. Además, a mi madre le gustan las novelas de E. F. Benson y me las encuentro al lado de la cama cuando llego a casa.

Sir Randolph vio que no podía escuchar la conversación de Aline —que en esos momentos estaba contando una historia sobre un incidente en una librería, donde había visto a alguien con alguien, y entonces había descubierto el pastel— a la vez que dejaba vagar sus pensamientos, ahora que su imaginación había despertado con la mención de su tema favorito y con la simpatía que reflejaban los ojos grandes de Olivia, entre verdes y azules, misteriosamente iluminados (porque era miope), en los que, mientras sus labios pronunciaban las frivolidades de rigor, se revelaban sentimientos más profundos, interpretaciones más amplias.

Si no se sentía como un dodo, sir Randolph sí tenía al menos una sensación de fin de ciclo: al recorrer con la mirada la sala, donde la luz acuosa que se filtraba entre las ramas de las hayas y reflejaba el río daba una suave luminosidad muy favorecedora a todas las cosas —a los rostros sin pintar de las mujeres y al color apagado de su indumentaria, a la porcelana azul y blanca en las repisas oscuras, detrás de las sillas—, sintió que, más allá del río y de los árboles, más allá de los límites de sus propias tierras, se estaba produciendo un proceso desordenado, clamoroso y violento que traería consigo el final de una idea, una idea iniciada por personas animadas por una combinación de poesía y sagacidad política, de curiosidad y amor por la vida bucólica, que les daba un aire, así lo había visto siempre, aunque florentino, muy inglés. Creía —por supuesto que lo creía— que el hombre del Renacimiento se había

encarnado como nunca en el caballero inglés del siglo XVIII, y era esta imagen — cuando estaba en su biblioteca, con un libro en una mano, la otra ligeramente posada en una escultura clásica, contemplando un paisaje armoniosamente ordenado por su mano y sometido a su supervisión, consciente de que de vez en cuando se vería llamado a participar en el gobierno de su país o en su defensa, y de que, con el tiempo, su hijo mayor ocuparía su lugar, de que sería él quien estaría junto a la ventana de la biblioteca, se ocuparía de las tierras arrendadas y mostraría a las visitas las mejoras de la finca—, era esta imagen la que en la imaginación de sir Randolph casaba muy mal con los trabajadores industriales en huelga, las airadas protestas de los sufragistas, los terroristas irlandeses, los escándalos bursátiles y el sufragio universal. Si la jerarquía a la que él pertenecía iba a verse barrida de un plumazo por la democracia absoluta, ¿qué esperanzas de heredar podía tener su hijo, el diplomático? ¿O su nieto Marcus, un estudiante? Su imaginación se desbordó de pronto, más allá de la bancarrota, más allá de la expropiación, más allá del populacho enfurecido y de las hordas bárbaras, hasta los puestos de avanzada y los rincones solitarios del mundo, la tenue antorcha de la verdad, la luz amplia y blanca de la isla de Iona.

—¿Y ahora por qué sonríes? —quiso saber Aline.

—Porque hace un momento le contaba a Olivia mis pesimistas pronósticos para el futuro, y lo asombroso es que a veces, cuando más pesimistas se vuelven mis pensamientos sobre el futuro, más animado me siento. ¿Tú le encuentras algún sentido? —dijo sir Randolph.

—Nunca he tenido pensamientos pesimistas sobre el futuro. A mi edad no me lo puedo permitir: me saldrían arrugas.

—Supongo que siempre me ha hecho ilusión la idea de subir al monte.

—¿Qué monte? —dijo Aline—. No hay ninguno por aquí.

—No estamos tan lejos de los Chiltern. Aunque lo decía metafóricamente, supongo. Echarme al monte cuando las hordas de los bárbaros nos arrollen, a eso me refería. Creo que sabría disfrutarlo.

—Minnie no lo soportaría. No creo que echarse al monte sea en absoluto lo que a Minnie le apetece. Tendremos que quedarnos las dos aquí y tratar de hacernos amigas de los bárbaros.

Sir Reuben Hergesheimer estaba contándole a Minnie que un chiflado había aparecido enarbolando una pancarta, que él había dado por hecho que se trataba de una sufragista, y que se había quedado de piedra al ver que todo ese escándalo era por los animales.

—Supongo que pedía el voto para los faisanes —dijo.

—¡Qué vergüenza! ¡A ese hombre habría que darle unos cuantos latigazos! —dijo Minnie enérgicamente.

—Era un pobre chalado —dijo Bob Lilburn—. No había motivo alguno de alarma.

—Es muy difícil alarmar a lady Nettleby —contestó sir Reuben con una sonrisa.

—Eso es muy descortés —dijo Minnie—. Me asusto con mucha facilidad. Anoche, cuando me sacaste ese seis de picas, estuve a punto de desmayarme del horror.

—Porque no habías visto lo que tenía en la mano. Lo conseguimos, ¿eh? Deberías haberte fiado de mí —dijo sir Reuben.

—Me fío de ti en casi todo, menos en la mesa de bridge. En cuestión de cartas, he aprendido a no fiarme de nadie. ¿Qué me dices de esa vez que sacaste tres corazones a mi único trébol y perdimos la partida con esa pareja de rusos tan horribles?

—De eso hace quince años.

—Por supuesto —dijo Minnie—. En Marienbad. Tengo una memoria de elefante..., mejor que de elefante, de brontosaurio, pero sólo para las cartas. Bueno, ¿qué ha pasado con ese chalado? ¿Lo han encerrado en alguna parte?

—Creo que sir Randolph le ha tomado simpatía.

—¿Que le ha tomado simpatía? ¡Qué cosas dices! ¿Cómo es posible, con lo que a él le gusta cazar?

—Por lo visto tenían otros intereses en común. Cuando entré en escena, ese hombre le estaba prometiendo a tu marido que le presentaría a un impresor anarquista de Dorking.

—Eso es tan improbable que lo explica todo a la perfección —dijo Minnie—. ¿Cómo crees que llegaron a eso?

—Ha sido un espectáculo lamentable —dijo Bob Lilburn, que seguía en sintonía con el estado de ánimo anterior de su anfitriona y era incapaz de entender que la opinión de que aquel hombre se merecía unos cuantos latigazos pudiera coexistir tranquilamente en la cabeza de Minnie con la idea de que era encantador, por parte de su marido, no haber hecho nada por el estilo.

—Llevaba un panfleto literario —dijo sir Reuben—. Lo vi sólo de reojo, pero era algo sobre la unidad universal... No, sobre el parentesco, eso es, sobre el parentesco universal.

—¡Dios mío! —exclamó Minnie—, ¡con el parentesco normal ya tenemos suficiente, si uno se para a pensar en sus parientes, sin necesidad de considerar al universo entero como de la familia! De todos modos, entiendo que eso haya podido llevar a la clase de conversación que le gusta a Randolph. De hecho, me extraña que no lo haya invitado a comer. Le preguntaré por qué no lo ha invitado, creo que lo reñiré, ¿no te parece? Debería haberlo traído. Habría sido divertido.

Bob Lilburn se echó a reír, enseñando los dientes uniformes y blancos, a la vez que pensaba en que esas grandes damas eran a veces de una frivolidad extraordinaria.

Después de dar cuenta de los volovanes de langosta, cuando ya les habían servido el pollo con mayonesa y patatas hervidas, y el champán y el refresco de limón circulaban por la mesa, la conversación tomó un rumbo sumamente animado, teniendo en cuenta la disparidad de los comensales.

—Pero esta noche —le dijo Cicely a Tibor Rakassyi—, esta noche habrá cuatro mujeres hermosas a las que no conoces.

—¿Cuatro? ¡Qué emoción! Háblame de ellas —dijo Tibor.

—Son la señora de Walker Kerr, la Egeria del mundo académico de Oxford, y sus dos hijas. Por favor, no me preguntes quién es Egeria, o quién fue, sólo sé que eso es lo que la señora de Walker Kerr representa en Oxford. Es una mujer muy trágica y muy guapa, viuda, y sus hijas son mis mejores amigas, lo mismo que Grizel Warburton, que es la otra persona que vendrá.

—Yo creía que las mejores amigas eran únicas —dijo él—. ¿Se pueden tener tres al mismo tiempo?

—Desde luego —contestó Cicely—. Yo tengo siete. Todas seremos las damas de honor en la boda de las demás.

—Qué bonito. ¿Y todas son tan guapas como tú?

—No, aunque algunas son más guapas. Grizel Warburton es la persona más guapa que conozco, de mi edad, quiero decir.

—¿Es la hija de lord Warburton? —preguntó Tibor.

—Sí —dijo ella.

—Conozco a lord Warburton. Ya empiezo a interesarme por la señorita Grizel más que por las demás.

—Pues las hijas de Walker Kerr también tienen excelentes relaciones. El señor Walker Kerr era hijo de lord Craven. Lo mataron en África, en circunstancias espantosas.

—¡Qué horror! —dijo Tibor—. ¿En qué circunstancias?

—Se lo comió un zulú gigantesco.

—Cicely, por favor —protestó Ida, que estaba enfrente y había oído este último comentario de su hija—. No seas tan descarada. No pasó nada de eso. Lo mataron de una manera muy sencilla, en las guerras zulúes.

—Justamente —dijo Cicely, impertérrita—. De una manera muy sencilla para un zulú.

—Estoy segura de que los zulúes no son caníbales —dijo Ida, que parecía bastante nerviosa. ¿Cómo esperaba Cicely encontrar un buen marido si se empeñaba en ser tan contestona?

—Me lo contó la abuela —dijo Cicely—. Dile a Tommy que le pregunte si no es verdad.

Tommy transmitió debidamente el mensaje a sir Reuben, que estaba al lado de

Minnie.

—Pues claro que se lo comieron los caníbales, pobrecillo. Fue horroroso — corroboró Minnie.

Ida no estaba segura de que Cicely y su abuela se hicieran bien mutuamente. Era una suerte que Cicely pasara la mayor parte del invierno ocupada con distintas invitaciones.

Gilbert Hartlip hablaba con Marcus de escopetas. Sus Purdey, dijo, eran las mejores que había tenido nunca, hechas a medida: no había nada como una Purdey en acabado y suavidad... Sí, puede que a la medida de un cliente difícil, con los hombros desnivelados y un ojo más grande que el otro... Henry Holland tenía la experiencia y la paciencia necesarias, pero, ahora, nunca iría a ninguna parte si no era con una Purdey. Cogswell & Harrison fabricaron, ¿cuándo fue?, una escopeta perfecta para principiantes, su primera escopeta para cazar elefantes había sido una de ellas... Tigres de la India... marajás... en casa del virrey... Ah, África, sí, Kenia, buena caza..., un país maravilloso... ¿Había estado Marcus en alguna batida por Escocia?... Le gustaría... ¿Conejos? No había por qué despreciar a los conejos... Un conejo, dijo lord Hartlip, era un animalillo perfecto para la caza.

Bebió únicamente limonada. Notaba de vez en cuando un latigazo de dolor en la sien derecha, fuerte, aunque muy breve, y confiaba en que, si no le hacía caso, impediría que se convirtiera en un dolor de cabeza de verdad. Había descubierto que lo peor era pensar en el dolor. La sincera admiración de Marcus, su interés por aprender, como buen estudiante, era la mejor distracción posible. De todos modos, Gilbert no estaba tranquilo. Siempre se ponía nervioso y tenso cuando iba de caza — era la capacidad para someter sus nervios a un control gélido cuando entraba en acción lo que lo convertía no sólo en un buen cazador sino en un cazador brillante—, pero hoy sentía un extraño cosquilleo de desazón. Era por algo que había dicho Aline la noche anterior, y aunque pensaba que probablemente ella lo había dicho con intención de fastidiarlo, no le bastaba para tranquilizarse: no creía que su mujer se lo hubiera inventado.

La gente hablaba de él, lo comparaba con otros, dudaba de su superioridad. Era uno de los mejores cazadores de Inglaterra desde hacía muchos años. Tenía pocos rivales, y los pocos que tenía le inspiraban simpatía y respeto. Si se hubiera enterado de que alguien decía que lord Ripon cazaba mejor que él, no le habría molestado; sabía perfectamente que algunos días lord Ripon cazaba mejor que él, y otros días él cazaba mejor que lord Ripon. Cosa muy distinta era que lo comparasen negativamente con Lionel Stephens. Lionel Stephens ni siquiera cazaba asiduamente: desde luego no se lo tomaba tan serio como Gilbert. Además, tenía la mitad de años que él; por eso, aunque Lionel contara con las ventajas de la juventud —rapidez de reflejos, pulso y visión firmes—, era de esperar que Gilbert, con su experiencia

infinitamente mayor, lo superara sin problemas. Gilbert había oído que Cicely, en una de sus infalibles tácticas para entablar conversación, le preguntaba a Lionel qué deporte se le daba mejor, esperando sin duda que él contestara que el tiro o la caza, y Lionel dijo: «El billar». ¡El billar!

No es que tuviera nada en contra de que un hombre jugara bien al billar. El billar requería buena vista, pulso firme y capacidad para colocar el peso donde más se necesitaba. Naturalmente, Lionel Stephens tenía todas estas cualidades. Era justamente eso lo que por encima de todo tenía: complexión fuerte, buena forma y equilibrio físico; el equilibrio era lo principal, porque le facilitaba el dominio de su fuerza. Tenía una buena constitución, de eso no cabía duda, ideal para destacar en cualquier deporte, desde luego que sí, pero compararlo con el famoso lord Hartlip — al que los fabricantes de escopetas se disputaban, al que rogaban que aceptara sus mejores armas como regalo, a cambio únicamente de mencionar su nombre, a quien los fabricantes de equipo de caza suplicaban que diera el visto bueno a sus chaquetas, sus morrales o sus bombachos (había en el mercado un artículo que se llamaba la petaca Hartlip, lo que era una ironía, porque Gilbert jamás probaba el alcohol hasta que terminaba la caza), y al que los dueños de los mejores cotos del mundo invitaban como huésped de honor—, hablar de Lionel Stephens como posible rival... ¿No era completamente absurdo? Y, sin embargo, Aline le había contado que eso decía la gente, que hablaban de ellos como si fueran rivales, en igualdad de condiciones. Si él se había enterado, seguro que Lionel también estaba al corriente. Puede que las mujeres estuvieran incitándolo. Cicely, Olivia Lilburn, todas.

«Vamos, puedes derrotar a Gilbert. Le vendrá bien».

Impaciente por salir, Gilbert miró su reloj. No era más que la una y media. Volvió a notar el leve latigazo en la sien derecha. «Deja que Lionel vuelva a su puesto y dales una lección a todos», se dijo. Gracias a Dios que contaba con Jarvis como cobrador. Jarvis jamás consentiría que otro cazador se llevara el mérito que le correspondía a él. Había visto que el cascarrabias de Stephens intentaba atribuirse una presa que no era suya. Se lo diría.

«Jarvis», le diría, «hemos salido para conseguir una buena puntuación. ¿De acuerdo?».

Tenía que acabar con estas hablaturías de inmediato, antes de que se difundieran.

Reinaba un denso silencio en el río, aparte del murmullo que hacía el agua a su paso entre las piedras en la parte menos profunda, justo pasado el puente, y del chapoteo de algún ratón de campo o del graznido de una polla de agua. Osbert iba despacio por la orilla, mordisqueando una manzana. La niñera le había obligado a llevarse una manzana, porque, con las prisas por salir en busca de su pata, no quiso esperar a tomarse el pudín. La autoridad que la niñera ejercía sobre Osbert era cuestionable, ahora que éste había pasado del cuarto de juegos a la sala de estudio y

se encontraba supuestamente bajo el dominio del señor Fortescue, quien, según la niñera, ponía muy poco interés en los modales del niño y sólo se preocupaba de que leyera en la cama por las noches como mínimo media hora antes de dormirse (en opinión del señor Fortescue, los modales de Osbert no tenían nada de malo), por eso el niño se sentía con libertad para desobedecer las órdenes de esperar el postre. De todos modos, para complacerla, se había llevado una manzana.

La tarde comenzaba para Osbert hacia el final de la comida, cuando sus pensamientos se volvían a lo que haría a continuación. La comida era el hiato que separaba la mañana de la tarde, al extremo de que cualquier inquietud por lo que la tarde pudiera depararle se posponía hasta que la comida casi había terminado; entonces, de golpe, lo que a lo largo de la mañana le había parecido suficiente y apenas le había afectado, se convertía en una preocupación acuciante. Había pasado la mañana convencido de que la pata volvería por la tarde, pero antes del postre, cuando de pronto vio que ya era por la tarde y la pata no había vuelto, se levantó, colocó bien su silla y dijo: «Tengo que irme». De todos modos, la niñera estaba ocupada, sujetando a Lucy para que no se fuera con él.

Andando por la orilla, Osbert se adentró en el mundo del río, y con eso cambió su escala de las cosas: el río le pareció mucho más grande y variado, sus recodos y sus playas, sus pozas y sus pantanos, más amplios, su vida más autosuficiente y, en consecuencia, la amenaza de las escopetas escondidas más misteriosa y aterradora. Osbert había visto cazar patos y sabía que, al atardecer, la matanza era implacable; había visto a una hembra de ánade real regresar a la zona de fuego junto a su compañero herido y revolotear de un lado a otro, desconcertada, mientras el macho se revolvía en el suelo, momentos antes de morir los dos. Después le había preguntado a su hermano si, cuando tuviera edad para cazar, podría cazar solamente faisanes, y Marcus lo tranquilizó como de costumbre y le dijo que sí.

Como no había rastro de patos por ninguna parte, Osbert se sentó en la orilla a escuchar. Tiró al agua el corazón de la manzana y lo vio cabecear en la corriente hasta que, para su sorpresa, oyó una suave zambullida en la orilla de enfrente, seguida de la aparición de una cabecita marrón. Un ratón de campo, con el hocico levantado, perseguía el corazón de la manzana a buena velocidad y trazaba a su paso una amplia uve en el agua. Como era un animal corto de vista, no vio a Osbert sentado en la orilla mientras nadaba con todas sus fuerzas, atrapaba el corazón de la manzana con los dientes, volvía a la orilla y desaparecía entre los juncos. Osbert se levantó y echó a andar despacio por el sendero. Seguía sin ver ni oír a los patos.

Sirvieron puré de castañas cubierto con capirotos de nata montada.

—Irlanda —dijo Ida—. ¡Madre mía!

—El Ulster peleará. El Ulster no corre peligro —dijo Charles Farquhar.

—De todos modos, no creo que los conservadores empiecen la guerra, ¿tú sí? —

preguntó Ida.

—No veo por qué no. No se gana nada con absurdos aplazamientos. Lo que hace falta es una demostración de fuerza. Olor a metralla y esas cosas. Carson es el hombre idóneo. Tiene un cerebro extraordinario, como sabes.

—Creo que, como político, le falta sutileza.

—La sutileza está muy bien cuando corresponde —dijo Charles—. A veces también es necesario el martillo. Yo diría que la sutileza es más para la vida privada. Para el tocador, ¿no? En el tocador soy plenamente partidario de la sutileza.

Aline Hartlip, que miraba a Charles desde otro lado de la mesa, pensó: «¿Cómo he podido?».

—La situación de Irlanda es muy preocupante —dijo Ida, con gesto responsable.

«¿Cómo he podido desearlo tanto», pensaba Aline, «con esos ojillos que tiene, y ese bigote mucho más canoso que el pelo (el pelo completamente liso, con la raya a la izquierda, justo después del centro, y ligeramente levantado en las sienes, como si insinuara un rizo), y esas manos ásperas y regordetas?, ¿cómo he podido? Pero seguro que estoy enamorada de él; si no lo estuviera, ¿por qué me preocuparía tanto que mire a Cicely, que se pegue a ella cuando pasan por una cancela —ayer por la tarde vi que lo hacía, cuando ella salió con los cazadores—, y por qué le escribí esas cartas tan ridículas cuando creía que Maisie Arlington iba a por él? Ojalá no hubiera escrito tantas cartas».

«Me humillo ante ti, me pongo a tus pies y espero que me pises. ¿No te das cuenta, queridísimo Charles, de que no hay en el mundo nadie, nadie, que se arrastre ante ti como hago yo...?».

Eso le había escrito. Ella, Aline, tan reservada y tan perfecta, tan meticulosamente retorcida en su conversación, le había escrito eso a Charles, que era idiota, vanidoso y un poco zafio. Nunca dejaba de sorprenderle la arbitrariedad del amor, la cruel dictadura del deseo, que era lo que en buena parte la fascinaba a ella. Era esclava de las pasiones. Por alguna razón, ésta parecía ser la justificación de su existencia.

—La Ley de Tierras podría funcionar —dijo Ida—. Aunque aquí no, desde luego. No me parece indicada para este país. Para los propietarios de las tierras, en Irlanda, podría estar bien, ¿no crees?

Ida era una mujer convencional en todos los aspectos —había llegado a la conclusión de que la Ley de Tierras de Irlanda podía ser muy buena cuando vio que quien la presentaba era George Wyndham, un aristócrata impecable que contaba en Irlanda con el respaldo del grandioso lord Dunraven—, pero también era una mujer seria, y le costaba hablar con Charles Farquhar. No se parecía en nada a su marido, John, a quien le gustaba hablar con ella de su trabajo diplomático y apreciaba las opiniones implacablemente realistas que Ida tenía de la gente. John Nettleby no se parecía en nada a sus padres y tenía tendencia a idealizar a las personas dotadas de encanto. Tal vez fuera el deseo de protegerse de esta tendencia lo que lo animó a casarse con Ida. «Al menos», dijo en su día Minnie, que esperaba una nuera algo más

deslumbrante, «podrá confiar en ella».

Ida era ante todo digna de confianza, mientras que un pequeño factor que había contribuido a que su marido, el diplomático, fuese un hombre de una corrección absoluta, era que, desde muy pequeño, le había rondado la idea de que su madre no era de fiar. Tanto si estaba en lo cierto como si no, esta opinión lo había convertido en un hombre correcto, porque lo había obligado a ser cauto, y en lo tocante a las emociones, tan cauto que rozaba la frialdad; pero Ida lo admiraba, y la inquietaba ver en sus hijos rasgos que no eran propios de su padre: temía que se hubiera producido en ellos un retroceso generacional. Cabía que hubiesen heredado la frivolidad de Minnie, pero tenían además algunos caprichos que, en opinión de Ida, tampoco eran mejores y que ella veía en su suegro. Cuando sir Randolph hablaba más en serio, menos parecía querer decir lo que decía cuando; así lo sospechaba Ida a veces, y a veces creía ver exactamente eso en Osbert. Espíritu de contradicción, lo llamaba la niña. Fuera lo que fuese, pensaba Ida, estaba calculado para fastidiar.

A Charles Farquhar no le interesaba la reforma agraria en Irlanda. Creía que mostrarse plenamente de acuerdo con la visión de Ida era la manera más sencilla de evitar una larga discusión.

—Sin duda —dijo Charles, poniendo el énfasis en la última sílaba—. Yo diría que sí de buena gana. ¿Qué opina la señorita Cicely? Seguro que lo único que le interesa de Irlanda es dónde hay buena caza.

Cicely estaba sentada enfrente de Charles, al otro lado de la mesa estrecha. Contestó, por cortesía, que había pasado una semana en West Meath, aunque en su fuero interno le molestó que Charles interrumpiera su conversación con Tibor Rakassyi: estaban hablando de polo, y Tibor le contaba que era famoso y temido en toda Hungría por la ferocidad que ponía en el juego. A Cicely le encantó ver que presumía y se sintió halagada por este afán de impresionarla. Le habría gustado explayarse en parecidos términos sobre sus hazañas en las costas de Irlanda, pero sabía que su madre estaba observándola. A Ida no le gustaba que sus hijos se dieran aires de nada.

—Juego fatal al whistle irlandés —dijo Cicely, yéndose al extremo contrario (aunque su madre no se dio cuenta)—. Y me gustaría saber jugar. Me encanta ese juego, y los chanchullos...

A Tibor siempre le habían gustado las muchachas animadas. Al mismo tiempo, en comparación con las jóvenes a las que conocía en su país, Cicely parecía casi etérea, espíritu puro: aunque era el espíritu de la fantasía y de la risa. Se la imaginó bailando por los largos pasillos del oscuro palacio a orillas del Danubio, mirándolo con una sonrisa radiante mientras la multitud intercambiaba los formalismos de rigor en las recepciones de Viena, galopando por la llanura en una expedición de caza.

—Cuando voy a casa de mi tío, que es un gran duque ruso, salimos a cazar lobos en el bosque, con una jauría de galgos rusos.

Cicely abrió desmesuradamente los ojos al imaginar el romanticismo de la

escena, y se limitó a contestar con un elogioso: «¡Ah!».

Tibor creía que su familia vería con buenos ojos un matrimonio con una muchacha inglesa de buena cuna. Puede que esa noche, cuando jugaran después de cenar, tuviera la oportunidad de hacer alguna insinuación, para ver cómo reaccionaba Cicely.

—Pareces muy satisfecho de ti mismo —murmuró Aline a Tibor, que estaba a su lado—. Has puesto carita de pimpollo.

Cornelius Cardew iba a buen paso por los caminos de Oxfordshire, pero la sensación de euforia que se había apoderado de él cuando se despidió de sir Randolph y pasó por delante de los desagradables cazadores empezaba a debilitarse poco a poco. Cuando llegó a la aldea de Cowfold, a tres o cuatro kilómetros de la ciudad de Oxford, esta sensación se había evaporado por completo; no alcanzaba a imaginar qué le había inspirado aquellas emociones. Lo atribuyó, como de costumbre, a una cuestión de carácter. Había reparado más de una vez en que tenía cierta tendencia a simpatizar con el adversario: era lamentable. Las cosas se lograban, bien lo sabía él, se hacían progresos y conquistas cuando la gente se aliaba por el bien de una causa común y, una vez había establecido esta alianza, nunca olvidaba en qué bando estaba. Que no pudiera dejar de sentir cierta simpatía por el primero que confesara su deseo de escribir un panfleto polémico y mandarlo imprimir para su uso privado, no era motivo para flaquear en sus lealtades. Cornelius estaba en contra de los deportes de sangre, mientras que sir Randolph Nettleby no lo estaba; por tanto, su antagonismo era irreconciliable.

Sin embargo —porque Cornelius creía firmemente en el poder de la persuasión —, ¿no había, o no podía haber, algún terreno común? Sir Randolph lamentaba la decadencia de la vida rural, la inminente desaparición, según sus previsiones, de una forma de vida vigorosa y plena que, a la vista del materialismo de la nueva era, bien podía devenir en una pérdida irremediable. Únicamente discrepaban en cuanto al método para reparar la pérdida antes de que fuera demasiado tarde. ¿No sería posible inducir a sir Randolph a considerar el problema desde otro punto de vista? Un punto de vista, eso había que reconocerlo, completamente contrario a sus intereses personales; pero cualquier hombre, pensó Cornelius con espíritu optimista, cualquier hombre que quisiera escribir un panfleto polémico tenía que tener por fuerza una mentalidad filosófica, y por tanto sería capaz de ver las cosas no sólo y exclusivamente desde el punto de vista de sus intereses personales. Deberían haber hablado más sobre la tierra. Cornelius, que caminaba ahora entre matorrales bajos y ya veía a lo lejos las torres y las agujas de Oxford, dudó, se palpó los bolsillos de su chaqueta Norfolk y estuvo a punto de dar media vuelta. Llevaba encima un panfleto sobre la reforma agraria. No tardaría más de una hora en desandar el camino a pie. ¿O sería mejor escribir una carta? Se detuvo en el sendero bordeado de hierba y se

despreció por su indecisión; luego pensó en un cuscurro de pan, una pinta de cerveza y un poco de queso.

Alrededor de una hora más tarde, después de reponer fuerzas en el White Har de Cowfold, volvía con paso enérgico, dejando Oxford a su espalda, con los bosques de Nettleby a considerable distancia por delante. Iba cantando *La canción de la tierra*, adaptada a la melodía de *Mientras marchábamos por Georgia*. Al menos había que intentarlo, pensó.

Los labriegos, con la espalda doblada en la tarea de escardar los campos, se enderezaban para contemplar el rostro barbudo y el movimiento rítmico de los hombros que aparecían por encima del seto.

¡La tierra! ¡La tierra! ¡La tierra nos dio Dios!
¡La tierra! ¡La tierra! ¡La tierra que pisamos!
Si tenemos el voto, ¿por qué hay que mendigar?
¡La tierra es del pueblo, porque Dios se la dio!

La brisa de octubre transportaba su voz de tenor ligero. Los hombres y las mujeres volvieron a doblarse sobre la tierra que, con sus exigencias profundamente familiares, al margen de la cuestión de la propiedad, dictaba el ritmo de sus vidas.

Goodwood, Cowes, Escocia, las fiestas de la temporada de otoño, las visitas a las casas de campo, la cacería del zorro y la caza de aves, las perspectivas para el año siguiente, y nunca un nombre desconocido. Olivia Lilburn oía a su marido desde el otro extremo de la mesa (tenía una voz muy potente) mientras éste repasaba con Minnie los últimos hitos del calendario social, que habían pasado juntos o por separado —tan divertidos o tan aburridos; y quiénes estaban presentes (casi todo el mundo, por supuesto), quién tenía una belleza que dejaba sin palabras, quién había perdido su encanto por completo, quién bebía más de la cuenta y había organizado un escándalo de aúpa la otra noche, aunque por suerte fue después de cenar y nadie se había enterado—, y era consciente de que Bob se limitaba a ejecutar una especie de ritual que consistía en repasar los puntos cardinales. Bob y Minnie eran como dos motores inconscientes que no dejaban de funcionar, siempre a punto para impulsar la máquina en otra dirección cuando la ocasión lo requería. Al mismo tiempo, Minnie miraba alrededor de la mesa para ver si todos habían terminado de comer y si sir Randolph empezaba a impacientarse. Por su parte, Bob Lilburn ya estaba revisando mentalmente su equipo de caza para la tarde.

—Los Barlow en Rothermuir —siguió diciendo Bob de todos modos—. ¡Qué escena!

—Estuvimos allí con los Charlesworth. Olivia y tú acababais de marcharos.

Olivia había caído en la cuenta de que buena parte de las conversaciones que

tenía con su marido consistían en este repaso de los puntos cardinales (o lista de apellidos) y, al ver que Bob practicaba el juego con otra persona tan experta como Minnie, tuvo la sensación de que él podía pasar una cantidad de tiempo que a ella se le hacía larguísimo sin necesidad de profundizar en sus comentarios sobre la ocasión o las personas concernidas, más allá de una simple clasificación superficial. El objetivo era, por lo visto, enumerar, no ilustrar. Un día ella le había dicho: «Imagina que hay otra gente en otra parte, gente a la que no conocemos».

Bob la miró con gesto serio.

«¿Qué clase de gente?», preguntó.

«Gente absolutamente encantadora», dijo Olivia. «Gente deliciosa, inteligente, divertida, educada... Y nosotros no la conocemos, y nadie de nuestros conocidos la conoce. Y ellos no nos conocen ni conocen a nadie a quien conozcamos».

Él se quedó pensativo unos momentos.

«Es imposible», dijo entonces. «Pero aunque no fuera imposible, creo que no me interesaría conocer a esa gente. No creo que tuviera nada en común con ella».

Sir Reuben Hergesheimer miró a lord Lilburn y después recorrió con la mirada alrededor de la mesa, pasando del joven Marcus y Gilbert Hartlip al rostro grande, pálido y luminoso de Cicely, que tenía los ojos un poco saltones y en ese momento miraba con aire juguetón a Charles Farquhar, sentado enfrente de ella: con aire juguetón, pero también con una expresión que no era precisamente divertida, ni siquiera especialmente cordial, porque Cicely no sentía ninguna simpatía por Charles Farquhar. Sir Reuben pensó en lo inglesas que eran todas aquellas caras, se fijó en los rasgos agradables y bien proporcionados de lord Lilburn y también en su espléndido bigote, en la tez clara y los ojos azules de Marcus, menos saltones y menos brillantes que los de su hermana, en la nariz larga y fina de Gilbert Hartlip y en su aire levemente ascético; y entonces se acordó de un rostro muy distinto, al que le habría gustado ver entre los demás, de piel más cetrina y ojos oscuros, unos ojos, si en algo influía en ellos la herencia, con una leve caída en las comisuras que les daba una expresión de sutileza y serenidad mística contraria al aspecto de los cazadores ingleses, el rostro del muchacho que habría podido ser su hijo si hubiera llegado a tener un hijo.

Se había casado en Johannesburgo, en 1883. Él tenía treinta años y la novia diez menos. La novia era Susannah Mordecai, hija del entonces jefe de Reuben en la compañía minera en la que éste amasaba su fortuna en aquella época. Era una joven hermosa y encantadora, pero resultó que no podía tener hijos y, a pesar del cariño que él le tenía, empezó a resultarle cada vez más fácil pasar el tiempo lejos de ella y cada vez más difícil, cuando estaba a su lado, prestar atención a lo que ella decía, porque era tonta de remate. El padre de Susannah pasó de ser el jefe a ser el socio de Reuben y más tarde su exsocio. En realidad no había rencores por lo ocurrido —Reuben había

sido generoso en la victoria (en la medida en que la victoria fue absoluta)—, pero las relaciones se habían enfriado inevitablemente. Ella estaba muy apegada a su familia, seguramente más de lo que lo habría estado si hubiera tenido hijos, y, cuando los negocios empezaron a obligar a Reuben a hacer frecuentes viajes a Londres, tantos que decidió instalarse en esta ciudad, ella no lo acompañó. Pasaron unos años antes de que los dos aceptaran que su separación era definitiva, y algunos más antes de que ella le pidiera el divorcio para casarse con un amigo de la infancia, un viudo con quien, por lo que sabía Reuben, Susannah vivía feliz en Johannesburgo; hacía años que no tenía noticias de ella.

Cuando se tramitó el divorcio, Reuben Hergesheimer ya se había acostumbrado a un modo de vida incompatible con cualquier tipo de aspiraciones dinásticas; una vida más compatible con una amante que con una esposa. Un compañero de negocios le había presentado al príncipe de Gales, y la relación amorosa que absorbía la mayor parte de su energía emocional en aquellos años era su relación de amor con Inglaterra. La riqueza, la estabilidad y la dignidad de su país de adopción (se había nacionalizado británico) le procuraban una satisfacción constante. La capital de Inglaterra no sólo era el centro financiero del mundo, sino que, además, el heredero al trono del país (el que pronto sería su rey) se había convertido en un excelente hombre de negocios. Aquéllos fueron los años en los que Reuben Hergesheimer no sólo consiguió tomar las riendas de lo que pronto se convertiría en un inmenso y complicado imperio financiero, que abarcaba minas y navieras, muelles y ferrocarriles, sino que también se afianzó como banquero, asesor financiero y compañero del emperador de aún más vastos dominios. Con muy poca antelación, podían pedirle que ofreciera una cena tranquila aunque exquisita y una discreta partida de cartas en su impecable residencia de North Audley Street, o que reuniera a un grupo para ir a las carreras, que organizara una partida de bridge, incluso una excursión en velero. Reuben siempre era el mismo: callado y astuto, nunca censor, hombre de mundo y romántico al mismo tiempo; el emperador contaba con su absoluta lealtad, lo mismo que la espléndida sociedad sobre la que reinaba. La sociedad inglesa era para Reuben Hergesheimer la mejor del mundo, confiada, estable y estúpida; se prestaba en todo a que él la explotara. Explotación era en el diccionario personal de Reuben una buena palabra —para él significaba «sacar el mayor provecho de algo», no «aprovecharse injustamente de algo»—, una palabra que llevaba a la expansión, que era a su vez otra buena palabra.

Fue así como, en estos años de oportunidades, se vio aplazada la fundación de una dinastía. Y ahora que los mejores años habían quedado atrás, tenía que afrontar la realidad de que ya era demasiado tarde. Se había vuelto tan discreto, tan solitario en cierto modo, que la idea de compartir su vida con alguien, aunque pudiera emplear su riqueza para guardar cierta distancia con esta persona, era sencillamente inimaginable. Además, no era justo, para el hijo que pudiera tener, ofrecerle un padre viejo.

Lamentaba su carencia, no sólo porque a medida que se hacía mayor le parecía que un imperio sin heredero ofrecía menos alicientes para conservar el interés y la preocupación de su fundador, sino también porque en los últimos años había empezado a pensar en invertir una parte de su fortuna en la tierra.

A lo largo de los años que pasó tan ocupado con el rey Eduardo, sir Reuben había tenido poca relación con sir Randolph. Minnie era su amiga y compañera de bridge, su aliada en la tarea a veces complicada de entretener al soberano. Sir Randolph era el marido en segundo plano, el irónico y complaciente terrateniente que de vez en cuando brindaba un comentario inesperado e ingenioso o una información abstrusa, y celebraba un par de veces al año una partida de caza impecablemente organizada, en la que disfrutaba muchísimo, como él mismo decía con frecuencia, interpretando el papel de montero mayor. Fue después de la muerte del rey cuando sir Reuben llegó a conocer y apreciar al marido de Minnie. A través de sir Randolph, había aprendido a admirar un subconjunto del fascinante sistema de clases inglés que hasta entonces era menos conocido para él. Había tratado a grandes aristócratas, amigos íntimos del rey, y, naturalmente, conocía el mundo financiero de la ciudad, a los banqueros y los príncipes del comercio, pero no había frecuentado demasiado a la aristocracia terrateniente, aunque estaba al corriente de su función histórica. Ahora veía a estas personas como una clase social capaz de inspirarle simpatía. Veía a sir Randolph como el representante de un modo de vida admirable y amenazado en la actualidad por fuerzas que en cierta medida él mismo había alentado. ¿Qué mejor que haber dedicado una parte de sus ganancias a reforzar este modo de vida? Podía haber comprado una finca —había muchas en venta— y su hijo podía haberla heredado, junto con los millones necesarios para conservarla con estilo.

Cuando sir Reuben llegaba a este punto en sus fantasías, a veces sentía cierta confusión. No estaba seguro de cómo le gustaría que un hijo suyo se comportara en semejantes circunstancias. ¿Debería llegar a integrarse por completo, montar a caballo, cazar, pescar, ocupar un puesto en el consejo del distrito rural, administrar la justicia inglesa en calidad de magistrado, casarse con la hija de un terrateniente vecino? ¿O debería recordar a sus antepasados del gueto polaco, abjurar del bautismo en la Iglesia cristiana y guardar las fiestas y los días de ayuno de una fe ajena a este país? Aunque sir Reuben se inclinaba racionalmente por lo primero, lo segundo seducía su imaginación. Quizá fuera una suerte para él el hecho de que nunca tendría que resolver este dilema. Pensar en eso lo había llevado a preguntarse en más de una ocasión si no habría una forma más sencilla de satisfacer sus deseos en este sentido.

Tenía muchos ahijados. La cuestión menor de que sir Reuben profesara otras creencias religiosas no había sido impedimento para que sus amigos ingleses, tan prácticos, pusieran teóricamente a algunos de sus vástagos bajo su tutela espiritual. Como las ventajas que esperaban obtener eran en realidad económicas (ya se desvelarían en el momento de leer su testamento), entre los ahijados de sir Reuben figuraban las hijas o los hijos menores. Éstos tenían en algunos casos pocas

perspectivas, pues todo era para el primogénito, y, si alguno de ellos hubiera dado indicios de tener lo necesario para convertirse en un digno heredero, sir Reuben de buen grado habría buscado una finca en los alrededores, habría hablado con los padres a su debido tiempo y se habría interesado por el muchacho; pero lo cierto es que ninguno lo convencía especialmente, aun cuando todos eran en su mayoría agradables, y no quería cometer un error que ensombreciera sus años de declive. Seguía esperando.

De un tiempo a esta parte se sentía cada vez más atraído por la idea de un candidato inesperado; inesperado por no tratarse de uno de sus ahijados, por ser más joven de lo ideal y no tener a primera vista ese sólido y predecible carácter inglés que él supuestamente buscaba. Era quizá esto último lo que en verdad seducía a sir Reuben: el nerviosismo del niño, su imaginación y su aire apasionado y enigmático eran a fin de cuentas más atractivos que las típicas cualidades inglesas de Marcus, el hermano mayor.

Sin que viniera a cuento, e interrumpiendo al parecer la conversación de Bob Lilburn con Minnie, sir Reuben preguntó de pronto:

—¿Dónde está Osbert?

—¿Osbert? —A Minnie le sorprendió la pregunta, porque los niños rara vez se mezclaban con los invitados hasta después del té—. Espero que ahora mismo esté buscando a su pata, si es que ese bicho absurdo no ha aparecido ya. Esta mañana se había perdido.

—Si no apareciera, sería un honor para mí asumir la responsabilidad de ofrecerle un sucesor.

Minnie posó una mano blanca y regordeta en el brazo de sir Reuben.

—Eres la mejor persona del mundo, pero esperemos que no haya que llegar a eso.

Mirando por encima de la cabeza de Aline Hartlip y Tibor Rakassyi las hojas de las hayas, entre las ventanas de celosía, Olivia dijo:

—¿No sería delicioso vivir aquí siempre?

—¿En esta casita? —dijo Lionel.

—Sí. ¿No te parece?

—No me importaría si pudiera tener mis libros. Y si estuviera enamorado de mi compañera. Y si no pasáramos frío.

—O sea, tú necesitarías un idilio —dijo ella—. Yo no creo que pidiera tanto. Creo que podría ser feliz aquí sola.

—Eso sería un desperdicio.

—¿Un desperdicio de qué?

—De ti —dijo Lionel.

—A lo mejor aquí me vuelvo sabia. En ese caso no sería un desperdicio.

—Estamos hechos para compartir la vida, no para vivir aislados. Además, creo

que ya eres sabia.

—No me conoces muy bien si crees eso —dijo Olivia.

—Puede ser. Pero, entonces, ¿por qué tengo la sensación de que sí te conozco?

—No lo sé.

—Tú también me conoces —dijo él—. Lo sabes todo de mí.

—Pero eso es imposible.

—Sí, es imposible. Pero es verdad. Tú y yo nos conocemos porque nuestras almas ya se conocían de antes.

—¿Sí? ¿De dónde? —preguntó ella.

—Del cielo, o de cualquier parte. No lo sé.

—Pareces muy seguro.

—Sí, lo estoy. Estoy completamente seguro —contestó Lionel.

—Yo creo que es más bien como si... —Pero Olivia había empezado a hablar con vacilación, y se calló cuando Minnie, que había captado la mirada de Aline, se levantó y retiró la silla.

Mientras se levantaban, Lionel le preguntó:

—¿Vienes conmigo?

Tom Harker estaba apartado de los demás, contemplando la puerta de la cabaña del embarcadero. Aunque seguía luciendo el sol, debajo de las hayas ya empezaba a notarse que caía la tarde y que era otoño. Estaba preparado para ponerse en marcha. Tenía el mentón huesudo apoyado en las manos, entrelazadas en el extremo de su vara con la punta en forma de horquilla, y estaba inmóvil, con la mirada fija. Era consciente de la presencia de los hombres, que fumaban y hablaban tranquilamente, sentados en grupos, al pie de los árboles o en la orilla del río, y aprovechaban para descansar unos minutos antes de que los llamaran para entrar en acción; eran tan extraños para él como el resto de los fenómenos naturales que lo rodeaban. Llegado el caso, daría fe de que todos eran buenas personas, considerando la deplorable tendencia de la especie humana a caer en el error y la iniquidad, pero no veía necesario compartir su insignificante conversación. Le había explicado a Dan Glass cuál era su opinión sobre la Ley de Caza, con notable incomodidad de éste, pues al margen de los defectos que pudiera tener la Ley en cuestión, era obligación de su padre aplicarla, y Dan no quería ser desleal con su padre, mucho menos si con quien hablaba era Tom Harker. Albert Jarvis, el hombre de Derbyshire, y Charlie Pass, el cargador de sir Randolph, lo habían obligado a enzarzarse, en contra de su voluntad, en una discusión política: se habían revelado, en opinión de Tom, como un par de ignorantes cuando aseguraron que era el Partido Conservador el que de verdad defendía los intereses de los trabajadores de la tierra, y no habían cambiado su postura a pesar de la elocuencia con que él había expuesto una opinión completamente distinta. Tom dijo que el terrateniente era la causa del delito. «Es él

quien inventa la ley y quien inventa los castigos por infringir la ley. Si la tierra fuera de todos, lógicamente no habría ninguna ley que infringir».

—Que sea de todos significa que es del gobierno —contestó Charlie Pass—. Si quieres saber mi opinión, prefiero sudar para un cabrón que para un puñado de políticos de mierda.

—Eso es —dijo Arthur Jarvis—. Los políticos sólo buscan su propio interés.

—Puede que sí. Puede que sea el caso de la mayoría. Pero son gente del pueblo y hay que seguirlos. Lloyd George ha dicho...

Pero Lloyd George era galés, y Albert Jarvis no sentía ningún respeto por los galeses. Había conocido a unos cuantos mineros galeses en su región, gente que venía a Inglaterra porque en sus valles escaseaba el trabajo, ocupaba los empleos que debían ser para los hombres de Derby y se ganaba la simpatía de los jefes con mucha adulación. Nunca te fíes de un galés: así opinaba Albert Jarvis. Charlie Pass, por su parte, estaba harto de oír citar a Tom Harker los discursos de Lloyd George: habían trabajado juntos, retirando piedras, antes de arar la tierra por última vez en primavera. Charlie se marchó, con el pretexto de que iba a preguntarle al señor Glass qué tal se estaba portando su perra —que seguía nerviosa, con poco juicio—, y Tom, sin extrañarse de su insensatez y sus prejuicios, pues no esperaba otra cosa de ellos, echó a andar con su paso lento (con su zancada larga y regular, como un hombre acostumbrado a los montes y los valles de distancia infinita, aunque nadie sabía que había estado mucho más lejos de los confines de Oxfordshire) y se detuvo en el camino de hierba, debajo de las hayas, en un sitio desde el que vería bien las primeras señales de actividad cuando los cazadores salieran de la cabaña. No tuvo que esperar mucho.

Sir Randolph fue el primero en salir para hablar con el señor Glass. Cuando pasaba al lado de Tom, se detuvo a preguntarle qué tal le iban las cosas.

—No me puedo quejar —fue la respuesta de Tom Harker, seguida de un movimiento de los ojos al cielo—: Su misericordia es inmensa.

—Ciertamente lo es —asintió el barón—. Hiciste un buen trabajo en ese tejado de Hamlingham. Pasé por allí el otro día.

—¿Ah, sí? —La sonrisa de Tom, tal vez por lo infrecuente, resultaba extrañamente tímida; daba a sus rasgos severos un aspecto completamente distinto—. Estaba en muy malas condiciones.

—Algunas de esas casas de campo están muy mal. Me alegra ver que han empezado a cuidarlas. Aquí en el pueblo hay un par de ellas que queremos arreglar este año. ¿Se lo ha dicho el señor Dawkes?

—Me lo ha dicho —dijo Tom.

Sir Randolph asintió con la cabeza, cruzó con Tom unas palabras más sobre las perspectivas de la caza para esa tarde y siguió su camino para acercarse a Glass, a quien, después de confirmar los detalles de la siguiente ronda, le dijo de buen humor:

—Veo que hoy ha traído usted a uno de sus personajes favoritos. —Y movió

ligeramente la cabeza, señalando a Tom Harker.

Glass no sonrió.

—A sabiendas de que es un error, sir Randolph —dijo—. A sabiendas de que es un error. Lo último que quiero es que pueda husmear por todas partes y descubrir dónde se esconde la mejor caza. Pero Page está mal de la espalda y no había nadie más a quien pudiera avisar con tan poca antelación.

—A mí me cae bien —dijo sir Randolph sinceramente, aunque en el fondo pensaba que nadie podría impedir jamás que Tom practicara la caza furtiva.

Los demás cazadores estaban preparados. Olivia, Cicely y Aline, que pensaban acompañarlos en unas cuantas rondas, iban con ellos. Los ojeadores salieron en cabeza, seguidos de los demás. Es como un ejército, pensó Olivia: hemos hecho vivac y ahora vamos al frente de batalla. La guerra podría ser así: desenfadada, cordial y aterradora. Como antes de un partido de críquet (en Norfolk, donde se había criado, eran muy aficionados al críquet). Olivia estaba emocionada. No sabía bien por qué, aunque intuía que algo tenía que ver con la luz del sol entre las ramas y con los grupos de hombres que andaban entre los árboles y se reunían en la amplia vereda verde, a la orilla del río, y con los gemidos de *Bess*, la perra de Glass, y con el chasquido de la escopeta de Marcus, cuando volvió a comprobar por segunda vez que no estaba cargada (no en vano lo había entrenado su abuelo). Incluso, a pesar de que no le hacía demasiada gracia reconocerlo, tenía que ver con el sombrero de Aline, que era de terciopelo oscuro, adornado con una pluma magnífica, y resultaba muy romántico en combinación con la extraordinaria belleza de sus facciones, y con el intenso brillo de expectación que había en los ojos de Cicely, que iba al lado de Tibor Rakassyi, y también tenía que ver con los ojos oscuros de Tibor, su elegante chaqueta demasiado ceñida y sus preciosas botas de cuero, y con el característico sombrero de ala ancha de sir Randolph, con su perra pegada a los talones como una sombra, y con aquellos apuestos cazadores de espaldas anchas a los que seguía, y con el aire de seguridad de éstos, con sus creencias comunes y su autoridad incuestionable. «¿De verdad somos todos tan hermosos y tan valientes, o solamente lo creemos?», pensó.

Podría habérselo dicho a Lionel, que iba a su lado. A diferencia de su marido, él no se habría escandalizado. En vez de esto, Olivia lo miró con un brillo maravilloso en la mirada y dijo:

—Tenemos suerte, ¿verdad? De tener tan buen tiempo, quiero decir.

Estaba previsto empezar en los alrededores del bosque y avanzar entre los árboles en etapas sucesivas. En el camino del río, antes de llegar a la cuesta y dispersarse cerca del primer acechadero, Tom Harker, que estaba de buen humor, volvió a sonreír cuando pasaron por delante de una colonia de grajos, posados en un grupo de altos olmos (habían llegado a la zona de bosques mixtos, donde empezaba el coto).

—Mi primer trabajo —dijo Tom— fue asustar a los pájaros. A los ocho años.

Caminaba con Percy Maidment, el hombre de Lincolnshire, que no contestó.

—Pastel de grajo —continuó Tom—. No está demasiado bueno. ¿Has comido mirlos alguna vez? Recuerdo que mi madre hacía pastel de mirlo por Navidad, más de una vez.

—Ah —dijo Percy Maidment.

—Arrancar los narcisos muertos fue mi siguiente trabajo. Por un chelín al día: el jardín entero y el coto. Miles de narcisos, hasta que no quedaba ninguno.

—Entonces, ¿conoces a Jarvis, ése con el que hablabas antes? —preguntó Percy Maidment, como si una cosa guardara relación con la otra.

—Así se llama, ¿no? No lo conocía hasta hoy —dijo Tom—. ¿Es de donde tú eres?

—No. De un poco más al oeste. Me parece un ignorante.

—¿Eso dirías?

—Es envidioso —dijo Percy—. Agarra el primer pájaro que encuentra y dice que es de su amo.

—¡Ah! —exclamó Tom—. ¿Conque es de ésos? No le hagas caso. Aquí no se cuentan los pájaros de uno en uno, se cuentan sólo los sacos.

—Pues él y yo estamos llevando la cuenta. Y ellos también, su amo y el mío. La cosa está muy reñida, pero al final los ganaremos. El mío es mejor que el suyo. Además, caza mejor después de comer. Lo sé, porque llevo mucho tiempo con él. Esta tarde vamos a aplastar al otro.

Tom miró sorprendido al hombrecillo que iba a su lado, pero éste pareció no darse cuenta y siguió mirando al frente, con una intensidad pálida y sin sonreír.

—Más vale que sir Randolph no te pille haciendo eso —dijo Tom, con una nota de claro reproche—. Es lo que podríamos llamar un cazador de la vieja escuela.

—A la mierda —dijo Percy Maidment.

Después de enviar a los ojeadores a los alrededores del primer acechadero, lentamente los cazadores ocuparon el puesto que les habían asignado, a lo largo del camino que discurría entre los árboles.

—Minnie es listísima —aseguró Aline, que había decidido quedarse con sir Reuben Hergesheimer, con la esperanza de fastidiar a Charles Farquhar, porque él esperaba que lo acompañase—. Sabe cronometrarlo todo a la perfección para volver a casa, descansar un rato tranquilamente y volver en coche a tiempo de presenciar la última ronda.

—¿Vendrá, entonces?

—Vendrá con Ida. No está lejos de la carretera.

—En ese caso —dijo sir Reuben—, si las demás mujeres aguantáis el ritmo, contaremos con todas vosotras como público. Tendremos que hacerlo lo mejor posible, ¿verdad?

—Gilbert siempre lo hace lo mejor posible —dijo Aline.

—Sin duda. Por eso es un gran experto.

—Yo creo que hacer siempre las cosas lo mejor posible es un aburrimiento.

—Pues nunca te he visto hacer nada menos que eso en tu arte particular — contestó sir Reuben.

—¿Mi arte? —dijo Aline.

—El arte de estar guapa.

—¡Ah, eso! Eso un aburrimiento. De todos modos, supongo que cuando una ha ganado cierta fama..., aunque, en mi caso, Dios sabrá por qué..., se siente en la obligación de conservarla. Es puro orgullo.

—Seguramente —dijo él.

—Y espíritu de competición. ¿Dirías que somos orgullosos y competitivos? — preguntó Aline.

—Probablemente. Como caballos de carreras. Por eso me gustan tanto las carreras.

—A veces pienso que los caballos de carreras también están un poco locos. Si los miras a los ojos cuando pasean por el hipódromo, parece que tuvieran la locura en la mirada.

—Son de pura raza —dijo sir Reuben—. El orgullo, la competitividad y la locura son atributos aristocráticos.

—Entonces somos aristócratas de verdad —dijo Aline alegremente.

Sir Reuben sonrió, disfrutando de antemano lo mucho que se reiría con Minnie, quien una vez le había dicho que Gilbert Hartlip se había casado con Aline para «*dorer le blason*». El padre de Aline, que aún vivía, era un industrial escocés no lo bastante deslumbrado por el ascenso social de su hija para mostrarse verdaderamente generoso con este enlace matrimonial.

Sin embargo, la había subestimado.

Aline se echó a reír de pronto y se colgó del brazo de sir Reuben.

—Aunque lo cierto es que tengo tan poco de aristócrata como tú —dijo.

Lionel Stephens tenía que colocarse al final de la línea de tiro, en el coto, justo detrás de la esquina del bosque. Asintiendo con la cabeza, se despidió amigablemente de Gilbert Hartlip, que ocuparía el puesto siguiente en el camino, sin notar que éste parecía preocupado, y siguió andando despacio con Olivia. No había prisa, porque los ojeadores aún no habían tenido tiempo de llegar al punto de partida. Se adelantó a Olivia para saltar el muro y ayudarla después. Al mirar por encima del hombro de ella, vio a Gilbert muy enfrascado en la conversación con sus cargadores. En vez de limitarse a tenderle un brazo, cogió a Olivia de la cintura, como si quisiera ayudarla a saltar del muro. Ella dudó.

—Antes ibas a decirme algo —dijo Lionel, mirándola desde abajo—. Has dicho que era como si...

—¿Como si qué?

—No has terminado la frase. Yo te he dicho que ya nos conocíamos de antes y tú has dicho que era como si...

—Ah —dijo Olivia, sonriendo a la vez que bajaba limpiamente de un salto—. Como si... —Él no se había apartado y seguía sujetándola de la cintura, de manera que estaban muy cerca. Ella lo miró a la cara con una expresión de simpatía y afecto absolutos—. Como si fueras un hermano al que perdí hace mucho tiempo.

—¡Un hermano! —Lionel se separó bruscamente, metió las manos en los bolsillos y, con la cabeza baja, recorrió unos pasos a lo largo del muro que bordeaba el bosque.

Percy Maidment, que esperaba un poco más adelante, en el coto, con el chico que hacía de ayudante de cargador, levantó el brazo, como si creyera que Lionel no lo había visto.

Olivia, sin moverse, y triste, dudó unos instantes. Lo primero que pensó es que él tenía una hermana que había muerto. ¿Cómo había podido ser tan torpe?

Ahora Lionel se había detenido y parecía que observaba el poste de una valla. Olivia se acercó a él.

—Siento mucho lo que he dicho —dijo—. No quería disgustarte por nada del mundo. ¿Me perdonas?

Lionel levantó los ojos del poste para encontrarse con los de Olivia, que estaban llenos de lágrimas. Sin poder apartar la mirada de ella, dijo:

—Te quiero muchísimo. —Y vio que la expresión de Olivia pasaba de la preocupación al asombro.

—Señor, señor Stephens, señor... —Percy Maidment intentaba llamar su atención con un susurro áspero.

Lionel levantó un brazo para indicarle que había entendido. Los silbidos y los golpes anunciaban la llegada de los ojeadores, aunque todavía estaban lejos. Lionel echó a andar despacio hacia su puesto, donde ya debería estar esperando.

—He sido una idiota —dijo Olivia.

Lionel se volvió y esperó a que ella lo alcanzara.

—No.

—Sí, lo he sido —insistió ella—. He sido completamente idiota. Creía que simplemente nos caíamos bien, que teníamos cosas en común.

—Sí, las tenemos —dijo Lionel.

—No debería haber dicho eso. No quiero que nada cambie, que me evites.

—No es bueno evitar las cosas —dijo él—. O no reconocerlas.

Concentrada en su esfuerzo por comprender lo que sentía, Olivia lo tomó del brazo amigablemente, como en otros momentos. Lionel, sin poder evitarlo, posó una mano sobre la de ella.

—Era eso —dijo Olivia, despacio—. Todo el tiempo.

—Sí, todo el tiempo. —Lionel le apretaba la mano. Ella apenas se daba cuenta.

—Era eso —repitió, deslumbrada por la luz de la revelación—. Era eso. Yo

también te quiero.

El chico del pueblo que estaba detrás de Percy Maidment (era uno de los hermanos de Ellen) miraba con perplejidad a estas dos personas formidables que tenía delante, deslumbrantes y deslumbradas, que hablaban de un modo tan asombroso. Estaba seguro de haber oído bien; los tenía a poco más de un metro. Ligeramente desconcertado, se le ocurrió que quizá estuvieran recitando su papel en una obra de teatro, pues sabía que, a veces, cuando había invitados en la mansión, montaban representaciones teatrales.

A Percy Maidment no le interesaba lo que nadie pudiera decir. Su única preocupación era que Lionel tomara la escopeta que él estaba tendiéndole. Se oían ahora más cerca los silbidos, los golpes, el chasquido de las ramas y algún que otro grito. Se dio la primera voz de «ahí» y sonó el primer disparo a lo lejos, en otro punto de la línea. Lionel asió entonces la escopeta mecánicamente, sin dejar de mirar a Olivia.

—Ahí, a la derecha, su ave, señor —susurró Percy en tono urgente.

Lionel movió el arma y abrió fuego. Al ver que el faisán caía, lo invadió una alegría inmensa. Los faisanes aparecían muy deprisa. Lionel no podía dejar de sonreír. Llegaban en dos direcciones, por encima del camino y por encima del coto. Lionel disparaba, sonriendo. Dos disparos, un cambio de escopeta, otros dos disparos; con cada disparo derribó a un faisán. Percy temblaba como un galgo afanado en perseguir a una liebre, completamente concentrado en recargar los cañones humeantes, en presentar la escopeta en el ángulo exacto para que las manos del cazador la recibieran. Lionel, a quien su sensación de gloria lo había llevado a un estado de alerta extraordinaria, disparaba con una indiferencia y una precisión absolutas. Y Olivia, a su lado, envuelta en lo que le parecía una columna de fuego divino, apenas percibía el fragor, el olor a cordita, las voces y los gritos de los ojeadores, y tampoco los continuos ruidos sordos de los pájaros que caían entre la hierba a su alrededor. Estaba absorta en la maravilla y el asombro de su descubrimiento, sorda a todo lo que no fuera el grito mudo del amor triunfante.

Lionel tenía puesta casi toda su atención en el ejercicio físico, pero aún conservaba un resquicio de conciencia libre para contemplar a las aves con una especie de constante «Vamos, vamos»; y, en un plano aún más profundo, tenía la certeza de que esta urgencia se debía a las ganas de dejar de disparar para volverse y mirar a Olivia a los ojos.

La matanza se apaciguaba y los disparos disminuían. Lionel eligió dos faisanes rezagados que intentaban refugiarse en el coto de soslayo, pero se detuvieron un momento. Se oyó un disparo en algún punto de la línea de tiro, y después silencio. Los ojeadores salieron al claro y los perros empezaron a hacer su trabajo. Lionel entregó la escopeta caliente a Percy Maidment y se volvió hacia Olivia.

Percy, que seguía temblando ligeramente, aunque ya empezaba a tranquilizarse, recorrió con la mirada la hierba sembrada de cadáveres. Soltó el aire despacio, mitad

silbando, mitad suspirando.

—Gloria a Dios —dijo.

Los cazadores se reunieron para ir juntos al puesto siguiente.

—Ha sido tremenda esta última ronda —dijo Bob Lilburn a su anfitrión, felicitándolo.

—Ha sido un buen día, ¿verdad? —contestó sir Randolph—. Lleno de emoción.

—Demasiada emoción para algunos —dijo Gilbert Hartlip.

Iban los tres juntos, algo apartados de los demás. Sir Randolph interpretó el comentario de Gilbert como una alusión a la cantidad de pájaros que había tenido que dejar escapar, por la abundancia de oportunidades.

—Espero que no hayan ido todos a la vez hacia tu puesto —dijo sir Randolph—. A veces pongo las escopetas demasiado dentro, pero creo que hoy no habría estado justificado, ¿tú qué crees?

—Las escopetas estaban bien colocadas. Ha sido la manera de disparar de algunos —dijo Gilbert.

—¿De verdad?

—Lionel Stephens parece un cazador muy envidioso.

—¿Lionel? —dijo sir Randolph—. No lo creo. Siempre hace gala de deportividad.

—Pues me temo que esta tarde no ha sido así. Creo que tendré que decirle unas palabras —contestó Gilbert.

—Si lo haces, que sean suaves, te lo ruego. Estoy seguro de que ha sido un error, y muy raro.

Gilbert ya se alejaba hacia Lionel y Olivia, que seguían a los demás, algo rezagados, aunque sin dar ahora apenas ninguna señal de sus emociones.

—La verdad, no entiendo qué le ha pasado a Gilbert —dijo sir Randolph a Bob Lilburn—. Hoy está muy nervioso.

—Si me lo preguntas, creo que Aline le está dando un poco la lata.

—Aline lleva años dándole la lata —dijo el barón con impaciencia—. Eso nunca lo ha puesto nervioso.

Daniel Glass se dirigía con su padre al siguiente acechadero.

—¿Has visto al señor Stephens en la última ronda? —preguntó el señor Glass.

Dan negó con la cabeza.

—Estaba muy lejos —dijo.

—Ha disparado como un ángel.

—Los pájaros han volado muy bien.

—Les estamos ofreciendo la mejor caza que se puede pedir —dijo el señor Glass

—. Y lo saben. Creo que hoy tenemos aquí a dos de los mejores cazadores de Inglaterra. Y los demás tampoco les van a la zaga.

—Tom Harker cerraba la línea. Lo habrá visto mejor que nadie —dijo Dan.

—Tom es bueno, el muy canalla. No como otros que parecen alelados. Hace bien su trabajo. ¿Sabes qué? La próxima vez que vea que el señor Stephens o lord Hartlip ocupan los mejores puestos, te pondré enfrente, para que disfrutes de su destreza, ¿quieres?

—Gracias —dijo Dan.

Y se quedó mirando a su padre, que se adelantó para desplegar a sus tropas en la siguiente maniobra. Se alegraba de verlo tan contento de cómo estaba desarrollándose el día. Él también estaba contento: le gustaba la sensación de formar parte del éxito, lo mismo que le gustaba la sensación de formar parte de un pueblo que, en lo esencial, no había cambiado desde hacía mucho tiempo, y parte de un imperio que, según le habían enseñado en la escuela —y él no tenía dificultad para creerlo—, era el mejor que había existido jamás. Al mismo tiempo, sabía que nunca se sentiría tan seguro en sus convicciones como su padre. Esto tenía que ver con que él era dueño de algo especial. La mayoría de la gente no era dueña de algo especial y por eso podía identificarse fácilmente con lo primero que encontraban a mano, pero cuando alguien era dueño de algo especial, se volvía un poco distinto, un poco más reflexivo. De un tiempo a esta parte, Dan era cada vez más consciente de eso, y no estaba seguro de si se alegraba de ello o si lo lamentaba. Quería dedicarse a alguna ciencia. Y había demasiadas cosas por descubrir en ese campo como para dedicarle una vida entera. Y como siempre que se ponía a trabajar en algo, por pequeño y sencillo que fuera en apariencia, tenía la certeza de lo importantes que eran las observaciones, los métodos que debía emplear, qué conclusiones podía esperar; Dan sabía perfectamente, aunque no quisiera ahondar en la cuestión ni expresarlo con palabras, que haría en verdad muy mal si dejaba este trabajo en manos de otros. No se podía confiar en que lo hicieran bien. Tal vez fuera un misterio cómo había llegado a esta conclusión, al cabo de unos pocos años de estudio de las ciencias naturales con el señor Rudloe, el director de la escuela, y al cabo de unas pocas conversaciones fortuitas con los ancianos del lugar, interesados por las costumbres de la fauna, o con sir Randolph, antes y después de leer los libros que éste había buscado para él sobre los orígenes de la vida o la estructura de los organismos vivos, pero no por misterioso esto era menos cierto. Dan estaba seguro de lo que tenía que hacer. Su única duda era si sería capaz de hacerlo solo.

Hasta hacía poco había tenido la vaga idea de que podía seguir tal como estaba —o sea, como ayudante de su padre y eventual sucesor— y encontrar a la vez la manera de dedicarse a sus observaciones, continuar con sus lecturas y, con el tiempo, sacar a la luz alguna teoría o alguna investigación original que podría publicar más adelante. Últimamente veía con claridad que eso era muy poco realista y se estaba condenando a ser un simple aficionado de por vida. Pero adentrarse en ese otro mundo más

amplio —de cuya verdadera naturaleza no tenía más que una intuición sumamente confusa, aun cuando estaba convencido de que era más amplio, de que le brindaba la oportunidad de conseguir algo que deseaba desesperadamente y en cierto modo se avergonzaba de desear aunque fuera sencillamente el reconocimiento al que aspira toda persona con talento—, adentrarse en ese mundo que le ofrecía sir Randolph al decir que podía pagar sus estudios, significaba abandonar a su padre, y abandonarlo de una manera mucho más esencial que el mero hecho de obligarlo, con su partida, a encontrar a un muchacho que ocupara su puesto como ayudante del guarda de caza. Era un dilema al que Dan no quería enfrentarse, y procuraba pensar en ello lo menos posible; pero mientras iba golpeando con el palo el tronco de los árboles, y lanzaba de vez en cuando su reclamo particular, una especie de silbido suave como el que a veces emplean los pastores para llamar a su rebaño, sus pensamientos estaban más ocupados en este dilema que en su tarea inmediata.

Fue la conversación de Tom Harker con Charlie Pass y Albert Jarvis lo que lo había llevado a pensar en esto. No tenía un buen concepto de Tom y sentía por él menos tolerancia que su padre y mucho menos que sir Randolph. Dan era joven y pensaba que Tom era un hombre deshonesto y un incordio para su padre: eso pensaba. Tampoco le gustaba que una persona como Tom le diera lecciones sobre un tema del que él consideraba que sabía más, como eran las costumbres de la caza —«una lección de vida», como lo llamaba Tom—, o sobre otro tema del que él consideraba que no necesitaba ningún consejo: los males del alcohol. Eran precisamente estos rasgos los que convertían a Tom Harker en una «personalidad» para sir Randolph, y en menor medida también para el señor Glass; pero, de acuerdo con la visión de Dan, esos rasgos demostraban simplemente que Tom era un moralista hipócrita. Al ver la actitud de Tom cuando hablaba con los otros dos, como si las opiniones de Albert y Jarvis le parecieran una antigualla inútil, igual que la bomba de agua del prado del pueblo, Dan había sentido una impaciencia y una frustración muy poco propias de él. Tenía que irse. Pero luego, una vez más, se decía que nadie podía obligarlo a hacer daño a su padre.

Ellen estaba en el dormitorio del ático que compartía con la ayudante de cocina, atándose los cordones de las botas negras. Había terminado de recoger los platos de la comida en la sala de la servidumbre y tenía dos horas libres antes de volver y cambiarse el uniforme de algodón a cuadros azules y blancos que llevaba por las mañanas por el vestido negro con delantal blanco de la tarde, para hacer la ronda por los dormitorios, encender las chimeneas y cerrar las cortinas.

Se puso el abrigo y el sombrero y bajó corriendo por la escalera de servicio, abrochándose los botones al paso. John iba por el pasillo, a fumar un cigarrillo en el cuarto de las calderas.

—Voy contigo —dijo—. ¿Adónde vas?

Ellen pasó de largo a toda prisa.

—A ningún sitio en particular.

—Espera, voy contigo —dijo John.

—No puedo esperar —dijo ella—. Tengo que ir sola.

La puerta se cerró de un portazo. John siguió andando despacio. Tal vez su carta había sido un error. Ella no se había mostrado muy amable con él desde que se la dio.

Ellen echó a correr por el huerto.

—¿Quieres unas manzanas, Ellen? ¿Para llevárselas a tu madre?

Bernard, el chico que cuidaba del huerto y que tenía un hueco grande detrás de la oreja, porque le habían operado de meningitis, iba por el sendero cubierto de musgo, entre los manzanos, empujando una carretilla.

—¡Manzanas! Tiene tantas que no sabe qué hacer con ellas. —Pero Ellen siempre trataba bien a Bernard, porque era un poco raro, y enseguida añadió—: Gracias de todos modos, Bernard. Perdona, tengo un poco de prisa.

Salió por la puerta del muro, la cerró con cuidado y echó a andar deprisa por la avenida que llevaba al coto. Iba camino del río. Osbert no había vuelto y eso posiblemente significaba que no había encontrado a la pata. Le había prometido que lo ayudaría.

Osbert contaba en general con la simpatía de los criados, excepto con la del señor Rodgers, que detestaba a todos los niños. Sin duda, lo preferían a Lucy, que les parecía una malcriada. Osbert tenía una forma de expresarse muy graciosa, y a veces parecía muy solo. Tenían a Ida por una madre bastante dura, y probablemente lo era. Sin embargo, Osbert encontraba en ella una seguridad absoluta, porque siempre era la misma y porque en cierto modo era reconfortante sentirse incomprendido. Esto hacía que sus preocupaciones le parecieran menos importantes y dejaran de abrumarlo tanto como a veces lo abrumaban. Le gustaba estar solo, pero Ellen creía que necesitaba amigos, otros niños con los que jugar en el bosque, pescar, hacer lanzas o tirar piedras a las ardillas, como habían hecho sus hermanos cuando tenían la misma edad, o ir y volver del colegio. Creía que Osbert pasaba demasiadas horas estudiando latín y que debería estar más tiempo al aire libre, para que sus mejillas tomaran un poco de color. Se acordaba de cómo era el señorito Marcus con esos años, cuando terminó la primaria y era un niño lleno de vida. «El señorito Osbert es demasiado soñador», le había dicho Ellen a Cicely en más de una ocasión; «tanto si está despierto como dormido, siempre está soñando». Cicely decía que a Osbert no le pasaba nada, que era más listo de lo que todos creían, pero Ellen había notado que Cicely era tan protectora con Osbert como ella.

Cuando llegó al puente y se asomó por encima del borde, vio a una pareja de ánades reales en el río, en el mismo sitio donde había visto a una bandada el otro día. Pero ¿cómo podía saber si era la pata de Osbert? Buscó al niño con la mirada y no vio rastro de él.

—¿Pata? —probó a llamar.

Los patos no se volvieron a mirarla. Agitaban las patas con ahínco, para aguantar en el sitio, girando un poco en la corriente, y puede que no oyeran nada más que el ruido del agua entre las piedras de los rápidos, justo encima de la poza donde pasaban el rato sin propósito aparente, agitando las patas y dejándose mecer por la corriente.

—¡Pata! ¡Ven, pata!

Pero esta vez gritó demasiado. El macho fue el primero en levantar el vuelo, salpicando el agua al despegar, y la hembra lo siguió inmediatamente. Volaron unos metros río abajo, se posaron cerca de la orilla y empezaron a chapotear entre los juncos. Ellen comprendió que nunca sería capaz de reconocer a la pata, y mucho menos de atraparla, así que subió por la escalera del muro y echó a andar a buen paso por el camino del río, buscando a Osbert.

Conocía bien este camino, porque muchas veces iba a pasear por allí con John. Esta asociación de ideas le hizo pensar en él, aunque con más perplejidad de lo normal. Estaba perpleja, porque John había cambiado de repente, y, como Hortense, la doncella francesa, era la única amenaza que Ellen veía en el horizonte, atribuía el cambio a Hortense, sin que nada lo justificara. Su primera reacción a la carta de John había sido de asombro, seguida inmediatamente después de agradecimiento. Le pareció muy romántica. No pudo resistirse a contárselo a Cicely mientras la ayudaba a ponerse la ropa de montar, y también a ella le había parecido increíblemente romántica. Fue después del tentempié a media mañana, en la sala del servicio, cuando se sorprendió pensando que la sonrisa que John le había dirigido a Hortense mientras le ofrecía un plato de galletas era bastante empalagosa, cuando Ellen empezó a estar segura. Su decepción fue en aumento a medida que avanzaba la mañana: había algo raro en la carta; la voz de la carta no era la de John. Tenía que reconocer que tampoco era la voz de Hortense, a menos que ésta tuviera una voz secreta para las ocasiones íntimas, muy distinta del tono impostado, de doncella de una gran señora, con que hablaba normalmente. No sabía de quién era esa voz, pero sabía que no era de John, no sólo por las palabras sino también por los sentimientos. No creía que John pensara así en cosas como la belleza y la verdad, el amor y la muerte. Eso no quería decir que él no pensara en estas cosas, sólo que no pensaba en ellas de esa manera.

Mientras avanzaba a buen paso por el camino, atenta a las dos orillas del río, por si Osbert hubiera cruzado al otro lado, sujetándose la falda con las dos manos para no rozar la hierba húmeda o engancharse en alguna zarza, Ellen intentaba comprender qué era lo que, pensándolo bien, le había disgustado. Hubiera preferido con creces seguir considerando la carta algo maravilloso y romántico, y estaba enfadada consigo misma porque no era capaz de verlo así, y enfadada con John por ser la causa de su enfado.

—Es una tontería —dijo, alta y delgada, con su abrigo y su sombrero negros, mientras iba deprisa por la orilla del río. Quería decirle a John que se olvidara de todo eso, que siguiera siendo el mismo de siempre. Una chica no quería que muriesen por ella, y todo por esos cuentos sobre la belleza y la verdad. Nadie podía pensar eso de

verdad; no era serio. No era real—. Es una sarta de disparates —dijo, frunciendo el ceño con el esfuerzo por ser sincera—. No es más que una puñetera sarta de disparates.

Ellen rara vez decía palabras malsonantes, aunque se las oía decir a los demás bastante a menudo. Su madre se enfadaría mucho con ella si la oyera. Quizá por eso, entre otras razones, de pronto le entraron ganas de llorar, por eso y porque estaba muy enfadada. ¿Por qué no podía John seguir siendo el mismo de siempre, por qué la vida no era tan romántica como su carta, por qué tenía ella la incómoda manía de darse cuenta de cuando algo era una estupidez?

Había cruzado el prado y ya estaba en las lindes del bosque. Con una mano puesta en la cerca, que tenía que saltar para seguir el camino entre los árboles, vio a Osbert delante y se detuvo. Él no la había visto. Llevaba en la mano un tallo de correhuela y lo deslizaba con desgana entre los dedos mientras iba despacio, de un lado a otro del sendero moteado por la sombra de las hayas. Hablaba solo, con un murmullo inconexo. Ellen se quedó sin respiración y lo miró como si fuera un animal salvaje, con la diferencia de que si hubiera visto allí un animal salvaje no le habría causado una sensación de angustia tan extraña.

—¡Hola! —Osbert vio a Ellen y sonrió—. No he encontrado a la pata.

—He venido a ayudarte —dijo ella—. Hay una pareja un poco más arriba, pero no sé si es ella.

—Sí, creo que los he visto. No es ella. Aunque podemos volver a echar un vistazo, por si acaso.

Una salva de disparos a los lejos le hizo cruzar una mirada.

—Están al otro lado del bosque —dijo Ellen—. Tardarán mucho en llegar.

—Será mejor que nos demos prisa, de todos modos —dijo el niño.

—La encontraremos, no te preocupes.

Esperó a que Osbert saltara la cerca, volvió a recogerse la falda y echó andar otra vez hacia el río.

Hacía más frío ahora. Aunque seguía luciendo el sol, apenas calentaba, y las sombras se habían vuelto alargadas, la luz más oblicua entre los árboles y el líquen que trepaba por los espinos y los avellanos del siguiente bosquecillo.

—Estoy deseando que llegue ya la hora del té —dijo Cicely, subiéndose el cuello de terciopelo de su chaqueta de tweed.

—¿Ya? —dijo Tibor—. Aún faltan varias horas. ¿Dónde está tu instinto deportivo?

—En suspenso.

—No puedes tener hambre. Acabamos de comer. Es mi compañía lo que te aburre, ya lo sé. En ese caso, tendré que cazar solo, y no me apetece nada. ¡Qué lata!

—No, por favor —dijo Cicely—. Eso sería una falta de consideración.

—¿Una falta de consideración?

—Tendría que cargar con tu muerte en la conciencia para el resto de mi vida, ¿no?

—Pero yo estaría muerto, y supongo que eso es peor.

—Podría ser precioso. Estarías en el cielo pasándolo de maravilla.

—Estás siendo perversa —dijo Tibor—. Sabes perfectamente que mi idea del cielo es estar a tu lado, y que en este momento lo estoy pasando de maravilla.

—Bueno, eso es muy bonito. Y muy amable de tu parte. Siento mucho ser tan gruñona.

—¿Quieres decirme cuál era el problema, si es que no era yo?

Tibor miró a Cicely para no perderse la expresión de felicidad con que ella normalmente respondía a un cumplido.

Cicely le dedicó una sonrisa radiante a la vez que se recogía un mechón de pelo que se le había escapado del sombrero, bastante grande, con un dedo enfundado.

—La verdad —dijo, en tono de confianza— es que, aunque quiero mucho a toda mi familia, a veces tengo la sensación de que mi madre se niega a reconocer que he crecido.

—¡Ah! —dijo Tibor.

—Supongo que es normal, pero me fastidia darme cuenta de que ni siquiera puedo tener una conversación con otra persona sin que ella me mire con reproche. Es verdad que digo tonterías, pero todo el mundo las dice, ¿no? Además, me las arreglo perfectamente cuando ella no está. Aunque incluso mi abuela dice que no debería reírme tanto.

—Eso es mejor que no reírse. Deberías pasar más tiempo fuera de casa, con tus amigos.

—Ya lo hago —dijo Cicely—. Y mi madre luego va a ver mis anfitriones y les pregunta qué tal me he portado.

—Pero no creo que ella pase mucho tiempo en Viena.

—¿Viena?

—Si pudieras venir conmigo a Hungría, ¿no estarías fuera de su círculo?

—Lo dudo. Habría alguna prima quinta, por matrimonio, que le enviaría informes sobre mí. En realidad me da igual. Nunca hago nada malo, aparte de tirar la sopa o esas cosas. ¿De verdad me invitarías?

—En cuanto vuelva a casa, le pediré a mi madre que te escriba —dijo Tibor.

—¡Qué maravilla! Me haría muchísima ilusión. ¿Qué haremos allí?

—Será bastante aburrido. Sólo nos relacionamos con la familia. Mi madre cree que no merece la pena hablar con nadie más. La casa siempre está llena de primos y de tías muy mayores.

—Yo no hablo húngaro —dijo ella.

—Nadie lo habla. Hablamos francés. ¿Qué tal es tu francés?

—*Très convenable*, según mademoiselle.

—En ese caso te desenvolverás muy bien. Iremos a montar a caballo, incluso a

cazar, si quieres... Tenemos buenos caballos. Si vienes de caza conmigo, nadie podrá ir por delante de ti.

—¿Por qué no? —preguntó ella.

—Porque eres mi invitada. Podríamos cazar perdices.

—¿Crees que habrá muchas partidas de caza? —A Cicely no le gustaban demasiado.

—No necesariamente —dijo Tibor—. A veces vamos en coche a visitar a otros parientes. Son todos muy aburridos también, pero algunos tienen casas preciosas con cosas preciosas que puedo enseñarte. Y también puedo enseñarte las iglesias y otros monumentos. Y por las noches habrá músicos y podremos bailar. El salón de baile es precioso, está cubierto de espejos venecianos. Creo que te gustaría bailar el vals en ese salón.

—Me gustaría, sí —dijo Cicely—. ¿No te olvidarás cuando vuelvas a casa?

—No —dijo él con gesto serio—. No me olvidaré.

Era hora de callarse, porque los ojeadores se acercaban y pronto se reanudarían los disparos, pero Cicely se contentó con esperar en silencio, pensando en Hungría. ¿Qué ropa se pondría? Se llevaría con ella a Ellen, desde luego. Seguro que su madre estaría de acuerdo en que necesitaría como mínimo un vestido nuevo, para tantos bailes. Ojalá no le dijera que se conformara con alguno de los vestidos que ya tenía, que podía adornarlos con un pequeño encaje o un ribete de abalorios que comprarían después de muchas horas de búsqueda y comparación en Marshall y Snelgrove. ¿Por qué no podía contar por una vez con un vestido de verdad, como los que llevaba Aline Hartlip, un vestido de Worth o de Fortuny? Gracias a Dios, al menos tenía unas botas de caza nuevas.

Lionel y Olivia empezaban a sentir la tensión del engaño. Habían cruzado comentarios triviales con los demás mientras iban al puesto siguiente y se habían rezagado todo lo posible en el breve tramo del camino de hierba que les quedaba por recorrer a solas, después de dejar a Charlie Farquhar en su puesto, con Aline, hasta donde esperaban los cargadores de Lionel, en la posición que les habían asignado. En ese intervalo, y en los pocos minutos que siguieron a la última ronda de disparos, antes de reunirse con el grupo, mientras Olivia iba cogida del brazo de Lionel, sólo habían podido ponerse de acuerdo en que necesitaban estar a solas.

—Podríamos decir que nos duele la cabeza y volver a casa —propuso Lionel—. Un dolor de cabeza doble.

—Nadie se lo creería —dijo Olivia—. Sólo Gilbert Hartlip tiene dolores de cabeza.

—¿Gilbert? ¿De verdad?

—No es dominio público. No sé por qué le avergüenza decirlo. Le duele la cabeza después de cazar. Me lo ha contado Aline.

—Es un hombre raro —dijo Lionel—. ¿A qué venía esa tontería que me ha dicho, eso de meterse en terreno ajeno? Me habría enfadado si no tuviera la mente puesta en otras cosas. ¡Maldito idiota!

—Creo que es por lo bien que has cazado —dijo Olivia—. Debería haberte felicitado.

—Puede que en ese momento en concreto sí me haya metido en su terreno. La verdad es que nunca lo hago, y me he deshecho en disculpas. Creo que las ha aceptado de mala gana.

—A mí me ha parecido muy grosero. Le has pedido disculpas con nobleza y él se ha ido como si hubiera preferido una pelea.

—A lo mejor he sido un poco altivo —dijo Lionel—. No le he dado mayor trascendencia. Tenía cosas mucho más importantes en la cabeza.

Se habían acercado inevitablemente a los demás y era imposible eludirlos. Olivia, con la sensación de que no debían llamar la atención, se fue con Aline y Charles Farquhar, que ya iban por el camino, detrás de sir Randolph, Gilbert y Bob Lilburn.

Aline la tomó del brazo.

—Ha sido un día perfecto —dijo.

—Empieza a refrescar —dijo Olivia.

—Para ti no lo creo, querida. No sirve de nada que te pongas tan práctica. No hay más que verte la cara.

—Aline... Oye, ¿por qué está Gilbert de mal humor?

Aline le apretó el brazo.

—No intentes cambiar de tema —dijo—. Sabes que soy la discreción personificada.

Lionel, menos cauto que Olivia, vino a ponerse a su lado.

—A eso me refiero —susurró Aline. Y cuando Olivia se volvió a mirarla, sorprendida y desconcertada, Aline volvió a apretarle el brazo y le dijo al oído—: ¡Felicidades, pillina!

Bob Lilburn, que en ese momento había vuelto la cabeza, vio a su mujer hablando con Aline Hartlip y, al notar que tenía una expresión ligeramente consternada, como sabía que la conversación de Aline a veces era demasiado frívola para el gusto más delicado de Olivia, se detuvo, sonrió con gesto amable y esperó a que lo alcanzaran. Lionel se quedó atrás para hablar con Marcus y Tommy Farmer, que se acercaban despacio, en amigable silencio. Bob ocupó el lugar de Lionel al lado de Olivia.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Muy bien —contestó ella.

—Vas a tener que aprender a que te guste la caza, si quieres interesarte cuando Charlie empiece a practicarla —dijo Bob.

—¿No falta mucho para eso?

—Sólo trece años, aproximadamente. Ven conmigo esta vez, ¿por qué no? ¿Crees que Stephens podrá prescindir de ti? ¡Lionel! —gritó Bob por encima del hombro—,

¿me dejas a mi mujer para esta ronda? Quiero que vea cómo cazan los hombres normales. —Y se volvió hacia Olivia, dando por hecho la sonrisa de consentimiento de Lionel—: No esperes que yo cace como ha cazado él hoy —añadió—. Ha estado a punto de ofender a Gilbert por una vez en la vida, ¿verdad que sí, Aline?

—Calla —dijo Aline—. Eso no se dice.

—Ha sido una maldad —dijo Bob—. Son magníficos los dos. Tenemos mucha suerte de cazar con ellos.

Trece años, pensó Olivia. ¿Dónde estaré dentro de trece años?

Cornelius Cardew empezaba a acusar el cansancio cuando por fin vio a lo lejos los bosques de Nettleby. Aún le quedaba un buen trecho para llegar, pero el camino era recto y, a pesar de la quietud y el frescor del ambiente, de los finos jirones de neblina azulada que se interponían entre él y su destino, del atardecer que ya se presagiaba, no temía llegar demasiado tarde. Su plan era aparecer en el último momento de la cacería, acercarse a sir Randolph con la mayor educación y preguntarle si podía pasar luego para discutir un par de problemas que, estaba seguro, a los dos les preocupaban por igual: no tenía nada que ver con los derechos de los animales, no, no, eso podían dejarlo para otro día, cuando sir Randolph hubiera leído el panfleto, sino con cuestiones relacionadas con la tierra, con la vida en el campo, con las necesidades de los distritos rurales. Así se lo diría, y, si sir Randolph, comprensiblemente cansado después de haber dedicado el día a una actividad tan vergonzosa, le contestaba que no podía recibirlo hasta el día siguiente, bueno, entonces tendría que ser el día siguiente, aunque eso significaba pasar otra noche en aquella posada tan incómoda. La oportunidad de que sir Randolph lo escuchara con simpatía, la posibilidad de sostener una conversación, no debía desaprovecharse jamás. Cornelius tenía demasiado a menudo la sensación de que predicaba únicamente para los conversos —era muy difícil encontrar a alguien que estuviera dispuesto a escuchar—, y en este preciso momento, después de su estimulante visita a la comunidad tolstoiana de Cotswold, su cerebro era un hervidero de ideas y argumentos a los que ningún hombre como sir Randolph, en quien había detectado una evidente afinidad y una mentalidad independiente —sin duda inesperadas, ante la probabilidad de que sus opiniones estuvieran determinadas por su posición social—, sería capaz de resistirse. De todos modos, Cornelius confiaba en que sir Randolph no le hiciera esperar hasta el día siguiente. Confiaba en que lo llevara a su casa y le ofreciera una taza de té, no con todo el grupo, naturalmente, sino en algún rincón tranquilo, en un estudio pequeño y forrado de libros, delante de un fuego de carbón, donde pudieran hablar en paz.

Sabía que estaba siendo optimista, pero también sabía que el optimismo tenía a veces el efecto de arrasar con todo y por tanto uno hacía bien en darle rienda suelta cuando se presentaba, pues no cabía albergar la esperanza de que llegara para

quedarse definitivamente. Demasiadas veces era el pesimismo lo que predominaba, y la vida no era entonces ni la mitad de divertida; todo era esfuerzo por terminar panfletos que parecían haber perdido garra, y no saber qué contestar a los sutiles argumentos filosóficos que con frecuencia le planteaba su vecino, H. W. Briggishaw.

Con los pies doloridos y la visión de un estudio forrado de libros, el fuego y el té en su imaginación, Cornelius siguió adelante con paso enérgico.

Sir Randolph, que se dirigía al siguiente acechadero, ajeno a la inminente llegada de un nuevo amigo armado de determinación, tenía preocupaciones no menos vagas que las de Cornelius, aunque más acuciantes.

El día había sido perfecto. Todo había transcurrido según lo planeado, no había habido contratiempos inesperados y tampoco decepciones. El tiempo era ideal, la caza abundante, la compañía agradable. Al menos, la compañía debería haber sido agradable, pero Gilbert Hartlip estaba de un humor extraño y Lionel Stephens no parecía que se esforzara por aplacarlo, sino que prefería tener una conversación profunda con Olivia Lilburn, una preferencia que sir Randolph comprendía, pero pensaba que no debería ser tan evidente; cada vez que miraba a Aline, la sorprendía cuchicheando con alguien, una costumbre que a él le repugnaba... Alguna niñera o alguna institutriz deberían haberle enseñado que eso era de mala educación... Y Cicely estaba coqueteando con Tibor Rakassyi con demasiado descaro, lo que sin duda disgustaría a Ida. No podía achacarlo todo a la presencia de las mujeres, porque por la mañana no los habían acompañado y ya entonces, aunque las cosas habían ido mejor, se habían dado muestras de ese espíritu de rivalidad que tanto le desagradaba.

El barón se acercó a su guarda de caza.

—Glass —dijo—. ¿Están bien los ojeadores, están todos en forma? Creo que ha habido alguna rencilla entre el cargador de lord Hartlip y el del señor Stephens. ¿Lo ha visto usted?

—Están con las espadas en alto, sir Randolph. Por lo visto creen que se trata de una competición personal. El problema es que en este momento el señor Stephens lleva mejor puntuación, según tengo entendido, y el otro no está acostumbrado a eso. He hablado con ellos y se han puesto como el perro y el gato.

—Hablaré con el señor Stephens. No me gustan estas cosas.

Glass asintió, preocupado por la planificación de la siguiente ronda. Cuando todo salía bien, era una de las más espectaculares. Los cazadores tenían que apostarse en el valle, cerca del río, mirando a la ladera del bosque. Para que las aves tomaran altura a la vez, en el último momento, necesitaba dos líneas de ojeadores: una fija en la cima del monte y otra que se acercara hacia los cazadores. En un punto determinado, la primera línea tenía que avanzar para que las aves, vigiladas por la segunda, que les impedía huir monte abajo, volaran alto por encima de las escopetas. La pega de esta maniobra era que tenía que adaptarse al clima, a la velocidad del viento y al número

estimado de piezas que Glass quería que se abatiera, pues salvo en días como éste, en los que el objetivo era ofrecer a cazadores tan diestros el máximo posible de disparos, a veces se aceptaba la táctica de combinar una dosis razonable de deporte con el ahorro de buena parte de la caza, con el fin de garantizar que quedaran reservas suficientes para el resto del año y la cría de la siguiente temporada.

Todas estas consideraciones, bien entendidas y discutidas muchas veces con sir Randolph, preocupaban al señor Glass mientras se acercaba a sus ojeadores, uno por uno, para recordarles el plan de campaña. Tenía los hombros encorvados que normalmente se asocian con las ocupaciones sedentarias, aunque en realidad son más frecuentes en los hombres que pasan la mayor parte del día andando de un lado a otro. Llevaba, como la mayoría de los guardas de caza y algunos ojeadores, un sombrero hongo, en su caso un poco más alto en la coronilla, que le daba un aspecto anticuado. Aunque sano, ya no era un hombre joven.

—Oye una cosa, Dan —dijo el señor Glass, cuando pasó al lado de su hijo, que se había rezagado con un par de muchachos de su edad—. Acércate a Walter Weir y dile que empiece a empujar su lote hacia la cima, ¿de acuerdo?

Dan asintió y echó a andar con su zancada fuerte y regular. ¿De qué sirve tener un hijo, pensó el señor Glass, si uno no puede usarlo de recadero?

Bob Lilburn era más corpulento que Lionel Stephens. A Olivia, que estaba a su lado mientras él esperaba a que los pájaros levantaran el vuelo, su marido le pareció una efigie inmóvil y sólida, un enorme cruzado de piedra levantado de una tumba medieval, apuntalado y vestido con un traje de tweed para gigantes. Los cruzados a veces también eran estúpidos. A pesar del esplendor físico y de la imagen de autoridad que irradiaba, Olivia tenía ahora la sensación de que Bob era simplemente eso, un hombre estúpido al que sólo le interesaban los refinamientos sociales y sudaba de preocupación ante la idea de presentarse en la cena con unos gemelos impropios de la ocasión. Jamás en la vida reconocería Olivia ante nadie esta certeza: y ésa fue la única decisión que alcanzó a tomar en ese momento. Si tenía que tomar otras decisiones, deseaba desesperadamente poder posponerlas. Seguía impresionada por el comentario de Aline, por el espíritu de complicidad que insinuaba. Después de haberse sentido como si caminara por las cumbres, se había visto rebajada a ese: «¡Felicidades, pillina!».

Cómodamente acostada en la cama, Minnie se dejó adormecer por la serena procesión de sus recuerdos de la tarde, como una diosa representada en un fresco que flotaba sobre nubes blancas en un techo azul cerúleo. En su dormitorio sólo se oía el tictac del reloj francés, en su caja de cristal en la repisa de la chimenea, y también el aleteo esporádico de una mariposa olmera que, atrapada en una tela de araña que las

doncellas no habían visto en la esquina de alguna ventana, hacía de vez en cuando un débil intento por escapar y se rendía a continuación, casi inconsciente, bajo las últimas luces de la tarde. Del exterior llegaban el ruido de los grajos en los olmos y, de vez en cuando, el suave arrullo de una paloma.

Ecós de conversaciones, recientes, futuras o imaginarias, flotaban a su alrededor. Pensó en los volovanés y en el consomé (los primeros, en la comida, habían quedado mejor de lo acostumbrado; el segundo, previsto para la cena, lo esperaba con confianza, porque el *consomé à la reine* de la señora Bilston era una de las certezas de la vida); pensó en la viuda de Walker Kerr y en lo aburrida que era la sociedad académica (además, sir Reuben Hergesheimer y ella estaban convencidos de que la señora Kerr había hecho trampas en el bridge la última vez que había acudido a cenar); pero las chicas, las hijas, eran muy guapas: le gustaba tener un grupo de chicas. Estarían las dos hermanas Kerr, la hermosa Grizel y su querida y prometidora Cicely: formarían un grupo encantador. Pensaba regalarle a Cicely, más adelante, su sortija de aguamarina, la que Randolph le había regalado por sus bodas de plata; era del mismo color que los ojos de Cicely. De momento la luciría ella esa noche, con el vestido de raso azul y corpiño de encaje de guipur (el azul siempre había sido el color favorito de Minnie). Galantina de faisán con trufas... ¿Por qué se acordaba ahora de eso? Debían de haberlo tomado en alguna parte. ¿Tenía alguna receta olvidada en un bolsillo o en un guante, que había pedido para la señora Bilston? Era muy difícil encontrar cosas que combinaran con los faisanes, y tenía mucho en que pensar. Tal vez pudiera prescindir de las trufas, aunque Ida podría pedirle a John que trajera unas cuantas la próxima vez que volviera a casa pasando por París. En el Hôtel du Palais de Biarritz presentaban este plato de maravilla. No había manera de enseñar a las cocineras inglesas a presentar los platos igual de bien: no tenían ninguna perspectiva, no ponían empeño. Podía llevar su abanico azul, el de las varillas de marfil con incrustaciones de madreperla, decorado con la escena de una dama bastante regordeta y un caballero, sentados delante de unos sauces azules, a orillas de un lago azul, y un Cupido desnudo al fondo, escondido detrás de una especie de aprisco, con su arco en la mano. No es que necesitara un abanico, pero ¿quién iba a impedirselo, estando en su propia casa? Lo que más le gustaban eran las plumas de avestruz, pero para lucirlas tenía que haber un baile, combinadas con guantes largos y blancos. Tenía unos guantes de Parma violetas, un color que le gustaba casi tanto como el azul..., con botones de perlas en las muñecas..., raso, lentejuelas, los adornos más exquisitos..., y un camisón de seda precioso. Necesitaba hacer algunas compras..., una chaqueta de noche, con lentejuelas y un diminuto volante de tul en el cuello alto, quizá..., una blusita sencilla, de seda, con tiras de encaje en los costados..., ropa interior, ¿corsés nuevos?... Otros guantes de Parma violetas, con lazos de seda y con encajes..., todo de seda, raso, muselina, nada de trapos...

—¿Estás despierta, *belle-mère*? —La voz estridente de Ida despertó a Minnie—. Deberíamos ir preparándonos. —Ida estaba llamando a la puerta, con sus dientes

saltones y su integridad.

—¡Adelante! —Canturreó dulcemente Minnie, con una voz melodiosa que era en sí misma un reproche a la falta de encanto de la de su nuera.

¡Qué fastidio salir de la cama!, con lo a gusto que estaba, ponerse los zapatos planos, el sombrero (¡esos alfileres tan absurdos!), el abrigo, los guantes, hacer varios kilómetros en coche y aguantar el aire cada vez más fresco para ver cómo mataban a un montón de pájaros idiotas, ¡como si no lo hubiera visto cientos de veces! Pero era una obligación, ¿y qué era la vida, sino una larga sucesión de obligaciones?, pensó Minnie alegremente, con las piernas colgando del borde de la cama, mientras hacía un pequeño esfuerzo para levantarse.

—¿Qué puntuación llevamos, Percy?

Lionel esperaba cerca del bosque con Percy Maidment y Johnny, el hermano de Ellen. Olivia se había ido con su marido.

—Noventa y dos faisanes, tres liebres y dos picapinos —anunció Percy, sin necesidad de mirar su libreta.

—No está mal —dijo Lionel—. ¿Sabes cómo van los demás?

—Lord Hartlip lleva ochenta y ocho faisanes, dos liebres y un picapinos, señor. Nadie más se acerca a ustedes dos.

—Te lo has tomado con mucho interés, ¿eh?

—Sí, señor.

—Y lord Hartlip, ¿también lleva la cuenta?

—Sí, señor —dijo Percy—. Y su cargador también.

—Entiendo. Bueno, a mí me da igual, pero a nuestro anfitrión no le gusta, así que mejor que no digas nada, ¿de acuerdo?

—Sí, señor.

Lionel se volvió a mirar hacia donde esperaba que apareciesen los faisanes, dando la espalda a sus cargadores.

—¿Cuántas rondas quedan? —preguntó, sin volver la cabeza.

—Dos, señor —dijo Percy.

Lionel se quedó callado unos momentos, con la escopeta debajo del brazo y el cañón apuntando al suelo. Ya se oía acercarse a los ojeadores.

—Creo que podemos seguir por delante de lord Hartlip —dijo en voz baja.

Percy sonrió encantado.

—Sí, señor. Ése es el espíritu, señor.

Lionel tenía la sensación de haber estado a un centímetro de la gloria. Olivia lo había mirado a los ojos, con su maravillosa valentía y sinceridad, y le había dicho que lo quería.

El espíritu del amor los había poseído, pero el mundo seguía envolviéndolos y no habían podido poseerse el uno al otro. Él deseaba —¿cómo no iba a desearlo?— un

triunfo inmediato: deberían haberse tirado al suelo, entre las hojas doradas y rojizas, como un león y una leona; y, en vez de eso, él había tenido que hablar de tonterías, ser cortés, sonreír y replegarse cuando el marido de Olivia la reclamó a su lado. La consumación llegaría sin falta, Lionel estaba seguro, pero ¿cómo y dónde y después de cuántos problemas? Y además le habían dicho que su cargador estaba provocando rencillas, que por favor lo refrenara, que se refrenara él también, lo que seguramente quería decir que no cazara tan bien, que no ofendiera a Gilbert Hartlip: pero ¿por qué? Por las buenas formas. Las formas eran demasiado importantes para la gente como Randolph Nettleby (hasta ahora, discretamente, Lionel lo había tenido por un ídolo, por un hombre digno de admiración y aprecio, lo había escuchado y emulado tanto como el que más; pero todo había cambiado de repente, no porque estuviera enamorado —eso no era nuevo—, sino porque era correspondido). Las formas no bastaban; mejor dicho, sobaban: eran un marco demasiado rígido para la naturaleza del hombre. Él era mejor amante que Bob Lilburn para Olivia y mejor cazador que Gilbert Hartlip. Era imposible negarlo, y no le hacía ninguna falta hacerlo.

Otra forma de verlo podría haber sido que, si no podía tener a Olivia entre sus brazos en ese preciso instante, al menos iba a aplastar a Gilbert Hartlip cuando empezaran a disparar.

Aline, al lado de su marido —quedarse por una vez con su marido, creía, bastaba para cumplir con sus obligaciones en ese aspecto—, no dejaba de pensar en lo que consideraba su descubrimiento personal sobre Olivia.

Los amigos de Aline sabían que ésta tenía mejor corazón de lo que a veces sospechaban sus simples conocidos. Sus felicitaciones a Olivia habían sido sinceras. Esperaba que ahora Olivia y ella pudieran ser mejores amigas, y, si había alguna manera en la que pudiera contribuir a impulsar la aventura entre Olivia y Lionel, se alegraría mucho de ofrecer su apoyo, comprensivo y leal. La aprensión y el horror con que Olivia había reaccionado al espíritu de complicidad que insinuaba la simpatía de Aline no habían sido un error de interpretación. Aline sentía ahora que Olivia se encontraba a su mismo nivel, pero no había en eso malicia o triunfo de ninguna especie; simplemente, creía que ya no había necesidad de levantar barreras entre ellas.

Aline había recibido una educación muy estricta. Su padre, como decían algunos malintencionados, había comprado el ascenso social de su hija; el aspecto y el ingenio natural de Aline habían hecho el resto. Había hecho un buen matrimonio y, a partir de ahí, había alcanzado cierta posición como anfitriona en Londres. Su principal mentora en esta última empresa fue una mujer mayor que ella, de credenciales y gusto impecables, de la que Aline había sido acólita durante muchos años. Con el objetivo de modelarse a imagen de esta gran dama eduardiana, la única consideración de Aline consistió en parecerse a ella lo máximo posible, en la voz, en

los modales y en la forma de vestir, aprender de ella dónde y cuándo estar, a quién conocer y a quién no, cómo seducir, cómo mentir, cómo reír. Una vez aprendidas estas lecciones, ahora le gustaría desempeñar otro papel, el de amante de un hombre importante.

Se había casado con Gilbert Hartlip a raíz de un acuerdo práctico entre las dos familias —posición social a cambio de dinero—, un acuerdo que su padre en cierto modo había incumplido, pues resultó que la pareja tendría que esperar a que él muriera para recibir la mayor parte de su fortuna. Las infidelidades discretas estaban aceptadas; la primera, con un famoso personaje de la época, atractivo, brillante, que ya no era joven, que ya no era tan prometedor, había sido una experiencia decepcionante. En cierta ocasión, él la hizo esperar cuando fue a visitarlo, en su confortable apartamento de soltero, y ella vio en su escritorio, dejadas con tanto descuido que más tarde se preguntó si no lo habría hecho a propósito, para que ella las leyera, cartas de amor de la mitad de las mujeres casadas de Londres, o al menos eso parecía. Cuando él llegó por fin, ella se enfrentó a él con las cartas en la mano, y él la trató con una crueldad brutal. Aline aceptó su derrota en silencio. Él acudía a todas partes y era muy respetado. Ella no tenía alternativa.

Sabía que su amante actual no era una gran conquista, y tenía la sensación de que había sido demasiado indulgente al dejarse llevar casi exclusivamente por sus deseos sensuales. Debería haber puesto las miras en las posibles ganancias. Se permitía pensar que Charles Farquhar era un pecado, lo que tenía su encanto, pero no se hacía ilusión alguna de que esta aventura pudiese durar.

Cuando Gilbert, de esa manera tan irritante, la acusó de que menospreciaba a Lionel Stephens porque la ofendía que él se mostrara aparentemente inmune a su encanto, tenía razón hasta cierto punto. A Aline le habría gustado que Lionel Stephens se enamorara de ella. Era un joven prometedor. Todos pensaban que después de dedicarse unos cuantos años más a la abogacía, habría ganado dinero suficiente para entrar en política y, llegado ese momento, su partido se alegraría de contar con él. Una mujer mayor, que lo guiara en esta etapa, que lo entretuviera, que intrigara para él, sería perfecta. Bueno, él había elegido a Olivia y estaba claro que lo que sentía era amor de la mejor especie, tal como correspondía a una mujer con las cualidades de Olivia. Aline era generosa al reconocerlo: sólo quería que le permitieran ser una amiga íntima. Hasta el momento, Olivia no formaba parte del círculo de relaciones más íntimas de Aline: además, ocupaba una posición —o así lo veía Aline— que le permitía, de haberlo querido, mirarla por encima del hombro desde un punto de vista moral. Aline tenía muy claro que el modo de vida que había elegido era el perfecto para sus talentos, pero también sabía que había otra manera de vivir, un mundo en el que las mujeres casadas no tenían amantes; y aunque, en general, una podía sobreponerse a estas cosas pensando que ésa era una actitud de clase media, deprimente hasta la extenuación, no era fácil dirigir esta crítica a la encantadora, distinguida y admirada Olivia Lilburn. Pero si Olivia iba a caer —si

caída era—, entonces no sólo era posible que entre las dos mujeres se estableciera una amistad más franca, al volverse Olivia más parecida a Aline, sino que era también probable aquietar los esporádicos remordimientos de conciencia heredados de su aburridísima infancia, al volverse Aline más parecida a Olivia.

Fue así como, con sincero entusiasmo, le había manifestado a Gilbert su opinión de que Lionel era guapísimo. A fin de cuentas, ¿qué sentido tenía la vida si no eran todos ellos gente maravillosa?

—Creo sinceramente que es una de las personas más guapas que conozco —dijo Aline.

—¿Eso dirías? —contestó Gilbert con frialdad.

—Bob Lilburn es muy atractivo, desde luego, pero es más corpulento. Lionel tiene una cara muy sensible, ¿no crees? Como Apolo convertido en monje frugal.

—¿Qué?

—George Meredith. En *El egoísta*, ya sabes, el héroe. No me acuerdo de cómo se llama, el hombre del que la protagonista está enamorada, no el egoísta del título. Supuestamente tiene un aspecto muy ascético, a pesar de que es guapísimo y fuerte. Lo describe como Apolo convertido en monje frugal; siempre me ha parecido muy atractivo.

—Pues yo no entiendo qué significa —dijo Gilbert.

—Pareces molesto.

—Estoy molesto. Tu amigo Lionel Stephens se está poniendo muy pesado. Por alguna razón incomprensible ha decidido competir conmigo. Está intentando ganarme. Ya he tenido que llamarle la atención una vez por meterse en mi terreno.

—¿Y va ganando? —preguntó Aline.

—No le falta mucho.

—¿Cuánto?

—Un par de faisanes —dijo Gilbert.

—Si sólo son un par de faisanes, ¿qué más da? Todo el mundo sabe que eres un cazador maravilloso. ¿Qué más da si de vez en cuando alguien consigue un par de faisanes más que tú?

—No es eso lo que decías anoche.

—Anoche estaba de mal humor —dijo Aline.

—Es de mal gusto. Es más joven que yo. Debería saber que no está bien lanzarse a competir. Además, a Randolph no le gusta.

—Ésa es sólo una manía pasajera de Randolph. En muchos sitios, cuando salen de caza, se entrega a todo el mundo una tarjeta para que anoten la puntuación.

—Ya lo sé —dijo Gilbert—, pero si al anfitrión no le gusta... Cree que es una costumbre extranjera, impropia de caballeros.

—Pero tú no estás de acuerdo con él —dijo Aline.

—Pues no, da la casualidad de que no lo estoy.

—Es una de esas excentricidades de Randolph, anticuadas. Yo no me preocuparía.

Te quedan dos rondas más. ¿Por qué no le ganas?

—No puedo matar más pájaros de los que estoy matando —dijo Gilbert.

—Yo diría que sí puedes, si lo intentas. Haz trampa. ¿Por qué no? Es más divertido. No veo por qué Lionel tiene que salirse siempre con la suya.

La tarde de octubre daba paso al crepúsculo temprano y tendía sobre los campos un velo de niebla tan fino que apenas se apreciaba; únicamente producía el efecto de que todo se veía a través de una lámina de agua, con una tenue opacidad. El humo de las chimeneas del pueblo se elevaba en líneas rectas de color azul verdoso contra el fondo gris rosado del cielo. Cornelius se alejó del pueblo por la carretera que llevaba a los bosques: ya veía, a poco más de un kilómetro, la masa verde suave o marrón grisácea, salpicada por los tonos dorados y rojos del otoño. Algunas hojas amarillentas caían despacio de las ramas casi desnudas de los olmos que crecían intermitentemente a lo largo del seto; un mirlo se cruzó en su camino con una enérgica voz de alarma, y un arrendajo, que volaba más alto, también lanzó su estridente advertencia. Cornelius se frotó la frente con fastidio; a pesar del ambiente fresco, seguían picándole los mosquitos. Oyó disparos en el bosque y miró su reloj. Eran las cuatro menos cuarto y aún había buena luz. Los cazadores debían de hacer la penúltima ronda. Había calculado el tiempo a la perfección.

Ida y Minnie también oyeron los disparos desde el asiento trasero del Daimler. También ellas se felicitaron por la exactitud de sus cálculos, aunque por separado y sin decir nada, mientras miraban cada una por su ventanilla. Normalmente, no tenían mucho que decirse.

La mujer del guarda de la finca y su hija de seis años salieron a abrir las verjas para que el coche pudiera pasar. La niña forcejeó con la puerta de hierro, que pesaba mucho, y por fin se quedó a un lado, colorada y orgullosa. Minnie bajó la ventanilla y se asomó a saludarla.

—Eres una gran ayuda para tu madre, Lily. ¡Lo has hecho muy bien!

Lily se puso aún más colorada, pero consiguió hacer una reverencia y responder con voz entrecortada:

—Sí, señora.

—Que niña tan encantadora —dijo Minnie, mientras subía la ventanilla y volvía a recostarse en el asiento—. Tiene una cara preciosa. Espero que no siga los pasos de la pobre Jessie.

—¿Qué le pasó a la pobre Jessie?

—A la pobre Jessie le pasaron varios bebés. Bebés y bebés y más bebés. Una fresca. Era la hermana mayor.

—¿Se casó? —preguntó Ida.

—¡Qué va! No tenía edad para casarse. Al final la mandaron a servir cerca de Gloucester. Ofrecí las mejores referencias de ella, pero no sirvió de nada; otra vez

volvió a las andadas: con el hijo de la familia, creo. ¡Un horror! No sé qué pasó después. Sus padres se desentendieron. Tengo que preguntarle a su madre si sabe algo de ella. Me gustaría enviarle algo, pobrecilla. ¡Qué chica tan tonta!

—Parece algo peor que tonta —contestó Ida.

—Era muy fresca, sí —dijo Minnie—. Pero era encantadora. La verdad es que costaba creerlo.

—Ya, una mosquita muerta —dijo Ida.

Minnie suspiró. Ida tenía razón, desde luego, pero no había necesidad de ponerse desagradable. Buscó en el amplio bolsillo de su falda larga de tweed y sacó una minúscula libreta de cuero que tenía las esquinas de plata y también un lapicero de plata, y, con una letra bastante difícil de leer, por culpa de las sacudidas del coche, escribió: «Jessie (preguntar por ella a la señora C.)».

El Daimler seguía su camino en dirección al río con la debida dignidad. Cuando llegaban al puente, y a la cerca donde esa mañana habían visto a Violet con la niñera, Minnie preguntó:

—¿Han encontrado a la pata?

—Supongo que sí —dijo Ida—. Me figuro que si no la hubieran encontrado lo sabríamos.

Pasado el puente, pasados los rápidos, pasada la poza tranquila, el río trazaba varias curvas antes de enderezarse y ensancharse en el tramo que discurría por delante de la cabaña del embarcadero. Las orillas eran altas en los recodos, como acantilados de tierra rojiza en miniatura, cubiertas en algunas zonas de matorrales bajos que se mezclaban en otras con una maraña de juncos y botones de oro. De vez en cuando había en la ribera una estrecha pendiente de arena gris, de menos de medio metro, pero en general era imposible andar por la orilla. Desde la ribera no se veía la línea del agua; el chapoteo aislado, probablemente de un pez, también podía ser de un pato que corría a refugiarse entre los juncos y se quedaba allí escondido. Para asegurarse, era mejor andar por el agua. Osbert llevaba sus botas de goma y vadeaba el río despacio mientras Ellen lo seguía por la ribera. Cada vez que llegaban a un recodo, algo saltaba al otro lado —un pez, una polla de agua, un ratón—, y cada vez podía tratarse de la pata. Una lavandera los acompañaba, revoloteando a su alrededor, parándose de vez en cuando para posarse en una rama o una piedra y moviendo la cola antes de reanudar el vuelo cerca del agua, con un grito agudo como un tintineo. Dos tordos oscuros y regordetes se alejaron volando río abajo. En una ocasión, un martín pescador pasó muy deprisa por delante de ellos, pero Osbert no lo vio; iba atento a la otra orilla, donde un movimiento en los juncos resultó ser otra pareja de pollas de agua.

Al llegar a una bahía diminuta, se detuvo en la orilla y miró a Ellen.

—Mira cómo te has puesto los pantalones —dijo ella.

El agua le había rebasado las botas y tenía los bombachos mojados.

—Cada vez es más hondo —dijo Osbert.

No estaban exactamente desanimados. La cantidad de vida que había en el río les ayudaba a mantener la esperanza; podía haber patos detrás de cualquier recodo. Además, la actividad, el ruido del agua y el suave deslizamiento del río en su continuo avance les daba la sensación de que algo estaban consiguiendo. Era difícil creer en un estado inalterable en mitad de tanto flujo: algo tenía que pasar. Ellen notó, sin embargo, que la cara de Osbert empezaba a cobrar una transparencia que le resultaba familiar: estaba cansado.

—Toma —dijo—. Cómete una manzana.

Se había guardado unas cuantas en el bolsillo después de comer, sin que nadie la viera. La frotó contra la manga y se la dio al niño; era una manzana grande y roja, de la variedad Permaine de Worcester, con la piel un poco arrugada, pero todavía jugosa. Ellen se sentó en la hierba húmeda a mordisquear otra.

Los disparos se transmitían con claridad en la quietud del aire. La misma descarga que oyeron Cornelius Cardew en el camino del pueblo y Minnie e Ida en el Daimler, mientras esperaban que abrieran las verjas de la finca, sonó muy cerca de donde estaban Ellen y Osbert, en la orilla del río. Dejaron de comer y se miraron, con las manzanas en la mano. Pareció que pasaba mucho tiempo antes de que el ruido de los disparos se atenuara y se perdiera en la distancia.

Sin saber por qué, Ellen habló en un susurro:

—No están tan cerca como parece.

—Sí lo están —dijo Osbert, levantando la voz. Había conseguido dominar este pensamiento a lo largo del día, pero de pronto lo inundó por completo—. Sí lo están, Ellen. Están cerca. Van a matarla. Van a matarla, Ellen.

Ellen se subió la falda y empezó a desatarse los cordones de las botas a toda prisa. Le temblaban las manos de furia. Las lágrimas que le llenaron los ojos unos instantes eran lágrimas de ira incontenible. ¿Cómo podían hacer una cosa así? ¿Qué derecho tenían? Todos esos hombres armados con escopetas detrás de una pobre pata. Se quitó las botas con esfuerzo, se bajó las medias y las guardó dentro de las botas, cubrió las botas con el abrigo, se levantó las faldas, las sujetó como pudo por debajo del cinturón, y se deslizó por la orilla hasta meterse en el río. El agua le cubría las rodillas blancas. Se pasó las faldas por encima del brazo y echó a andar río abajo. Osbert la siguió.

Glass recorría la fila de faisanes muertos, tomaba del cuello con dos dedos a cada décimo pájaro y lo levantaba para facilitar el recuento.

—Quinientos cuatro —informó provisionalmente a sir Randolph antes de seguir contando liebres, conejos y picapinos (y el arrendajo que había cazado el joven Marcus, diciendo que era un bicho indeseable).

—Estupendo.

Glass sabía que sir Randolph lo felicitaba por la organización de la ronda.

—Tengo que reconocer —dijo Bob Lilburn, que se acercaba a grandes zancadas— que esta última ronda ha sido soberbia.

Sir Randolph señaló a Glass, como si lo acusara.

—Es a él a quien tienes que felicitar —dijo.

—Lo felicito. Ha sido soberbia —dijo Bob.

—Gracias, señor —dijo Glass—. Es un reconocimiento muy amable de su parte.

—Soberbia. Memorable. Sencillamente memorable.

—La siguiente ronda suele ser muy animada, si tenemos suerte —dijo sir Randolph—. He pensado que después podemos dar un paseo y cobrarnos a esa pata, si te divierte.

—Me encantaría —dijo Bob—. ¡Qué gran día nos estás ofreciendo!

Glass ya se había ido con sus hombres para la ronda final. Los cazadores se quedarían en el prado, en las lindes del último bosque, en una zona donde habían plantado ligustro, acebo y abetos enanos debajo de los árboles más altos para formar abrigos naturales en los que se refugiarían los faisanes, de donde les harían salir poco a poco para ofrecérselos sucesivamente a las escopetas.

—Ahora quiero que todo el mundo se quede cerca de la última esquina. Tocaré el silbato y Walter repetirá el aviso desde el centro de la línea. Cuatro de nosotros nos adelantamos veinte o treinta metros para levantar el primer lote. Todo el mundo se para cuando ve que nos paramos. Luego seguís adelante, cuando Walter y Tom os den pie. Hacemos lo mismo tres o cuatro veces hasta que lleguemos al final. ¿Queda claro?

Quedaba claro. La mayoría de los ojeadores había hecho lo mismo muchas veces. En los rostros de casi todos se reflejaba el mismo talante que animaba a Glass. Sabían que el día había sido bueno y que el final ya estaba a la vista; se habían ganado el descanso de la tarde. A todos les gustaba formar parte de un éxito, aunque fuera una parte pequeña. Vio que Dan le sonreía, consciente de la importancia de la ocasión. ¿Qué mejor vida podía esperar un muchacho?, pensó Glass. ¿O un hombre, cuando llegaba a ser un hombre? ¿Qué sentido tenía llevárselo de allí, alejarlo del lugar en el que había nacido y llenarle la cabeza de datos superfluos, encerrarlo en un laboratorio? Su sitio estaba aquí, en estos bosques, en estos pocos kilómetros de tierra, en un territorio que conocía palmo a palmo. ¿Por qué tenía que irse? Los zorros no se iban, los tejones tampoco; los conejos, las ardillas, los ciervos, las lechuzas, todos ellos, amigos o enemigos en un sentido profesional, se quedaban donde habían nacido. Dan debería hacer lo mismo. Eso era lo que había que hacer; lo contrario era antinatural.

—Dan —le dijo a su hijo—, puedes ir al rececho en esta ronda si quieres, para ver el espectáculo. Quédate fuera y que no se te escape ni uno. Hoy estamos batiendo el récord y tenemos que seguir así. ¿Entendido?

Ida y Minnie iban a buen paso por la orilla del río, con sus grandes sombreros ladeados como es debido y barriendo el camino embarrado con sus amplias faldas de tweed, hacia los grupos que charlaban tranquilamente debajo de los árboles. Los ojeadores acababan de marcharse y los demás estaban a punto de echar a andar por la pradera para la última ronda del día. Aline fue la primera en verlas, y se le escapó un grito breve, como el de un periquito.

—Minnie, eres más lista que nadie —dijo—. Siempre que he estado aquí has llegado justo en este momento.

—Cuando una es tan perezosa como yo, y al mismo tiempo no quiere perderse la diversión, tiene que ser metódica —contestó Minnie.

Sir Randolph, que seguía con Bob Lilburn, se volvió a saludarlas y fue a tomar a Minnie del brazo. Sabía que a su mujer no le interesaba la caza, aunque nadie podría adivinarlo a juzgar por su expresión animada; por eso le agradecía aún más que hubiera venido. Bob Lilburn los siguió con Ida cuando se dirigieron hacia las afueras del bosque. A Olivia le pareció natural que Ida acompañara esta vez a Bob, y se retrasó para esperar a Marcus y Tommy Farmer.

—Marcus —dijo Olivia—, creo que pronto terminarás el colegio. ¿Irás a la universidad?

—A lo mejor me alisto en el ejército. Podría ser más divertido. Quiero viajar, y mi padre cree que podría conseguirme un puesto de ayuda de campo en alguna parte... En Canadá o, si no, en la India. Soy bastante indio.

—En Canadá se pasa muy bien —dijo Tommy—. Mi hermano mayor fue ayuda de campo del gobernador general una temporada y lo pasó en grande. Celebraban muchas fiestas. Lo cierto es que se casó con su hija. George, quiero decir. Se casó con la hija del gobernador general.

—Yo no quiero nada de eso —contestó Marcus—. ¿Fiestas y casamientos? Yo quiero explorar territorios que no aparecen en los mapas y cosas por el estilo. Un amigo de mi padre está en el Tíbet, de hecho, vive allí: es un botánico famoso. Podría ir a visitarlo cuando el virrey vaya a pasar el verano en Simla. Y también podría escalar el Himalaya y cazar tigres.

—Sé de un hombre que perdió un ojo cazando jabalíes en la India.

—Eres un aguafiestas —dijo Marcus—. Seguro que también conoces a alguien que murió de unas fiebres en la Costa de Oro.

—Pues sí, lo conozco. Tiene gracia que digas eso.

Olivia iba a su lado en silencio, con la cabeza baja.

Lionel no tardó en alcanzarla, pero como ella no se volvió a mirarlo ni dio muestra alguna de acusar su presencia, él no dijo nada. Al final del bosque había una portezuela que llevaba al prado. Lionel la sujetó para que Olivia pasara.

—¿Vienes conmigo? —le dijo.

Sir Randolph ya le había indicado cuál era su puesto, y allí se dirigieron despacio.

—Nunca me había imaginado que me enamoraría de la mujer más hermosa del mundo —dijo Lionel. Había estado observándola con cierta inquietud, intentando calibrar el cambio de su estado de ánimo, y dijo eso espontáneamente, porque, una vez más, la belleza de Olivia lo había impresionado.

El gesto de Olivia, que denotaba preocupación, cobró un aire sinceramente divertido.

—¡Eso es absurdo! —dijo ella.

—Ah, ¡cuánto me alegra que vuelvas a sonreír!

—Lionel, lo que te he dicho antes es una tontería, no debería haberlo dicho. ¿Lo olvidarás?

—No puedo —dijo él.

—Me gustaría que lo olvidaras.

—No me lo creo.

—Es verdad —dijo Olivia—. Me gustaría que lo olvidaras.

—Esas cosas no se dicen con intención de que se olviden.

—Yo creo que a veces sí. Si no para olvidarlas exactamente, sí para dejarlas a un lado.

—Olivia, no puedo dejarte a un lado.

—Pero hay cosas que son... imposibles.

—Eso es imposible —dijo Lionel.

—Lo otro —dijo Olivia, en voz baja— también es imposible.

Continuaron en silencio, lo más despacio que se atrevían.

—Creo que yo podría volverlo posible —susurró él—. Lo he pensado.

Había pensado en su apartamento de Londres y en su discreto mayordomo.

Olivia negó con la cabeza.

Se acercaban a los cargadores.

—¿Tiene algo que ver con tu sentido del deber?

—No lo sé —dijo Olivia. Le temblaba la voz, pero hizo un esfuerzo por parecer segura—. Hasta que llegue al cielo no sabré si es por deber o por cobardía. Creo que tiene algo que ver con que a veces tengo que decirle a mi hijo que sea bueno, y a veces me pregunto cómo me atrevo a decirle eso, con qué fundamento.

—Pero el amor es lo más importante en la vida.

—Yo también lo creía. Creo que sigo creyéndolo. Lo que pasa es que no sé exactamente qué es el amor.

—Yo sí lo sé —dijo Lionel—. Te lo puedo enseñar. Sé que te lo puedo enseñar.

Olivia se sentía al borde del desmayo. Hubiera querido arrojarle en brazos de Lionel y llorar en su pecho. Estaba tan sorprendida por la intensidad de sus sentimientos como por todo lo demás. Apoyando una mano en el brazo de él, consiguió dar los últimos pasos hasta donde esperaban los cargadores, y se detuvo de espaldas a ellos, mirando al bosque. Lionel cubrió con una mano la mano de Olivia.

—Te lo enseñaré —repitió.

—Será muy difícil —murmuró ella.

¿Difícil seguir resistiéndose al amor o difícil vivir bajo su dominio? Lionel no lo sabía, pero como los ojeadores se acercaban y él seguía con su mano en la de Olivia, a pesar de que Percy Maidment ya le estaba ofreciendo la escopeta, se decidió por lo segundo. Se lo enseñaría. Ni la felicidad de Olivia, ni su matrimonio, ni su hijo, ni su reputación, nada de esto debía sufrir; pero tenían que amarse.

Gilbert Hartlip miró a Lionel Stephens. Olivia Lilburn estaba apoyada en el brazo de Lionel y éste tenía la cabeza inclinada hacia ella. Un comportamiento extraño, se le antojó a Gilbert, esa manera de agarrarse a la mujer de otro en vez de concentrarse en la caza. En opinión de Gilbert, los minutos previos a que aparecieran las aves eran importantes. Había que entregarse a la espera; esto agudizaba la percepción y aceleraba los reflejos cuando llegaba el momento. Había que alcanzar un estado de tensión incandescente y seguir concentrado, con un control feroz. Esto creía y practicaba Gilbert, y quizá fuera el motivo por el que a menudo se agotaba tanto cuando cazaba.

Al ver adónde miraba Gilbert, Albert Jarvis murmuró:

—Nos lleva quince de ventaja, señor.

Gilbert ya lo sabía. En esos instantes anteriores a la última ronda, se permitió odiar. Boxeaba en sus tiempos de estudiante, y su entrenador le decía: «Ódialo. Si quieres ganar a ese chico, tienes que odiarlo con las tripas antes de subir al *ring*». Con este espíritu odiaba Gilbert Hartlip a Lionel Stephens. Odiaba su aspecto, su juventud, su destreza, sus hombros anchos, sus ojos amables, sus uñas pulcras y bien modeladas, sus dedos largos; odiaba su amor por Olivia y su aparente éxito con ella; odiaba su educación y sus buenos modales; lo odiaba con las tripas.

—Muy bien, Jarvis.

Lionel tendió la mano para recibir la escopeta cargada.

Se quedó quieto, a unos diez metros de Olivia, con Percy Maidment y Jarvis detrás, en estado de alerta. Percy apenas alcanzaba la mitad de la estatura de su amo. En el siguiente puesto se encontraba sir Randolph, con su sombrero de ala ancha, apoyado en un bastón de caza; a su lado estaba Minnie y detrás sus dos cargadores, la perra, *Lorna*, a los pies de Charlie Pass, con la mirada fija en el bosque del que saldrían los faisanes; más adelante se veía la figura erguida de Bob Lilburn, con el sombrero ligeramente torcido, y a su lado Ida, afirmada en su bastón, con una boa larga de zorro plateado alrededor del cuello, y los cargadores a espaldas de Bob (el segundo era un chico muy joven al que la gorra y el morral de los cartuchos parecían venirle demasiado grandes); a continuación se encontraba Charles Farquhar, con un traje a cuadros más grandes que los demás, y a su lado Aline, que presentaba un perfil

casi carolino, con su sombrero de terciopelo adornado con una amplia pluma; un spaniel esperaba detrás, junto a los cargadores.

A todos ellos, y al grupo siguiente, el de Tibor Rakassyi, los divisaba Cornelius Cardew mientras se acercaba al bosque lentamente, a través del prado, y se detenía al pie de un gran sauce que crecía solitario en mitad del campo. Enfrente de Tibor, la línea del bosque empezaba a curvarse, y los árboles ocultaban para Cornelius a los demás cazadores. Apoyado en el sauce, se dispuso a presenciar la caza; esta vez no tenía intención de interrumpirla.

La luz, aunque aún ofrecía una buena visibilidad, era ya la luz del crepúsculo; parecía que hubieran frotado ligeramente con una esponja los tonos dorados del paisaje, con intención de suavizarlos, y los negros verdosos de las sombras se hubieran reforzado; las siluetas eran oscuras y el fondo algo borroso. Cornelius tuvo que reconocer que la escena era pintoresca, bajo aquella luz curiosamente poética, aquella quietud, y los intensos olores del otoño en las fosas nasales. El elemento ritual confería cierta solemnidad a la ocasión; como tantos rituales, exigía un sacrificio.

Que las cosechas sean prósperas y que la tribu crezca, pensó Cornelius. Se alegraba de haber regresado.

Los ojeadores se aproximaban entre la maleza dando golpes en los troncos de los árboles. El bosque estaba lleno de hombres y animales que corrían. Los hombres se detuvieron: cuatro de ellos siguieron adelante y se oyeron varios disparos. La línea más larga de los ojeadores siguió su avance, y cada vez volaban más aves; los disparos se volvieron entonces continuos. El ruido que hacían los ojeadores cobró fuerza; el aire se llenó de denotaciones y de pájaros derribados, de olor a cordita, del fragor de la lluvia de proyectiles entre las hojas de los árboles y el choque de los cadáveres contra el suelo.

«Así será», pensó Lionel. «Es el destino. Será mía».

Percy le puso la escopeta en las manos. Dos pájaros que volaban alto cayeron rápidamente, uno detrás del otro.

—Ese pájaro era nuestro —murmuró Albert Jarvis, mientras introducía los dos cartuchos que ya tenía entre los dedos en el cañón de la escopeta que le había entregado su ayudante.

Gilbert tendió la mano para coger el arma sin apartar la vista de las aves que iban llegando.

—¿Otra vez está haciendo lo mismo? —dijo entre dientes.

—Sí, señor.

—Lo está pidiendo a gritos —dijo Gilbert.

Apretó dos veces el gatillo, levantó la escopeta y recibió la otra recargada.

—¿Qué te ha parecido eso?

—Así aprenderá, señor —contestó Jarvis.

El pájaro abatido por Gilbert cayó muy cerca de los pies de Olivia.

—Idiota —murmuró Lionel—. ¿Qué se habrá creído?

—No haga caso, señor. Yo no lo haría —le respondió Percy.

Había en la voz de Percy, cuando le entregó la escopeta a Lionel, un tono apremiante, a pesar del ánimo tranquilizador con que pronunció estas palabras, que tuvo en Lionel el efecto de una espuela. Con los dos disparos siguientes derribó dos pájaros que volaban tan alto y tan deprisa que no estarían al alcance de muchos buenos cazadores: uno, si no los dos, habrían logrado escapar. Dan Glass, que deambulaba de un lado a otro del bosque, se detuvo un momento en la esquina, a un par de metros de Gilbert Hartlip, y miró a Lionel justo a tiempo de admirar su destreza. Dan tenía a Gilbert muy cerca y vio la expresión de su rostro, una expresión de intenso odio. Impresionado, Dan se preguntó si él tendría el mismo aspecto cuando cazaba, pero apenas tuvo tiempo de pensarlo, porque al momento volvía a estar absorto en la exhibición de maestría, esta vez del propio Gilbert. Dio media vuelta para seguir andando por el costado del bosque, consciente de que el cartucho estallaba encima de él y consciente de las hojas secas que pisaba.

Más adelante, en la línea de ojeadores que avanzaba por el bosque, el padre de Dan se abría camino con paso firme entre unas zarzas, aplastándolas a su paso con un recio bastón. «Imparable y violento», se dijo; «ahora se ha vuelto imparable y violento». Ya estaba cerca de la línea de tiro. Mientras levantaba un pie para pisar la última rama del zarzal, miró adelante y vio, detrás de los árboles, la silueta familiar de sir Randolph con el arma levantada. La batida casi había terminado. Dejó atrás los zarzales y salió a la hierba mullida que crecía al pie de los árboles en la orilla del bosque. Aún volaban algunas aves, pero la mayoría ya se había dispersado. Los disparos empezaban a apagarse. Cuando salía de los árboles, no vio a la becada que volaba muy deprisa y a poca altura al final del bosque, y tampoco el giro bien controlado que hizo Gilbert Hartlip con todo el cuerpo para seguirla con la escopeta, pero sí oyó lo que siguió al disparo, el grito desgarrador de un hombre.

Glass se detuvo en seco. Miró hacia donde estaba sir Randolph, que había bajado la escopeta y había empezado a descargarla instintivamente, antes de detenerse, como él, y quedarse en la misma posición petrificada. Los dos avanzaron unos pasos rápidamente y se detuvieron a la vez. Hubo un silencio —parecía que todo el mundo se había quedado quieto—, se oyó luego a la gente que andaba por el bosque, y después una voz que fue pasando por la línea de ojeadores hasta llegar a Glass: «El rececho. Han dado al rececho».

Glass echó a correr. Alcanzó a Sir Randolph cuando éste le lanzaba la escopeta a Charlie Pass a la vez que le decía:

—Quédate ahí.

Charlie tomó el arma y se quedó donde estaba. Sir Randolph y el señor Glass echaron a correr por el bosque.

—Dícales que no se acerquen —dijo sir Randolph.

—No os acerquéis —dijo Glass cuando pasaron al lado de Walter Weir, que salía de los matorrales—. Diles que no se acerquen, Walter.

Los hombres salían del bosque de dos en dos y de tres en tres. Walter Weir levantó un brazo.

—No os acerquéis. No os arremolinéis —dijo.

Algunos ya se habían congregado en las lindes del bosque. Gilbert Hartlip estaba con ellos. Cuando Glass y sir Randolph se acercaron a Dan, que estaba de rodillas, éste se incorporó y se volvió hacia ellos. Estaba pálido, y a su padre le pareció que también estaba cubierto de sangre.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Glass, cogiéndolo de la manga empapada de sangre—. ¿Estás bien?

Dan bajó la mirada.

—Es Tom —dijo.

Glass vio un cuerpo tendido en la hierba y a sir Randolph que ya se arrodillaba a su lado.

—Creía que eras tú. ¿No ibas tú al rececho?

—Íbamos los dos —dijo Dan—. Tom Harker dijo que no bastaba con uno. Nos íbamos cruzando, arriba y abajo.

Glass asintió. Se había puesto muy blanco y le costaba respirar. Dan apartó la mirada.

Tom Harker estaba tendido de costado, cubriéndose la cara con las manos.

—Mis ojos —dijo en voz alta—. No quiero perder los ojos.

—Póngase un momento boca arriba y deje que lo vea. —Sir Randolph se sacó del bolsillo un pañuelo limpio y blanco y se quitó la chaqueta para hacer con ella una almohada—. Aparte las manos un momento. Eso es.

Tomó entre las suyas las manos ensangrentadas de Tom Harker y le examinó la cara. El disparo le había dado en el lado izquierdo, y sangraba copiosamente; tenía el ojo cerrado. Era imposible saber el alcance de la herida sin limpiarla primero. Sir Randolph dobló el pañuelo, lo posó en la zona herida y le pidió a Tom que lo sujetara con la mano izquierda.

—No lo suelte. Lo llevaremos a casa. ¿Quién es el que más corre?

—Yo, sir Randolph —dijo Dan.

—Ve a avisar al doctor West lo más deprisa que puedas.

Dan salió corriendo a campo través. Glass lo siguió con la mirada, desconcertado, como si no fuera capaz de asimilar lo ocurrido, y vio entonces una figura vagamente familiar, al lado de un árbol, que salía al encuentro del muchacho.

—¿Puedo ayudar? —preguntó Cornelius Cardew.

—No lo creo, señor. Voy a buscar al médico —dijo Dan.

Cornelius se acercó con aire dubitativo al grupo que rodeaba al herido. Oyó que Tom hablaba con voz temblorosa.

—Si ha llegado mi hora, me iré, pero no quiero quedarme ciego.

—Claro que no, Tom. No se preocupe. El doctor West llegará enseguida.

Sir Randolph se levantó, apoyándose en una rodilla, y buscó a Glass con los ojos.

—Explique a los hombres lo que ha pasado, por favor —dijo—, y pídale que vuelvan a casa. Y luego diga a los demás que se vayan también. Es inútil esperar aquí. No queremos tumultos. Dígales que todo está controlado y que lo mejor que pueden hacer es irse a casa. Avise a Patten, que traiga el coche para lady Nettleby. Y que vuelva después, por si el doctor West lo necesitara. Y diga a los hombres que hagan una litera, algo para llevar a Tom en caso necesario.

Instado a entrar en acción, Glass corrió a cumplir con estas órdenes. Walter Weir se sacó una petaca del bolsillo y se la pasó en silencio a sir Randolph que, todavía arrodillado, dijo:

—Beba un poco de esto, Tom. —Y acercó la petaca a los labios del herido. Tom apartó la cabeza, y el líquido marrón le cayó en la mejilla y se mezcló con la sangre roja.

—En la vida me he emborrachado. Nadie puede decir eso en mi contra. En la vida me he emborrachado.

—Claro que no, Tom, todos lo sabemos. Esto es medicinal.

Tom volvió la cabeza y dejó que sir Randolph le acercara la petaca a los labios.

—Lo llevaremos a casa lo antes posible —dijo sir Randolph, incorporándose—. O al hospital. —De pronto se había acordado de dónde vivía Tom, y pensó que su casa era más parecida a la guarida de un hurón que a una casa propiamente dicha, y que su madre, esa bruja, había muerto hacía unos años—. Lo que diga el doctor West.

—Prefiero morir en mi propia cama —dijo Tom—. No soy partidario de los hospitales.

—No vamos a dejarlo morir todavía —dijo el barón, pero seguía teniendo una expresión seria.

Se quedó al lado de Tom, como protegiéndolo, y volvió la vista al campo, en la dirección por la que esperaba que apareciese el doctor West. Gilbert Hartlip, como si le fastidiara tener que dar un rodeo para esquivar los pies de Tom, se acercó a sir Randolph, alejándose del herido lo más posible.

—Un terrible accidente —dijo Gilbert.

—Sí —dijo sir Randolph.

—Ha sido una becada. No tenía posibilidad de alcanzarla si no giraba de prisa. Naturalmente, no sabía que este hombre estaba tan cerca.

Sir Randolph no contestó.

Olivia se había acercado y estaba entre dos de los ojeadores, mirando a Tom. Lionel se encontraba detrás de ella. Minnie ya venía también por el campo, con Ida y Bob Lilburn. Detrás de ellos, los ojeadores, con sus abrigos claros, se unían y se separaban para marcharse despacio, obedeciendo la orden de Glass. De uno de los grupos llegó una carcajada que los demás cortaron en el acto; a alguien le había

hecho gracia enterarse de que Tom Harker había recibido un disparo, lo había tomado por un susto o una herida superficial, un perdigón en una pierna, tal vez, y tuvieron que hacerle callar y explicarle que el cartucho le había dado en la cara.

Sir Randolph cambió el peso de un pie a otro, con aire impaciente.

—¿Dónde está el médico? —preguntó.

Cornelius se había acercado de soslayo y observaba a Tom, y también la sangre que ya había empapado el pañuelo y empezaba a teñirle la mano de color escarlata. Miró a sir Randolph, que montaba guardia con su sombrero de ala ancha, su camisa blanca, su chaleco de tweed y su reloj de bolsillo —la chaqueta seguía debajo de la cabeza del herido— y a Gilbert Hartlip a su lado, circunspecto, y a los dos ojeadores que seguían sin apartar los ojos de Tom, y a Olivia entre ellos, en dolorosa contemplación de ésta o alguna otra tragedia, y detrás de Olivia a Lionel, y detrás de éste las figuras con faldas largas, sombreros y pieles de Ida y Minnie, escoltadas por lord Lilburn; y la lentitud con que algunos se movían, y la quietud con que otros seguían parados, y el crepúsculo cada vez más denso, que daba a las sombras tonalidades violeta, y las hojas doradas que caían lentamente, a intervalos, por el aire quieto, todo vino a reforzar el mismo aspecto ceremonial en el que ya había reparado antes.

—¡Ah! —empezó a decir, como si no pudiera evitarlo; pero al momento guardó silencio y se retorció los dedos. («No te retuerzas los dedos», le había dicho Ada en más de una ocasión; «tu estilo de orador en la tribuna ganaría mucho si no te retorciera tanto los dedos»). Nadie miró a Cornelius.

Gilbert le dijo a sir Randolph en voz baja:

—Lo lamento muchísimo, naturalmente.

Sir Randolph volvió a moverse con impaciencia. No tenía ganas de hablar con Gilbert. Sobre todo, no tenía ganas de hablar con él delante de otras personas. Al mismo tiempo, estaba muy enfadado; se enfadaba por cualquier transgresión de las normas de seguridad de la caza y, además, le había bastado con echar un vistazo a la herida para saber que el disparo había llegado de muy cerca y sólo podía tratarse del disparo de un idiota o de un loco. Como sabía que Gilbert no era lo primero, tuvo que creer que se había vuelto temporalmente lo segundo.

—Lo ayudaré en todo lo necesario —dijo Gilbert—. Económicamente, quiero decir.

Sir Randolph soltó un gruñido exasperado, y dijo luego, en voz baja:

—No has cazado como un caballero, Gilbert.

—¡Ah! —volvió a decir Cornelius, cerrando y abriendo las manos con más furia que nunca y apoyándose en un pie y en el otro, transportado por la vergüenza, la conmoción, el horror y la repugnancia ante semejante revelación—. ¡Ojalá pudiera hacerles ver lo ridículos que son todos ustedes!

Lo miraron: todos los rostros se volvieron hacia él con expresiones que iban desde la más absoluta altivez a un leve desconcierto. Cornelius les devolvió la

mirada, horrorizado de su propio mal gusto.

—No creo que esa observación sirva de nada —dijo sir Randolph al cabo de un rato.

—No —asintió Cornelius, retorciéndose las manos y retrocediendo paso a paso por el prado—. No, no sirve.

Aline había acompañado en esta ronda a Charles Farquhar. Oyeron el grito, aunque no en toda su estridencia, porque estaban detrás de los árboles; aun así, estaba claro que era un grito humano.

—Madre mía —dijo Aline, con su voz más fría—. Gilbert se ha propasado.

Lo dijo en broma. No en vano había acompañado a su marido en partidas de caza a lo largo de muchos años y sabía que, en las raras ocasiones en que se producía un accidente (y según su experiencia nunca había pasado de un rasguño o una herida superficial), no era Gilbert el responsable. Más de una vez, cuando le había preguntado por qué había dejado escapar determinada oportunidad, él le había contestado que nunca disparaba si no veía dónde podía caer el proyectil en caso de errar el tiro: «Un buen cazador es un cazador prudente»; por todo ello, cuando Aline dijo eso, en realidad no lo pensaba. De todos modos, a Charles le pareció un comentario cruel —al fin y al cabo, algún pobre diablo probablemente estaría pensando que había llegado su hora— y, poco después, cuando continuaron en la misma dirección que habían tomado Ida y Bob Lilburn hacia el lugar del accidente y se encontraron con Glass, Charles comprendió que era verdad y se quedó horrorizado. Pensó que una mujer no debería decir una cosa así de su marido, ni siquiera a su amante, aunque fuera cierto.

—¿Está malherido? —preguntó entonces.

—Le ha dado en la cara, señor. Han ido a avisar al doctor West.

—Ciego —dijo Aline con gesto serio mientras Glass se tocaba el sombrero y se retiraba deprisa—. Esto va a salir muy caro.

Charles Farquhar no entendía que el mal gusto de Aline no le hubiera ofendido antes. En situaciones como ésta, pensó, la gente se revelaba tal como era en realidad.

—Es una desgracia —dijo—. Creo que será mejor que volvamos a casa si no podemos hacer nada.

Aline se volvió a mirar qué hacían los demás.

—Entonces, ¿no van a cazar a la pata? —preguntó vagamente.

—Querida Aline —dijo Charles—, cuando un hombre ha recibido un disparo en la cara... No ha sido un simple perdigón.

Aline lo miró, consciente de que había cometido un error y tenía que repararlo, pero se distrajo con la inesperada aparición de dos figuras que salían del bosque.

—¡Ay! —exclamó, aprovechando la ocasión para demostrar que tenía sentimientos, a diferencia de lo que él pensaba—. Pobre animalito. Ya lo han matado.

Osbert y Ellen estaban en el río cuando oyeron los disparos y decidieron volver, por el camino más corto posible, a donde Ellen había dejado sus botas. No esperaban encontrarse de frente con el grupo de cazadores; de hecho, no se habrían encontrado con ellos de no haber sido por este retraso imprevisto, pues si todo hubiera ido según lo planeado, el grupo estaría ya camino del lago, donde era costumbre cazar un pato.

Se detuvieron, algo avergonzados, pero no se les ocurrió ningún otro camino que los llevara a su destino sin pasar por allí.

—Tenemos que dar la cara —dijo Ellen.

Seguía llevando la falda recogida de cualquier manera por debajo del cinturón, las piernas largas, huesudas y blancas al aire, y el pelo, que se le había escapado de los alfileres con que se hizo el moño para ponerse el sombrero de fieltro negro y plano, le caía desordenadamente sobre los hombros. No podía andar deprisa, porque iba descalza, y Osbert, agotado y pálido a su lado, apenas conseguía dar un paso, porque además de que tenía las botas llenas de agua por dentro, llevaba en brazos a su pata, con la cabeza desmadejada en su hombro.

Aline se acercó a toda prisa.

—Pobrecito mío —dijo con cariño—. Te buscaremos otra.

Los dos la miraron, mojados, perplejos y alarmados. Charles Farquhar, que había seguido a Aline, estaba ahora mirando a Osbert, y éste, al recordar la amenaza que pronunció Charles en la sala de estar, a la que no había encontrado la gracia por ninguna parte, sujetó a su pata con más fuerza y lo miró sin pestañear. La cabeza del ave —que iba apoyada en el hombro del niño, rozando el cuello delgado de Osbert con el pico gris verdoso— no se movía, pero el párpado inferior del lado que quedaba a la vista se deslizó de repente hacia abajo y reveló un ojo negro y brillante.

—¿Quieres decir que está viva? —preguntó bruscamente Aline.

—Pues claro que está viva. Sólo está cansada —dijo Osbert.

A Charles Farquhar se le escapó una risotada, a lo que la pata levantó la cabeza y empezó a temblar.

—Tenemos que irnos —dijo el niño, y echó a andar por el campo con las botas encharcadas.

—Deberías secarte —le dijo Aline cuando ya se alejaba, esta vez casi con sincera preocupación.

—Yo me ocuparé, señora —dijo Ellen, jadeando, porque iba dando saltos para esquivar las bostas de vaca con los pies descalzos.

—¿Quién narices es ésa? —preguntó Charles Farquhar.

—Sabe Dios —dijo Aline, desanimada.

Cicely, a quien Glass le había contado lo ocurrido y le había dicho que su abuelo quería que todo el mundo volviera a casa, estaba a punto de irse cuando vio a Osbert y a Ellen que, empapados y apretando el paso, cruzaban el campo. Los llamó y les

pidió que esperaran.

—¿Estáis bien? ¿Qué ha pasado? —quiso saber.

—Hemos encontrado a la pata. Sólo nos hemos mojado un poco. Ellen ha venido a ayudarme.

—Más vale que vuelvas a casa enseguida y te cambies de ropa antes de que nadie te vea —dijo Cicely.

—¿Por qué está todo el mundo esperando? ¿Ha pasado algo? —preguntó Osbert.

—Hay un herido. Uno de los ojeadores. No es tu hermano, Ellen. Es Tom Harker.

Osbert nunca había sentido demasiada simpatía por Tom Harker; parecía imposible ir camino del pueblo, o entrar en la oficina de correos para recoger unas gotas amargas, o pasar por la vicaría para entregarle al señor Fortescue una nota o un ejercicio de análisis sintáctico de latín, sin encontrarse con Tom, siempre con su paso resuelto, su bastón, su pañuelo rojo al cuello y su perra flaca.

—¡Ah! —exclamó, horrorizado de repente—. ¿Quién cuidará de su perra si ha muerto?

—No ha muerto —dijo Cicely.

—Bueno, si tienen que llevarlo al hospital.

—Seguro que alguien se ocupa de ella. Se lo recordaré a los demás. Vamos, Osbert, vete a casa. Iré a hablar con ellos y me aseguraré de que cuidan de la perra.

—¿Lo prometes? —dijo Osbert.

—Lo prometo. Vamos, ¡corre!

Ellen lo tomó del brazo, para que se moviera, y prosiguieron su penosa travesía. Cicely volvió con el grupo que estaba en las lindes del bosque.

—Deberíamos irnos a casa —dijo Tibor, que la había seguido.

—Le he dicho que iría a hablar con ellos para que alguien se ocupe de la perra.

—Podemos mandar un recado después.

—Se lo he prometido —dijo Cicely—. Tengo que ir. No te preocupes, tú vuelve a casa.

—De ninguna manera. ¿Por qué no esperas aquí mientras voy a dar el recado a alguno de los guardas?

—Hace demasiado frío para quedarse quieta.

Cicely ya había echado a andar y Tibor la seguía de mala gana. Ya que la caza había terminado, prefería volver a casa; además, pensó que a sir Randolph no le gustaría ver que su nieta desobedecía sus órdenes y se acercaba para presenciar una escena que, a juzgar por lo que él sabía, podía ser muy desagradable. En su opinión, habría sido preferible dejar a alguno de los ojeadores cuidando del herido en lugar de interrumpir la diversión del día. A veces ocurrían accidentes, y aunque éste pareciera más grave, porque había alcanzado a la víctima en un punto vulnerable, eso no cambiaba la naturaleza de las cosas. Simplemente habían herido a un ojeador; no era la primera vez.

Cuando ya estaban cerca del grupo que rodeaba al hombre postrado, se cruzaron

con Minnie, Ida y Bob Lilburn.

—Tenemos que irnos todos a casa —dijo Ida con firmeza—. Vamos, Cicely.

—Sí, ahora voy. Tengo que dar un recado a Glass y vuelvo enseguida.

Ida pareció disgustada y dispuesta a insistir.

Minnie posó una mano enguantada en el brazo de Cicely.

—Es una desgracia, cariño. El pobre hombre está herido grave y tu abuelo muy enfadado. Parece que alguien ha disparado cuando no debía. De todos modos, no somos quiénes para juzgar estas cosas. Lo mejor que podemos hacer es volver a casa y no importunar mucho.

—¿Puedo dar el recado sin molestar? —preguntó Cicely—. Lo he prometido.

—Claro que sí, cariño. Pero luego ve a casa. Es la mejor manera de ayudar a tu abuelo. —Minnie dio unas palmaditas en el brazo de Cicely y siguió su camino, ingeniándose para llevarse a Ida antes de que ésta pudiera protestar. Bob Lilburn las siguió con aire autoritario y adusto. Le había dicho a Olivia que la esperaba y no entendía por qué se retrasaba tanto y demostraba con ello, en su opinión, un interés morboso por el infortunado accidente; pero Lionel Stephens estaba con ella y sin duda la acompañaría cuando correspondiera.

Cicely buscó a Glass con la mirada y lo encontró a los pies de Tom Harker; daba la impresión de que sir Randolph montaba guardia a la cabeza del herido y Glass a sus pies. Cicely se acercó despacio.

—¿Está oscureciendo? —preguntó Tom.

—Sí, está empezando a oscurecer —dijo sir Randolph.

—Pero no sopla el viento, ni siquiera corre la brisa —contestó Tom, subiendo y bajando la voz, como si tuviera fiebre; pero como siempre había tenido una forma de hablar algo histriónica, nadie supo a ciencia cierta cómo interpretar este síntoma.

Sir Randolph no apartaba la vista de donde esperaba ver llegar al doctor West. Parecía que Tom deliraba.

—Noche oscura y viento seco, y encontrarás ratones. Sin viento no hay ratones, siempre lo he dicho. Mi madre decía: «Si tomaras una copita de vez en cuando, si fueras un poco más al bar, Tom Harker, no te habrías convertido en un furtivo». Pero yo digo que más vale ser furtivo que borracho. Soy un hombre tosco, un hombre ignorante, pero jamás en la vida me he emborrachado. Una cosa es cazar a escondidas y otra cosa esperar a una liebre entre las matas cuando empieza a oscurecer: eso es justicia natural. Con algo tiene el pobre que llenar el puchero.

—Vamos, Tom —dijo Glass en tono afectuoso—. Recuerda con quién estás hablando.

—Lo recuerdo, lo recuerdo. ¿Está oscureciendo?

—Todavía no está muy oscuro, Tom —dijo sir Randolph.

—Para mí está oscuro. Para mí está oscureciendo. Creo que el cartucho me ha entrado en el cerebro, señor, lo noto. Una cosa es perder la visión de un ojo, pero noto que me ha entrado en el cerebro.

—Ya no tendremos que esperar mucho. El doctor West debe de estar a punto de llegar.

—Me ha entrado en el cerebro —dijo Tom—. Ha llegado mi hora. Está oscureciendo. Una oración, señor, se lo ruego, en el último momento. Usted y yo, señor, puede que no hayamos estado siempre del mismo lado, porque usted es un caballero y yo siempre he sido un hombre pobre, pero tenemos algo en común, señor, tenemos a Dios. Rece por mí, señor, antes de que me vaya.

—Vamos, Tom, por favor... —contestó sir Randolph, dividido por un momento entre la risa y la vergüenza, mientras observaba el rostro de Tom, medio escondido a sus pies. La sangre seguía empapando el pañuelo y los dedos. Volvió a buscar al médico con la mirada. Sólo vio la silueta inoportuna y temblorosa del fanático defensor de los animales—. Que alguien traiga más agua del río —le dijo a Glass—. Y que alguien alcance a lady Nettleby y le diga que mande a Patten directamente con un poco de hielo. ¿Dónde se habrá metido el doctor West?

—A lo mejor no estaba en casa —dijo Glass—. La señora Page está otra vez a punto de dar a luz en cualquier momento. Aunque su ama de llaves sabrá adónde ha ido. Dan lo encontrará.

—Demasiado tarde, demasiado tarde —entonó Tom.

Cicely merodeaba alrededor del grupo, asustada por la voz de Tom, aunque decidida a dar su recado a Glass. También sentía un temor que en realidad era fruto de un malentendido: cuando iba hacia el grupo que rodeaba al herido, interceptó una mirada entre Olivia y Lionel que expresaba una tristeza indescriptible, infinita, y dio por hecho que había sido Lionel quien disparó el cartucho que había alcanzado a Tom. No habló con ninguno de los dos, pero cuando dieron media vuelta y echaron a andar muy despacio por el campo, hacia el camino que llevaba a la casa, los miró con simpatía; pensó que nunca había sentido nada tan intenso como lo que ellos estaban sintiendo, fuera lo que fuera.

—Yo podría haberlo evitado —dijo Lionel al cabo de un rato.

Habían llegado al camino y se acercaban a las verjas de la finca. Era la primera vez que decían algo desde que se separaron del grupo que hacía compañía a Tom Harker.

—No —dijo Olivia.

—Si me hubiera negado a participar en esa absurda rivalidad que no sé cómo ha surgido entre nosotros, si hubiera fallado un par de tiros a propósito... Nunca había disparado con tanta competitividad como hoy. No suelo disparar así. No pongo tanto celo. No me interesa. Cazo sólo para divertirme.

—Eso es lo has hecho hoy.

—No, hoy quería ganar a Gilbert —dijo Lionel—. Dios sabe por qué.

—Él te ha provocado.

—Eso no lo justifica. No me he vuelto tan loco como él, pero he perdido un poco el juicio.

—Ha sido por lo que hemos hablado —dijo Olivia.

—No.

—Sí. Hemos hablado de algo que era imposible como si fuera posible, y, al volverte loco por eso, te has vuelto loco también por lo otro. No hemos pensado con claridad. No hemos sentido con claridad.

—Eso no lo acepto. Puede que estuviera preocupado, pensando en nosotros, y no haya prestado suficiente atención a lo que estaba pasando con Gilbert y a que yo lo estaba permitiendo. Eso es lo máximo que reconozco.

—Nos hemos permitido pensar en fantasías. No las hemos contrastado con la realidad.

—No era una fantasía —dijo Lionel—. Era verdad.

—Era un sueño.

—Yo no dejaré de soñarlo.

—Pero tenemos que vivir en el mundo real, un mundo en el que hay otras personas, no un mundo soñado en el que sólo existimos tú y yo.

Lionel sintió una profunda desazón. No tanto porque fuera a rendirse como porque se creía capaz de conseguir lo que quería.

Cuando ya llegaban a las verjas, dijo con obstinación:

—Pero es verdad que nos queremos.

—Sí, es verdad que nos queremos —dijo Olivia.

—Entonces no diré nada más.

Tomó del brazo a Olivia y recorrieron la avenida en silencio, entre los olmos con las ramas casi desnudas, de las que de vez en cuando se desprendía una hoja amarillenta, y por delante de las hayas y las vistas del lago, entre las cercas de postes y traviesas, por la cancela que estaba al lado de la rejilla que impedía el paso del ganado, y por delante de las ovejas de cuernos negros, que pacían, muy concentradas, en un prado de turba, delante de la terraza que separaba los jardines del huerto.

Glass (con la cabeza calva desprotegida, y lo cierto era que rara vez iba descubierto) ofreció a Walter Weir su sombrero rígido y le dijo que fuera al río con todos los sombreros que pudiera encontrar y los trajera llenos de agua. Cicely se fijó en dos hombres, con escopetas y morrales de munición, que estaban detrás de él y parecían indecisos, como si no supieran si también ellos tenían que ir a por agua. Percy Maidment y Albert Jarvis no se habían dirigido la palabra desde el accidente y ninguno de los dos tenía ganas de vérselas con el otro.

—Mejor que os vayáis a casa, si no os importa —les dijo Glass—. Sir Randolph quiere que todo el mundo vuelva a casa.

Asintieron y echaron a andar, pero ninguno sabía qué pensar de cómo había

terminado el combate, al que ambos se habían entregado con tanta pasión, y no tenían ganas de hablar. Poco a poco, Percy fue quedándose rezagado. Albert, el más corpulento de los dos, continuó adelante con paso firme. Percy, que era un hombre muy menudo, lo seguía muy abatido; el día se había estropeado por completo para él. Su amo había ganado, había derrotado al campeón, pero ¿quién se acordaría ahora de eso?

—Sé que no tiene mucha importancia —le dijo Cicely a Glass—, pero le he prometido a Osbert que hablaría con usted para que alguien cuide de la perra de Tom.

Glass la miró un momento sin comprender. Aún no se había recuperado del susto. Había cambiado a Dan de posición y le había dicho que fuera al rececho, luego se había enterado de que habían disparado al rececho, luego había descubierto que, por algún milagro extraordinario, Tom Harker había decidido por propia iniciativa (y en realidad con mucha razón) que debían ir dos hombres al rececho, y con esto se había puesto, por así decir, en el lugar de Dan y había recibido el disparo que parecía dirigido a Dan por voluntad divina, y todo esto lo había afectado en lo más vivo. Sin embargo, al comprender lo que decía Cicely, Glass sonrió.

—Me ocuparé yo mismo. Dígale al señorito Osbert que se quede tranquilo. Iré en cuanto hayamos atendido a Tom. Me llevaré a la perra a casa y la dejaré en la perrera con los demás perros; allí estará perfectamente.

El agradecimiento de Cicely se vio interrumpido por un quejido mucho más fuerte de Tom, una especie de aullido trémulo que perdió fuerza hasta convertirse en un «ay, ay, ay» cada vez más apagado.

Sir Randolph se arrodilló junto al herido y le puso una mano en el hombro.

—Vamos, Tom —dijo—. El médico ya no puede tardar mucho. Siento que tenga usted que esperar. Hemos pedido que traigan hielo para cortar la hemorragia. Tome, ¿dónde está esa petaca?

Le pasaron la petaca, de cuero gastado, que había prestado grandes servicios en el bolsillo y en los labios de Walter Weir, fiel seguidor de la fe alcohólica, pero la mano que la sostenía era demasiado blanca y tenía las uñas demasiado cuidadas para ser la de Walter. Sir Randolph no levantó los ojos. ¿Por qué no se había ido a casa Gilbert Hartlip? No pintaba nada allí, aparte de incomodar a todo el mundo. Pronto le comunicarían si su víctima había muerto o no; no hacía ninguna falta que se quedara a presenciarlo.

Tom bebió un trago de licor y apartó la cabeza.

—El alcohol nunca me ha interesado —dijo—. De sobra he visto lo que es capaz de hacer con un hombre. —Hablabla con creciente dificultad; tenía la mandíbula izquierda hecha trizas y empezaba a sentirla agarrotada—. Quiero un cigarrillo. Un cigarrillo y un poco de conversación es una buena actividad social. He visto a muchos hombres hundidos por la bebida o por el juego.

Glass, a quien le resultaba familiar este tema recurrente de Tom, dijo desde donde estaba, a los pies del herido:

—Calla, Tom. Hazme caso. Tranquilízate. Es lo que te conviene. No intentes hablar.

—¿Que no hable? —Tom levantó la voz—. Que no hable, dice. ¿No tengo toda la eternidad para no hablar?

Sir Randolph, que ya había sacado una pitillera del bolsillo del chaleco, encendió un cigarrillo y lo acercó a los labios de Tom, a la vez que le levantaba la mano derecha para que pudiera sostenerlo. Tom aspiró con fuerza.

—Ah, esto sí que es tabaco. Yo diría que turco.

—Sí, es turco.

—Buen tabaco, sí señor. Si tengo que dejar este mundo, es un buen cigarro para terminar. Me devuelve un poco las fuerzas que se me están yendo. Se me están yendo, señor. Rece una oración por mí, señor. No me niegue eso. Usted es de rezar..., es usted quien dirige los rezos en la iglesia. El vicario sólo reza lo que usted dice, hasta yo lo sé, y eso que apenas piso la iglesia, sólo de año en año. Rece por mí, señor. Yo diré «Amén».

—Como quiera, Tom. —Sir Randolph posó una mano en el hombro de Tom, se aclaró la garganta y recitó muy deprisa la colecta del último domingo. Lo cierto es que estaba tan incómodo que más bien la farfulló.

—Dios omnipotente y misericordioso, aparta de nosotros todos los males, para que, bien dispuesto nuestro cuerpo y nuestro espíritu, podamos libremente cumplir tu voluntad. Por Cristo nuestro Señor, Amén.

—¡Amén! —repitió Tom a voz en grito—. ¡Amén, digo! ¡Amén! ¡Amén! —Movié la cabeza a lado y a otro, y chupó el cigarrillo que seguía sosteniendo con la mano derecha. Era evidente que el movimiento le resultó muy doloroso, porque volvió a gemir con tanta fuerza como antes, aunque más alterado esta vez—. No pare, señor, se lo suplico. Más oraciones, más oraciones.

Sir Randolph miró desesperadamente hacia la verja por la que esperaba que apareciese el doctor West.

—Podríamos rezar juntos el padrenuestro —dijo, y empezó a murmurar—: Padre nuestro que estás en los cielos...

—Padre nuestro... —Daba la sensación de que Tom se aferraba ávidamente a las palabras de la oración, pero como las recitaba frase a frase, después de sir Randolph, éstas se mezclaban y se volvían cada vez más confusas, y, para compensar el problema, Tom subía por momentos el volumen de la voz.

Cicely seguía ahí, a poco más de un metro. Se había resistido a los intentos de Tibor para convencerla de que volviera a casa después de darle el recado a Glass. La escena le causaba una angustia infinita, pero no era capaz de retirarse, y su único empeño era no llamar demasiado la atención con sus sollozos. A Cornelius, que veía a Cicely al otro lado del herido y de sir Randolph arrodillado, detrás de los demás observadores silenciosos, y que oía la voz tranquila de sir Randolph y su potente eco, le habría gustado acercarse a hablar con ella, quedarse a su lado, llevársela de allí,

pero estaba paralizado por su propia impotencia y por una sensación extraña, como si observara la escena reflejada en un espejo o a través de una ventana que no podía abrir.

Cuando terminó la oración, en vista de que los trabajosos y confusos «amenes» de Tom no cesaban, sir Randolph le cubrió las manos con las suyas. Como el cigarrillo se había caído, el barón apoyó la mano derecha de Tom en el pecho y la otra en el pañuelo empapado de sangre, y dijo:

—Ahora, reze conmigo: «En tus manos, oh, Señor...».

—«En tus manos, oh, Señor...».

—«... encomiendo mi espíritu...».

—«... encomiendo mi espíritu...».

Hubo un silencio misericordioso. Tom se quedó quieto. Sir Randolph, inclinándose sobre él, le tomó ambas manos, volvió a mirar hacia la verja y le dijo en voz baja:

—No se preocupe, Tom. Ya está aquí el doctor West.

Dan venía delante, corriendo; el doctor lo seguía, con su maletín en la mano. De pronto, Tom se sentó y sobresaltó a sir Randolph, que lo abrazó para sostenerlo; con la misma confusión que antes, el herido gritó a pleno pulmón: «¡Dios salve el Imperio británico!», y dicho esto se dejó caer entre los brazos sir Randolph, manchando de rojo las mangas blancas.

—¡Ay, Dios! —exclamó Cornelius, como si dijera: «Mira lo que has hecho».

Tenía la angustiada sensación de que, aparte de él, el espectador impotente, todos los demás estaban unidos: los hombres grandes, con su traje de tweed, los más pequeños, con sus abrigos de caza, la afligida muchacha y la víctima que se desangraba. No acertaba a decir exactamente cuál era aquel ritual que exigía un sacrificio, sólo sabía que él estaba fuera, condenado —por algo que tenía dentro, cierta cobardía, cierto exceso de racionalidad— únicamente a observar, comentar, reprobar, diagnosticar, pero incapaz de curar; el remedio no podía venir de quien no participaba, de quien no formaba parte del juego, pues ¿cómo cabía esperar que alguien prestara atención a un mero espectador cuando lo que éste quería decirles a los jugadores era no sólo que se equivocaban en las reglas sino que además jugaban a un juego que no debían?

Sir Randolph recostó con cuidado la cabeza de Tom en la improvisada almohada. Todos se volvieron hacia el médico, que llegó, se arrodilló, puso el oído en el pecho de Tom, miró a sir Randolph y negó con la cabeza.

Cicely caminaba deprisa por el campo. Había arrancado a andar en el instante en que el doctor West se había arrodillado. Tibor la seguía.

Le pareció que Cicely tenía un aspecto frágil al ver la determinación con la que andaba delante de él, recogándose la falda con las manos para atravesar la hierba alta

y húmeda del prado, hacia la puerta que daba al camino. Pobrecita, pensó, no deberían haberle permitido presenciar esa escena. La alcanzó y le tomó una mano enguantada y menuda para pasársela por debajo del brazo.

—Lo siento mucho. Tendría que haber insistido en que no te acercaras.

—¿Por qué? —Cicely estaba pálida, aunque no lloraba.

—No es una escena apta para una muchacha.

—La verdad —dijo Cicely, acentuando las palabras— es que no hay nada apto para una muchacha.

—¿Nada?

—Nada. Ni siquiera un asesinato.

—Vamos. Ha sido un accidente —dijo Tibor.

—Un asesinato accidental, entonces.

Continuaron un rato callados. No era ésta la reacción que Tibor esperaba.

—Por desgracia, a veces pasa —adujo.

—Aquí no había pasado nunca.

—¿No? Entonces has tenido suerte. Yo lo he visto en otros lugares, te lo aseguro. Aunque normalmente todo queda en una herida leve.

—El abuelo jamás perdonará a lord Hartlip —dijo Cicely.

—Podría haberle ocurrido a cualquiera. Ha sido mala suerte.

Cicely siguió andando en silencio, apretando el paso. Daba la sensación de que estaba más enfadada que afectada o angustiada, tal como esperaba Tibor.

—Vamos, Cicely —dijo Tibor, con ánimo expiatorio—, no era más que un campesino.

Hubo otro silencio. Cicely dejó escapar un suspiro largo y tembloroso.

—Sí, no era más que un campesino —dijo entonces en voz baja—. Pero todos lo conocíamos, ¿sabes?

Tibor sintió que no estaba a la altura de las circunstancias, pero si no era capaz de evaluar el estado de ánimo de Cicely, ¿cómo podía responder? Él esperaba lágrimas, y estaba dispuesto a ofrecer un brazo fuerte en el que apoyarse y un pañuelo con sus iniciales bordadas; ahora, desconcertado, hubiera preferido cambiar de tema, pero pensó que era demasiado pronto, que el suceso estaba muy reciente. Siguieron adelante sin decir nada hasta que llegaron a la puerta del camino y Tibor le cedió el paso y la miró con un aire ligeramente lastimero.

—¿Por qué no hablamos tranquilamente de cuando vengas a visitarme a Hungría? —dijo.

Cicely se detuvo, con una mano puesta en la cancela, suspiró de nuevo y lo miró a los ojos con una expresión luminosa, elocuente, cálida e inexplicable.

—Ah —dijo—. Creo que nunca iré a visitarte a Hungría.

Se celebró otra partida de caza en Nettleby, por supuesto. La última de

noviembre, que ya estaba organizada, tuvo lugar según lo previsto. Los invitados eran distintos, las aves numerosas, el tiempo, aunque mucho más frío, era seco y soleado. Nadie disfrutó tanto como de costumbre; incluso para quienes no habían estado presentes en la ocasión anterior, la sombra del accidente oscureció el día. El resto de la temporada, sir Randolph salió a cazar solamente con algunos vecinos, o con su nieto Marcus y con Harry Stamp. Cuando llegó la temporada siguiente, una gran cacería había empezado en Flandes.

También por aquel entonces se publicó en las páginas de *The Times* una breve nota de sociedad: «Lord y lady Hartlip han establecido su residencia definitiva en Kenia, donde su domicilio será...».

En su momento se abrió una investigación judicial, que se cerró con un veredicto de muerte accidental y una expresión de condolencias del juez de instrucción para el infortunado cazador cuya destreza era de todos conocida y que sin duda no merecía este revés de la fortuna. (Dicho de otro modo, el juez sencillamente se postró a los pies de lord Hartlip, pero esto no pareció sorprender a nadie ni merecer mayores comentarios). Los Hartlip siguieron con su vida como de costumbre, con el inconveniente de que, en su pequeño mundo, no tardó en circular la noticia de que el accidente no había sido en realidad fruto de la mala suerte sino de la imprudencia temeraria de Gilbert. «Está perdiendo facultades», decían, «y se niega a reconocerlo; se está volviendo un cazador peligroso; ya no es el gran deportista que era antes; uno ya no se atreve a invitarlo a cazar sin reparos», decían.

Aline, que detectó enseguida esta corriente de opinión, organizó varias cenas. Intentó seducir a sus invitados con músicos, grandes duques rusos, bellezas famosas, pintores de la alta sociedad, importantes dueños de periódicos, sir Reuben Hergesheimer y el mejor bridge que se pudiera pedir. No logró, sin embargo, recibir a cambio invitaciones para ir de caza. Estaba segura de que bastaría con esperar y resistir, pero Gilbert era demasiado orgulloso para eso. Se marchó unos meses a África oriental para participar en grandes cacerías, y le gustaron especialmente Nairobi y los montes de Kenia central. Vendió sus fincas en Inglaterra y compró una granja cerca de Nanyuki. Aline, aunque al principio estaba horrorizada, no tardó en acostumbrarse. También ella se aficionó a la caza y se embarcó en una discreta aventura amorosa con un joven de familia noble, un tarambana, al que habían enviado a Kenia con la esperanza de que se enmendara. Al menos, pensaba, allí estaba lejos de aquella Gran Guerra atroz.

Violet y Osbert fueron con la niñera a ver a la perra de Tom Harker.

La habían llevado a las perreras del guarda de caza. Dan Glass la dejó salir cuando llegaron los niños, y la perra se les acercó muy despacio, con su actitud servil de perro pastor, moviendo la cola y sonriendo de una manera que le hizo estornudar.

Violet se agachó a acariciarla.

—¡Qué monada! —dijo.

La perra, que no conocía a Violet y no estaba acostumbrada a que le hicieran caricias, ladró y estuvo a punto de morderla en la cara. Violet cayó de espaldas, pero se levantó enseguida. Se había puesto muy colorada; sin embargo, no lloró, porque no quería que Dan la tomara por una niña mimada.

—Para que sean cariñosos —explicó Dan— hay que tratarlos con cariño desde que son muy pequeños.

Violet asintió y consintió en ir con Dan a ver si las gallinas habían puesto algún huevo, pero el incidente se le quedó grabado como una experiencia muy desagradable, de la que se avergonzaba vagamente.

Dan iba a mudarse muy pronto a una casa de huéspedes en Oxford. Su padre habló con sir Randolph poco después del accidente y le dijo que, después de todo, por el bien de Dan, estaba dispuesto a aceptar su ofrecimiento. Sir Randolph se alegró y, como sabía lo duro que había sido este episodio para Glass (como si en cierto modo desacreditara su manera de organizar la partida de caza), se imaginó que lo ocurrido tenía algo que ver en su cambio de opinión, pero pensó que no era asunto suyo y no hizo más preguntas.

Glass tenía la sensación de que Dios le había hablado. Él, el padre, le había dicho a su hijo que se situara en un puesto donde estaba escrito que alguien tenía que morir, y Dios había sustituido a su hijo por otro hombre, para salvarle la vida. Por tanto, estaba claro que Dios tenía en mente algo especial para el hijo, y Glass no logró convencerse de que ese algo fuese que Dan siguiera los pasos de su padre como guarda de caza. Así, con una amarga pena, se plegó a los designios divinos, fue a ver a sir Randolph y le dijo: «Tómalo». Como todo el mundo consideraba que aquélla era una oportunidad fabulosa para el muchacho y un motivo de alegría, se guardó para sí su tristeza y sus augurios.

Olivia y Lionel mantuvieron correspondencia con regularidad hasta el segundo año de la guerra. En sus cartas hablaban de los libros que habían leído, de la importancia de la amistad y de otros asuntos por el estilo. También hablaban, con cariñoso interés, de sus respectivas esperanzas y temores, y del dolor de la separación. A Lionel lo mataron en octubre de 1915, en la batalla de Loos. Entre los efectos personales del soldado encontraron las cartas de Olivia y se las enviaron a su madre, que las leyó con disgusto. Hacía años que la señora Stephens esperaba que su hijo se casara, y entonces decidió odiar para siempre a la mujer que a todas luces se había interpuesto en su camino y con ello la había privado de tener nietos, en los que quizá habría podido encontrar algún consuelo por la muerte de su hijo. El dolor terminó por debilitar su determinación y la transformó en una mujer más compasiva: con el tiempo, escribió a Olivia y le envió las cartas, y más adelante se conocieron.

Las cartas no indicaban claramente a la señora Stephens si su hijo había tenido o

no lo que ella llamaría *une affaire à outrance* con la bella lady Lilburn; únicamente sabía que la mujer que había escrito a su hijo con tanta frecuencia y tanta ternura lo quería de verdad, y además de quererlo también lo conocía, pues aunque la madre sólo veía un lado de esta correspondencia, esas cartas reflejaban al hijo al que ella conocía, no a un extraño. Ninguna de las dos estaba especialmente predispuesta a hacerse confidencias íntimas, pero ambas compartían la inquietud de guardar viva la memoria de Lionel. La señora Stephens vio que no tenía sentido seguir luchando para conservar sus tierras sin un heredero; después de la guerra, las vendió a un colegio y alquiló la vivienda destinada a la viuda de la finca de los Lilburn. Con el paso de los años, se estableció entre ella y Olivia la relación que habrían podido tener si hubieran sido madre y nuera: a veces eran severas la una con la otra, por momentos una ligazón exasperada, y, en general, afectuosa.

—La señora Stephens es un activo formidable —decía Bob Lilburn—. Me hace reír a carcajadas con ese ingenio que tiene.

Bob siguió conservando su esplendor personal, sobrevivió a la guerra con gallardía, desempeñó con dignidad su cargo en diversos comités y jamás perdió su preocupación, cada vez más anticuada, por los buenos modales. Se convirtió en un caballero un poco mujeriego, al que se veía en compañía de encantadoras damas de la alta sociedad, en la ópera o en las carreras, mientras Olivia se interesaba cada vez más por el campo. Con los años se volvió bastante entrada en carnes, y su marido lamentaba a menudo que no se preocupara de su indumentaria; a pesar de todo, incluso cuando Olivia ya era bastante mayor y alguien les decía a los jóvenes que en su día había sido una belleza, ellos contestaban: «Y lo sigue siendo». Olivia sentía cariño por su marido. La desilusión que desencadenaron las esperanzas frustradas terminó por diluirse, junto con la desolación por la muerte de Lionel. Siempre que oía el coche de Bob cuando él volvía de Londres, sus pisadas en el vestíbulo, su voz que la llamaba, se ponía de buen humor, sonreía y le pedía noticias; era una mujer muy de su familia. Si sus cuatro hijos, cada cual a su manera, se mostraban más abiertos a la aventura de lo que cabía esperar de los hijos de un padre tan convencional, si habían desarrollado más la compasión y la imaginación, si eran más proclives a no aceptar —como Olivia en su momento pensaba de Lionel— «nada que no estuvieran preparados para considerar debidamente», era porque Olivia, con plena conciencia y con el consentimiento tácito de la señora Stephens, los había consagrado al recuerdo del hombre que en su opinión había sido, si no perfecto en todo, sí en mayor o menor grado lo que Dios debía de tener en mente cuando se le ocurrió crear al hombre. En una de sus cartas, Lionel le decía: «Has dicho algo de mí que no es cierto, algo que me pintaba mucho mejor de lo que soy. Por eso, después se me pasó por la cabeza la extraña idea de que, si tú te haces ilusiones, es posible que también yo me las haga, y quizá no seas tan perfecta como creo. Y después de reprenderme por haber caído en semejante vileza, en semejante desatino, pensé que, de todos modos, de todos modos, mi queridísima y adorada Olivia, mientras podamos, mientras nos sea posible,

creámoslo...». Ella nunca había dejado de creerlo.

En el oscuro mes de diciembre de 1913, Cornelius Cardew decidió hacerse monje.

A la desesperación que se apoderó de él después de presenciar los últimos momentos de Tom Harker —una desesperación que parecía volverse más metafísica cuanto más pensaba en ella—, le siguió un periodo de honda reflexión, y, mientras daba largas caminatas por los bosques y los campos de Surrey, afrontó el hecho de que había perdido la fe en el poder de la razón. La razón no podía impedir que el vencedor y la víctima se precipitaran al abismo por igual, la planificación socialista no podía regular los latidos del corazón humano, las lecciones del amor eran demasiado arduas para ser aprendidas sin la férrea disciplina de la fe.

Cuando intentaba explicar alguna de estas cosas a Ada, ella creía que se había vuelto loco. Ada no veía en el mundo, a su alrededor, ninguna señal del Apocalipsis que Cornelius vaticinaba, y como él se mostraba muy vago en cuanto a la forma que tomarían sus vaticinios, como no acertaba a decir si sobrevendría una guerra o una revolución, y, si era guerra, si sería entre naciones, clases o sexos, y, si era revolución, si la desatarían los trabajadores o los intelectuales, o incluso los animales del campo, a ella le parecía que estaba trastornado y consultó el caso con su leal amigo y vecino, el filósofo H. W. Brigginshaw. Después de analizarlo, éste llegó a la conclusión de que Cornelius padecía una manía, y después analizarlo una vez más el filósofo y vecino decidió que se trataba de una manía religiosa. Así, le planteó que el paso más lógico para él sería entrar en un monasterio.

No es fácil que se acepte como monje novicio a un hombre que ya ha pasado de la mediana edad. Los abades a los que visitó Cornelius, aunque convencidos de su fervor, dudaban de su capacidad para resistir las duras condiciones físicas de la vida de un novicio. Cuando se disponía a escribir al abad de un monasterio en el que había también un internado masculino, al reconocer en el nombre de su destinatario a un antiguo compañero de clase, Cornelius le recordó en su carta las penurias que habían pasado en esos primeros años y le señaló que ningún noviciado podía ser más duro que aquél, cuando por fin encontró a alguien dispuesto a considerar sus aspiraciones con simpatía.

Ingresó con entusiasmo en su nueva vida. Se emprendieron los trámites necesarios para la disolución de su matrimonio. (Por esa misma época, H. W. Brigginshaw se marchó inesperadamente del distrito de Hindhead y se instaló en Hampstead; más adelante, Ada se casó con un vegetariano de Cheam). Cornelius, ciertamente, no alcanzó la felicidad en su nueva vocación hasta que, como figuraba entre las obligaciones de la orden a la que se había incorporado la de proveer de un párroco a la pequeña congregación católica de esa parte de Somerset en la que se encontraba el monasterio y le asignaron esta función, se encontró en unas

circunstancias más acordes con su naturaleza gregaria que la vida solitaria que llevaba entre los muros del monasterio y se volvió más alegre, incluso bastante gordo. Tuvo la buena fortuna de que el nuevo terrateniente del lugar, un millonario que había cosechado inmensos beneficios con la fabricación de armamento durante la guerra, tenía ahora remordimientos de conciencia. En un abrir y cerrar de ojos, Cornelius consiguió que este caballero se interesara en diversos proyectos. Entre organizar conferencias ecuménicas (con gran alarma de sus superiores y de las autoridades de todas las Iglesias concernidas) y recaudar fondos para la Liga por la Paz, la Sociedad contra la Vivisección y el Movimiento por el Crédito Social liderado por el comandante Douglas, Cornelius consiguió aliviar a su mecenas de la carga de una riqueza desmesurada a la vez que aseguraba para sí, en el ocaso de su vida, la felicidad que produce la convicción absoluta de la utilidad del trabajo que uno desempeña.

Cicely estaba en lo cierto: nunca fue a Hungría. Tenía la sensación de haber recogido todas aquellos refinamientos tan frívolos —los trineos forrados de pieles que surcaban las llanuras nevadas, el vals en el salón de los espejos, la caza del lobo, los castillos con pináculos y la profunda reverencia al mismísimo emperador— y haberlos amontonado, como un fardo de flores blancas, junto a la sepultura del pobre Tom Harker. A veces, sin poder evitarlo, pensaba que lo que había hecho era una proeza.

Trabajó como enfermera de principio a fin de la guerra, lo mismo que Grizel Warburton y las hermanas Kerr. Hubo una época, después de que Marcus cayera en la batalla del Somme, en la que Cicely creyó que jamás en la vida podría volver a permitirse un solo pensamiento frívolo, pero subestimaba su capacidad de resistencia.

«Las jóvenes, con sus uniformes de enfermera, han aprendido a deslizarse por los pasillos como monjas», escribió sir Randolph en su Cuaderno de Caza (la casa se había transformado en un hospital para convalecientes); «pero la risa que a veces las sigue a su paso por las salas no es exactamente la misma —o al menos uno espera que no lo sea— que la que seguiría a un cortejo de Santas Hermanas».

El puño gigantesco que había aplastado a los jóvenes de esa generación permitió, de un modo o de otro, que Dan Glass escapara entre sus dedos. Sobrevivió a la guerra. Incluso, para asombro de su padre, sobrevivió a su educación. Continuó con sus estudios científicos y llegó a destacar en su profesión. Paseaba a menudo por los bosques, con su padre, al que llenaba de alegría, como siempre, con sus agudas observaciones de los fenómenos naturales, su sencillez y su buen corazón.

Sir Randolph vivió muchos años. Minnie murió en la epidemia de gripe que se propagó poco después del armisticio, en 1918. Cuando se recuperó de su dolor, sir Randolph se alegró de que su mujer no viviera para ver la decadencia de la civilización a raíz de la guerra. Aunque se sentía demasiado viejo para entender del

todo las creencias, la ortodoxia, la hipocresía, incluso los acontecimientos de la nueva era, estaba seguro de que presagiaban un cambio a peor, una especie de pérdida de memoria generalizada y la sustitución del sentido común de una sociedad civilizada por el egotismo destructivo de una sociedad salvaje. De momento no había tenido que echarse al monte, pero era consciente de que la Edad del Humanismo había concluido y lo más indicado en esta situación era un estilo de vida tranquilo. Como, de todos modos, él siempre lo había preferido, no tuvo una vejez infeliz.

A veces, en su estudio, cuando observaba el cuadro del misterioso jinete, el caballo impaciente y la infinita lejanía azul, pensaba en todos los jóvenes que habían muerto, en todos los esfuerzos que habían fracasado y en el cruel desperdicio de la naturaleza expoliada. Más de una vez, en momentos como ése, Osbert llegaba por sorpresa de sabía Dios dónde y disipaba esos pensamientos con su alegría desbordante; pero la historia de Osbert (que se dedicó al arte) corresponde a los años veinte, una época de la que sir Randolph, a pesar del profundo cariño que sentía por su nieto, renegaba por completo.